

**HANS BRINKER
O LOS PATINES DE PLATA**

HANS BRINKER O LOS PATINES DE PLATA

MARY MAPES DODGE



Hans Brinker o los patines de plata

1ra edición

2015

Todos los Derechos Reservados
Copyright 2015 © Chrysalis International, Inc.
Orlando, FL, U.S.A.

Título Original: Hans Brinker, or the Silver Skates
Copyright 1865 © Scholastic Inc.

Dodge, Mary Mapes. Hans Brinker o los patines de plata. 1ra edición.

Traducción: Iñaki Colera.
Ilustraciones: Mary Britt.
Revisión: Francelia Chavez.

ISBN: 978-0-9860960-1-3

1. Literatura infantil.

CONTENIDO

Prefacio	vii
Prólogo	xi
Mapa de los Países Bajos	xiii
Capítulo 1	1
Capítulo 2	8
Capítulo 3	20
Capítulo 4	28
Capítulo 5	39
Capítulo 6	49
Capítulo 7	55
Capítulo 8	61
Capítulo 9	69
Capítulo 10.	81
Capítulo 11.	95
Capítulo 12	106
Capítulo 13.	111
Capítulo 14.	117
Capítulo 15.	126
Capítulo 16	135
Capítulo 17	144
Capítulo 18	151
Capítulo 19	162
Capítulo 20	171
Capítulo 21.	182
Capítulo 22	187
Capítulo 23	203

Capítulo 24	208
Capítulo 25	216
Capítulo 26	225
Capítulo 27.....	229
Capítulo 28	246
Capítulo 29	256
Capítulo 30	261
Capítulo 31.....	267
Capítulo 32	275
Capítulo 33	285
Capítulo 34	294
Capítulo 35	300
Capítulo 36	305
Capítulo 37.....	311
Capítulo 38	318
Capítulo 39	325
Capítulo 40	331
Capítulo 41	338
Capítulo 42	346
Capítulo 43	358
Capítulo 44	371
Capítulo 45	392
Capítulo 46	403
Capítulo 47.....	407
Epílogo	414

PREFACIO

La Biblioteca AMO de Clásicos Literarios para Niños de Chrysalis

Nuestra biblioteca de libros clásicos de literatura para niños en español es un proyecto que Chrysalis Internacional inició con la súplica y la recaudación de fondos de uno de nuestros estimados miembros de la junta directiva, el Sr. Rick Lane de San Antonio, Texas. Su deseo es proveer traducciones de calidad de libros clásicos de literatura para nuestro currículo de AMO® en español— los cuales ya no son publicados o son difíciles de localizar—fue el catalizador para esta biblioteca. Estoy muy agradecida por su defensa hacia los niños hispanos y por los patrocinadores cuyas contribuciones generosas nos han permitido traducir este libro clásico y elaborarlo para su publicación y distribución. Estamos ansiosos de contar con una colección completa de libros clásicos de literatura en español para que la generación naciente se deleite en ella.

El poder de la narrativa

El amor a la narrativa es dado por Dios, ¡porque la narrativa se origina en Dios! Él es el Autor de “Su Historia”—ésa gran meta-narrativa¹ común a todos nosotros—y usa la narrativa para comunicar Verdad y provocar que el lector entre a Su Historia.

La narrativa es una de las formas más antiguas y elementales de conocimiento y apela al corazón más que al intelecto. La narrativa tiene el poder de cultivar el suelo del corazón, y puede sensibilizar, incluso al corazón más duro, para recibir el Evangelio y ser regenerado. También tiene el poder de moldear nuestros valores, darle forma a la manera de ver y entender el mundo, y movernos a la acción.

Los padres de familia y maestros tienen una inmensa responsabilidad de nutrir los corazones, gustos y sensibilidades estéticas de los niños, con belleza, verdad y bondad moral, especialmente en el área del entretenimiento y la pantalla electrónica. En generaciones pasadas, los padres de familia y maestros usaban narrativas para transmitir creencias, enseñar

1 *metanarrative*, El eterno, redentor plan de Dios se ejecutó en la historia humana y se consumó en Jesucristo. (Efesios 1:7-14)

virtudes y formar el carácter. “En gran medida, los narradores de hoy en día son celebridades y entretenedores o cualquier persona con una cámara de video y una conexión a internet. Sus mensajes ubicuos vía pantallas electrónicas arrasan a nuestra sociedad con palabras e imágenes para atraer y engañar”² a nuestra juventud, quienes son más fácilmente influenciados para lo bueno o malo.

No hay una forma más encantadora de nutrir los corazones de nuestros niños que leyendo en voz alta los grandes clásicos de literatura y poesía con sus inspiradores temas, inolvidables personajes e ideales cristianos. Al escuchar a un adulto leer una historia, los niños inmediatamente deducen vocabulario noble, y sus habilidades de comprensión y razonamiento se disparan. ¡Sus corazones se vinculan con el del lector! Cuando los padres de familia pasan tiempo de calidad leyendo en voz alta, sus corazones se vuelven a los corazones de sus hijos y los corazones de los hijos hacia el de sus padres. (Malaquías 4:6)

¿Qué es un libro clásico para niños?

Las grandes historias para niños son poderosas, imaginativas y recordadas por mucho tiempo. Resuenan con lectores de todas las edades y tienen un profundo impacto. Por definición, un clásico tiene un encanto universal y ha pasado la prueba del tiempo. Es un trabajo artístico, una expresión de vida en palabras de verdad y belleza, y es capaz de cruzar culturas sin explicaciones tediosas o morales.

La gente erróneamente cree que algo escrito para niños debe necesariamente ser inferior o frívolo. Aquellos países cuyo lenguaje y literatura han sido significativamente influenciados por la Biblia, nos han dado grandes autores de clásicos de literatura y poesía para niños. Al leerlos, nuestros niños llegan a estar en contacto con los corazones y mentes de algunos de los más grandes pensadores del mundo. Estos clásicos más tarde se vuelven en sus amigos y son leídos una y otra vez.

Él comió y bebió las preciosas palabras,
 Su espíritu creció robusto,
 Comprendió que ya no era pobre,
 O que su estructura era polvo.
 Bailó a lo largo de los días lóbregos,
 Y este legado de alas
 No era más que un libro. Qué libertad
 Trae un espíritu suavizado.

— Emily Dickinson

2 Brumbelow, G. “Historias electrónicas están influenciando a tus hijos” un post del 15 de diciembre, 2014 post en DarrowMillerandFriends.com.

Una nota con relación a Hans Brinker o los patines de plata

Hans Brinker o los patines de plata fue publicado en 1865, el mismo año que *Alicia en el país de las maravillas*. La autora, Mary Mapes Dodge, fue nativa de New York de descendencia holandesa y de un carácter virtuoso. La señora Dodge fue una talentosa editora de una revista de calidad para niños llamada *St. Nicholas*. Ella introdujo a sus lectores a algunos de los más grandes autores y poetas de literatura para niños del siglo 19, tales como: Rudyard Kipling, Mark Twain, Henry Wadsworth Longfellow y Louisa May Alcott. Su deseo fue proveer una literatura de calidad para que los niños leyeran, amaran y crecieran.

Hans Brinker es dos historias entrelazadas en una—la historia de la pobre familia Brinker y un documental sobre Holanda, una provincia de los Países Bajos. El estilo literario de Dodge se encuentra en su escritura descriptiva. Sus descripciones coloridas de Holanda son adornadas tan poéticamente que *Hans Brinker* es conocido como una de las mejores descripciones de Holanda y de la vida holandesa del siglo 19. Ella también deja ver a través de su escrito el desarrollo de las virtudes cristianas a través de sus caracterizaciones.

Quizás los maestros y padres de familia evangélico-latinoamericanos cuestionarán el capítulo del libro titulado “La festividad de San Nicolás”. El cual relata la costumbre holandesa de los niños más pequeños anticipando la llegada de San Nicolás con la esperanza de recibir dulces por su buen comportamiento todo el año. San Nicolás es el predecesor de la tradición norteamericana de Santa Claus, y su presencia ha estado vigente desde el tercer siglo D.C. En Europa, el día de San Nicolás se celebra el 6 de diciembre, cuando los padres llenan los zapatos zuecos—que se dejan afuera por sus hijos—con dulces, pequeñas chucherías y ornamentos. La Navidad para los cristianos europeos es una fiesta religiosa que se pasa en la iglesia y con la familia. ¡La tradición de San Nicolás es una de regalos y no una adoración idolátrica!

Nuestro talentoso personal

El traductor de este clásico es Iñaki Colera de Ronda, España. Tiene una carrera en teología y ha estado traduciendo libros de referencia teológica y literatura por 20 años; además de pastorear su iglesia por 5 años. Nuestra correctora es la Dra. Francelia Chávez de McReynolds de la Cd. de México, México. Ella tiene una carrera en enseñanza de idiomas, y 3 carreras de teología. Ha trabajado como traductora, editora, correctora y escritora de currículo para niños, jóvenes y adultos para su iglesia por más de 7 años.

Nuestra talentosa ilustradora es Mary Britt de Bailey, Carolina del Norte. Mary ha estado trabajando para mí desde 2003, cuando ella ilustró nuestras primeras guías del maestro para *Heidi* y *La línea de tiempo* de AMO®. Sus bellamente diseñadas hojas para colorear y mapas llenan nuestras unidades

de literatura e historia cristiana, proveyendo a los niños, horas de deleite y un medio visual para seguir las historias que se están leyendo en voz alta. Yo he usado su imaginación para ilustrar esta edición de *Hans Brinker o los patines de plata*. Dios ha dotado este currículo con muchos artesanos, escritores y traductores talentosos y habilidosos, por quienes estoy muy agradecida.

A Dios sea la gloria y honor.

Mi deseo es que usted y sus hijos puedan cosechar las bendiciones de leer juntos este bello, clásico cristiano en voz alta.

Elizabeth L. Youmans, Ed.D.
Presidenta de Chrysalis International, Inc.
Creadora y Editora del Programa AMO®
14 de febrero de 2015

PRÓLOGO

La historia de Hans Brinker, o de cualquier chico nacido y criado en Holanda, no puede contarse adecuadamente sin incluir algo de la historia del propio país, de su historia, sus singularidades y las características más destacadas de sus heroicos y ahorrativos habitantes. Todo esto debe tenerse en mente, porque algunas de las características peculiares de este pueblo están muy arraigadas en todo holandés, sea joven o viejo, y Holanda es un lugar muy diferente a cualquier otro que se pueda imaginar.

Por consiguiente, el relato incluye necesarias y cuidadosas descripciones de la vida holandesa y sus costumbres, y muchos de los sucesos descritos están directamente basados en hechos reales.

Aunque reconozco mi deuda con muchos afamados autores que han escrito sobre la historia, la literatura y el arte de Holanda, deseo mostrar mi especial gratitud a dos amables amigos holandeses que, tras casarse, se establecieron en este país¹. Con generoso celo, han respondido pacientemente a mis preguntas y han echado la vista atrás muchas veces para recordar detalles de su patria, trayendo a su memoria el aspecto que presentaba hace años, cuando la humilde casa de los Brinker se acurrucaba bajo la sombra protectora del dique.

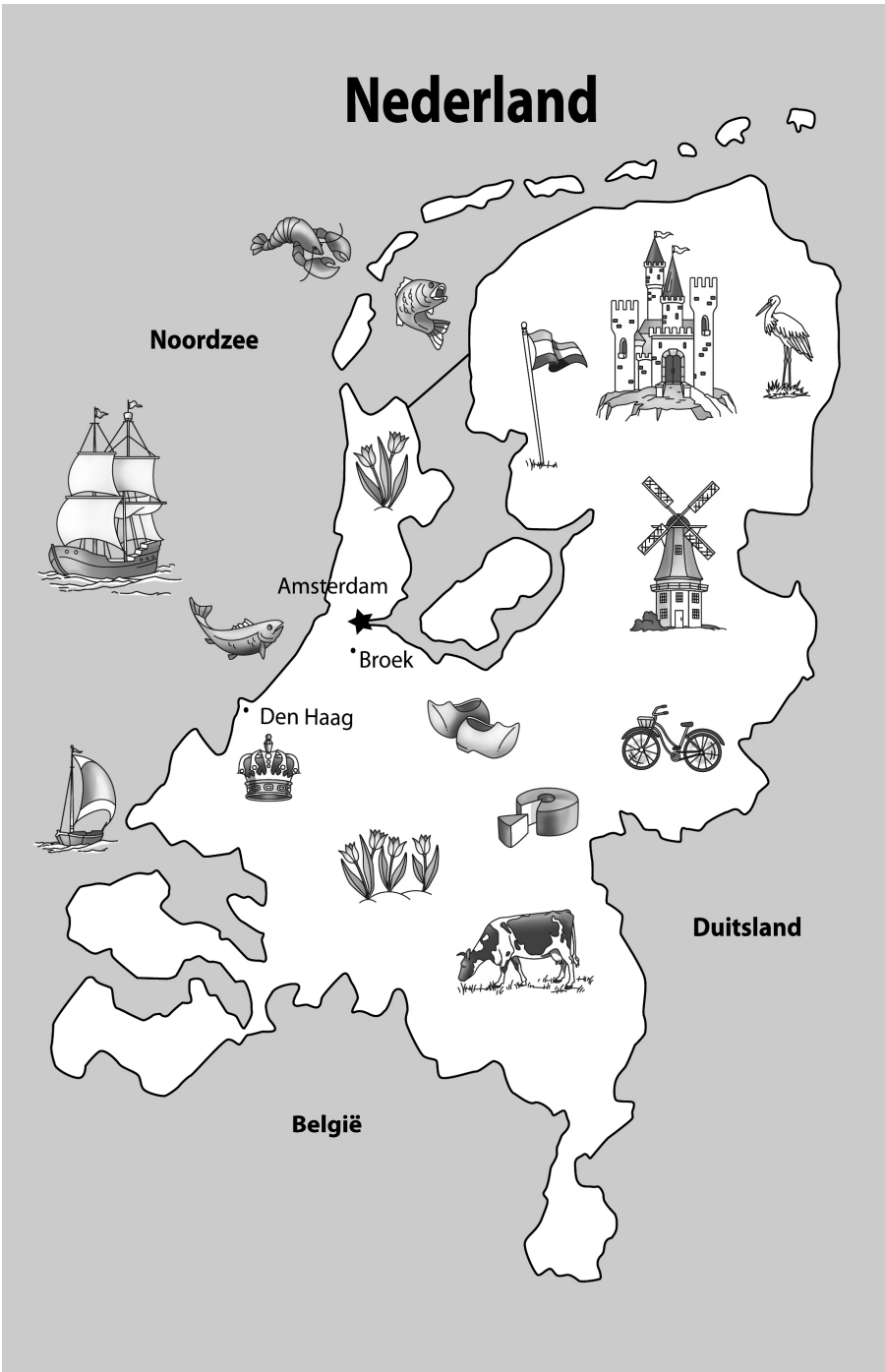
Con cierto retraso, no mucho después de haber terminado de escribir este libro he tenido la fortuna de

1 N. del T.: Los EE.UU.

poder visitar Holanda y ver con mis propios ojos la tierra que había intentado describir a mis lectores. La cabaña de los Brinker estaba vacía, y muchas cosas habían cambiado en Holanda desde los días en que Hans y su pequeña hermana Gretel patinaban en la helada Y. Pero, me alegré al verificar la exactitud de cada uno de los detalles de la descripción que había realizado. Holanda era todavía maravillosa, de hecho, más maravillosa aún; porque el tiempo lo único que había hecho era aumentar el prodigio de que las aguas del mar no la hubiesen arrastrado.

Las ciudades han crecido y, en algunas de ellas, los atuendos tradicionales han dejado paso a la forma convencional de vestir de los europeos de hoy. Algunas de sus peculiaridades han desaparecido debido al contacto con otras naciones, pero Holanda sigue estando, y siempre lo estará, llena de curiosidades, valor y laboriosidad, pues es el pequeño país con el espíritu más indomable de la tierra.

M. M. D.



CAPÍTULO 1

HANS Y GRETEL

Hace mucho tiempo, en una clara mañana de diciembre, dos niños escasamente abrigados se arrodillaban a orillas de un canal helado en Holanda.

El sol no había asomado aún, pero el cielo gris empezaba a iluminarse cerca del horizonte, brillando con franjas de color carmesí a medida que iba amaneciendo. La mayoría de los honrados holandeses disfrutaban todavía de un plácido sueño matutino; incluso un venerable anciano como el señor Von Stoppelnoze, seguía dormitando en «bello reposo».

De vez en cuando, sobre la superficie cristalina del canal, pasaba velozmente alguna campesina llevando en equilibrio sobre su cabeza una cesta repleta de productos; o un robusto muchacho, que patinaba de camino a su jornada de trabajo en la ciudad, lanzaba una cariñosa mirada a los dos niños que tiritaban de frío.

Mientras tanto, el hermano y la hermana, pues eso eran, tiraban y resoplaban con gran esfuerzo mientras se ataban algo a los pies. No eran patines, desde luego, sino unas toscas piezas de madera afiladas y alisadas por debajo, y provistas de unos agujeros por los que pasaban sendas tiras de cuero.

Aquellos avíos de aspecto estrafalario eran obra de Hans, el chico. Su madre era una campesina pobre, tanto que ni

siquiera podía plantearse comprar unos patines de verdad a sus pequeños. Los de madera, a pesar de su rústica apariencia, habían hecho posible que los niños disfrutasen de muchas horas de diversión sobre el hielo; así que, en aquel momento, mientras encorvados sobre sus rodillas nuestros jóvenes holandeses se ajustaban las correas con los dedos rojos de frío y una expresión de solemne concentración en el rostro, ninguna visión imposible de unos patines de hierro podía empañar la satisfacción que les embargaba por dentro.

Algunos instantes después, el chico se levantó y, con un pomposo movimiento de los brazos y un despreocupado «vamos, Gretel», se deslizó sin dificultad por la superficie del canal.

—Eh, Hans —dijo su hermana con tono lastimero—, aún no tengo bien este pie. La última vez que fuimos al mercado me hice daño con las correas, y ahora no aguanto atármelas por el mismo sitio.

—Pues entonces átatelas más arriba —respondió Hans sin mirarla, mientras ejecutaba una maravillosa pirueta sobre el hielo.

—No puedo, la correa es demasiado corta.

Soltando un simpático silbido holandés, cuya traducción al castellano equivaldría a un «qué complicadas son las chicas», Hans se dirigió hacia donde se encontraba su hermana.

—Haces mal en llevar esos zapatos, Gretel, y más teniendo otros de cuero robusto. Incluso con tus *klompen*¹ estarías más cómoda.

1 Zapatos de madera.

—¿Qué pasa, Hans? ¿Acaso lo olvidaste? Padre arrojó al fuego mis preciosos zapatos nuevos y, antes de que pudiese darme cuenta de lo que había hecho, el calor de las brasas ya los había retorcido por completo. Puedo patinar con estos, pero no con los de madera. Ahora, ten cuidado...

Hans sacó una cuerda de su bolsillo y tarareando una canción se arrodilló junto a ella y le ajustó el patín con toda la fuerza de su fuerte y joven brazo.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó ella con auténtico dolor.

Hans aflojó la cuerda con un gesto de impaciencia, y habría arrojado la correa al suelo con la prepotencia típica de un hermano mayor, si no fuese porque, justo en ese momento, vio rodar una lágrima por la mejilla de su hermana.

—Yo lo arreglaré, no temas —dijo con súbita ternura—, pero debemos darnos prisa; nuestra madre no tardará mucho en necesitarnos.

El chico empezó a mirar a su alrededor inquisitivamente, primero hacia el suelo, luego hacia las ramas desnudas de un sauce que pendían sobre su cabeza, y finalmente hacia el cielo, que en aquel momento presentaba un aspecto espléndido, con franjas azules, carmesíes y doradas.

No habiendo encontrado en aquellos sitios nada con que satisfacer su propósito, de repente se le iluminó la mirada y, con la súbita seguridad de aquel que sabe lo que está haciendo, se quitó el gorro y retirando de él el forro deshilachado lo ajustó hasta formar una almohadilla suave sobre la pala del desgastado zapato de Gretel.



Hans amarró el patín de madera de Gretel a su desgastado zapato.

—¡Ahora! —gritó triunfante, al tiempo que colocaba las tiras tan rápidamente como se lo permitían sus dedos entumecidos—. ¿Podrás soportar el tirón?

Gretel encogió los labios como diciendo: “adelante, aguantaré», pero no abrió su boca.

Un momento después, ambos reían mientras se deslizaban tomados de la mano a lo largo del canal. No dedicaron ni un solo momento a considerar si el hielo soportaría o no su peso, ya que en Holanda éste dura todo el invierno; se extiende sobre el agua de cierta manera y en vez de volverse más fino e inseguro cada vez que el sol aprieta, va haciéndose más fuerte con el paso de los días y, con su brillo, devuelve desafiante cada rayo de luz.

Al cabo de un rato, Hans escuchó una especie de chirrido bajo sus pies. Sus zancadas fueron haciéndose paulatinamente más cortas y, cada vez más, terminaban con una sacudida, hasta que, finalmente, acabó tumbado cuan largo era sobre el hielo, pataleando boca arriba de la forma más teatral.

—¡Ja, ja, ja! —rió Gretel—. ¡Menuda caída!

Sin embargo, bajo su raída chaqueta azul latía un corazón tierno, y a pesar de no poder contener la risa, se acercó deslizándose con un movimiento grácil hasta su hermano que yacía postrado sobre el canal.

—¿Te has hecho daño, Hans? ¡Vaya, pero si te estás riendo! ¡A ver si me pillas! —y habiendo dicho esto salió disparada, ya sin temblar de frío, pero con las mejillas coloradas y los ojos brillándole de alegría.

Hans se puso en pie de un brinco e inició una rápida persecución, pero no era nada fácil atraparla. Sin embargo,

Gretel no pudo alejarse mucho antes de que sus patines empezasen también a chirriar.

Sabiendo que no hay mejor aliado del valor que la prudencia, se volvió repentinamente y empezó a patinar hacia los brazos de su perseguidor.

—¡Ja, ja! ¡Te he atrapado! —exclamó Hans.

—¡Ja, ja! Yo te atrapé a ti —replicó ella, forcejeando para soltarse.

Justo entonces oyeron una voz clara y apremiante que les llamaba:

— ¡Hans! ¡Gretel!

—Es nuestra madre —dijo Hans, poniéndose serio al instante.

En esos momentos el canal brillaba bajo la luz del sol, la brisa fresca de la mañana era deliciosa, y cada vez había más patinadores. La verdad es que no resultaba fácil obedecer la llamada, pero Hans y Gretel eran buenos chicos, y la posibilidad de hacerse los remolones ni siquiera pasó por sus mentes. Así que se quitaron los patines, dejando sin desatar la mitad de los cordones. Mientras caminaban de regreso a casa, Hans, con sus grandes hombros cuadrados y su abundante pelo rubio, parecía aún más alto al lado de su pequeña hermana de ojos azules. Él tenía quince años, y Gretel sólo doce. Hans era un muchacho responsable, de aspecto robusto y mirada noble, alguien que, al igual que los carteles que cuelgan de los portales de las pequeñas *zomerhuis*² holandesas, parecía llevar grabadas en la frente las palabras: «he aquí una persona

2 Casa de veraneo

buena». Gretel era ágil y vivaracha, tenía cierta chispa en sus ojos y el color de sus mejillas parecía encenderse y apagarse como un lecho de flores rojas y blancas que fuese mecido por el viento.

Tan pronto como dejaron atrás el canal, pudieron ver la casita de campo de sus padres y, esperando allí en pie, rodeada por el torcido marco de la puerta, como si se tratara de un cuadro, la figura esbelta de su madre; vestida con una chaqueta, una falda y un gorro ajustado. Aun si la casa hubiese estado a un kilómetro³ habría parecido que estaba cerca. En aquel país tan llano todos los objetos se divisan claramente a distancia; y las gallinas se distinguen tan fácilmente como los molinos. De hecho, si no fuera por los diques y los altos baluartes de los canales, uno podría recorrer Holanda de punta a punta sin que un solo montículo o cima obstaculizase su visión.

Nadie conocía mejor aquellos diques que Dame Brinker y los jadeantes jovencitos que corrían en dirección a ella. Pero antes de explicarles por qué, permítanme que los lleve en un viaje a bordo de mi mecedora hasta aquel lejano país donde van a poder ver, quizá por primera vez, algunas de las cosas curiosas que Hans y Gretel podían contemplar a diario.

3 Una media milla.

CAPÍTULO 2

HOLANDA

Holanda es uno de los países más extraños que hay debajo del sol. Debería llamarse «rarilandia» o «contrarilandia», porque se diferencia de los demás lugares del mundo en casi todas las cosas. Para empezar, una gran parte del país está por debajo del nivel del mar, por lo que no ha habido más remedio que levantar, con mucho esfuerzo y dinero, enormes diques y terraplenes con el fin de mantener al océano en su sitio. Hay ciertos lugares del litoral en los que parece como si el mar dejase caer todo su peso contra el país, y los pobres holandeses no tienen más remedio que soportar lo mejor que pueden tan enorme presión. En ocasiones, los diques se rompen o se resquebrajan, abriéndose una vía de agua, lo que ocasiona resultados absolutamente desastrosos. Dichos diques son altos y anchos, hasta el punto de que sobre algunos de ellos se levantan numerosos árboles y edificios. También los recorren estupendas carreteras, desde cuya altura los caballos pueden bajar la vista al pasar y observar las casas de campo que se alinean a ambos lados del camino. Con frecuencia, las quillas de los barcos que surcan las aguas se encuentran por encima de los tejados de las viviendas. El crotozar de las cigüeñas y sus polluelos sobre los tejados de las casas puede transmitir la sensación de que sus elevados nidos

están a salvo, pero la rana que croa en los juncos cercanos se encuentra más cerca de los astros que ellas. Las chinches de agua se impulsan a toda velocidad de un lado a otro sobre las cabezas de las golondrinas, y los sauces llorones parecen lamentar su vergüenza por no poder elevarse tan alto como las cercanas cañas.

Por todas partes pueden verse zanjas, canales, estanques, ríos y lagos. Altos, pero no secos, brillan a la luz del sol capturando casi todo el bullicio y ajetreo, y es como si miraran por encima del hombro a los tranquilos y húmedos campos que se extienden bajo ellos. Uno siente la tentación de preguntarse: «¿Son Holanda las orillas o serán más bien las aguas?». El propio verdor, que debería limitarse a los campos, ha cometido un desliz y se extiende sobre las charcas rebosantes de peces. De hecho, podría decirse que todo el país es como una esponja bien empapada, o como lo llamó Butler, el poeta inglés:

«Una tierra que ha echado el ancla, y está amarrada
a puerto,
en la que la gente no vive, sino que sube a bordo».

La gente nace, vive y muere, e incluso cultiva su jardín, sobre barcasas que flotan en los canales. Las casas de los granjeros, cuyos tejados se asemejan a grandes sombreros de alas caídas sobre los ojos, se levantan sobre piernas de madera, que transmiten la impresión de estar encogidas y diciendo: «hacemos lo que podemos para mantenernos secas». Incluso los caballos llevan en cada pezuña un ancho taco que impide que metan los cascos en el barro. En resumen, al contemplar el paisaje uno diría que se encuentra en el paraíso de los patos. En verano, no hay país mejor para que los chicos y las chicas

lo recorran descalzos. ¡Cuánto chapotear en el agua! ¡Cuánto jugar a los barcos, remar, pescar y nadar! ¡Imaginen una sucesión de charcos donde uno pudiera hacer navegar todo el día barquitos de madera sin nunca tener que volver atrás! Pero basta ya, si hiciésemos el relato completo conseguiríamos que todos los jovencitos estadounidenses se abalanzasen a una hacia el *Zuiderzee*.¹

A primera vista, las ciudades holandesas parecen estar formadas por una jungla desconcertante de casas, puentes, iglesias y barcos, de la que despuntan como retoños, los mástiles, las cimas de los campanarios y las copas de los árboles. En algunas ciudades, hay barcos amarrados a los postes de las puertas de las casas, como si fueran caballos, y reciben su carga desde las ventanas de los pisos superiores. Las madres advierten a gritos a Lodewyk y Kassy que dejen de balancearse sobre la puerta del jardín, ¡no vaya a ser que caigan al suelo y se ahoguen! Hay más canales que carreteras o vías férreas; y pequeños malecones formados por diques cubiertos de un verde lujurioso protegen los parques, pólderes y jardines.

A veces pueden contemplarse bonitas vallas verdes; pero en Holanda rara vez pueden verse cercas de madera como las que son tan comunes en Estados Unidos. En cuanto a los muros de piedra, un holandés haría aspavientos asombrado ante la mera idea de su existencia. Allí no hay piedras, a excepción de las grandes moles de roca traídas desde tierras lejanas para reforzar y proteger la costa. Todos los guijarros y piedras pequeñas, si es que los hay, parecen haber sido aprisionados en el pavimento, o haberse fundido en las entrañas de la tierra.

1 N. del T.: Lit. «Mar del sur». Bahía poco profunda del Mar del Norte, situada en el noroeste de los Países Bajos.

Así, sucede que un niño de brazos fuertes y ágiles, puede pasar de llevar babero a lucir una poblada barba, sin haber encontrado jamás una piedra con la que provocar ondas en el agua o espantar a los conejos. Los canales son caminos de agua que recorren el país de un lado a otro. Los hay de todos los tamaños, desde el gran Canal Septentrional Holandés, una vía navegable que es una de las maravillas del mundo, hasta algunos tan pequeños que un niño podría atravesarlos de un salto. Los autobuses acuáticos, llamados *trekschuiten*², los transitan arriba y abajo constantemente para comodidad de los pasajeros; y las carretas de agua, llamadas *pakschuyten*³, se utilizan para transportar combustible y mercancías. En vez de verdes caminos rurales, lo que hay son canales del mismo color que se extienden desde los campos hasta el establo, y desde el establo hasta el jardín. Las granjas, o pólderes, como ellos los llaman, no son sino meros lagos desecados. Algunas de las calles más bulliciosas son de agua, mientras que muchos de los caminos rurales están pavimentados con ladrillos. Los botes de las ciudades, con sus popas redondeadas, sus proas doradas y sus costados decorados con vivos colores, no se parecen a ninguna otra embarcación que se haya visto jamás debajo del sol, y una carreta holandesa, con sus pequeñas y graciosas varas torcidas, constituye el más perfecto de los misterios.

«Una cosa está clara», exclama Don Optimista, «al menos los habitantes nunca pasan sed». Pues no, «Rarilandia» es fiel

2 Barcas de los canales. Algunas de las mencionadas en primer lugar tienen más de diez metros de eslora. Parecen invernaderos flotantes y son arrastradas por caballos que caminan a lo largo de las orillas del canal. Los *trekschuiten* tienen dos compartimentos, uno de primera clase y otro de segunda, y cuando no van demasiado llenos los pasajeros van bastante a sus anchas; los hombres fuman, las mujeres bordan o cosen, mientras los niños juegan en la pequeña cubierta exterior. Muchas de estas barcazas izan velas blancas, amarillas o de color chocolate. Este último color se debe a un producto para curtir la tela que se les pone para que se conserven mejor.

a sí misma. A pesar de que el mar intenta colarse como sea, de que los lagos luchan por no desbordarse, y de los rebosantes canales, ríos y zanjas, en muchos distritos no hay agua potable, y nuestros pobres holandeses permanecen secos; así que, una de dos, o consumen vino y cerveza, o no tienen más remedio que ir tierra adentro, hasta Utrecht y otras ciudades más bendecidas, a buscar ese precioso fluido, más viejo que Adán y, sin embargo, tan joven como el rocío de la mañana. Ciertamente, en ocasiones pueden beberse el agua de un chaparrón, si es que tienen los medios para hacer acopio de ella pero, por lo general, son como los marineros fascinados por el albatros de «El viejo marinero», el famoso poema de Coleridge, que veían:

«Agua, agua por todas partes,
¡y ni una gota para beber!»

Los grandes molinos que por todo el país agitan sus aspas al viento parecen bandadas de grandes aves marinas que se hubiesen asentado por doquier. Por todas partes pueden verse árboles de lo más gracioso, podados formando fantásticas formas y con los troncos pintados de deslumbrantes blancos, amarillos o rojos. Los caballos suelen uncirse en tríos dispuestos lado a lado. Hombres, mujeres y niños traquetean sobre zuecos de madera con los tacones sueltos; las campesinas que no disponen de los servicios de un pretendiente enamorado, alquilan a un acompañante que vaya con ellas a la *kermis*³; y maridos y mujeres se uncen amorosamente a sí mismos y arrastran entre ambos sus *pakschuyten* hasta el mercado, tirando a lo largo de las orillas del canal.

Otra peculiaridad de Holanda son las dunas, o colinas de arena. A lo largo de ciertas partes de la costa son muy numerosas, y antes de que fuesen sembradas de bastos cañaverales u otras plantas, con el fin de sujetarlas, solían enviar grandes tormentas de arena tierra adentro. Así que, como si no sucediesen allí suficientes cosas raras, para poder llegar al suelo fértil, los granjeros deben a veces primero cavar la superficie de sus tierras y, los días ventosos, caen frecuentes chaparrones secos de arena sobre los campos, humedecidos tras una semana de brillante sol.

En resumen, casi la única cosa familiar que nosotros los yanquis podemos encontrar en Holanda es una canción que se canta en época de siega y que es bastante popular allí, aunque ningún filólogo podría traducirla. A pesar de ello, propongo que cerremos nuestros ojos y escuchemos la balada que aquí transcribo para que cada uno la interprete a su gusto:

*«¡Yanker didee dudel down
Didee dudel lawnter;
Yankee viver, voover, vown,
Botermelk und Tawnter!»*

Por otro lado, muchas de las rarezas de Holanda son buena prueba del carácter ahorrativo y perseverante de sus gentes. No hay en todo el mundo vergel más rico o cuidadosamente labrado que este pequeño, chorreante y mullido país. Tampoco hay una raza más valiente ni heroica que sus tranquilos y apacibles habitantes. Pocas naciones pueden igualarse en cuanto a importantes descubrimientos e invenciones, y ninguna la sobrepasa en lo que se refiere al comercio, la navegación, la cultura y la ciencia, o ha ofrecido tan nobles ejemplos en los campos del fomento de

la educación y la atención a los desfavorecidos; y en relación con su tamaño, ninguna otra ha invertido tanto dinero y trabajo en la edificación de obras públicas.

Holanda cuenta con unos brillantes anales llenos de nobles e ilustres hombres y mujeres; con un grandioso registro histórico de paciencia, de resistencia y de victoria; y puede presumir por su libertad religiosa, su iluminadora capacidad de iniciativa, su arte, su música y su literatura. Con razón ha sido llamada «el campo de batalla de Europa», y con igual justicia podríamos considerarla el refugio del mundo, pues los oprimidos de todas las naciones han encontrado allí abrigo y consuelo. Si nosotros los estadounidenses, que al fin y al cabo no somos sino una disolución homeopática de la raza holandesa, podemos reírnos de los neerlandeses y llamarlos castores humanos, e insinuar jocosamente que cualquier día una marea alta podría arrastrar a su país mar adentro, también podemos sentirnos orgullosos, y decir que han demostrado su heroicidad, y que su nación no saldrá jamás flotando mientras quede un holandés para sujetarla firmemente.

Se dice que hay al menos noventa y nueve grandes molinos de viento en Holanda, con aspas de una longitud que va desde los veinticuatro hasta los treinta y seis metros⁴. Se les utiliza para aserrar madera, batir el cáñamo, moler el grano y realizar muchas otras tareas; pero principalmente se utilizan para bombear agua desde las tierras bajas hasta los canales, y para combatir las inundaciones producidas por las avenidas que suelen devastar el país. Se dice que su coste anual asciende a más de ciento cuarenta millones de dólares. Los más grandes

4 Entre ochenta y ciento veinte pies.

son muy potentes, y sus enormes torres circulares se levantan a veces en medio de los edificios de las fábricas, coronadas por una torre más pequeña que se va estrechando hasta culminar en un tejado en forma de capuchón. Esta torre superior va rodeada en su base por un balcón, justo por encima del cual sobresale el eje, al que hacen rotar cuatro prodigiosas aspas de tela montadas sobre estructuras con forma de escalera de mano.

Muchos de estos molinos tienen una apariencia antigua, y parecen estar tristemente necesitados de algunas «mejoras» yanquis; pero algunos de los nuevos son realmente admirables. Han sido contruidos de tal manera que, gracias a su ingeniosa disposición, siempre presentan sus aspas o velas al viento con la orientación perfecta para producir la energía que se demanda de ellos. En otras palabras, el molinero puede irse tranquilo a echar una siesta, sabiendo que su molino estudiará el viento y sacará el máximo provecho de éste, hasta que llegue la hora de despertar. Si no hay más que una débil corriente de aire, cada aspa se extenderá para recoger el más ligero soplo del viento; pero si se desata un fuerte torbellino se encogerá al recibir su toque, como una gran hoja de mimosa, y las posibilidades de mover el aspa se reducirán a la mitad.

Una de las viejas prisiones de Ámsterdam, llamada la Casa del Desbaste, debido a que los ladrones y holgazanes allí confinados eran obligados a trabajar desbastando leños, tiene una celda de castigo para los prisioneros perezosos: en una de sus esquinas hay una bomba de succión y en otra de ellas una abertura por la que entra continuamente una corriente de agua. El prisionero puede escoger entre no hacer nada y morir ahogado, o trabajar para salvar su vida accionando la bomba y manteniendo el nivel del agua hasta que su carcelero decida

liberarle. Por lo que a mí respecta, me da la impresión de que la madre naturaleza ha tenido a bien introducir por todo el país y a gran escala esta pequeña forma de diversión. Los holandeses se han visto desde siempre forzados a bombear agua para sobrevivir, y probablemente continúen haciéndolo hasta el final de los tiempos.

Cada año se dedican millones de dólares a reparar los diques y regular el nivel de las aguas. Si no se prestase la debida diligencia a estas importantes tareas la tierra se volvería inhabitable. Como ya he dicho, la ruptura de estos diques ya ha tenido en el pasado consecuencias desastrosas. Cientos de pueblos y ciudades se ven inundados de tanto en tanto por la violencia de las aguas, y casi un millón de vidas se han perdido ya. Una de las más pavorosas inundaciones fue la que ocurrió en el otoño de 1570. Hasta aquel día, otras veintiocho terribles crecientes impetuosas habían anegado distintas partes de Holanda, pero esta fue la más terrible de todas. Por aquel entonces el país llevaba ya tiempo sufriendo infeliz bajo la tiranía española, cuando de repente fue como si todas sus desdichas alcanzaran su cima. Al leer la historia de la *Subelevación de la República de Holanda*, escrita por el señor Motley, aprendemos a respetar a un pueblo valeroso que ha sabido soportar tantas cosas, sufrir tanto y ser tan osado.

El señor Motley, en su emocionante relato de la gran inundación, nos cuenta que cuando sucedieron los hechos, un prolongado, continuo y violento vendaval llevaba ya tiempo barriendo las aguas del Atlántico en el Mar del Norte, y arrojándolas contra las costas de las provincias holandesas; y describe cómo los diques, llevados al límite de su capacidad, estallaron en todas direcciones; cómo incluso el *Hand-bos*, un malecón formado por pilas de troncos de roble reforzados

con hierro, amarrados mediante pesadas anclas y asegurados con grava y granito, fue reducido a pedazos como si fuera un simple cordel; cómo los barcos de pesca y los grandes navíos flotaron por todo el país para acabar encallando entre las ramas de los árboles, o golpeando los tejados y los muros de las viviendas; y cómo, al final, todo Frisia se convirtió en un turbulento mar. «Multitudes de hombres, mujeres y niños, de caballos, vacas, ovejas y todo tipo de animales domésticos, se debatían sobre las corrientes en todas direcciones. Cada embarcación u objeto que por flotar pudiese utilizarse como tal, era disputado con ansia. Todas las casas se inundaron, incluso los cementerios devolvieron sus muertos. El bebé vivo en su cuna y el cadáver largo tiempo atrás sepultado en su ataúd, se mecían lado a lado sobre la superficie de las aguas. Parecía como si se estuviesen viviendo de nuevo los tiempos del diluvio de la antigüedad. Por todas partes, subidos a los árboles o sobre los campanarios de las iglesias, podían apreciarse colgando, racimos de seres humanos, rogándole a Dios misericordia, y ayuda a sus compatriotas. Al fin, a medida que la tormenta fue disminuyendo su intensidad, los botes empezaron a surcar aquella vasta inundación en todas direcciones, salvando a aquellos que luchaban chapoteando, recogiendo a los que se habían refugiado en tejados y árboles, y recuperando los cuerpos de los ahogados». En unas pocas horas, murieron algo más de cien mil personas. Miles y miles de mudas criaturas flotaban muertas sobre las aguas, y los daños materiales estaban más allá de cualquier posibilidad de cálculo.

Robles, el gobernador español, destacó por los nobles esfuerzos que hizo para salvar vidas y minimizar los horrores de la catástrofe. Odiado hasta entonces por los holandeses a

causa de su sangre española o portuguesa, supo ganarse el corazón agradecido del pueblo debido a su comportamiento bondadoso y diligente en medio del desastre. Además, no tardó en introducir un método mejorado de construcción para los diques, y promulgó una ley por la cual, a partir de entonces, los propietarios de los terrenos donde se levantasen, serían los responsables de su conservación. Desde entonces, puede decirse que ha habido menos desastres tan graves, aunque en los últimos trescientos años, seis espeluznantes inundaciones han vuelto a anegar el país.

Al llegar la primavera, siempre existe el riesgo de que una avenida sumerja alguna zona del interior, especialmente en tiempo de deshielo, ya que los ríos, taponados por bloques de hielo, se desbordan por ser incapaces de dar salida al océano a la rápida crecida de sus aguas. A esto, hay que añadir el desgaste de los diques causado por el embate de las olas del mar, por lo que no es de extrañar que Holanda se encuentre con frecuencia en estado de emergencia nacional, y que se tomen las mayores precauciones para evitar accidentes. Por eso, a lo largo de aquellos lugares más expuestos, hay siempre ingenieros y obreros que vigilan día y noche cualquier eventualidad, y cuando se da la señal general de alarma, los habitantes se apresuran en masa a ayudar en las tareas de rescate, ansiosos por combatir a su común enemigo. Aunque en cualquier otro lugar del mundo se consideraría la paja como un material de lo más inútil frente a las aguas, por supuesto en Holanda las cosas son diferentes, siendo allí el bastión principal contra la subida de las mareas. Los muros de contención se robustecen con inmensas balas de este elemento, reforzadas con barro y pesadas piedras y, una vez ajustadas, el océano se estrella en vano contra ellas.

Raff Brinker, el padre de Gretel y Hans, llevaba años trabajando en los diques cuando una noche, durante una amenazadora inundación provocada por una terrible tormenta, y mientras estaba en medio del aguanieve y la oscuridad reparando junto a otros hombres un punto débil cerca de la compuerta de Veermyk, cayó del andamiaje y fue llevado a casa inconsciente. Desde entonces, ya nunca volvió a trabajar y, aunque logró sobrevivir, perdió su mente y su memoria.

Gretel no podía recordarlo de otra forma que como aquel hombre extraño y silencioso cuya mirada perdida la seguía allí adónde quiera que fuese; en cambio, Hans guardaba en su memoria el recuerdo de la cordial y alegre voz de su padre, quien nunca se cansaba de llevarlo a hombros, y cuya descuidada canción todavía parecía resonar cercana cuando permanecía despierto por las noches en su cama escuchando.

LOS PATINES DE PLATA

Dame Brinker mantenía a su familia con los escasos ingresos que conseguía cultivando verduras, hilando y haciendo punto. Alguna vez había trabajado a bordo de las barcasas, recorriendo el canal arriba y abajo, y ocasionalmente se había puesto unos arneses para remolcar junto con otras mujeres un *pakschuyt* entre Broek y Ámsterdam. Pero cuando Hans creció y se hizo fuerte, insistió en sustituir a su madre en aquella pesada tarea. Además, hacía algún tiempo ya, que su marido estaba tan desvalido que necesitaba cuidados constantes; y aunque se había quedado con la inteligencia de un niño pequeño, aún estaba saludable y tenía fuerza en los brazos, por lo que Dame Brinker tenía a veces grandes dificultades para controlarlo.

— ¡Oh, mis niños! ¡Él era tan bueno y tranquilo! —les decía a veces—, y tan inteligente como un abogado. Incluso el burgomaestre se detenía para preguntarle cosas, y ahora... ¡Ay de mí!, ni siquiera reconoce a su mujer o a sus hijos. ¿Y tú, Hans? ¿Te acuerdas de tu padre cuando todavía era él mismo? Un hombre grande y valiente, ¿no es cierto?

—Ya lo creo que sí, madre. Sabía de todo, y podía

hacer cualquier cosa que se le ocurriese, ¡y cómo cantaba! Recuerdo que solías reírte y decir que lo hacía tan bien que hubiera podido hacer bailar a los molinos.

—Es cierto que lo decía, ¡válgame Dios! ¡Pero qué buena memoria tiene este chico! Anda, Gretel, quítale a tu padre esa aguja de hacer punto, rápido, no sea que se la clave en un ojo; y ponle los zapatos. Se pasa la mitad del día con los pies congelados, pero no puedo estar todo el tiempo tapándoselos, con todo lo que tengo que hacer... —Y entonces, medio quejándose medio murmurando, Dame Brinker se sentaba y llenaba la pequeña casita de campo con el zumbido que hacía al girar su rueca.

Hans y Gretel realizaban casi todo el trabajo al aire libre, así como las tareas caseras. Durante ciertas estaciones del año los niños tenían que salir todos los días a recoger turba, que almacenaban en bloques con forma de ladrillos para usarlos como combustible. Otras veces, cuando lo permitían las tareas caseras, Hans conducía a los caballos de tiro a lo largo de los canales, consiguiendo unos pocos *stivers*¹ al día; y Gretel cuidaba los gansos de los granjeros vecinos.

Hans era diestro en tallar madera, y tanto él como Gretel eran buenos jardineros. Gretel sabía cantar y coser, y correr sobre unos zancos grandes y altos, hechos en casa, mejor que ninguna otra niña a muchos kilómetros a la redonda. Podía aprenderse una balada en cinco minutos, y encontrar, en la temporada apropiada, cualquier hierba o flor que uno pudiese

1 Un *stiver* equivaldría hoy en día a unos 30 centavos de dólar.

mencionar; pero le tenía pavor a los libros y, a menudo, en la vieja escuela, la mera visión de la pizarra con las cuentas hacía que los ojos se le inundaran de lágrimas. Hans, por el contrario, era lento y perseverante. Cuanto más dura fuese la tarea, ya se tratase de sus estudios o del trabajo diario, más le gustaba. Los mismos niños que se burlaban de él fuera de clase, a causa de sus ropas remendadas y sus pobres calzones cortos de piel, no tenían más remedio que cederle el puesto de honor en casi todas las asignaturas del colegio. No tardó mucho en ser el único jovencito de la escuela al que no habían castigado ni siquiera una vez al rincón de los horrores, de donde colgaba un temido azote coronado con este lema:

«Leer, leer! Jou luigaart, of dit endje touw zal je leren!»²

La única estación del año en la que Hans y Gretel no tenían que ir al colegio era el invierno, y el último mes se lo habían pasado en casa, ya que su madre necesitaba ayuda. Raff Brinker requería cuidados constantes, y había que hacer el pan negro, mantener limpia la casa, y tejer calcetines y otras cosas para después venderlas en el mercado.

Mientras aquella fría mañana de diciembre se mantenían ocupados ayudando a su madre, una feliz tropa de chicos y chicas venía patinando a lo largo del canal. Entre ellos había buenos patinadores, y a medida que la abigarrada mezcolanza de vestimentas pasaba de largo, desde la distancia parecía como si el hielo se hubiera derretido de pronto y un alegre lecho de tulipanes flotara llevado por la corriente.

Allí estaban Hilda van Gleck, la hija del rico burgomaestre, con su costosas pieles y su capa suelta de terciopelo sobre los

2 ¡Aprendan!, ¡aprendan!, perezosos o las cuerdas de este azote serán las que los enseñen.

hombros; y cerca de ella, una bonita chica campesina, Annie Bouman, garbosamente vestida con una rústica chaqueta escarlata y una falda azul, lo suficientemente corta como para que se apreciaran bien las medias grises hechas en casa. También estaba allí la orgullosa Rychie Korbes, cuyo padre, el señor van Korbes, era uno de los hombres más importantes de Ámsterdam; y, revoloteando a su alrededor, Carl Schummel, Peter y Ludwig³ van Holp, Jacob Poot, y un niño muy pequeño que lucía con regocijo el rimbombante nombre de Voostenwalbert Schimmelpenninck. Además, en el grupo había otros veinte chicos y chicas, y todos ellos parecían rebosar de entusiasmo y alegría.

Aquella alegre pandilla patinaba de un lado a otro por el canal, a lo largo de un espacio como de un kilómetro⁴, compitiendo entre ellos por ver quién era más veloz. A menudo, a los más rápidos se les veía pasar a toda velocidad bajo la nariz de algún pomposo abogado o doctor que patinase tranquilamente de brazos cruzados camino de la ciudad; o una cadena de chicas debía partirse súbitamente ante la proximidad de algún gordo burgomaestre, que empuñando en ristre un bastón de puño dorado, avanzase jadeando de camino a Ámsterdam. Equipado con unos patines de aspecto espléndido —con lujosas correas y deslumbrantes cuchillas curvadas sobre el empeine de las botas, y coronados con bolas doradas— puede que lanzara con sus ojos obesos una mirada de soslayo, si alguna de las chicas se aventurase a hacerle una reverencia, pero no se hubiese atrevido a responder con una inclinación de cabeza por miedo a perder el equilibrio.

3 Ludwig, Gretel y Carl tenían nombres alemanes. En holandés, sus nombres hubieran sido Lodewyk, Grietje y Karel.

4 Una media milla.

En el canal no sólo había gente buscando divertirse o importantes hombres de estado, también lo atravesaban trabajadores de ojos cansados, con prisa por llegar a sus tiendas o fábricas; verduleras con su carga sobre la cabeza; buhoneros doblados por el peso de sus paquetes; barqueros de cabello enmarañado y caras legañosas, que se abrían paso a empujones; clérigos de mirada bondadosa, apresurándose quizá al lecho de un moribundo; y al cabo de un rato, grupos de niños con carteras colgadas a los hombros, zumbando en dirección a la distante escuela. Todas y cada una de estas personas llevaban patines, excepto un granjero embozado cuyo extraño carro avanzaba dando tumbos por el borde del canal.

Poco tiempo después, nuestro alegre grupo de chicos y chicas se había diluido casi del todo en aquella confusión de colores brillantes, movimiento constante y patines resplandecientes, que reflejaban con sus destellos la luz del sol. No hubiéramos vuelto a saber nada de ellos si no fuese porque de repente todo el grupo se detuvo, concentrándose en un lugar donde no estorbaban a los demás patinadores, para hablar con una preciosa damisela a la que habían apartado de entre la marea de gente que se dirigía a la ciudad.

—¡Oye, Katrinka! —dijeron al unísono—, ¿te has enterado de que hay una carrera? ¡Queremos que participes!

—¿Qué carrera? —preguntó Katrinka riendo—. No hablen a la vez, por favor, no entiendo lo que dicen.

Todos contuvieron el aliento y miraron a Rychie Korbes, a quien reconocían como portavoz del grupo.

¡Huy!, ¿no lo sabes? —dijo Rychie—, se trata del gran campeonato de patinaje que se va a celebrar el día 20,

coincidiendo con el cumpleaños de la Meurouw⁵ van Gleck. Lo ha organizado Hilda, y el mejor patinador recibirá un espléndido premio.

— ¡Sí! —interrumpió media docena de voces—, ¡un precioso par de patines de plata absolutamente magníficos! y, ¡oh!, ¡menudas correas, y qué campanillas y broches de plata!

—¿*Quién* ha dicho que tenían campanillas? —replicó la vocecita del niño con el gran nombre.

—*Yo* lo digo, señor Voost —replicó Rychie, iniciando una discusión general.

— ¿Entonces sí que tienen?

—No, estoy seguro de que no tienen.

—*Vaya*, ¿cómo puedes decir eso?

—Se trata de una flecha grabada.

—Pues el señor Van Korbes le dijo a *mi* madre que tenían campanillas.

Diversas voces se alzaron excitadas entre los miembros del grupo, hasta que el señorito Voostenwalbert Schimmelpenninck intentó dejar zanjado el asunto definitivamente:

—Bueno, ya veo que ninguno de ustedes sabe nada del tema. No tienen el símbolo de una campana, lo que tienen es...

5 Señora (se pronuncia Meffrou).

— ¡Vamos, hombre! —dijo alguien, haciendo estallar de nuevo un coro de opiniones discrepantes.

—El par de patines de las chicas tiene campanillas —señaló Hilda con voz sosegada—, pero habrá otro par para los chicos que lleva una flecha grabada a los lados.

— ¡Ahí lo tienen! ¡Ya lo dije! —dijeron a un tiempo casi todos los jovencitos.

Katrinka les miró asombrada.

—¿Quién va a participar? —preguntó.

—Todos nosotros —respondió Rychie—. ¡Va a ser tan divertido! Tú también debes hacerlo, Katrinka. Pero ya casi es la hora del colegio, ya terminaremos de hablar a mediodía. ¡Vaya! ¡Seguro que participas!

Sin responder, Katrinka ejecutó una grácil pirueta y, riendo, dijo con coquetería:

—¿No han oído la última campanada? ¡Atrápenme si pueden! —añadió, y salió disparada hacia el edificio de la escuela, situado a un kilómetro⁶ de distancia por el canal.


Todos partieron en tropel ante el desafío, pero en vano intentaron atrapar a la sonriente criatura de ojos brillantes que, con su cabello dorado ondulando a la luz del sol, echaba a menudo la vista atrás triunfante a medida que avanzaba deslizándose sin esfuerzo.

6 Una media milla.

¡Bella Katrinka! ¡Rebosante de juventud y vigor, toda ella vida, regocijo y movimiento! ¡Qué maravillosa tu imagen, siempre deslizándote hacia delante, pasando veloz aquella noche por los sueños de un muchacho! A quién podría sorprenderle que, años después, cuando te alejaste de él para siempre, sintiera que aquella era su hora más sombría.

CAPÍTULO 4

HANS Y GRETEL ENCUENTRAN A UNA AMIGA

 mediodía, nuestros jóvenes amigos salieron de la escuela con la intención de practicar en el canal durante una hora.

Apenas llevaban patinando unos instantes cuando Carl Schummel le dijo a Hilda en tono de burla:

— ¡Bonita pareja se acerca sobre el hielo! ¡Los pequeños traperos! Supongo que sus patines son un regalo personal del rey.

—Al menos son muy perseverantes —dijo Hilda con delicadeza—. Supongo que no les ha resultado fácil aprender a patinar sobre esos trastos tan extravagantes. Ya lo ves, son campesinos pobres. No me extrañaría que el chico hubiese fabricado él mismo los patines.

Carl se avergonzó un poco.

—Puede que sean perseverantes, pero si de lo que se trata es de patinar, al principio lo hacen bastante bien, pero terminan avanzando a trompicones. Creo que se moverían bien al ritmo de tu nuevo *staccato*.

Hilda rió con placer y se alejó de él. Tras alcanzar a un pequeño grupo de corredores y sobrepasarlos velozmente a todos, se detuvo junto a Gretel, que había estado contemplando la escena con entusiasmo.

— ¿Cómo te llamas, pequeña?

—Gretel, señorita —respondió la chiquilla, algo intimidada por la prestancia de Hilda, aunque eran casi de la misma edad—, y mi hermano se llama Hans.

—Hans es un muchacho fornido —dijo Hilda alegremente—, y parece como si llevara en su interior una estufa caliente, pero *tú* pareces pasar frío. Deberías abrigarte más, pequeña.

Gretel, que no tenía nada más que ponerse, intentó reír al tiempo que respondía:

—No soy tan pequeña. Ya hace tiempo que cumplí doce años.

—Oh, te pido perdón. Ya ves, yo cumpliré catorce dentro de poco, pero soy tan alta para mi edad que las demás niñas me parecen pequeñas. Pero eso no importa, puede que algún día crezcas y seas mucho más alta que yo; aunque eso no va a ocurrir si no te abrigas mejor, las chicas que pasan frío nunca crecen.

Hans se sonrojó al ver cómo las lágrimas asomaban a los ojos de Gretel.

—Mi hermana no se ha quejado del frío; pero dicen que hace un tiempo glacial —dijo mirándola con tristeza.

—Esto no es nada —respondió Gretel—. Cuando estoy patinando suelo pasar calor, demasiado calor. Pero eres muy buena por preocuparte, *jufvrouw*.¹

—No, no —respondió Hilda bastante enfadada consigo misma—. He sido desconsiderada y cruel, pero ha sido sin querer. Mi intención era preguntarles... es decir... si... —al llegar a este punto titubeó, al contemplar a aquellos niños pobremente vestidos pero de mirada noble, a quienes deseaba ayudar.

¿De qué se trata, señorita? —preguntó Hans ansioso—
¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿Algo...?

— ¡Oh, no, no! —dijo Hilda riendo y sacudiéndose su azoramiento— Sólo quería hablarles de la gran carrera. ¿Por qué no participan? Ambos patinan bien y la inscripción es gratuita. Todo el mundo puede competir por el premio.

Gretel lanzó a Hans una mirada de melancolía, y éste, tocándose el gorro, respondió con cortesía:

—Ah, señorita, aunque pudiéramos participar, sólo conseguiríamos patinar unos cuantos pasos con los demás. Como puede ver, nuestros patines están hechos con dura madera —y al tiempo que lo decía le mostró la suela del pie—, así que no tardan en humedecerse, y se atascan, haciéndonos tropezar.

Un pícaro brillo asomó a los ojos de Gretel al recordar la

1 Señorita (se pronuncia yufrou). Para dirigirse a alguien de manera formal o cortés se utiliza *jongvrouwe* (se pronuncia yaunfrou).

caída que había sufrido Hans aquella misma mañana, pero se ruborizó al decir con timidez:

—Oh, no. No podemos participar, pero ¿podemos ir a ver lo que sucede ese gran día, señorita?

—Desde luego —respondió Hilda, mirando con amabilidad a aquellos rostros anhelantes, y lamentando de corazón haber gastado tanto de su asignación mensual en cintas y adornos. Nada más le quedaban ocho *kwartjes*², así que, como mucho, sólo le alcanzaría para comprar un par de patines. Desalentada, miró los pies de los hermanos, de tamaño tan diferente, y preguntó:

— ¿Cuál de ustedes dos patina mejor?

—Gretel —replicó Hans con prontitud.

—Hans —respondió Gretel en un suspiro.

Hilda sonrió.

—No puedo comprar un par para cada uno. Ni siquiera puedo comprar un buen par de patines; pero aquí tienen ocho *kwartjes*. Decidan cuál de ustedes tiene más posibilidades de ganar la carrera y que sea ése quien se los compre. Ojalá tuviese suficiente como para conseguir unos patines mejores. ¡Adiós!
—Y tras entregarle el dinero a un estupefacto Hans, con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa,

2 Un *kwartje* es una pequeña moneda de plata que vale un cuarto de *guilder*, aproximadamente 10 centavos de dólar [N. del T.: Hoy equivaldría a 1,45 dólares].

se alejó deslizándose rápidamente para unirse a sus compañeros.

— ¡Señorita! ¡Señorita von Gleck! —dijo Hans alzando la voz, mientras salía dando tumbos tras ella todo lo rápido que podía, ya que llevaba desatada la correa de uno de los patines.

Hilda dio media vuelta y se cubrió los ojos con una mano para protegerlos del sol, y cuando Hans la vio aproximándose a él, le pareció como si ella avanzara flotando por el aire.

—No podemos aceptar este dinero —dijo Hans jadeando—, aunque le estamos muy agradecidos por su generosidad.

— ¿Por qué no? —preguntó Hilda sonrojándose.

—Porque —replicó Hans haciendo una cómica reverencia, pero con la mirada que daría un príncipe a una princesa— no nos lo hemos ganado.

Hilda era una chica ingeniosa y pensó rápidamente en algo. Había notado que Gretel llevaba al cuello una bonita cadena de madera.

—Tengo una idea, Hans, tállame una cadena como la que lleva tu hermana.

—Así lo haré, señorita, con todo mi corazón. En casa tenemos madera de tulípero, suave como el marfil; mañana tendrá una —y mientras hablaba intentaba devolverle rápidamente el dinero.

—No, no —dijo Hilda con decisión—. Esta cantidad ni siquiera representa el precio justo de la cadena

—y habiendo dicho eso se alejó rauda, adelantando incluso a los patinadores más veloces.

Hans se quedó mirándola un largo rato, aturdido; reconociendo que era inútil seguir resistiéndose.

—De acuerdo —murmuró entre dientes un poco para sí mismo y un poco para Gretel, que le seguía como su sombra fiel—, tendré que aprovechar bien cada minuto y trabajar duro hasta bien entrada la madrugada, si es que madre me permite gastar una vela; pero terminaré la cadena. Podremos quedarnos el dinero, Gretel.

— ¡Qué señorita tan buena! —dijo ella excitada dando palmas con alegría—. ¡Oh, Hans! ¿Tendrá esto que ver con la cigüeña que se posó sobre nuestro tejado el verano pasado? ¿Recuerdas que madre dijo que nos traería suerte, y cómo gritó cuando Janzoon Kolp la disparó? Dijo que le traería problemas. ¡Pero por fin hemos tenido un golpe de suerte! Escúchame, Hans, si madre nos envía mañana a la ciudad, podrás comprarte unos patines en el mercado.

Hans negó con la cabeza.

—Es verdad que la señorita nos ha dado el dinero para comprar unos patines, pero si lo *gano*, Gretel, será para gastarlo en lana. Necesitas una chaqueta que te abrigue.

— ¡Oh! —exclamó ella consternada—. ¡No quieres comprar los patines! ¿Por qué? ¡Ya no paso frío con tanta frecuencia! Madre dice que la sangre recorre



Hilda le dio dinero a Hans para comprarse un par de patines plateados.

el cuerpo de los niños pobres repitiendo sin parar: «¡Debo mantenerlo caliente, debo mantenerlo caliente!». Oh, Hans —continuó diciendo, en medio de una especie de sollozos—, no me digas que no vas a comprar los patines, me dan ganas de llorar. Además, quiero sentir frío, ¡ahora mismo tengo mucho, muchísimo calor!

Hans se apresuró a mirarla. Sentía un auténtico horror holandés hacia el llanto o las emociones de cualquier tipo, y por encima de todo, le horrorizaba ver los ojos de su hermana inundados de lágrimas.

—Ahora presta atención —exclamó Gretel aprovechando su ventaja—. Si renuncias a los patines me sentiré fatal. *No* los quiero, no soy tan mezquina; pero quiero que *tú* los tengas, y ya los heredaré yo cuando crezca. Vamos, cuenta el dinero, Hans. ¿Habías visto alguna vez tantas monedas juntas?

Hans manoseaba pensativo las monedas que tenía en la palma de la mano. Jamás había deseado tanto un par de patines. Como cualquier muchacho normal, ahora que sabía lo de la carrera deseaba ardientemente poder poner a prueba su habilidad compitiendo con otros chicos. Estaba seguro de que con un buen par de cuchillas de acero podría adelantar fácilmente a la mayoría de los chicos del canal. Además, lo que Gretel decía tenía sentido. Por otro lado, sabía que con unos buenos patines y gracias a su constitución fuerte pero pequeña y ágil, a su hermana le bastaría con una semana de entrenamiento para patinar mejor que Rychie Korbes, o incluso que Katrinka Flack. Nada más darse cuenta de ello,

tomó una decisión firme. Si no le compraba la chaqueta a Gretel, le compraría los patines.

—No, Gretel —respondió al fin—, yo puedo esperar. Algún día ahorraré lo suficiente como para comprarme un buen par. Estos son para ti.

A Gretel le brillaban los ojos; pero poco después volvió a intentarlo otra vez, aunque más débilmente:

—La señorita te ha dado el dinero a *ti*, Hans. Estaría muy mal de mi parte si yo me lo quedara.

Hans, decidido, negó con la cabeza mientras avanzaba dando grandes zancadas, haciendo que su hermana tuviera que caminar dando saltitos para mantenerse a su lado; por entonces ya se habían quitado las «mecedoras» de madera, y se apresuraban a llegar a casa para contarle a su madre las buenas noticias.

— ¡Oh! ¡Ya sé qué hacer! —exclamó Gretel con alegría—. Sólo tienes que comprar un par de una talla algo más pequeña que la tuya y un poco más grande que la mía, y así podremos usarlos por turnos. ¿No sería estupendo? —dijo Gretel dando palmas de nuevo.

¡Pobre Hans! Aquella idea suponía una gran tentación para él, pero la alejó de su mente como el chico valiente que era.

—Eso no tiene sentido, Gretel. Nunca podrías patinar con una talla mayor que la tuya. Con los que tienes ahora dabas traspies como una gallina ciega antes de

que yo curvase sus extremos. No hay más que hablar, tienen que ser exactamente de tu talla, y hasta que llegue el día veinte tendrás que aprovechar para practicar cada oportunidad que tengas. Mi pequeña Gretel conseguirá los patines de plata.

De sólo imaginarlo Gretel se puso muy contenta, tanto que no podía parar de reír.

— ¡Hans! ¡Gretel! —llamó una voz familiar.

— ¡Ya vamos, madre! —respondieron apresurándose en dirección a la casita de campo, con las monedas de plata aún tintineando en la mano de Hans.

Al día siguiente, al contemplar a su hermana deslizándose con destreza, pasando como si volara entre los patinadores que abarrotaban el canal a la puesta de sol, no había un chico más orgulloso ni más feliz en toda Holanda que Hans Brinker. La bondadosa Hilda le había regalado a Gretel una cálida chaqueta, y la señora Brinker había reparado sus zapatos reventados hasta dejarlos en condiciones. Mientras la pequeña niña patinaba de un lado a otro a toda velocidad, rebosante de gozo, sin darse cuenta de las muchas miradas de asombro que se centraban en ella, sintió como si los brillantes patines que tenía en los pies la hubiesen transportado de repente a un país de fantasía, al tiempo que las palabras «¡Querido Hans, mi buen Hans!», resonaban una y otra vez en su agradecido corazón.

—*By den donder!* —exclamó Peter van Holp dirigiéndose a Carl Schummel—. Qué bien patina aquella pequeña de la chaqueta roja y la falda


remendada. *Gunst!* ¡Es como si tuviera dedos en los talones y ojos en la nuca! Mírala. Tendría gracia que al final acabara participando en la carrera y derrotando a Katrinka Flack.

— ¡Tranquilo! ¡No te emociones! —replicó Carl con desdén—. Esa andrajosa señorita es la mascota particular de Hilda van Gleck. Si no me equivoco, esos brillantes patines son un regalo de ella.

— ¡Vaya, vaya! —exclamó Peter con una sonrisa radiante, puesto que Hilda era su mejor amiga—. ¡Veo que una vez más ha obrado muy bien! —y habiendo dicho esto, el señorito Van Holp trazó en el hielo un doble 8, luego una gran P, después dio un salto, hizo una H, y se deslizó hasta situarse al lado de Hilda.

Dos días después, la víspera de San Nicolás, tras gastar tres velas y hacerse un corte en el dedo, Hans pudo ir al mercado de Ámsterdam a comprarse otro par de patines.

SOMBRAS EN EL HOGAR

ué bondadosa era Dame Brinker! Aquel mediodía, tan pronto como terminaron el escaso almuerzo, se vistió con sus ropas de fiesta en honor a San Nicolás. «Esto alegrará a los niños», se dijo a sí misma, y estaba en lo cierto. Durante los últimos diez años apenas había usado aquel alegre vestido. Anteriormente, en la época en la que todo el mundo la conocía como la bella jovencita Klenck, le había prestado un buen servicio, habiéndolo lucido en numerosos bailes y *kermis*. Durante el tiempo que había permanecido custodiado ceremoniosamente en el viejo baúl de roble, los niños habían podido echarle un rápido vistazo algunas veces, y por más desvaído y deshilachado que estuviese, a ellos les seguía pareciendo maravilloso. Tenía un canesú de lino blanco, que ahora rodeaba el cuello regordete de su madre, y que desaparecía bajo un corpiño ajustado, confeccionado con tela azul hecha en casa, y una falda de un marrón rojizo ribeteada de negro. Los mitones de lana y el elegante gorro que dejaba ver su cabello, que generalmente llevaba oculto, la hacían parecer a los ojos de Gretel casi como una princesa, mientras que el señorito Hans la miraba serio y guardando la compostura.

Pronto, la pequeña doncella, se puso a bailar extasiada de admiración alrededor de su madre, mientras se peinaba sus propias trenzas doradas.

— ¡Oh, madre, madre, madre, qué bella eres! ¡Mira Hans! ¿No es como contemplar un cuadro?

—Igual que un cuadro —dijo Hans asintiendo alegremente—, *exactamente* igual... lo único que no me gusta es esa especie de calcetines en las manos.

— ¿Cómo pueden no gustarte los mitones, hermano Hans? No lo entiendo, son muy importantes, fíjate, cubren toda la parte roja. Oh, madre, qué blanco es tu brazo allí donde termina el mitón, más blanco que el mío, oh, mucho más. Te aseguro, madre, que el corpiño te aprieta. ¡Estás creciendo! ¡Seguramente estás creciendo!

Dame Brinker se echó a reír.

—Este vestido fue hecho hace mucho tiempo, cariño, cuando mi cintura no era mucho más gruesa que una batidora de mantequilla. ¿Te gusta el gorro? — dijo girando la cabeza de un lado a otro.

—Oh, me *encanta*, madre. ¡Es pre-cio-so! ¡Fíjate! ¡Padre te está mirando!

¿Estaba de verdad mirando? En efecto, pero con una mirada sin vida. Su esposa se giró hacia él dando un respingo, con una especie de rubor asomando a sus mejillas y una chispa de esperanza en los ojos. Pero el brillo de su mirada se apagó en un instante.

—No, no —dijo suspirando—, no puede ver nada. Vamos, Hans —ordenó con una débil sonrisa de nuevo en su rostro—, no te quedes ahí mirándome boquiabierto todo el día mientras los nuevos patines te esperan en Ámsterdam.

—Pero, madre —replicó él—, tú necesitas tantas cosas. ¿Cómo podría yo comprarme unos patines?

—No digas tonterías, niño. Te dieron el dinero, o lo que es lo mismo, el trabajo, con un propósito determinado. Así que vete, ahora que todavía el sol está alto.

— ¡Sí, y date prisa en volver, Hans! —dijo Gretel riendo—. Si madre nos deja, esta noche echaremos una carrera en el canal.

Ya estaba en el umbral, cuando se giró para decir:

—Madre, tu rueda necesita un pedal nuevo.

—Tú puedes hacerme uno, Hans.

—Desde luego que sí, y no nos costará dinero. Pero necesitas plumas, y lana, y comida, y...

— ¡Bueno, bueno! Déjalo ya. Tampoco puedes comprarlo todo con tus monedas. ¡Oh, Hans! Ojalá pudiéramos esta hermosa noche de San Nicolás recuperar el dinero que nos robaron. ¡Qué felices estaríamos! Justo anoche le pedí en oración al buen santo que...

— ¡Madre! —le interrumpió Hans decepcionado.

— ¿Por qué no, Hans? ¡Debería darte vergüenza reprochármelo! En realidad, soy tan buena protestante como cualquiera de esas mujeres elegantes que asisten a la iglesia, pero no hay nada de malo en acudir de vez en cuando al bueno de San Nicolás. ¡Vaya! Estaría bueno que uno no pudiera hacerlo sin que sus niños se enfadasen, y eso que es el santo patrón de ustedes. ¡Caramba! Ahora va a resultar que el potrillo es mejor caballo que la yegua.

Hans conocía a su madre demasiado bien, y cuando empezaba a hablar rápido y en un tono agudo —lo que solía ocurrir cuando hablaba del dinero desaparecido— era mejor no contradecirla, así que preguntó con amabilidad:

— ¿Y qué es lo que le has pedido al buen San Nicolás, madre?

—Que los ladrones sean incapaces de conciliar el sueño hasta que nos devuelvan lo que nos robaron, ya lo creo, si es que tiene poder para hacer ese tipo de cosas, y si no, que aguce nuestro ingenio para que podamos encontrarlo nosotros mismos. Como tú bien sabes, Hans, no lo he vuelto a ver desde el día en que tu querido padre tuvo el accidente.

—Es verdad, madre —respondió con tristeza—, a pesar de casi haber puesto la casa del revés buscándolo.

—Sí, pero no sirvió de nada —se quejó ella—. Nadie mejor para hallar algo que aquel que lo ocultó.

Hans se sorprendió.

— ¿Crees que padre pudo decir algo? —preguntó misteriosamente.

—En efecto, así es —respondió Dame Brinker asintiendo con la cabeza—, eso es lo que pienso. Pero tampoco quiere decir nada, no hay día que no cambie de opinión al respecto. Puede que el padre de ustedes pagase totalmente el gran reloj de plata que guardamos desde aquel día. Pero no... me resulta imposible creerlo.

—El reloj no vale ni la cuarta parte del dinero, madre.

—No, desde luego, y tu padre fue un hombre juicioso hasta el último momento. Era demasiado sensato y ahorrador como para hacer tonterías.

—Me pregunto de dónde habrá salido el reloj —dijo Hans entre dientes, casi hablando consigo mismo.

Dame Brinker balanceó la cabeza y observó con tristeza a su marido, que estaba sentado con la mirada perdida en el suelo. Gretel permanecía sentada junto a él, haciendo punto.

—Jamás lo sabremos, Hans. Se lo he enseñado a tu padre muchas veces, pero él no lo distinguiría de una patata. Cuando llegó a casa a cenar aquella terrorífica noche, me entregó el reloj y me pidió que lo cuidase bien hasta que me lo pidiese de nuevo. Tan pronto como abrió los labios para decir algo más, Broom Klatterboost entró corriendo con la noticia de que el dique estaba en peligro. ¡Ah! ¡Las aguas fueron terribles aquella santa semana de Pentecostés!

¡Ay de mí! Mi hombre agarró sus herramientas y salió corriendo. Aquella fue la última vez que le vi en su sano juicio. Lo trajeron de vuelta hacia la medianoche, medio muerto, con su pobre cabeza toda magullada y llena de cortes. Con el tiempo se le pasó la fiebre, pero siguió con la mente ida; e incluso fue poniéndose peor. Nunca lo sabremos.

Hans ya había escuchado antes todo aquello. En momentos de gran necesidad, había visto más de una vez a su madre sacar el reloj de su escondite, casi decidida a venderlo, pero siempre se había repuesto a la tentación.

—No, Hans —solía decir—, ¡antes pasar hambre que incumplir la promesa dada a tu padre!

El recuerdo de una de aquellas escenas cruzó entonces la mente de su hijo. Tras suspirar profundamente y tirarle un trocito de cera a Gretel al otro lado de la mesa, dijo:

—Sí, madre, has sido muy valiente al guardarlo, muchas lo habrían cambiado hace tiempo por algo de oro.

— ¡Así se les caiga la cara de vergüenza! —exclamó ella indignada—. *Yo jamás lo haría.* Además, la gente de clase alta nos trata tan mal a los pobres, que al verlo en nuestro poder, por muchas explicaciones que hubiésemos dado, habrían sospechado que su padre...

Hans se puso rojo de ira.

— ¡Más les valdría no *atreverse* a decir tal cosa! Porque si lo hicieran, yo, yo...

Apretó el puño como si pensara que el resto de la frase era demasiado horrible como para pronunciarla en presencia de su madre.

Dame Brinker sonrió orgullosa, emocionada hasta las lágrimas, ante esta interrupción.

—Ah, Hans, eres un muchacho verdaderamente valiente. Nunca nos desharemos del reloj. Puede que tu querido padre, en su lecho de muerte, recupere la razón y pregunte por él.

— ¡Que recupere la razón! —dijo Hans repitiendo las palabras de su madre—. ¿Crees que podría recuperarse y volver a reconocernos?

—Claro, pequeños —dijo ella casi en susurros—, tales cosas suceden a veces.

Por entonces, Hans ya casi se había olvidado del recado que se había propuesto realizar en Ámsterdam. Su madre no solía hablarle con tanta familiaridad. En aquel momento se sintió como si fuese no sólo su hijo, sino también su amigo y su consejero.

—Tienes razón, madre, nunca nos desharemos del reloj. Por amor a padre lo guardaremos siempre. Sin embargo, puede que el dinero aparezca cuando menos lo esperemos.

— ¡Jamás! —exclamó la señora Brinker, dando una última puntada de aguja con un gesto brusco, y dejando el tejido de golpe y sin terminar sobre su regazo—. ¡No hay ninguna posibilidad! ¡Mil *guilders*! ¡Y todos desaparecidos de repente! Mil *guilders*... ¡Oh! ¿Qué habrá sido de ellos? Si desaparecieron por

causa de algún malvado, ese ladrón habrá tenido que prestar cuentas por ello en su lecho de muerte... ¡No creo que se atreviera a morir con ese peso en el alma!

—Puede que no haya muerto todavía —respondió Hans intentando tranquilizarla—; es posible que algún día tengamos noticias de él.

—Ah, mi niño —dijo ella cambiando el tono de voz—, ¿cuándo hemos tenido *aquí* ladrones? Este siempre ha sido un lugar seguro y tranquilo, ¡gracias a Dios! Pero no bueno, y por eso su padre y yo ahorrábamos y ahorrábamos, para poder tener alguna reserva. «Si añades un poco a lo poco y lo haces así con frecuencia, pronto llegará a ser mucho». Y en verdad, así fue como sucedió, aparte de que el padre de ustedes ya tenía una buena suma por los servicios prestados en las tierras de Heernoct, en la época de la gran inundación. Cada semana apartábamos un *guilder*, a veces más, porque él hacía horas extra y le pagaban más por ellas. Todos los sábados por la noche poníamos algo aparte, excepto cuando tú, Hans, tuviste la fiebre, y cuando nació Gretel. Al final, la bolsa se llenó tanto que tuve que remendar un viejo calcetín y comenzamos de nuevo. Al volver la vista atrás, creo recordar que lo llenamos hasta el talón en unas pocas semanas dichosas. En aquella época, si un hombre trabajaba bien en la construcción, podía conseguir una buena paga. El calcetín siguió llenándose con monedas de cobre, de plata y... ¡ay!, también de oro. Sí, Gretel, no te sorprendas. Yo solía

reírme, y le decía que si seguía usando mi vestido viejo no era porque fuésemos pobres. Mientras tanto el calcetín seguía llenándose, y tan lleno estaba, que algunas veces que me despertaba en medio de la noche salía del lecho y, sin hacer ruido, iba a sentir su peso a la luz de la luna. Después me arrodillaba y daba gracias al Señor de que mis pequeños pudiesen algún día adquirir una buena educación, y de que su padre pudiese descansar de su trabajo al llegar la vejez. En ocasiones, durante la cena, él y yo hablábamos sobre la posibilidad de construir una nueva chimenea, o un buen establo de invierno para la vaca; pero mi hombre, ciertamente, tenía planes incluso mejores que esos. «Una gran vela», solía decir, «recoge bien el viento... pronto podremos hacer lo que queramos», y entonces nos poníamos a cantar juntos mientras yo fregaba los platos. Ah, «un mar en calma hace que sea fácil llevar el timón», los días pasaban sin que hubiese nada que me incomodase. Todas las semanas él sacaba el calcetín, metía el dinero, y reía y me besaba mientras lo volvíamos a anudar. ¡Pero vamos, Hans! ¿Qué haces ahí sentado con la boca abierta mientras se te va el día? —añadió bruscamente Dame Brinker, sonrojándose al darse cuenta de que se había sincerado demasiado con su hijo—. Ya deberías haberte puesto en camino.

Hans se había sentado y miraba con semblante serio a su madre. Se levantó, y casi en susurros, le preguntó:

— ¿Alguna vez lo *intentaste*, madre?

Ella comprendió a qué se refería.

—Sí, hijo, a menudo. Pero tu padre se limita a reírse, o se queda mirándome fijamente con una expresión tan extraña que se me quitan las ganas de seguir preguntando. El invierno pasado, cuando tú y Gretel tuvieron las fiebres, casi se nos acaba el pan, y yo no podía salir a ganar algo por miedo a que muriesen mientras estuviese fuera, ¡vaya, ya lo creo que lo intenté! Le acaricié los cabellos y le susurré al oído con la dulzura de un gatito, preguntándole por el dinero, dónde estaba, quién lo tenía. ¡Ay de mí! Me agarraba de la manga y balbuceaba cosas sin sentido hasta que ya no podía soportarlo más. Finalmente, mientras Gretel yacía más blanca que la nieve y tú delirabas en tu cama, le *grité*. Sentí que *tenía* que oírme: «¡Raff! ¿Dónde está nuestro dinero, el dinero de la bolsa y el del calcetín, el que estaba en el baúl grande?». Pero fue como hablar con la pared, podría haber...

La voz de su madre sonaba tan extraña y sus ojos brillaban tanto que Hans, sintiéndose de repente muy inquieto, le puso la mano en el hombro.

—Vamos, madre —dijo—, intentemos olvidar lo del dinero. Yo soy grande y fuerte, y Gretel es espabilada y voluntariosa. Pronto prosperaremos de nuevo; y además, Gretel y yo preferimos verte feliz y alegre a tener toda la plata del mundo, ¿no es cierto, Gretel?

—Madre lo sabe —dijo Gretel sollozando.

CAPÍTULO 6

RAYOS DE SOL

Dame Brinker se sorprendió al ver cómo se emocionaban sus hijos, y se quedó contenta también, porque demostraba lo cariñosos y leales que eran.

Las bellas señoras, que viven en mansiones principescas, suelen sonreír repentina y dulcemente, llenando de alegría hasta el aire que les rodea; pero dudo de que su sonrisa sea tan agradable a los ojos de Dios como aquella que brota de la sana alegría del chico y la chica pobremente vestidos en la humilde casita del campo. Dame Brinker sintió que había sido egoísta. Sonrojada y de buen ánimo, se secó rápidamente las lágrimas y les miró como sólo una madre puede hacerlo.

— ¡Qué cabezas de chorlito! ¡Ya casi es la noche de San Nicolás y nosotros aquí charlando! ¡No me extraña que el hilo me esté pinchando los dedos! Vamos, Gretel, toma este centavo¹ y mientras Hans consigue sus patines cómprate un gofre en la plaza del mercado.

—Deja que me quede en casa contigo, madre —dijo Gretel con los ojos humedecidos por las lágrimas—. Ya me comprará Hans un pastel.

1 Un centavo holandés vale la mitad que un centavo estadounidense.

—Como quieran, niños. Y tú, Hans, espera un momento. Con tres puntadas más terminaré esta puntera, y así podrás llevarte un par de calcetines, tan bueno como el mejor que haya cosido nunca (aunque el hilo es un poco áspero), para venderlo en el calcetero de la *Heireen Gracht*.² Si negocias bien, podremos conseguir tres cuartos de *guilder*; y como es tiempo de comer bien, puedes comprar cuatro gofres. Al final, celebraremos la fiesta de San Nicolás y todo.

Gretel aplaudió de gozo.

— ¡Eso será estupendo! Annie Bouman me ha contado lo bien que lo pasan en las grandes mansiones en noches como esta. Pero nosotros también estaremos felices. Hans tendrá unos preciosos patines nuevos... ¡y además tendremos gofres! ¡Oh! Ten cuidado no los vayas a partir, hermanito. Envuélvelos bien y guárdatelos con mucho cuidado debajo de la chaqueta.

—Naturalmente —respondió Hans bastante ceñudo, pero muy contento y dándose aires de importancia.

— ¡Oh, madre! —exclamó Gretel con gozo—. Pronto estarás ocupada con padre, y ahora sólo estás haciendo punto. ¡Cuéntanos todo lo que sepas sobre San Nicolás!

La señora Brinker se rió al ver a Hans colgar su sombrero y disponerse a escuchar.

2 Una calle de Ámsterdam.

—Tonterías, niños —dijo ella—. Ya se lo he contado muchas veces.

— ¡Cuéntanoslo otra vez! ¡Oh, por favor, *hazlo* de nuevo! —pidió emocionada Gretel, dejándose caer sobre el maravilloso banco de madera que su hermano había hecho para el último cumpleaños de su madre. Hans, que no quería parecer un crío, pero estaba deseando escuchar la historia, permaneció junto al fuego de la chimenea, balanceando sus patines para hacerse el distraído.

—Bueno, niños, se lo contaré, pero nunca más vuelvan a desperdiciar las horas de luz de esta forma. Agarra el ovillo, Gretel, y deja que tu calcetín crezca a medida que hablamos. Para abrir los oídos no necesitas cerrar los dedos. San Nicolás, como saben, es un santo maravilloso. Siempre está atento para poder ayudar a los marineros, pero lo que más le preocupa son los niños y las niñas. Pues bien, hace mucho tiempo, cuando aún vivía en la Tierra, un mercader de Asia envió a sus tres hijos a una gran ciudad, llamada Atenas, para que adquiriesen conocimiento.

— ¿Está Atenas en Holanda, madre? —preguntó Gretel.

—No lo sé, pequeña. Probablemente sí.

—Oh, no, madre —dijo Hans respetuosamente—. Hace tiempo que lo estudiamos en geografía. Atenas está en Grecia.

—Bien —dijo la madre retomando la historia—, ¿y qué

más da? Por mí como si pertenece al rey. En cualquier caso, este rico mercader envió a sus hijos a Atenas; y de camino allí, se detuvieron para hacer noche en una posada destartalada, con la intención de reanudar su marcha a la mañana siguiente. Pues bien, vestían ropas muy elegantes, como de terciopelo y seda, tal y como suelen vestir los hijos de los ricos en cualquier lugar del mundo, e, igualmente, llevaban cinturones llenos de dinero. ¿Qué ocurrió? Pues que el dueño de la posada urdió un plan para matar a los niños y quedarse con todo el dinero y las hermosas ropas, así que aquella noche, mientras todo el mundo dormía, se levantó y asesinó a los tres jóvenes señoritos.

Gretel juntó las manos y empezó a temblar, pero Hans hizo como si las muertes y asesinatos fueran para él algo común y corriente.

—Pero eso no fue lo peor de todo—continuó diciendo Dame Brinker mientras cosía despacio, intentando no perder la cuenta de las puntadas al hablar—, ni muchísimo menos. El horrendo posadero descuartizó sus cuerpos en pequeños trozos y los arrojó a un gran barril con salmuera, ¡con la intención de venderlos como cerdo en escabeche!

— ¡Oh! —exclamó Gretel impresionada por aquel horror, aunque ya había escuchado antes aquella historia muchas veces. Hans continuó impassible, como si el escabeche fuera la mejor opción, dadas las circunstancias.

—Sí, los escabeché, y lo más normal hubiera sido

pensar que eso suponía el fin de aquellos jovencitos, pero no. Aquella misma noche, San Nicolás tuvo una prodigiosa visión. En ella vio cómo descuartizaba el posadero a los hijos del mercader. No tuvo necesidad de darse prisa, ya saben, porque es un santo, pero a la mañana siguiente fue a la posada y acusó al posadero del crimen. Cuando el malvado lo confesó de principio a fin, y cayó de rodillas pidiendo perdón, se sintió tan mal por lo que había hecho que le rogó al santo que devolviese a los jóvenes señoritos a la vida.

— ¿Y lo hizo así el santo? —preguntó Gretel encantada, sabiendo bien cuál sería la respuesta.

—Por supuesto que sí. Sus pedazos en escabeche se juntaron en un instante y los tres caballeros salieron de un salto del barril de salmuera; se arrojaron a los pies de San Nicolás y él les dio su bendición, y... ¡Oh, por el amor de Dios! ¡Hans, si no sales ahora mismo se te hará de noche durante el camino de vuelta!

Al llegar a este punto Dame Brinker estaba casi sin aliento y sin nada más que contar. No podía recordar la última vez que sus hijos habían desperdiciado ociosos de aquella manera toda una hora del día, y sólo de pensar en un lujo tal quedó consternada. Intentando compensar lo sucedido, empezó a correr por la habitación dándose mucha prisa, arrojando un trozo de leña al fuego, limpiando el polvo invisible de la mesa y entregándole a Hans el calcetín terminado, todo en un instante.

—Vamos, Hans —dijo al ver a su hijo demorarse junto a la puerta—, ¿a qué esperas, cariño?

Hans dio un beso a su madre en la mejilla regordeta, aún sonrosada y tersa, a pesar de todos sus problemas.

—Mi madre es la mejor del mundo, y me encantaría tener un par de patines, pero... —Y mientras se abotonaba la chaqueta observó preocupado la extraña figura agachada junto al hogar de la chimenea—. Si con mi dinero pudiera traer a un *meester*¹ de Ámsterdam para que viese a padre, quizá todavía podría hacerse algo.

—Un *meester* no aceptaría venir ni por el doble de dinero, Hans, y tampoco conseguiría nada viniendo. ¡Ah! Cuántos buenos *guilders* gasté en el pasado intentándolo, pero su querido padre no quiso despertar. Es la voluntad de Dios. Márchate, Hans, y compra los patines.

Hans salió de allí con un peso en el corazón, pero como era un corazón joven y estaba en el pecho de un niño, en menos de cinco minutos ya caminaba silbando alegremente. Su madre le había llamado «cariño», y aquello era suficiente como para iluminar el día más nublado. Los holandeses no se tratan entre ellos de la forma tan afectuosa en que lo hacen los franceses o los alemanes; pero Dame Brinker había bordado en su juventud para una familia de Heidelberg, y trasladado hasta su rudo hogar aquella forma cariñosa de tratarse, para utilizarla en momentos de extremo amor y ternura.

Así que, el «¿a qué esperas, cariño?», resonaba como una canción de fondo mientras seguía silbando, y le hacía sentir que aquel recado era una bendición.

1 Doctor (en holandés, *dokter*), llamado *meester* por la gente de clase social humilde.

HANS CONSIGUE LO QUE DESEA

Broek, con sus calles silenciosas e inmaculadas, sus arroyos congelados, sus caminos empedrados con ladrillos de color amarillo y sus resplandecientes casas de madera, estaba en las cercanías. Era un pueblo donde florecían la pulcritud y el orden, pero en el que los habitantes parecían estar dormidos o muertos.

Ni una huella estropeaba los caminos de arena, donde los guijarros y las conchas marinas formaban caprichosos diseños. Todas las contraventanas estaban cerradas a cal y canto, como si el aire y la luz del sol fueran venenosos; y las enormes puertas delanteras de las casas nunca se abrían, como no fuese para una boda, un bautizo o un funeral.

Plácidas nubes de humo de tabaco salían flotando desde habitaciones ocultas, y los niños, que hubieran dado vida a aquel lugar, se encontraban estudiando donde no estorbasen o patinando en el canal vecino. Unos pocos lobos y pavos reales vigilaban los jardines, aunque sin haber disfrutado nunca del lujo de ser de carne y hueso. Podados en setos, parecían guardar los terrenos con una especie de ferocidad vegetal. Algunos autómatas animados, patos, mujeres y deportistas, permanecían almacenados en casetas de verano, esperando la llegada de la primavera para que alguien les diese cuerda y

poder rivalizar en animación con sus dueños; y los brillantes tejados, los patios de mosaicos y los relucientes adornos de las casas, resplandecían en silencioso homenaje al cielo, donde jamás hay una mota de polvo.

Hans echó un vistazo al pueblo, al tiempo que hacía tintinear sus *kwartjes* de plata y se preguntaba si sería realmente verdad, como a menudo había escuchado, que alguna gente de Broek era tan rica que usaba utensilios de cocina de oro macizo.

Había visto los quesos dulces de la señora Van Stoop en el mercado, y sabía que la distinguida dama ganaba muchos *guilders* de brillante plata vendiéndolos. Pero, ¿pondría a madurar la cuajada en ollas de oro? ¿Usaría una desnatadora de ese metal? Cuando sus vacas estaban en los establos de invierno, ¿de verdad llevaban los rabos atados con cintas y lazos?

Estos eran los pensamientos que recorrían su mente mientras tomaba el camino hacia Ámsterdam, a unos ocho kilómetros¹ de distancia, al otro lado del congelado Y.² El hielo del canal era perfecto, pero sus patines de madera, de los que pronto se desharía, chillaban en una especie de último adiós a medida que rozaban y raspaban el hielo.

Tras cruzar la Y, vio venir patinando nada menos que al gran doctor Boekman, el médico y cirujano más famoso de Holanda. Era la primera vez que Hans se lo encontraba, pero había visto grabados con su imagen en muchos de los escaparates de las tiendas de Ámsterdam. Su rostro era de esos que uno nunca olvida. Delgado y enjuto, a pesar de ser holandés, con unos ojos azules de mirada severa y unos

1 Cinco millas.

2 Se pronuncia «ái», y es un brazo del *Zuiderzee*.

singulares labios apretados, que parecían decir: «se prohíbe sonreír»; no era, ciertamente, un personaje muy alegre o sociable, ni tampoco alguien a quien un muchacho instruido hubiese querido acercarse de forma espontánea.

Pero Hans *era* espontáneo, y además tenía que obedecer a una voz a la que difícilmente ignoraba, la voz de su conciencia. «Aquí viene el mejor doctor del mundo —susurró la voz—. Dios te lo ha enviado; ¡No tienes derecho a comprarte unos patines cuando, por el mismo dinero, podrías conseguir ayuda para tu padre!».

Las cuchillas de madera emitieron un chirrido triunfal. Cientos de maravillosos patines se desvanecieron entre brillantes destellos como por arte de ensalmo. Sintió el dinero tintinear entre sus dedos. El viejo doctor parecía terriblemente hosco y distante. Hans tenía el corazón en la garganta, pero reunió el valor suficiente como para decir, justo cuando pasaba:

—¡Señor Boekman!

Aquel gran hombre se detuvo, y despegando su fino labio inferior, miró de forma ceñuda a su alrededor.

Por ahora todo iba bien.

—Señor —dijo jadeando mientras se acercaba al doctor de aspecto intimidante—, sabía que tenía usted que ser el famoso Boekman. Tengo que pedirle un gran favor...

— ¡Hum! —murmuró el doctor, que se preparaba para alejarse patinando de aquel desconocido—. Apártate de mi camino. No llevo dinero... nunca doy limosna a los mendigos.

—No soy un mendigo, señor —respondió Hans orgullosamente, sacando al mismo tiempo ostentosamente su pequeña cantidad de plata—. Me gustaría consultarle acerca de mi padre. Está vivo, pero permanece sentado todo el día como si estuviera muerto. No puede pensar. Sus palabras carecen de significado... pero no está enfermo. Se cayó de un dique.

— ¿Eh?, ¿qué? —exclamó el doctor, que ya empezaba a prestar atención.

Hans le contó toda la historia de forma algo atolondrada, dejando que se le escapase una lágrima de vez en cuando, para terminar al fin con un ruego ardiente:

—Oh, por favor, venga a verle. Su cuerpo está bien, es sólo su mente. Sé que este dinero no es suficiente, pero tómelo. Conseguiré más, sé que lo conseguiré. ¡Oh, trabajaré duro para usted el resto de mi vida, si así lo desea, pero cure a mi padre!

¿Qué le pasaba al viejo doctor? Su cara resplandecía como el sol. Sus ojos eran tiernos y estaban humedecidos, la mano que hacía un momento agarraba su bastón, como quien se prepara para dar un golpe, reposaba ahora gentilmente sobre el hombro de Hans.

—Quédate tu dinero, chico, no lo quiero. Iré a ver a tu padre, pero me temo que sea un caso sin esperanza. ¿Desde cuándo dices que está así?

—Desde hace diez años, señor —dijo Hans entre sollozos, pero lleno repentinamente de esperanza.



Hans disfrutó su gofre mientras
escogía sus patines.

— ¡Ah, eso tiene mal pronóstico! Pero le veré de todas formas. Déjame pensar. Hoy salgo para Leiden, y volveré en una semana, espérame para entonces. ¿Dónde vives?

—A unos dos kilómetros³ al sur de Broek, señor, cerca del canal. Es sólo una cabaña pobre y derruida. Cualquiera de los chicos de los alrededores podrá indicarle a su señoría dónde está —añadió Hans, dando un fuerte suspiro—. A todos les da un poco de miedo el sitio, lo llaman la cabaña del idiota.

—Eso será suficiente —dijo el doctor, reanudando con prisa su marcha y volviéndose ágilmente para saludar a Hans con una leve inclinación de cabeza mientras se alejaba—. Allí nos veremos.

«Me temo que es un caso sin esperanza», añadió para sus adentros, «pero este chico me resulta agradable. Tiene la misma mirada que mi pobre Laurens. ¡Maldición, jamás podré olvidar a este joven granuja!». Y frunciendo el entrecejo más misteriosamente que nunca, el doctor prosiguió silencioso su camino.

Hans patinaba de nuevo de camino a Ámsterdam sobre las chirriantes cuchillas de madera de sus patines; una vez más, en sus manos tintineaba el dinero; y nuevamente empezó a silbar una cancioncilla infantil sin darse cuenta. «¿Debería volver a casa corriendo», pensó, «para dar las buenas nuevas? ¿O sería mejor comprar primero los gofres y los patines nuevos? ¡Huy! ¡Creo que voy a continuar mi camino!».

Y así fue como Hans se compró unos patines.

3 Milla y media.

CAPÍTULO 8

JACOB POOT Y SU PRIMO

La noche de San Nicolás empezó de forma muy divertida para Hans y Gretel. La luna brillaba, y su madre, aunque creyera que su marido estaba más allá de toda esperanza, se alegró tanto al conocer la noticia de la visita del doctor, que dio permiso a los niños para que fueran a patinar durante una hora antes de irse a la cama.

Hans estaba encantado con sus patines nuevos, y estaba tan ansioso por enseñarle a Gretel lo bien que «funcionaban» que hizo un montón de piruetas sobre el hielo, logrando que su pequeña hermanita lo contemplara arrobada en profunda admiración. No estaban solos, aunque de los varios grupos reunidos sobre el canal nadie parecía prestarles atención.

Allí estaban los dos Van Holp y Carl Schummel, compitiendo para ver quién era el más veloz. De cuatro intentos, Peter van Holp había vencido en tres ocasiones, así que Carl, que nunca era muy afable, estaba de un humor de perros. Para aliviar la tensión se dedicó a ridiculizar al joven Schimmelpenninck quien, siendo menor que los demás, permanecía humildemente junto a ellos sin sentirse del todo parte del grupo. Pero en aquel momento, una nueva idea se apoderó de la mente de Carl, o quizá sería mejor decir que Carl la tomó y arremetió a sus amigos con ella.

— ¡Eh, chicos! Ya es hora de que impidamos a esos pequeños andrajosos de la cabaña del idiota participar en la carrera. La idea de Hilda ha sido una locura. A Katrinka Flack y a Rychie Korbes les pone de los nervios la mera idea de competir con la niña, y no podría culparlas por ello. En cuanto al chico, si tuviéramos un mínimo de hombría nos disgustaría la sola idea de...

— ¡Desde luego que la tenemos! —le interrumpió Peter van Holp, alterando adrede el propósito de las palabras de Carl—. ¿Quién lo duda? ¡Nadie con un mínimo de hombría rechazaría competir con dos buenos patinadores como ellos simplemente porque son pobres!

Carl se giró hacia él muy enfadado:

— ¡No tan rápido, señorito! Y te agradecería que no pusieses en mi boca cosas que yo no he dicho. Ni se te ocurra volver a intentarlo.

— ¡Ja, ja, ja! —rió el pequeño Voostenwalbert Schimmelpenninck, encantado ante la perspectiva de una pelea, y convencido de que si llegaban a los puños, Peter, su favorito, podría tumbar a una docena de tipos impulsivos como Carl.

Algo en la mirada de Peter hizo que Carl se volviese hacia un contrincante más débil. Se giró furioso hacia Voost, y dijo:

— ¿Y tú qué es lo que chillas, pequeña sabandija? ¡Arenque delgaducho, pequeño mono con un gran nombre por rabo!

Media docena de espectadores y patinadores que pasaban por allí ovacionaron su bravucona sarta de ocurrencias, y Carl, sintiendo que había derrotado bastante bien a sus adversarios, se sintió de mejor humor. No obstante, decidió prudentemente dejar sus planes contra Hans y Gretel para un momento en el que Peter no se encontrase presente.

Justo entonces, vio cómo se aproximaba hacia él su amigo Jacob Poot. Al principio no pudo reconocer sus facciones, pero como era el chico más gordinflón de todo el vecindario su silueta no podía confundirse con la de ningún otro.

¡Hey! ¡Aquí viene el gordito! —exclamó Carl—. Y le acompaña alguien más, un tipo espigado, un desconocido.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Es como una loncha de tocino! —exclamó Ludwig—. Una veta de magro junto a una veta de grasa.

—Es el primo inglés de Jacob—señaló el señorito Voost, encantado de ser él quien diese la información—, ese es su primo inglés y, vaya, tiene un nombre corto de lo más gracioso: Ben Dobbs. Se va a quedar con Jacob hasta después de la gran carrera.

Durante todo este tiempo, mientras charlaban, los chicos habían estado tranquilamente haciendo giros, vueltas, piruetas y todo tipo de proezas sobre los patines, pero ahora permanecieron quietos, soportando el gélido viento mientras Jacob Poot y su amigo se acercaban hasta ellos.

—Hola chicos, este es mi primo —dijo Jacob casi sin aliento—. Se llama Benjamin Dobbs. Es un inglés de pura cepa, y va a participar en la carrera.

Como suelen hacer los chicos, todos se arremolinaron

alrededor de los recién llegados. Benjamin no tardó en darse cuenta de que los holandeses, a pesar de su extraña jerigonza, eran unos tipos estupendos.

Para ser sinceros, Jacob había presentado a su primo como «Penchamin Dopps», y lo había definido como un «Injlés de Bura Ceba», pero al traducir las palabras de la conversación de nuestros jóvenes amigos, creo que es justo corregir los pequeños defectos de su pronunciación inglesa. Aunque la mayoría de ellos habían estudiado inglés y francés, les daba vergüenza intentar hablar cualquiera de las dos lenguas, y en cuanto a él, cometía un montón de errores graciosos al intentar expresarse en holandés. Había aprendido que *vrouw* significa «esposa», y *ja*, quiere decir «sí»; y una *spoorweb* es una «línea férrea»; *kanaals* significa «canales»; *stoomboot*, «barco de vapor»; *ophaalbruggen*, «puentes levadizos»; *buiten platen*, «casas de campo»; *mynheer*, «señor»; *tweegevegt*, «duelo» o «peleas entre dos»; *koper*, «cobre»; *zadel*, silla de montar; pero con estas palabras no podía construir una oración, ni tampoco podía utilizar la larga lista de frases que había memorizado del libro *Diálogos holandeses*, que trataba un montón de temas interesantes, pero que nunca salían en la conversación de los chicos. Al igual que le ocurriera a aquel pobre chaval que había aprendido en Ollendorf a preguntar en un alemán impecable: «¿Sabes dónde está la vaca roja de mi abuela?», sólo para llegar a Alemania y descubrir que jamás se le presentaba la ocasión de indagar por el paradero de tan curioso animal, Ben también descubrió que su libro de holandés no le era tan útil como él había esperado. Acabó desarrollando un profundo desdén hacia Jan van Gorp, un holandés que había escrito un libro en latín tratando de demostrar que Adán y Eva hablaban holandés; y en sus labios se dibujó una sonrisa maliciosa

al recordar a su tío Poot asegurándole que el holandés «se *parresse* mucho al *Injlés*, *perro* es un idioma mucho *mejorr*, mucho *mejorr*».

Sin embargo, la alegría de patinar era capaz de superar cualquier barrera idiomática. Gracias a ello, Ben pronto se sintió a sus anchas entre aquellos chicos, y cuando Jacob (con unas gotitas de inglés y francés para ayudar a Ben) le contó acerca del gran proyecto que tenía en mente, su primo pudo intercalar unos cuantos «*ja*» o asentir con cierta confianza.

Su proyecto era realmente *grandioso*, y se le iba a presentar una estupenda oportunidad de llevarlo a cabo porque, además del tiempo destinado a celebrar la fiesta de San Nicolás, tenían otros cuatro días festivos gracias a que iban a realizar una limpieza general del edificio de la escuela.

Jacob y Ben habían recibido permiso para realizar un largo recorrido patinando, algo así como la distancia que separaba Broek de La Haya, la capital de Holanda, ¡unos ochenta kilómetros!¹

—Y ahora, chicos —añadió Jacob tras terminar de compartir su plan—, ¿quién quiere venir con nosotros?

— ¡Yo quiero! ¡Yo quiero! —gritaban los chicos entusiasmados.

— ¡A mí también me gustaría ir! —se aventuró a exclamar el pequeño Voostenwalbert.

1 A lo largo de este relato las distancias se proporcionan en kilómetros y también en millas inglesas de 5280 pies. Las millas holandesas son cuatro veces más largas que las inglesas. Ochenta kilómetros equivalen, aproximadamente, a unas cincuenta millas.

— ¡Ja, ja, ja! —rió Jacob sujetándose su enorme barriga y balanceando sus mejillas regordetas—. ¿Cómo vas a ir *tú*? ¡Tú eres un pequeñajo! ¡Si ni siquiera te han quitado todavía las almohadillas!

Por entonces, en Holanda, los niños muy pequeños llevaban unas almohadillas finas alrededor de la cabeza, sujetas con cintas y montadas en un armazón formado por huesos de ballena, para protegerlos en caso de caída. Esa especie de casco constituía la línea divisoria entre la primera infancia y la niñez, momento en que dejaban de usarlo. Voost había alcanzado tal dignidad hacía ya unos años, así que el insulto de Jacob era demasiado grande como para ignorarlo.

— ¡Cuidado con lo que dices! —chilló—. ¡Tú sí que tendrás suerte si consigues librarte de *tus* almohadillas, todo tu cuerpo está almohadillado!

— ¡Ja, ja, ja! —Todos los muchachos se echaron a reír, a excepción del señorito Dobbs, que no entendía lo que estaba ocurriendo—. ¡Ja, ja, ja! —Y entre los que más reían estaba el propio Jacob, que era un tipo bonachón.

— ¡Se *trratta* de mi *gorrdurra*, *ssí*, él *disse* que estoy almohadillado *porrr* mi *gorrdurra*! —intentó explicarle a Ben.

Así que todos votaron por unanimidad a favor de admitir al ahora popular Voost en el grupo que emprendería la marcha, si es que sus padres le dejaban.

— ¡Buenas noches! —dijo a gritos el jovencito patinando hacia su casa con todas sus fuerzas—. ¡Buenas noches!

—Creo, Jacob, que podríamos hacer un alto en Haarlem y enseñarle a tu primo el gran órgano — dijo entusiasmado Peter van Holp—, y también en Leiden, donde hay interminables vistas bonitas; y podríamos pasar la noche en La Haya, mi hermana casada vive allí, y le encantaría vernos, y podríamos volver a casa a la mañana siguiente.

— ¡De acuerdo! —respondió Jacob, que no era muy hablador.

Ludwig había estado contemplando a su hermano con entusiasta admiración.

— ¡Hurra por ti, Petel! ¡Eres genial haciendo planes! A madre le encantará cuando le digamos que podemos llevarle un saludo cariñoso de su parte a nuestra hermana Van Gend. Pero, vaya, ¡qué frío hace! —añadió—. Hace tanto frío que a uno podría caérsele la cabeza congelada al suelo. Sería mejor que volviésemos a casa.

— ¿Y qué pasa si hace frío, ancianito delicado? — exclamó Carl, que estaba entretenido practicando un paso al que llamaba el «doble filo»—. Pues sí que íbamos a patinar bien si hiciese tanto calor como el pasado diciembre. ¿Acaso no te das cuenta de que si no fuese porque hace un invierno especialmente frío, y de que además ha empezado bastante pronto, no podríamos realizar el viaje?

—Lo que sé es que esta noche hace un frío que pela —dijo Ludwig—. ¡Huy! ¡Yo me vuelvo a casa!

Peter van Holp sacó un voluminoso reloj de oro, y

sosteniéndolo hacia la luz de la luna tanto como sus dedos ateridos se lo permitían, dijo:

— ¡Vaya! ¡Son casi las ocho! San Nicolás estará al caer, y yo desde luego quiero ver cómo se le quedan mirando los más pequeños. ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches! —respondieron todos a un tiempo, y empezaron a marcharse entre gritos, canciones y risas.

A todo eso, ¿dónde estaban Gretel y Hans?

¡Ah! ¡Qué pronto termina a veces lo bueno!

Habían patinado durante aproximadamente una hora, manteniéndose alejados de los demás, bastante satisfechos de su propia compañía.

—Ah, Hans, ¡qué maravilla, qué cosa más bonita pensar que al fin ambos tenemos patines! ¡Te dije que la cigüeña nos traería buena suerte!

¡De repente escucharon algo! ¡Era un grito, un grito muy débil! No había nadie más en el canal observándolos, pero Hans conocía perfectamente su significado. Gretel vio cómo, mientras se quitaba rápidamente los patines, el rostro de su hermano palidecía a la luz de la luna.

— ¡Es padre! —gritó—. ¡Ha asustado a nuestra madre!
—Y Gretel salió corriendo tras él hacia la casa lo más rápidamente que pudo.

LA FESTIVIDAD DE SAN NICOLÁS

Todos sabemos cómo, antes de que el árbol de Navidad empezara a florecer en los hogares de nuestro país, un cierto «viejo duende feliz», con «ocho pequeños renos», solía conducir su trineo cargado de juguetes hasta los tejados de las casas, y después saltaba chimenea abajo para llenar los calcetines que colgaban llenos de esperanza junto al fuego del hogar. Sus amigos lo llamaban Santa Claus, y aquellos que le conocían más íntimamente se aventuraban a llamarlo «viejo Nick». Se dice que originalmente venía de Holanda. Y sin duda era así, pero en tal caso, al igual que muchos otros extranjeros, ciertamente cambió mucho sus costumbres tras desembarcar en nuestras costas. En Holanda, San Nicolás es un verdadero santo, y a menudo aparece completamente ataviado con sus ropas bordadas, resplandecientes de gemas y oro, con su mitra, su báculo y sus guantes enjovados. *Aquí*, Santa Claus aparece jovialmente el veinticinco de diciembre, nuestra mañana de Navidad. Pero en Holanda, San Nicolás visita la Tierra el día cinco, un día especialmente apropiado para él. El día seis, por la mañana temprano, distribuye sus caramelos, juguetes y tesoros, y después se desvanece durante un año.

Los holandeses dedican al día de Navidad a asistir al culto en la iglesia y a realizar agradables visitas a la familia.

Es la víspera de San Nicolás cuando los jóvenes se vuelven medio locos de gozo y expectación. Para algunos de ellos es un tiempo triste, porque el santo es muy sincero, y si alguno de ellos se ha comportado mal durante el año, lo más seguro es que se lo diga. A veces lleva una vara de abedul bajo el brazo, y aconseja a los padres que reconvengan al niño en lugar de darle dulces, y que le den azotes en lugar de juguetes.

Es natural que aquella clara noche de invierno los niños se diesen prisa en volver a casa, porque menos de una hora después, el santo hizo su aparición en la mitad de los hogares de Holanda. Visitó el palacio del rey, y exactamente en el mismo momento apareció en la confortable casa de Annie Bouman. Probablemente podríamos haber comprado todo lo que su santidad dejó en la casa campesina de los Bouman con una de nuestras monedas de plata de medio dólar; pero para los pobres, medio dólar conseguirá a veces lo que cientos de dólares no pueden lograr en el hogar del rico; les hace sentirse felices y agradecidos, les llena con una nueva sensación de paz y amor.

Los hermanos y hermanas pequeños de Hilda van Gleck se encontraban aquella noche extraordinariamente emocionados. Se les había permitido entrar en el gran salón; llevaban puestas sus mejores galas, y les habían dado dos trozos de pastel durante la cena. Hilda se sentía tan gozosa como la que más. ¿Por qué no habría de estarlo? No podía ser que San Nicolás borrara de su lista a una niña de catorce años, sólo porque era alta y casi parecía ya una mujer. Por el contrario, lo más probable es que se esforzara en hacer los honores a una damisela de aspecto tan distinguido. ¿Quién sabe? Así que correteaba y reía y bailaba tan alegremente como la más joven, y era el alma de todos sus divertidos juegos. El padre,

la madre y la abuela les miraban complacientes; lo mismo que el abuelo, antes de cubrirse la cara con su gran pañuelo rojo, dejando visible solamente la parte superior de la coronilla. Aquel pañuelo era su forma de decir que estaba durmiendo.

Aquella misma noche, más temprano, todos se habían reunido para pasar un buen rato. En medio de la hilaridad general, entre el abuelo y el bebé la única diferencia parecía ser el tamaño. De hecho, una sombra de solemne expectación pasaba rauda de vez en cuando por los rostros de los miembros más jóvenes, haciéndoles parecer bastante más meditabundos que sus mayores.

Ahora el espíritu de la diversión reinaba supremo. Hasta las mismas llamas hacían cabriolas y bailaban sobre la pulida reja. Un par de velas ceremoniosas que habían permanecido con la vista clavada en la lámpara astral, empezaron a hacer guiños en los espejos a otras lejanas velas. Había una larga cuerda de campana suspendida de una esquina del techo, decorada con cuentas de cristal pegadas sobre un cordel tan grueso como tu muñeca. Por lo general colgaba en la sombra y no daba ninguna señal; pero durante aquella noche lanzaba destellos de punta a punta. Su mango de vidrio carmesí lanzaba incansables destellos rojos hacia el papel de la pared, transformando sus apagadas franjas azules en tonos púrpura. Los transeúntes se detenían para contagiarse de las risas de felicidad que flotaban en el aire y salían a la calle a través de las cortinas y los marcos de las ventanas, brincando desde allí a sus anchas con la sorprendente conciencia de que todo el pueblo estaba completamente despierto. Finalmente, el bullicio se hizo tan grande que el abuelo retiró el pañuelo rojo de su rostro con un gesto brusco. ¡Cómo va a poder dormir un anciano caballero con semejante alboroto! El señor Van Gleck

contempló a los niños con asombro. Incluso el bebé mostraba síntomas de estar histérico. Había llegado el momento de ocuparse de sus asuntos. La señora sugirió que si querían ver al buen San Nicolás, debían cantar la misma cariñosa canción de invitación que había servido para traerlo el año anterior.

El bebé miraba la escena fijamente, metiéndose el puño en la boca mientras su padre lo bajaba hasta el suelo. No tardó en sentarse con la espalda erguida, para contemplar con un gracioso ceño fruncido todo lo que hacía el grupo. Con sus lazos y encajes, y su corona de cintas azules y hueso de ballena (porque todavía no había pasado la edad de caerse), parecía el rey de los bebés.

Los demás niños, cada uno sujetando una bonita cesta de sauce, formaron a una un corro y giraron despacio en torno al pequeñín, alzando los ojos al mismo tiempo, pues el santo al que estaban a punto de dirigirse se encontraba todavía en lugares misteriosos.

La Madame comenzó a tocar suavemente el piano; pronto empezaron a alzarse las voces, voces jóvenes y apacibles, aún más dulces por su tremor:

¡Bienvenido, amigo! ¡San Nicolás, bienvenido!

¡Esta noche no nos traigas la vara!

Mientras nuestras voces te cantan, bienvenido,

¡Nuestros corazones se llenan de gozo!

Cuéntanos cada falta y defecto,
soportaremos tus más agudas invectivas,
así que cantamos, cantamos,
¡Tú nos lo dirás todo!



San Nicolás les distribuyó sus caramelos.

¡Bienvenido, amigo! ¡San Nicolás, bienvenido!

¡Bienvenido a esta alegre pandilla!

¡Los niños felices te saludan, bienvenido!

¡Tú alegras a toda la tierra!

Llena cada mano y cesta vacíos,
porque son tus pequeñines los que te lo piden,
así que cantamos, cantamos,
¡Tú nos lo darás todo!

Durante los coros, diversas miradas, la mitad de anhelo, la mitad de temor, fueron lanzadas hacia las bruñidas puertas plegadizas. De repente, se escuchó a alguien llamando fuertemente con los nudillos. El corro se rompió en un instante, y algunos de los pequeños, con una extraña mezcla de temor y gozo, corrieron a estrechar las rodillas de su madre. El abuelo se inclinó hacia delante, sujetándose el mentón con la mano; la abuela se levantó las gafas; el señor Van Gleck, sentado junto a la chimenea, retiró lentamente de la boca su pipa, mientras Hilda y los demás niños se posicionaban detrás de él formando un grupo expectante.

Una vez más se escuchó como llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo la Madame suavemente.

La puerta se abrió despacio y San Nicolás, con sus mejores galas, apareció delante de ellos. ¡Podría haberse escuchado el sonido de un alfiler al caer! Pronto empezó a hablar. ¡Qué misteriosa majestad había en su voz! ¡Cuánta bondad en su tono!

— ¡Karel van Gleck, me alegra tener la oportunidad de saludarte, así como a tu honorable esposa Kathrine, a

tu hijo y a su buena esposa Annie! ¡Niños, los saludo a todos, Hendrick, Hilda, Broom, Katy, Huygens, y Lucretia, así como a sus primos Wolfert, Diedrich, Mayken, Voost, y Katrina! Todos se han comportado razonablemente bien desde la última vez que hablé con ustedes. Diedrich se portó mal en la feria de Haarlem del pasado otoño, pero desde entonces ha tratado de enmendarse. Mayken ha llegado tarde a sus clases, y ha llevado demasiados dulces y golosinas a sus labios, y pocos *stivers* a la caja de las ofrendas. Diedrich, confío que en lo sucesivo seas educado y viril; y Mayken, debes esforzarte en destacar como estudiante. Recuerda también, que el ahorro y la frugalidad son el fundamento de una vida respetable y generosa. La pequeña Caty ha sido cruel con el gato más de una vez. San Nicolás puede escuchar el llanto del gato cuando le tiras de la cola. Te perdonaré si te comprometes a recordar a partir de ahora que incluso las criaturas más pequeñas y poco inteligentes tienen sentimientos, y no se las debe maltratar.

Katy rompió a llorar asustada, y el santo esperó gentilmente en silencio hasta que pudieron consolarla.

—Señorito Broom —continuó diciendo—, te advierto de que los chicos habituados a poner rapé en el brasero de la profesora pueden ser descubiertos algún día y recibir una tanda de azotes —El señorito Broom se puso colorado y se le quedó mirando fijamente con gran asombro—. Pero eres un alumno tan bueno que no pienso hacerte ningún otro reproche.

—En cuanto a ti, Hendrick, te distinguiste en el concurso de tiro con arco de la pasada primavera, y acertaste en el *doel*¹, a pesar de que balancearon el pájaro para distraer tu mirada. Reconozco tu excelencia en la práctica de ejercicios y deportes viriles, pero no veo con excesivos buenos ojos que te dediques a la competición de remo, ya que te deja muy poco tiempo para los estudios.

—Lucrecia e Hilda dormirán plácidamente esta noche. Su sensibilidad y bondad hacia los pobres, la devoción de sus almas, su obediencia alegre y de corazón a las normas del hogar, las harán dichosas. Me siento satisfecho de todos ustedes. Bondad, laboriosidad, benevolencia y frugalidad han prevalecido en su medio. Por lo tanto, reciban mi bendición, y que el nuevo año los encuentre a todos transitando sendas de obediencia, sabiduría y amor. Mañana encontrarán pruebas más sustanciales de que he estado entre ustedes. ¡Adiós!

Con estas palabras se derramó una gran lluvia de caramelos duros sobre una sábana de lino extendida delante de la puerta doble. Se produjo un alboroto general, y los niños se tiraron unos encima de otros en su afán por llenar sus cestas. La Madame sostuvo cautelosamente al bebé cerca del suelo en medio del bullicio hasta que sus pequeños puños regordetes estuvieron repletos. Entonces, el más valiente de los jovencitos se levantó de un brinco y abrió de par en par las dos hojas de la puerta cerrada, escudriñando en vano

1 La diana.

el misterioso aposento, porque San Nicolás no estaba por ninguna parte.

Rápidamente todos corrieron hacia otro cuarto, donde había una mesa cubierta con el más blanco y delicado mantel de hilo de Damasco. Los niños, sin apenas poder controlar su excitación, dejaron sobre este uno de sus zapatos. A continuación se cerró cuidadosamente la puerta del cuarto, y se guardó la llave en el dormitorio de los padres. Después vinieron los besos de buenas noches y una gran procesión familiar hacia los aposentos del piso superior, donde hubo felices despedidas a la puerta de los dormitorios... y por fin, el silencio reinó en el hogar de los Van Gleck.

Muy temprano a la mañana siguiente, la puerta se desatrancó solemnemente y se abrió en presencia de todos los miembros de la casa reunidos, y entonces, ¡he aquí, a vista de todos, apareció la prueba de que San Nicolás es un santo de palabra!

Todos los zapatos estaban llenos a rebosar, y al lado de cada uno había una pila de paquetes de muchos colores. La mesa estaba cargada con un montón de regalos: caramelos, juguetes, baratijas, libros y otros objetos. Todos tenían regalos, desde el abuelo hasta el bebé.

La pequeña Katy aplaudía con emoción, y en su interior prometía que el gato nunca volvería a conocer otro momento de angustia.

Hendrick daba brincos por la habitación, agitando un fantástico arco con flechas por encima de su cabeza. Hilda reía encantada mientras abría una caja carmesí y extraía su resplandeciente contenido. El resto reía entre dientes y decía: «¡Ah!» y «¡Oh!», al contemplar sus tesoros, tal y como hicimos también nosotros, en Estados Unidos, las pasadas navidades.

Con un resplandeciente collar en las manos y una pila de libros en sus brazos, Hilda caminó hasta sus padres y alzó su rostro radiante para besarlos. Su ojos brillaban con un aspecto tan entusiasmado y tierno, que su madre murmuró una bendición al tiempo que se inclinaba sobre ella.

—Me encanta este libro, gracias, padre —dijo ella tocando el último volumen de la pila con la barbilla—. Voy a dedicar todo el día a leerlo.

—Sí, cariño —respondió Mynheer—, me parece una idea estupenda. No hay nadie como el gran Cats. Si mi hija se aprendiera de memoria su «Emblemas morales», su madre y yo nos sentiríamos muy orgullosos. Verás que está ilustrado con unos excepcionales grabados de Van de Venne.

Teniendo en cuenta que el libro estaba boca abajo, su padre mostró una sorprendente familiaridad con un volumen sin abrir y regalado por San Nicolás. También resultaba extraño que el santo hubiese encontrado algunas cosas hechas por los jovencitos de más edad, y que las hubiese colocado sobre la mesa, etiquetadas con los nombres de los padres y los abuelos. Pero todos se encontraban demasiado absortos en su felicidad como para prestar atención a esas pequeñas inconsistencias. Hilda pudo ver en el rostro de su padre esa cara de fascinación que siempre ponía al hablar de Jacob Cats, así que dejó la pila de libros sobre la mesa y se resignó a escuchar.

—El viejo Cats, mi niña, fue un gran poeta, no un autor de obras de teatro, como el inglés Shakespeare, que vivió en la misma época. Las he leído en alemán y son muy buenas, muy, muy buenas, pero no como los

escritos del gran Cats. Éste no ve puñales flotando en el aire; no tiene mujeres de raza blanca enamoradas de moros de tez cetrina; no hay jóvenes necios que suspiran por ser el guante de una dama; ni príncipes locos confundiendo a respetables ancianos con ratas. No, de eso nada. Él sólo escribe cosas con sentido. Son grandes porciones de sabiduría en pequeños paquetes, un paquete para cada día de tu vida. Con los poemas de Cats se puede gobernar un país, y es posible dormir a un bebé con sus bellas canciones. Es uno de los hombres más importantes de Holanda. Cuando te lleve a La Haya te mostraré el Kloosterkerk donde yace enterrado. ¡*He aquí* alguien digno de ser estudiado, hijos míos! Un hombre bueno de pies a cabeza. ¿Qué decía él?

¡Oh, Señor, permíteme obtener esto de ti, vivir con paciencia y morir con deleite!²

¿Significa la paciencia quedarse de brazos cruzados? No, fue abogado, estadista, embajador, granjero, filósofo, historiador y poeta. ¡Fue el custodio del Gran Sello de Holanda! Fue... ¡Bah! ¡Aquí hace demasiado ruido, así no puedo hablar! —y mirando asombrado la cazoleta de su pipa, que se había apagado, saludó con la cabeza a su esposa y salió de la habitación con mucha prisa.

El hecho es que su discurso había estado acompañado desde el principio por un coro tenue de ladridos, maullidos y balidos, por no hablar de la ruidosa matraca de marfil que el bebé no había dejado de voltear con infinito placer.

2 O Heere! laat my dat van uwen hand verwerven, Te leven met gedult, en met vermaak te sterven.

Finalmente, el pequeño Huygens, aprovechando el tono de voz cada vez más alto de su padre, se aventuró a soplar su nueva trompeta, y Wolfert se apresuró a intentar acompañarlo al tambor. Esto llevó la situación al paroxismo, y fue bueno para los pequeños que ocurriera así, porque el santo no les había dejado entradas para una conferencia sobre Jacob Cats, y aquello, sencillamente, no formaba parte del guión de la fiesta. Así que cuando los jóvenes vieron que su madre ni se asustaba ni se ofendía, cobraron nuevas energías. El gran coro creció triunfal, y el bullicio y la alegría reinaron de forma suprema.

¡Buen San Nicolás! Yo, por mi parte, en nombre de los jóvenes holandeses, quiero prestarle homenaje y defender su existencia en contra de todos los incrédulos.

Carl Schummel se mantuvo bastante ocupado a largo de todo aquel día, asegurándoles confidencialmente a los niños pequeños que no era San Nicolás, sino sus propios padres y madres quienes habían hecho posible la aparición y llenado las mesas de regalos. Pero *nosotros* sabemos que eso no es así.

Y sin embargo, si era un santo, ¿por qué no visitó la casita de los Brinker aquella noche? ¿Por qué pasó de largo ante aquella casa, tan oscura y triste?

LO QUE LOS NIÑOS VIERON E HICIERON EN ÁMSTERDAM

Estamos todos aquí?! —gritó Peter muy contento cuando el grupo se reunió a la mañana siguiente, temprano, sobre el canal, equipado para su viaje sobre patines—. Déjenme ver. Como Jacob me ha nombrado capitán, debo pasar lista. Carl Schummel, ¿estás aquí?

— ¡Sí!

— ¡Jacob Poot!

— ¡Sí!

— ¡Benjamin Dobbs!

— ¡Aquí estoy!

— ¡Lambert van Mounen!

— ¡Sí!

— ¡Menos mal! No podríamos hacerlo sin *ti*, ya que eres el único que habla inglés. ¡Ludwig van Holp!

— ¡Sí!

— ¡Voostenwalbert Schimmelpenninck!

No hubo respuesta.

—¡Vaya! Al pequeño granujilla le han dejado en casa. Está bien, chicos, son las ocho en punto, hace un tiempo excelente y el canal está tan firme como una roca, estaremos en Ámsterdam en treinta minutos. A la una, a las dos y a las tres, ¡Adelante!

Vaya que sí tenía razón, en menos de media hora habían cruzado un dique de sólida construcción y se encontraban en el mismísimo corazón de la gran metrópoli de los Países Bajos, una ciudad amurallada formada por noventa y cinco islas y casi doscientos puentes. Aunque Ben la había visitado ya dos veces desde su llegada a Holanda, vio muchas cosas que estimularon su curiosidad; en cambio, sus compañeros holandeses, que habían vivido cerca de allí todas sus vidas, consideraban la ciudad como el lugar más normal del mundo. A Ben todo le parecía interesante; las altas casas con sus chimeneas de doble tiro y los hastiales dando a la calle; los almacenes de los comerciantes, encaramados a lo alto bajo los tejados de sus viviendas, con sus pescantes largos como brazos subiendo y bajando mercancías ante las ventanas del hogar; los grandes edificios públicos erigidos sobre postes de madera, profundamente clavados en el terreno cenagoso; las calles estrechas; los canales que atraviesan la ciudad por doquier; los puentes; las esclusas; la diversidad de vestimentas y, lo más extraño de todo, tiendas y viviendas estrechamente pegadas a las fachadas de las iglesias, con sus desproporcionadas chimeneas que se elevan muy por encima de los muros sagrados.

Si miraba hacia arriba, veía casas altas, recostadas unas sobre otras, que parecían perforar el cielo con sus relucientes

tejados; si miraba hacia abajo, allí estaba la extraña calle, sin pasos de peatones ni bordillos —nada que separase el pavimento de adoquines de la acera de ladrillo— y si alzaba la vista a media altura, veía pequeños y complicados espejos (*spionnen*) sujetos por la parte exterior de casi cada ventana, dispuestos de tal forma que los habitantes de las casas pudieran observar todo lo que ocurría en la calle, o averiguar sin ser vistos quién estaba llamando a la puerta.

A veces pasaba a su lado una carretilla cargada de herramientas de madera y tirada por un perro; después un burro con un par de alforjas repletas de loza o vidrio; a continuación un trineo conducido sobre los adoquines desnudos (los patines se engrasaban con trapos rebosantes de aceite, de forma que se deslizaran fácilmente); y después, quizá, un vistoso pero torpe coche de caballos familiar, tirado por los caballos más alazanes de todo Flandes, bamboleando unas colas más blancas que la nieve.

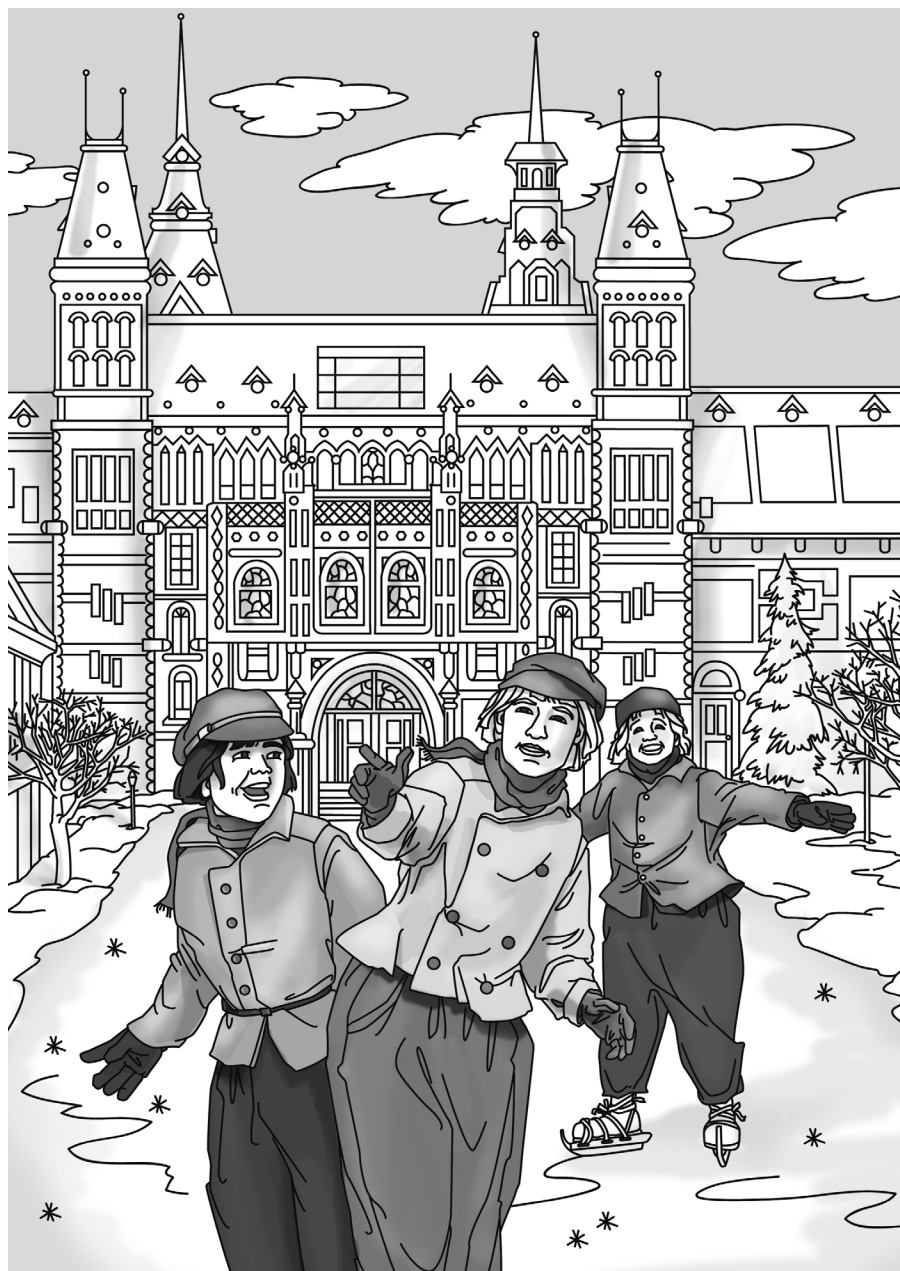
La ciudad estaba toda engalanada de fiesta. Todas las tiendas tenían un aspecto espléndido en honor a San Nicolás. El capitán Peter tuvo que ordenar en más de una ocasión a sus hombres que se alejasen de los tentadores escaparates, donde se exhibían todos los juguetes habidos y por haber. Holanda es famosa por la fabricación de juguetes. Toda cosa imaginable se copia en miniatura para disfrute de los más pequeños; el intrincado mecanismo de los juguetes que un jovencito holandés deja caer al suelo con fría indiferencia, crearía un alboroto en una de nuestras oficinas de patentes. A Ben le dio la risa al contemplar algunos de los barcos de pesca en miniatura. Eran robustos y rechonchos, como las extrañas embarcaciones que había visto en Róterdam. Sin embargo, aquellos pequeños *trekschuiten* que tenían sólo treinta o sesenta

centímetros¹ de largo y estaban perfectamente equipados, hacían que le doliese el corazón, pues eran muchas las ganas que tenía de comprar uno para su hermano pequeño en Inglaterra. Pero no le sobraba ningún dinero pues, con típica prudencia holandesa, el grupo había acordado que cada uno llevase consigo solamente la suma imprescindible para sus gastos, y que le entregase el monedero a Peter para que él lo custodiara. Por lo tanto, el señorito Ben decidió dedicar todas sus energías a disfrutar de la visita turística, e intentó pensar lo menos posible en el pequeño Robby. Hizo una rápida visita a la escuela de marina, y envidió a los estudiantes y su bergantín aparejado con tres mástiles de velas cuadradas y las hamacas oscilando suspendidas sobre sus baúles o taquillas; echó un vistazo al barrio judío de la ciudad, donde habitan ricos talladores de diamantes y escuálidos traperos, y decidió sabiamente mantenerse alejado de él; también disfrutó de la posibilidad de dar una rápida ojeada a las cuatro avenidas principales de Ámsterdam: la *Prinsen gracht*, la *Keizers gracht*, la *Heeren gracht* y la *Singel*. Todas tienen forma semicircular, y las tres primeras tienen más de tres kilómetros² de largo. Por el centro de todas ellas corre un canal, con una calle bien pavimentada a cada lado, flanqueada por señoriales edificios. Las hileras de olmos desnudos que bordean el canal arrojaban una red de sombras sobre su superficie helada; y todo estaba tan limpio y resplandeciente que Ben le dijo a Lambert que era como si el tiempo se hubiese detenido en un estado de perfecta limpieza.

Afortunadamente, hacía suficiente frío como para evitar el baldeo de las calles o el lavado de las ventanas, o nuestros

1 Uno o dos pies.

2 Dos millas.



Patinaron hacia el bello
Rijksmuseum en Ámsterdam.

excursionistas habrían sufrido uno que otro remojón. A las amas de casa holandesas les apasiona barrer, fregar y restregar, y ensuciar sus impolutos hogares es poco menos que un crimen. En todas partes se siente un vivo disgusto hacia aquél que no restriega bien la suela del calzado en la alfombrilla antes de cruzar el umbral de la puerta; y, en ciertos lugares, se espera de las visitas que se quiten sus pesados zapatos antes de entrar.

Sir William Temple, en su libro de memorias titulado «Lo que sucedió en la cristiandad entre 1672 y 1679», cuenta la historia de un pomposo magistrado que fue a Ámsterdam a visitar a una dama. Una fornida muchacha holandesa le abrió la puerta y le dijo en un suspiro que la señora estaba en casa y que los zapatos del visitante no estaban demasiado limpios. Sin pronunciar otra palabra, alzó con sus brazos al asombrado magistrado, se lo puso a la espalda y lo transportó a través de dos cuartos, depositándolo a los pies de la escalera. Luego tomó un par de zapatillas que estaban allí y se las puso en los pies. Sólo entonces, y no antes, le dijo que la señora estaba en el piso de arriba y que podía subir a verla.

Mientras patinaba con sus amigos por los concurridos canales de la ciudad, Ben encontraba difícil creer que aquellos somnolientos holandeses que veía a su alrededor, fumando tranquilamente sus pipas y con pinta de no oponer ninguna resistencia en caso de que uno les quitase sus sombreros de un manotazo, fuesen capaces de las revueltas que habían ocurrido en Holanda, y que realmente fuesen compatriotas de los valientes y sacrificados héroes respecto de los que había leído en los libros sobre la historia de aquella nación.

Mientras su grupo se deslizaba sin dificultad le contó a Van Mounen acerca del alboroto funerario que había

tenido lugar allí en 1696, cuando hombres, mujeres y niños formaron falsas procesiones fúnebres por toda la ciudad para demostrar al burgomaestre que no estaban de acuerdo con ciertas normas novedosas en relación con los enterramientos, y cómo la se volvieron tan inmanejables y amenazaron con hacer tanto daño a la ciudad que el burgomaestre no tuvo más remedio que retirar aquella legislación ofensiva.

—Aquella es la esquina —dijo Jacob señalando hacia unos edificios grandes— donde hará unos quince años unos grandes silos de cereal se hundieron en el fango. Eran construcciones resistentes y estaban cimentadas en unos sólidos pilares, pero contenían setenta mil quintales de cereal, y aquello fue demasiado.

A Jacob le costaba contar aquella larga historia, así que se paró para descansar.

—¿Y cómo sabes que contenían setenta mil quintales? —le preguntó Carl incisivamente—. Por aquel tiempo tú andabas todavía en pañales.

—Mi padre lo sabe todo acerca del tema —fue la convincente respuesta de Jacob. Y levantándose con un esfuerzo, añadió—: A Ben le gustan los cuadros. Enséñenle algunos.

—Muy bien —dijo el capitán.

—Benjamin, si tenemos tiempo —dijo Lambert van Mounen en inglés—, me gustaría llevarte al ayuntamiento, o *Stadhuis*. ¡Allí sí que hay pilares de construcción! Se levanta sobre unos catorce mil

pilares, cuya base está a unos veinte metros³ de profundidad. Pero lo que me gustaría que viese allí es el gran cuadro de Van Speyk haciendo detonar su barco, una gran pintura.

—¿Van *qué*? —preguntó Ben.

—Van Speyk. ¿No te acuerdas? Estaba en lo más enconado de un combate contra los belgas, cuando se dio cuenta de que le llevaban ventaja e iban a capturar su barco, así que decidió volarlo con él dentro, antes que rendirlo al enemigo.

—¿No fue ese Van Tromp?

—Oh, no. Van Tromp fue otro tipo valiente. Le construyeron un monumento en Delft Haven, el lugar donde los peregrinos partieron hacia América.

—Bueno, ¿y qué ocurrió con Van Tromp? Fue un gran almirante holandés, ¿no es cierto?

—Sí, participó en más de treinta combates navales. Derrotó a la flota española y a una flota inglesa, e hizo amarrar una escoba a su palo mayor como señal de que había barrido a los ingleses del mar. ¡Los holandeses son duros de pelar, muchacho!

—¡Un momento! —protestó Ben—. Con escoba o sin escoba, al final los ingleses vencieron. Ya me acuerdo de todo. Lo mataron en algún lugar de la costa holandesa, en un enfrentamiento en el que la

3 Setenta pies.

flota británica salió victoriosa. Qué pena —añadió maliciosamente—, ¿verdad?

—¡Ejem! ¿Dónde estamos? —exclamó Lambert cambiando de tema—. ¡Vaya! Todos los demás se nos han adelantado, menos Jacob. ¡Huy! ¡Qué gordo está! Temo que se venga abajo y no llegue ni a mitad de camino.

Por supuesto, Ben disfrutaba patinando junto a Lambert, quien a pesar de ser un holandés acérrimo, se había educado cerca de Londres y hablaba tan fluidamente en inglés como en holandés; pero no sintió pena cuando el capitán Van Holp exclamó:

—¡Patines fuera! ¡Hemos llegado al museo!

Estaba abierto, y aquel día no cobraban por entrar. Entraron arrastrando los pies, como hacen los chicos siempre que tienen la oportunidad, por el puro placer de escuchar el sonido de sus zapatos sobre el suelo encerado.

El museo era en realidad una pinacoteca donde podían contemplarse algunas de las mejores obras de arte de los maestros holandeses, además de cerca de doscientas carpetas con excepcionales grabados.

Ben no tardó en darse cuenta de que algunos de los cuadros colgaban de paneles sujetos a la pared por medio de bisagras. Dichos cuadros podían oscilar, como los cierres de una ventana, para que uno pudiera orientarlos a la luz y contemplarlos de la mejor forma posible. Esto hizo que pudiera contemplar perfectamente un pequeño retrato de grupo de Gerrit Dou llamado «Escuela nocturna», permitiéndole observar su exquisito acabado y la maravillosa forma en que

la pintura parecía estar iluminada por sus propias velas. Peter señaló la belleza de otra de sus pinturas, llamada «El ermitaño», y también les contó algunas anécdotas interesantes sobre este artista nacido en Leiden en 1613.

—¡Tres días para pintar el mango de una escoba!
—repetió Carl asombrado, mientras el capitán les daba algunos ejemplos de la lentitud con la que Dou realizaba sus trabajos.

—Sí señor, tres días. Y se cuenta que necesitó cinco días para terminar una mano del retrato de una dama. Fíjense en lo brillante y detallado que es cada elemento de esta pintura. Sus obras inacabadas se cubrían cuidadosamente, y sus materiales de pintura se conservaban en cajas herméticas tan pronto como finalizaba su jornada de trabajo. Según todos los testimonios, su propio estudio se cerraba como si fuese una caja de cartón. Antes de empezar a trabajar, el artista entraba de puntillas y se quedaba sentado muy quieto, hasta que se hubiera asentado cualquier mota de polvo que hubiese levantado al entrar. Leí en alguna parte que sus pinturas mejoran si se las observa a través de una lupa. Para darles ese acabado especial forzó sus ojos hasta tal punto que ya llevaba gafas antes de cumplir los treinta, y a sus cuarenta años apenas veía lo suficiente como para pintar, y no pudo encontrar en ningún lugar un par de gafas que le ayudasen a mejorar su vista. Finalmente, una pobre anciana alemana le ofreció las suyas para que las probase. Eran perfectas para él, y le permitieron continuar pintando tan bien como de costumbre.

—¡Hum! —exclamó Ludwig indignado—. ¡Pues vaya! Me pregunto qué haría *ella* sin sus gafas.

—¡Oh! —dijo Peter riendo—. Lo más seguro es que tuviese otro par. En cualquier caso, ella insistió en que se las quedase, y él se quedó tan agradecido que le pintó un retrato de las gafas, con funda y todo, que ella vendió a un burgomaestre a cambio de una renta anual, que hizo que pudiera vivir confortablemente el resto de su vida.

—¡Chicos! —llamó Lambert en un susurro alto—. Vengan a ver esta «Cacería de oso»

Era un bello cuadro de Paulus Potter, un artista holandés del siglo XVII, que ya pintaba cuadros excelentes antes de cumplir dieciséis años. Los chicos contemplaron la pintura admirados porque el tema les agradaba. Pasaron sin prestar atención ante las obras maestras de Rembrandt y Van der Helst, y se quedaron extasiados ante una fea pintura de Van der Venne, que representaba un combate naval entre los holandeses y los ingleses. También permanecieron fascinados ante un retrato de dos pequeños granujas, uno tomando sopa y otro comiéndose un huevo. El principal mérito de esta obra consistía en que el joven comedor de huevos había tenido la gentileza de embadurnarse la cara de yema para entretenerlos.

A continuación, el honor de merecer su atención lo tuvo una excelente representación de la «Fiesta de San Nicolás».

—Fíjate, Van Mounen —le dijo Ben a Lambert—, ¿podría haber algo mejor que la cara de este joven? Parece como si *supiera* que se merece unos azotes, pero espera que San Nicolás no se haya dado cuenta.

Este es el tipo de pinturas que me gustan a *mí*; las que cuentan alguna historia.

— ¡Vamos chicos! —gritó el capitán—. ¡Son las diez en punto, tiempo de partir!

Todos se apresuraron a salir al canal.

— ¡Pónganse los patines! ¿Están preparados? A la una, a las dos... ¡un momento! ¿Dónde está Poot?

En efecto, ¿dónde *estaba* Poot?

A unos diez metros⁴ de donde estaban, se acababa de abrir un agujero en el hielo. Peter se quedó mirándolo, y sin decir nada patinó rápidamente hacia él. Por supuesto, todos los demás le siguieron.

Peter miró dentro. Todos los demás hicieron lo mismo, y luego se miraron angustiados entre sí.

—¡Poot! —gritó Peter, volviendo a mirar al interior del agujero. No hubo respuesta. La superficie oscura del agua permanecía quieta; ya estaba empezando a congelarse de nuevo.

Van Mounen se volvió misteriosamente hacia Ben.

—¿No tuvo un ataque hace tiempo?

—¡Dios mío, es verdad! —respondió Ben atemorizado.

—Entonces, si ya le ocurrió una vez, ¿es posible que le haya dado otro en el museo!

Los chicos captaron lo que quería decir. En un abrir

4 Diez yardas.

y cerrar de ojos todos se quitaron los patines. Peter tuvo suficiente presencia de ánimo como tomar un gorro, llenarlo de agua del agujero y salir disparado al rescate.

¡Y allí estaba! Efectivamente encontraron al pobre Jacob, que había sufrido un ataque, pero un ataque de sueño. Se encontraba tumbado en un descansillo de la galería, ¡roncando a pierna suelta! El coro de carcajadas que produjo este descubrimiento atrajo hasta el lugar a un bedel enfadado.

—¿Se puede saber qué sucede? ¡Ya basta de alboroto! ¡Y tú, barril de cerveza, despierta! —dijo propinándole sin contemplaciones una buena sacudida al señorito Jacob.

Tan pronto como vio Peter que Jacob no se encontraba mal, se apresuró a vaciar en la calle su desafortunado gorro. Mientras acomodaba en el interior su pañuelo para evitar que la copa ya congelada pudiera tocar su cabeza, el resto de los chicos salió arrastrando a un indignado y enfurecido Jacob.

Una vez más, se dio la orden de marcha. Poot estaba por fin bien despierto. En aquel punto el hielo estaba un poco desigual y quebrado, pero todo el mundo estaba de buen humor.

—¿Qué prefieren, volver por el canal o por el río? —preguntó Peter.

—Oh, por el río, sin duda —respondió Carl—. Será muy divertido; dicen que todo el camino es perfecto para patinar, pero es mucho más largo.

Jacob Poot cobró un súbito interés por el tema.

—¡Yo voto por el canal! —exclamó.

—Bien, pues que sea por el canal —respondió el capitán—, si es que todos están de acuerdo.

—¡De acuerdo! —respondieron con bastante desánimo, y el capitán Peter encabezó la marcha.

—¡De acuerdo, adelante, llegaremos a Haarlem en una hora!

GRANDES MANÍAS Y PEQUEÑAS RAREZAS

Mientras iban patinando a toda velocidad oían como se les acercaban por detrás los coches de caballos que venían de Ámsterdam.

—¡Eh! —gritó Ludwig mirando hacia la vía férrea—.
¿Quién se atreve a competir con la locomotora?
¡Echemos una carrera!

La mera idea hizo sonar el silbato del tren, los muchachos también silbaron, y todos se lanzaron a él.

Por un instante los chicos se pusieron por delante, vitoreando con todas sus fuerzas; sólo por un instante, pero al menos eso era *algo*.

Una vez pasada la emoción, empezaron a avanzar con más calma y a permitirse momentos de conversación y juegos. A veces paraban para intercambiar unas palabras con los guardias que había apostados a intervalos a lo largo del canal. Durante el invierno, estos hombres se encargaban de mantener despejada de obstáculos y desperdicios su superficie. Tras una tormenta de nieve, se esperaba de ellos que barriesen la mullida cubierta de nieve virgen antes de

que se endureciera como el mármol, transformándose en algo muy bello a la vista pero muy incómodo para los patinadores. De vez en cuando, los chicos dejaban a un lado su dignidad y subían a gatas por las barcas del canal inmovilizadas por el hielo, que aguardaban en un amplio muelle a cierta distancia de este, pero los guardias no tardaban en descubrirlos y con un gruñido les ordenaban que bajasen.

No podía haber nada más recto que el canal por el que patinaba el grupo de muchachos, o que las largas hileras de sauces que se erguían desnudos y etéreos a lo largo de una de las riberas. En el lado opuesto se levantaba, muy por encima del campo circundante, el camino para las carretas, situado en lo alto del gran dique construido para mantener al lago Haarlem dentro de sus límites; alejándose en la distancia hasta perderse en un punto, estaba el cristalino canal con sus muchos patinadores; sus botes para deslizarse sobre el hielo, con sus velas marrones; sus sillas de paseo; y sus pequeños y extraños trineos, tan ligeros como el corcho, deslizándose a toda velocidad sobre el hielo gracias a los bastones con puntas de hierro con los que empujaban sus ocupantes. Ben se sintió extasiado ante ese panorama.

Ludwig van Holp había estado pensando en lo extraño que era que aquel chico inglés supiese tantas cosas sobre Holanda. Según Lambert, aquel muchacho sabía más cosas sobre ellos que los propios holandeses. Esto era algo que no hacía muy feliz a nuestro joven holandés. De repente se le ocurrió algo que pensó que haría que ese «*tíbico inglés*» se quedase asombrado; se acercó a Lambert y le dijo en tono triunfante:

—¡Cuéntale acerca de los tulipanes!

Ben pudo captar la palabra «*tulpen*».

—¡Oh! Sí —dijo con entusiasmo en inglés—, la tulipomanía, ¿hablan de eso, verdad? La he oído mencionar a menudo, pero sé muy poco acerca de ella. Creo que alcanzó su clímax en Ámsterdam, ¿no es cierto?

Ludwig soltó un gruñido, las palabras eran difíciles de entender, pero a Ben se le había iluminado el rostro de una forma inconfundible; afortunadamente, Lambert no notó la decepción de su joven compatriota al responder:

—Sí, aquí y en Haarlem, principalmente; pero se contagió a todos los holandeses, y creo que también a los ingleses, por cierto.

—Me parece que en Inglaterra apenas se notó¹ —dijo Ben—, pero no estoy seguro, ya que no estaba allí en aquella época.

—¡Ja, ja, ja! Eso es cierto, a no ser que tengas más

1 Aunque la Tulipomanía no tuvo en Inglaterra la misma importancia que en Holanda, esta flor no tardó en convertirse en objeto de especulación y alcanzó grandes precios. En 1636, se comerciaba públicamente con los tulipanes en la bolsa de Londres. Incluso hasta comienzos del siglo XIX, el precio de un bulbo de tulipán solía rondar las 15 guineas. Ben desconocía que en su propio tiempo una sola planta de tulipán, llamada la «Fanny Kemble» [N. del T.: Frances Anne «Fanny» Kemble, popular actriz británica de la época.] se había vendido en Londres por más de 70 guineas.

El señor Mackay, en su «Memorial de falsas ilusiones populares» cuenta la divertida historia de un botánico inglés que vio por casualidad un bulbo de tulipán en el invernadero de un holandés adinerado. Sin ser consciente de su valor, sacó su pequeña navaja de bolsillo y cortó el bulbo en dos, examinándolo con mucho interés. De repente apareció el dueño, y abalanzándose furioso sobre él le preguntó si sabía lo que estaba haciendo. «Pelando la cebolla más maravillosa que he visto», respondió con toda tranquilidad. «¡Cien mil *tuyvell!*» —gritó el holandés— «¡Es un Almirante Vander Eyk!». «Gracias» —respondió el viajero inglés, tomando en el acto nota del nombre en su libreta. «Dígame, ¿son muy comunes en su país?», «¡La muerte y las *tuyvell!*» —exclamó el holandés— «¡Venga a ver al síndico y usted mismo lo comprobará!». En contra de su voluntad, el pobre investigador fue conducido por las calles hasta un juez seguido por una multitud indignada. Para su consternación, pronto descubrió que había destruido un bulbo valorado en 4000 florines (1600 dólares) [N. del T.: unos 45 000 dólares de hoy en día]. Estuvo encerrado en una prisión hasta que pudo garantizar el pago de la suma de dinero.

de doscientos años. Bueno, pues te tengo que decir que no hubo antes nada igual ni lo ha vuelto a haber desde entonces. En aquella época las personas enloquecieron de tal forma por los bulbos de tulipán que llegaron a pagar por ellos su peso en oro.

—¡Cómo! ¿El peso de una persona? —exclamó Ben con tal expresión de asombro que Ludwig dio un respingo.

—No, no, el peso de un *bulbo*. El primer tulipán llegó aquí desde Constantinopla hacia 1560. Produjo tal admiración que la gente rica de Ámsterdam mandó buscar más en Turquía. Desde entonces hicieron furor, y la moda duró años. Por una raíz podían pagarse entre mil y cuatro mil florines; y por un bulbo, el *Semper Augustus*, se pagaban cuarenta y cinco mil florines.

—Eso son más de cuatrocientas guineas de nuestra moneda —dijo Ben.

—Sí, y sé que no me equivoco, porque lo leí anteayer en una traducción de Beckman. Sí señor, fue increíble. Todo el mundo especulaba con tulipanes, incluso los barqueros, las traperas y los deshollinadores. Los mercaderes más ricos mostraban su entusiasmo sin pudor. La gente compraba bulbos y los revendía con un beneficio tremendo, sin siquiera llegar a verlos. Aquello llegó a transformarse en una especie de juego de azar. Algunos se enriquecieron en tan sólo unos días, y otros perdieron todo lo que tenían. Si no tenían dinero en metálico invertían tierras, casas,

ganado y hasta la ropa a cambio de los tulipanes. Las mujeres vendían sus joyas y sus mejores vestidos para poder participar en aquella diversión. Nadie pensaba en otra cosa. Finalmente, el gobierno de los Estados Generales tuvo que intervenir. La gente empezó a darse cuenta de que había hecho el tonto, y el precio de los tulipanes se derrumbó. Las deudas contraídas a causa de los tulipanes no pudieron cobrarse. Los acreedores acudieron a la justicia y la justicia les dio la espalda; las deudas, consecuencia de los juegos de azar no eran legalmente exigibles, respondieron. ¡Entonces se produjo el desastre! Miles de ricos especuladores se vieron instantáneamente reducidos a la miseria. Como decía el viejo Beckman: «la burbuja acabó por estallar».

—Sí, y era una burbuja inmensa —añadió Ben, que había estado escuchando con gran interés—. Por cierto, ¿sabías que el nombre *tulipán* viene de una palabra turca que significa turbante?

—Lo había olvidado —respondió Lambert—, pero menuda idea. Imagínate a un grupo de turcos con sus turbantes de cuclillas sobre un prado, ¡el perfecto lecho de tulipanes! ¡Ja, ja, ja, es una idea estupenda!

«Ya está», se dijo a sí mismo Ludwig malhumorado, «le ha contado a Lambert algo maravilloso sobre los tulipanes, ¡lo sabía!».

—De hecho —continuó Lambert—, al observar un lecho de tulipanes en flor es fácil imaginar que uno está viendo a un grupo de personas, especialmente

cuando el viento los mece de aquí allá. ¿Alguna vez lo has notado?

— No. Lo cierto, Van Mounen, es que me sorprende lo increíblemente aficionados que siguen siendo ustedes los holandeses a esa flor hasta el día de hoy.

—Es verdad. No es posible cultivar un jardín que no las tenga; en *mi* opinión, es la flor más bonita que existe. Mi tío tiene un majestuoso macizo con las más exquisitas variedades en su casita de verano al otro lado de Ámsterdam.

—¿No vivía tu tío en la ciudad?

—Así es; pero tiene una casita de verano, una pequeña cabaña a unos pocos kilómetros. También tiene otra al lado del río. Pasamos cerca al entrar en la ciudad. Todo el mundo en Ámsterdam tiene una pequeña cabaña en algún sitio, si puede permitírselo.

— ¿Vive allí alguna vez? —preguntó Ben.

—¡Claro que no! Se trata de sitios pequeños, apropiados para pasar sólo unas pocas horas las tardes de verano. Hay algunas muy bonitas en el extremo sur del lago Haarlem, pero ahora que han empezado a desecarlo para transformarlo en pólderes perderán *ese* encanto. Por cierto, desde que salimos de casa hemos pasado junto a algunas de tejados rojos. Me imagino que te habrás fijado en sus pequeños puentes, estanques y jardines, y sus letreros sobre la puerta de entrada.

Ben asintió.

—Ahora no parecen gran cosa —prosiguió Lambert—, pero cuando llegue el tiempo cálido serán deliciosas. Una vez que broten los sauces, mi tío irá a su casita de verano cada tarde. Allí sestea y fuma; mi tía hace punto, con sus pies sobre el brasero, sin importar lo caluroso que sea el día; mi prima Rika y las demás chicas pescan en el lago desde las ventanas, o charlan con sus amigos que pasan remando; y los más jovencitos van por ahí correteando y cayendo o colgándose de los pequeños puentes sobre las acequias. Después toman café y bizcochos; además, hay un gran manojó de nenúfares sobre la mesa. Es estupendo, te lo aseguro; la única pega (y que esto quede entre nosotros) es que a pesar de que soy de aquí, nunca me ha gustado el olor a agua estancada que hay alrededor de la mayoría de las casas de verano. Casi todas las que puedes ver se levantan sobre una acequia. Es probable que lo note más por haber vivido tanto tiempo en Inglaterra.

—Quizá yo lo note también —dijo Ben— cuando venga el deshielo. Este invierno tan madrugador me ha hecho el favor de cubrir del todo las aguas fragantes, y le estoy muy agradecido. Holanda no sería lo mismo para mí sin su glorioso patinaje.

— ¡Qué diferente eres de los Poots! —exclamó Lambert, que había estado escuchando sumido en una especie de ensimismamiento—. Y sin embargo son primos. No puedo entenderlo.

—*Somos* primos, o al menos siempre nos hemos considerado así nosotros mismos, pero el parentesco no es muy cercano. Nuestras abuelas eran hermanastras. *Mi* lado de la familia es totalmente inglés, mientras que el suyo es enteramente holandés. Verás, el viejo bisabuelo Poot se casó dos veces, y yo desciendo de su esposa inglesa. Sin embargo, me gusta más Jacob que la mitad de mis primos ingleses juntos. Es el muchacho más leal y afable que he conocido jamás. Por extraño que te pueda parecer, mi padre conoció por casualidad al padre de Jacob durante una visita de negocios a Róterdam. Pronto se pusieron a hablar sobre su parentesco, en francés, por cierto, y desde entonces se cartean utilizando ese idioma. En este mundo a veces suceden las cosas más extrañas. Mi hermana Jenny se quedaría asombrada ante alguna de las costumbres de la tía Poot. Mi tía es una dama de la cabeza a los pies, pero es muy diferente a nuestra madre; y la casa también, y los muebles, y la forma de vivir, todo es diferente.

—Por supuesto —asintió Lambert complacido, como si dijera «dónde si no en el mundo podrían ser las cosas tan perfectas como en Holanda»—, pero cuando vuelvas tendrás mucho más que contarle a Jenny.

—Sí, seguro. Y puedo decir una cosa: si tras la santidad, como ellos dicen, no hay nada mejor que la limpieza, entonces Broek está a salvo. Es el lugar más limpio que he visto en mi vida. Pero si incluso mi tía

Poot, con lo rica que es, se pasa fregando la mitad del día, y parece como si hubieran barnizado su casa de arriba abajo. Ayer le escribí a mi madre contándole que puedo ver a mi doble siempre conmigo, pie con pie, en el suelo encerado del comedor.

—¡Tu *doble*! No sé si te he comprendido bien, ¿qué quieres decir?

—¡Oh!, me refiero a mi reflejo, mi fantasma. El segundo Ben Dobbs.

—¡Ah, ya comprendo! —exclamó Van Mounen—. ¿Has estado alguna vez en el gran salón de tu tía Poot?

Ben se rió.

—Sólo una vez, y fue el día de mi llegada. Jacob dice que la próxima oportunidad que tenga de entrar allí será durante la boda de su hermana Kenau, una semana después de Navidad. Mi padre me ha dado permiso para quedarme y ser testigo del gran evento. Cada sábado la tía Poot y su gorda Kate entran en el salón y barren, enceran y restriegan; después lo dejan a oscuras y lo cierran hasta el sábado siguiente; mientras tanto allí no entra un alma; pero la *schoonmaken*, como la llama ella, debe hacerse igualmente.

—Eso no es nada. Cada salón de Broek recibe el mismo trato —dijo Lambert—. ¿Qué te parecen las figuras mecánicas del jardín del vecino?

—Oh, están bastante bien; los cisnes parecen realmente vivos cuando planean en el estanque en verano; pero ese mandarín de la esquina, bajo los castaños, que asiente con la cabeza, es ridículo, sólo sirve para que los niños se rían al verlo. Y luego está el jardín, rígidamente dividido en parcelas; y los árboles, todos podados y pintados. Lo siento, Van Mounen, pero nunca aprenderé a apreciar el gusto de los holandeses por ciertas cosas.

—Te llevará su tiempo —respondió Lambert de forma condescendiente—, pero te aseguro de que al final lo entenderás. He visto muchas cosas admirables en Inglaterra, y espero que me envíen allí de vuelta contigo para estudiar en Oxford; pero juzgando en conjunto, me gusta mucho más Holanda.

—Por supuesto que sí —dijo Ben con un tono de aprobación jovial—, si no fuera así no serías un buen holandés. No hay nada mejor que amar a tu propio país. A pesar de ello, me resulta un poco extraño que alguien pueda tener sentimientos tan cálidos hacia un lugar tan frío; como dejemos de movernos nos congelaremos del todo.

Lambert rió.

—Es tu sangre inglesa, Benjamín. *Yo* no tengo frío. Y mira el resto de patinadores del canal, están tan frescos como una rosa y tan felices como reyes. ¡Eh, buen capitán Van Holp! —gritó Lambert en holandés—. ¿Qué te parece si hacemos un alto en aquella granja allí a lo lejos y nos calentamos los pies?

—¿Quién tiene frío? —preguntó Peter dándose la vuelta.

—Benjamin Dobbs.

—Pues conseguiremos que Benjamín Dobbs entre en calor —y el grupo se dispuso a hacer un alto.

DE CAMINO A HAARLEM

Al aproximarse a la puerta de la granja los chicos se encontraron repentinamente en medio de una animada escena doméstica. Un corpulento holandés salió precipitadamente, seguido de cerca por su querida *vrouw*, que le propinaba golpes certeros con un brasero de mango largo. El rostro de aquella señora no les transmitió a los chicos mucha confianza de ser bien recibidos, así que decidieron prudentemente dar media vuelta y buscarse otro sitio donde entrar en calor.

La siguiente casa de campo demostró ser más acogedora. Su techo bajo de brillantes tejas rojas se extendía sobre el establo que, todo lo limpio que uno pueda imaginar, se alzaba cerca del edificio principal. Al otro lado de una de las ventanas pudieron ver a una mujer muy arreglada y de aspecto pacífico haciendo punto. Tras los pequeños y resplandecientes paneles de cristal y níveas cortinas de otra de ellas, se distinguía parte del perfil de una figura gruesa, sentada y con la pipa en la boca. En respuesta a los tímidos golpes en la puerta que dio Peter, una muchacha rubia, de mejillas sonrosadas y con su vestido de los domingos, salió a abrir la mitad superior de la verde puerta (dividida en dos a media altura) y les preguntó qué querían.

—¿Podríamos entrar a calentarnos un poco, señorita?
—preguntó educadamente el capitán.

—Claro, pasen y sean bienvenidos —fue su respuesta, al tiempo que la mitad inferior de la puerta giraba para unirse a su compañera. Antes de entrar, cada uno de los chicos restregó las suelas de sus zapatos, prolongada y concienzudamente, sobre la áspera superficie de la alfombrilla, y todos fueron saludando con su mejor reverencia a la anciana señora y al caballero que estaban sentados junto a las ventanas. Mientras inclinaba su cuerpo, Ben pensó que aquellos personajes parecían autómatas, como las figuras mecánicas del jardín de los Broek, ya que ambos balanceaban de forma lenta sus cabezas exactamente de la misma forma, mientras seguían ocupados realizando sus tareas de manera tan rígida y constante que parecían movidos por algún mecanismo. El anciano caballero iba dando bocanadas a su pipa con rítmica precisión, y su esposa manejaba las agujas de punto como si obedeciese al movimiento de unos engranajes internos. Incluso el humo auténtico que soltaba la pipa inmóvil no acababa de probar convincentemente que ambos fueran humanos.

Sin embargo, la doncella de las mejillas sonrosadas... ¡Ah! cómo se afanaba de un lado a otro. Con cuánta solicitud les ofreció a los chicos unas lustrosas sillas de respaldo alto para que se sentasen, cuán rápido consiguió avivar el fuego para que ardiera intensamente, cómo hizo que Jacob Poot casi llorara de alegría al traerles un gran pedazo de pan de pan

de jengibre y una jarra de piedra llena de vinagre, cómo rió satisfecha al ver a los muchachos devorando como animales salvajes bien comportados, y qué consternada pareció cuando Ben, educada pero firmemente, rechazó probar el pan negro y la col fermentada. Cómo le quitó a Jacob uno de los mitones, que estaba descosido a la altura del pulgar, y lo remendó en un instante, cortando el hilo de la última puntada con sus blancos dientes y diciendo mientras mordía: «ahora calentará más» y, finalmente, cómo fue dando por turno un apretón de manos a cada chico y (tras mirar con desaprobación al autómatas femenino) insistió en llenar los bolsillos de todos con pan de jengibre.

Durante todo aquel proceso las agujas de punto siguieron entrechocando y la pipa siguió emitiendo rítmicas fumaradas.

Un rato después de ponerse de nuevo en camino, llegaron a las proximidades del castillo de Zwanenburg, con su enorme fachada de piedra, y sus torres de guardia coronadas cada una por la escultura de un cisne.

—*Halfweg*¹, chicos —dijo Peter—, quítense los patines.

—Ya ves —explicó Lambert a su compañero—, el canal en Y y el lago Haarlem se encuentran aquí, poniéndonos las cosas difíciles. El río se encuentra a metro y medio² por encima del terreno, así que debemos asegurarlo todo con diques y compuertas, para evitar que el terreno se inunde. Las esclusas de este lugar son supuestamente algo excepcional; vamos a caminar por encima de ellas y verás lo

1 A mitad de camino.

2 Cinco pies.

suficiente como para quedarse asombrado. Dicen que el agua mineral del lago tiene más poder blanqueador que ninguna otra del mundo; todas las grandes lavanderías de Haarlem la usan. No sé mucho del tema, pero hay *una* cosa que sí puedo contarte como experiencia personal.

—¿De qué se trata?

—Bueno, el lago está lleno de las mayores anguilas que jamás hayas visto, yo las he atrapado aquí a menudo, ¡son un auténtico prodigio! Créeme si te digo que a veces pueden competir con uno; si te descuidas son capaces de retorcerte y desencajarte un brazo. Pero me doy cuenta de que no te interesan las anguilas. El castillo es impresionante, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Y qué son aquellos cisnes? ¿Significan algo? —preguntó Ben alzando la vista hacia las pétreas torres de guardia.

—Los holandeses prácticamente reverenciamos a los cisnes. En concreto estos dan su nombre al castillo: Zwanenburg, castillo de los cisnes. Eso es todo lo que sé. Este sitio es muy importante, porque es aquí donde los expertos se reúnen para tratar los asuntos que tienen que ver con los diques. El castillo fue en un tiempo residencia del célebre Christian Brunings.

— ¿Y quién fue *él*? —preguntó Ben.

—Peter podría decírtelo mejor que yo —respondió Lambert—, si pudiesen entenderse entre ustedes, o no fuesen tan cobardes y se atreviesen a renunciar a su

propio idioma. Pero yo he escuchado con frecuencia a mi abuelo hablar de Brunings. Nunca se cansaba de contarnos cosas acerca de ese gran ingeniero, de lo listo y culto que era, y de cómo todo el país lamentó su muerte como la de un amigo cercano. Perteneció a un montón de sociedades científico-culturales, fue el responsable del departamento de estado encargado del cuidado de los diques y otras protecciones contra el avance del mar. Introdujo incontables mejoras en los diques, esclusas, molinos de agua y otras cosas por el estilo. Como sabes, los holandeses consideramos a los ingenieros como nuestros más grandes benefactores. Brunings falleció hace ya años; en la catedral de Haarlem hay un monumento erigido en su honor. He visto un retrato suyo y puedo decirte que tenía un aspecto muy noble. No me extraña que el castillo parezca tan estirado y orgulloso, ¡no es cualquier cosa haber dado cobijo a un hombre tan grande!

—Sí, ya lo creo —dijo Ben—. Me pregunto, Van Mounen, si algún día tú o yo haremos que un viejo edificio crea tener derecho a sentirse orgulloso... ¡Vaya! Todavía quedan muchas cosas por hacer en este mundo y algunos de los que ahora somos jóvenes tendremos que llevarlas a cabo. Ten cuidado con el cordón de ese zapato, Van, se te ha desatado.

UNA CATÁSTROFE

Era cerca de la una cuando el capitán Van Holp y sus muchachos entraron en la antigua e ilustre ciudad de Haarlem. Ya llevaban recorridos casi veintisiete kilómetros¹ desde aquella mañana, y todavía estaban tan frescos como una rosa. Desde el más joven (Ludwig Van Holp, que sólo tenía catorce) hasta el mayor (un veterano de diecisiete, con tanta personalidad como el capitán), todos coincidían en la misma opinión, que aquella estaba siendo la aventura más divertida de sus vidas. Es cierto que Jacob Poot había empezado a quedarse sin aliento durante los últimos uno o dos kilómetros, y es posible que se sintiera ya listo para echarse otra siesta; pero eso no quita para que estuviese lo suficientemente animado como para recorrer otra docena. Incluso Carl Schummel, que había intimado mucho con Ludwig durante la excursión, se olvidó de su mal carácter. En cuanto a Peter, desbordaba de felicidad, y había cantado y silbado con tanta alegría durante el trayecto que incluso los transeúntes más formales le habían dirigido una sonrisa al escucharle.

1 Diecisiete millas

—¡Vamos, muchachos! Es casi la hora del *tiffin*² — dijo mientras se acercaban a una cafetería de la calle principal—. Debemos procurarnos algo más sólido que el pan de jengibre de la bonita muchacha. —Y el capitán se metió la mano en el bolsillo como diciendo: «¡Tenemos dinero suficiente como para alimentar a un batallón!».

— ¡Vaya! —exclamó Lambert—. ¿Qué le ocurre?

Peter, pálido y con la mirada perdida, se tanteaba con sus manos el pecho y los costados, y tenía el aspecto de alguien que hubiera quedado súbitamente trastornado.

—¡Está enfermo! —exclamó Ben.

—No, ha perdido algo —dijo Carl.

—El portamonedas con todo nuestro dinero, ¡ha desaparecido! —dijo Peter tragando saliva.

Por un instante todos quedaron demasiado sorprendidos como para hablar.

Finalmente, Carl soltó un gruñido.

—No tenía sentido que uno de nosotros llevase encima todo el dinero. Lo dije desde el principio. Mira en tu otro bolsillo.

—Ya lo he hecho, no está ahí.

—Mira en tu chaqueta interior.

Peter obedeció mecánicamente. Incluso se quitó el gorro

2 Almuerzo.

y lo examinó; después volvió a rebuscar desesperadamente dentro de cada bolsillo.

—Ha desaparecido, chicos —dijo al fin, con tono desesperanzado—. Nos hemos quedado sin almuerzo, ni cena. ¿Qué vamos a hacer? No podemos continuar sin dinero. Si estuviéramos en Ámsterdam podría conseguir todo lo que quisiera, pero no hay nadie en Haarlem a quien pudiera pedirle prestado un *stiver*. ¿Conoce alguno de ustedes a alguien aquí que pudiera prestarnos unos pocos *guilders*?

Cada uno de los muchachos observó cinco caras inexpresivas. Entonces, una especie de sonrisa fue dando la vuelta al círculo, hasta tornarse en tristeza al llegar a Carl.

—Eso no dará resultado —dijo airadamente—. Conozco a algunas personas de aquí, gente rica, pero padre me daría una tanda de azotes si le pidiera prestado un céntimo a cualquiera de ellas. El letrero que cuelga del portón de entrada de su casita de verano dice: «Una persona honrada no necesita pedir prestado».

—¡Pues vaya! —dijo Peter, sin sentir mucho respeto por dicha opinión en aquel momento en particular.

Los chicos se sintieron súbitamente hambrientos.

—Ha *ssido mmi culppa* —dijo Jacob en tono compungido a Ben— Yo *dijje primerro, mejjorr* que *todoss pongann* su *dinerro* en *monederro* de Van Holp.

—De eso nada, Jacob; lo hiciste por nuestro bien.

Ben pronunció estas palabras en un tono tan enérgico que los dos Van Holp y Carl pensaron que acababa de proponer un plan que acabaría de golpe con los problemas del grupo.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? Tradúcenoslo, Van Mounen —exclamaron.

—Dice que no ha sido culpa de Jacob que se perdiera el dinero; que cuando propuso que Van Holp llevase el dinero de todos en su portamonedas lo hizo por nuestro bien.

—¿Eso es todo? —dijo Ludwig desanimado—, no necesitaba organizar *tanto* alboroto para decir eso. ¿Cuánto dinero hemos perdido?

—¿No lo recuerdas? —dijo Peter—. Cada uno de nosotros puso exactamente diez *guilders*, así que había sesenta *guilders* en la bolsa. Soy el tipo más tonto del mundo; el pequeño Schimmelpenninck habría sido un mejor capitán. Me dan ganas de darme de puñetazos por haberlos decepcionado tanto.

—Pues hazlo —gruñó Carl—. ¡Bah! —añadió—, todos sabemos que ha sido un accidente, pero eso no nos ayuda en nada. Necesitamos dinero, Van Holp, aunque tengas que vender tu precioso reloj.

—¿Vender el regalo de cumpleaños que me dio mi madre? ¡Jamás! Puedo vender mi abrigo, mi gorro, cualquier cosa menos el reloj.

—Vamos, vamos —dijo Jacob afablemente—, estamos tomándonos esto demasiado en serio. Podemos

volver a casa y empezar de nuevo dentro de un día o dos.

—Es posible que *tú* puedas conseguir otros diez *guilders* —replicó Carl—, pero para el resto de nosotros no será tan fácil. Si volvemos a casa, nos quedaremos allí, puedes estar seguro.

El capitán, cuyo buen carácter no le había abandonado ni por un momento, se llenó de indignación.

—¿Piensan que voy a dejar que sufran por mi descuido? —exclamó—. ¡Tengo el triple de la cantidad que hemos perdido en la caja fuerte de mi casa!

—Vaya, te pido perdón —dijo Carl rápidamente, añadiendo en un tono más malhumorado—; bueno, no veo otra opción que volver a casa hambrientos.

—Yo tengo un plan mejor —dijo el capitán.

—¿En qué consiste? —preguntaron ansiosos todos los muchachos.

—En sacar algo positivo de una circunstancia mala y volver tranquilamente, como hombres —dijo Peter mirándoles con sus claros ojos azules y semblante franco, con un aspecto tan gallardo y agraciado, que todos se contagiaron de su espíritu.

—¡Hurra por el capitán! —gritaron.

—Ahora, muchachos, más vale que nos hagamos a la idea de que, al fin y al cabo, no hay lugar mejor en el mundo que Broek, y esforzarnos para estar allí dentro de dos horas, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —gritaron todos mientras corrían hacia el canal.

—¡Pónganse los patines! ¿Están preparados? Ven, Jacob, deja que te ayude.

—Ya está. ¡A la una, a las dos y a las tres!

Y los rostros juveniles que dejaron Haarlem a su señal brillaban casi tanto como los que habían entrado conducidos por el capitán Peter media hora antes.

CAPÍTULO 14

HANS

Rayos y truenos! —exclamó Carl enfadado, cuando el grupo no se había alejado aún veinte metros¹ de las puertas de la ciudad—. ¿Pues no es aquél el pordiosero de los patines de madera y los pantalones de cuero llenos de parches? Este chico está en todas partes, ¡maldito sea! Tendremos suerte si el capitán no nos obliga a detenernos para saludarle —añadió en el tono más burlón que pudo.

—Tu capitán es un tipo terrible —dijo Peter tan tranquilo—, pero se trata de una falsa alarma, Carl; no veo a tu peor pesadilla entre los patinadores. ¡Un momento! ¡Ahí está! ¿Pero qué le ocurre al chico?

¡Pobre Hans! Su rostro estaba lívido, sus labios apretados. Patinaba como si estuviese bajo los efectos de un mal sueño. Justo al pasar junto a ellos, Peter le saludó:

—¡Buenos días, Hans Brinker!

El semblante de Hans se iluminó de repente.

—¡Vaya, señorito! ¿Es usted? ¡Me alegro de verle!

1 Veinte yardas.

—Menudo impertinente —susurró Carl Schummel con desprecio mientras adelantaba a sus compañeros, que parecían dispuestos a entretenerse con su capitán.

—Yo también me alegro de verte, Hans —respondió Peter con gozo—. Pero parece preocupado. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Tengo un problema —respondió Hans bajando los ojos. Después alzó de nuevo la mirada con una expresión casi de felicidad, y añadió—, pero en *este* caso creo que es Hans el que puede ayudar al señorito Van Holp.

—¿Cómo es posible? —preguntó Peter de esa forma directa tan típicamente holandesa, sin tratar en absoluto de ocultar su sorpresa.

—Entregándole *esto*, señorito —respondió al tiempo en que le entregaba el portamonedas extraviado.

—¡Hurra! —gritaron los chicos sacando sus manos heladas de los bolsillos para agitar los brazos por el aire con alegría.

Pero Peter dijo:

—Gracias, Hans Brinker.

Y lo hizo en un tono que hizo que Hans se sintiera como si el rey se hubiera arrodillado ante él.

La exclamación de gozo de los chicos llegó amortiguada a los oídos del refinado caballero que, intentando contener la ira reprimida, patinaba ya en dirección a Ámsterdam. Un chico yanqui habría dado la vuelta y se habría apresurado a

satisfacer su curiosidad. Pero Carl se limitó a detenerse, dando la espalda al grupo y preguntándose qué habría podido ocurrir. Allí permaneció, inmóvil, hasta que al caer en la cuenta de que solamente la perspectiva de algo para comer podía haberlos llevado a vitorear con tanto entusiasmo, se dio la vuelta y empezó a patinar lentamente en dirección a sus emocionados compañeros.

Mientras tanto, Peter y Hans se habían apartado del resto.

—¿Cómo sabías que era mi portamonedas? — preguntó Peter.

—Ayer me pagó usted tres *guilders* a cambio de hacerle una cadena de madera de tulípero, diciéndome que tenía que comprarme unos patines.

—Sí, lo recuerdo.

—En ese momento vi su portamonedas y me fijé en que era de cuero amarillo.

—¿Y dónde lo has encontrado hoy?

—Esta mañana salí de mi casa muy preocupado y estuve patinando sin prestar atención a nada hasta que tropecé con una madera, y mientras me frotaba la rodilla vi su portamonedas cerca, oculto bajo un leño.

—¡Ese lugar! Ahora lo recuerdo; justo cuando pasábamos me saqué la bufanda del bolsillo y, probablemente, extraje también el portamonedas al mismo tiempo. Me habría quedado sin él si no fuese por ti, Hans. Toma —dijo vaciando el contenido del

portamonedas—, debes concedernos el honor de dividir su contenido contigo.

—De ninguna manera, señorito —respondió Hans. Lo dijo sosegadamente, sin fingimiento ni artificio, pero Peter se sintió, de algún modo, recriminado, y volvió a guardarse las monedas de plata sin decir palabra.

«Me gusta este chico, sea rico o sea pobre», pensó en su mente. Después añadió en voz alta:

—Hans, ¿puedo preguntarte qué es lo que te preocupa?

—Ah, señorito, es algo muy triste... pero se me va a hacer tarde. Voy a Leiden, a ver al gran doctor Boekman.

—¡El doctor Boekman! —exclamó Peter asombrado.

—Así es, señorito, y no tengo un minuto que perder. ¡Buenos días!

—Espera, yo voy en la misma dirección. ¡Acérquense, compañeros! ¿Qué les parece si volvemos a Haarlem?

—Sí —exclamaron los muchachos con mucho ánimo, e inmediatamente se pusieron en camino.

—Bueno —dijo Peter acercándose a Hans, mientras ambos se deslizaban juntos por el hielo con tanta facilidad y ligereza que apenas parecían ser conscientes de estar moviéndose—, vamos a detenernos en Leiden, y si vas allí sólo para darle

un mensaje al Dr. Boekman, ¿no podría hacer yo el recado por ti? Puede que los chicos estén cansados como para patinar hoy hasta tan lejos, pero te prometo ir a verle mañana temprano, siempre que se encuentre en la ciudad.

—Vaya, me haría usted un gran favor; no es recorrer tanta distancia lo que temo, sino dejar a mi madre sola tanto tiempo.

—¿Está enferma?

—No, señorito. Se trata de mi padre. Quizá ya se haya enterado de cómo perdió el juicio hace años, antes incluso de que se construyera el gran molino de Schlossen; pero su cuerpo sigue sano y fuerte. Como la única distracción de mi padre es sentarse a mirar el rescoldo de las brasas, anoche mi madre estaba arrodillada cerca del fuego para avivarlas —algo que si pudiera haría cada hora del día sólo para agradecerle— cuando de repente, antes de que pudiera removerlas, mi padre saltó sobre ella como un gigante y la sujetó cerca del fuego, al tiempo que reía y sacudía la cabeza. Yo estaba en el canal, pero escuché los gritos de mi madre y acudí en su ayuda. Mi padre seguía sujetándola con fuerza y su vestido empezó a echar humo. Intenté sofocar el fuego pero mi padre me apartó con una mano. Si hubiéramos tenido agua en la casa podría haberlo apagado fácilmente. Mientras tanto mi padre seguía riendo, dando unas carcajadas terribles, señorito; sin apenas hacer ruido, simplemente con muecas en el rostro.

Intenté arrancarle a mi madre de las manos, pero eso sólo empeoró las cosas. *Entonces*, sé que es terrible, ¿pero cómo podía dejar a mi madre arder? Le pegué, le pegué con un taburete. Él me lanzó al aire. ¡El vestido de mi madre estaba en llamas! Yo *tenía* que apagarlas. Después de eso ya no recuerdo bien. Me di cuenta de que estaba tirado en el suelo; mientras, mi madre oraba. Me pareció que estaba ardiendo, y durante todo ese tiempo podía escuchar aquella risa. Mi hermana Gretel empezó a gritar y a decir que mi padre estaba arrimando a mi madre a las brasas hasta casi tocarlas. ¡Y yo no podía hacer nada! Gretel fue corriendo al armario, llenó una escudilla con la comida favorita de mi padre y la puso en el suelo. Entonces este soltó a mi madre y fue gateando por la comida como si fuera un bebé. Mi madre no se había quemado, sólo ardieron parte de sus ropas. ¡Ah! Qué buena fue con él el resto de la noche, vigilándolo y atendiéndolo. Mi padre se fue a dormir con fiebre alta, y presionándose la sien con una mano. Mi madre nos contó que hacía ya bastante tiempo que hacía eso, como si sintiera dolor en esa zona. Ah, señorito, preferiría no habérselo contado. Si mi padre estuviera en su sano juicio, no habría sido capaz de hacerle daño a una mosca.

Durante unos instantes ambos muchachos avanzaron en silencio.

—Es terrible —dijo finalmente Peter—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Muy enfermo, señorito.

—¿Y por qué vas a buscar al doctor Boekman, Hans? Hay otros doctores en Ámsterdam que quizá podrían ayudarlo. Boekman es un hombre famoso, buscado sólo por la gente más acaudalada, y a pesar de ello con frecuencia lo buscan en vano.

—Él me lo *prometió*, señorito. Ayer mismo me prometió que iría a ver a mi padre dentro de una semana. Pero con todo lo que ha sucedido no podemos esperar, creemos que mi padre se está muriendo. ¡Oh, señorito! Por favor, ruéguele que venga pronto, él no dejaría pasar toda una semana mientras mi padre se muere, es un señor tan amable.

—*¡Tan amable!* —repitió Peter asombrado—. ¡Pero si se le conoce como el hombre más malhumorado de Holanda!

—Lo parece porque es un hombre muy enjuto, y su expresión ceñuda se debe a que siempre está pensando, pero tiene un corazón tierno, yo lo sé. Cuénteles lo que le he dicho, señorito, y ya verá como viene.

—Eso espero, Hans, con todo mi corazón. Veo que tienes prisa por volver a casa. Prométeme que si necesitas ayuda irás a ver a mi madre, a Broek. Dile que vas de mi parte. Y Hans Brinker, no como recompensa, sino como regalo, te ruego que aceptes estos *guilders*.

Hans negó con la cabeza decididamente.

—De ninguna forma, señorito, no puedo aceptarlo. Si pudiera encontrar trabajo en Broek o en el molino

Sur estaría encantado, pero siempre me dicen lo mismo: «espera hasta primavera».

—Me alegro de que lo hayas mencionado —dijo Peter con entusiasmo—, ya que mi padre necesita ayuda urgentemente. Tu bonita cadena le ha gustado mucho. Me dijo: «ese muchacho hace cortes limpios, sería un buen tallador». Queremos tallar un portal para nuestra nueva casa de verano, y mi padre pagaría muy bien por el trabajo.

—¡Dios es bueno! —exclamó Hans súbitamente encantado—. ¡Oh!, señorito, eso sería fantástico. Nunca he intentado tallar algo tan grande, pero estoy seguro de que podría hacerlo. Sé que puedo.

—Estupendo, dile a mi padre que tú eres el Hans Brinker del que le hablé. Estará encantado de ayudarte.

Hans se le quedó mirando realmente sorprendido.

—Gracias, señorito.

—En fin, capitán —exclamó Carl, ansioso por aparentar que estaba del mejor humor posible, para compensar su metedura de pata— esperamos tus órdenes, y estamos hambrientos como lobos.

Peter le respondió animado y luego se volvió rápidamente hacia Hans.

—Ven con nosotros a comer algo y ya no te entretendremos más.

¡Menuda mirada de pena le devolvió Hans en un instante!

Peter se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de que el pobre muchacho estaba muerto de hambre.

—Lo siento, señorito, mi madre me necesita ahora mismo. Mi padre podría haber empeorado, no debo esperar más. Que Dios le bendiga —y saludando a toda prisa Hans volvió el rostro en dirección a su casa y emprendió el camino.

—Vamos chicos —dijo Peter con un suspiro—, ¡a por nuestro almuerzo!

HOGARES

Que nadie piense que nuestros jóvenes holandeses se habían olvidado ya de la gran carrera de patines que iba a tener lugar el día veinte. Por el contrario, a menudo pensaban y hablaban acerca de ella durante todo el día. Incluso Ben, a pesar de sentirse más turista que el resto, no perdió en ningún momento durante toda la excursión una cierta visión de unos patines de plata que había estado persiguiéndolo día y noche durante toda la semana anterior.

Siendo un «auténtico inglés», como Jacob le había llamado, nunca dudó de que su velocidad inglesa, su fuerza inglesa, en fin, todas sus habilidades inglesas, le permitirían en cualquier momento avergonzar sobre el hielo a todos los holandeses; y también al resto del mundo, por cierto. Desde luego, Ben era un patinador excelente. No había tenido ni la mitad de las oportunidades de practicar que las que habían disfrutado sus nuevos compañeros, pero las había aprovechado al máximo. Además, era tan fornido, tan ágil de piernas, en resumen, era un joven tan fuerte, elegante, rápido y grácil en todos los sentidos, que el patinaje era para él algo tan natural como saltar para un gamo o volar para un águila.

El único que durante aquella noche tan estrellada de invierno, y el aún más soleado día, no pudo soñar con la

visión de los patines de plata fue el pobre Hans y su corazón afligido.

Incluso Gretel los había visto revolotear mientras permanecía sentada junto a su madre a lo largo de todas aquellas pesadas horas de vigilia. No como un premio a ser obtenido, sino como un tesoro situado irremediamente fuera de su alcance.

Rychie, Hilda y Katrinka apenas habían pensado en otra cosa que no fuese: «¡La carrera, la carrera! ¡Ya falta menos para el día veinte!».

Las tres chicas eran amigas. Aunque eran casi de la misma edad, mismo talento y posición social, eran todo lo diferentes que unas muchachas hubieran podido ser.

A Hilda van Gleck ya la conocen, una chica de catorce años noble y de corazón tierno. Rychie Korbes era muy guapa, mucho más llamativa y bonita que Hilda, pero ni la mitad de alegre y luminosa en su interior. Nubes de orgullo, de descontento y de envidia envolvían su corazón, creciendo y haciéndose más oscuras cada día. Por supuesto, a menudo se disipaban para dejar pasar la luz, como ocurre con las nubes naturales. ¿Pero quiénes eran conscientes de las tormentas y los lamentos? Sólo su doncella, o entonces su padre, su madre o hermano pequeño, aquellos que, a pesar de todo, la querían. Como las demás nubes, las suyas adoptaban a menudo formas caprichosas, y lo que en realidad eran neblinas o brumas imaginarias, asumían el aspecto de agravios monstruosos y montañas de dificultad. En su mente, Gretel, la pobre niña campesina, no era un ser humano, una criatura creada por Dios como ella misma, sino sólo algo que significaba pobreza, andrajos y suciedad. Como si Gretel no tuviera derecho a sentir o tener esperanza. Sobre todo, la gente de ese tipo

nunca debía cruzarse en el camino de los que eran mejores que ellos, no de una forma desagradable. Podían trabajar y esforzarse para ellos a una distancia respetable. Incluso, si querían, podían admirarlos humildemente, pero nada más. Si se rebelaban, había que someterlos; si sufrían, no había por qué preocuparse, ese era el lema secreto de Rychie. Y, sin embargo, qué chistosa era, con cuánto gusto se vestía, cuán cautivadoramente cantaba; cuántos sentimientos demostraba —hacia sus gatitos y conejos—, ¡y cuán completamente podía embrojar el sentimiento de muchachos sensibles y honestos como Lambert van Mounen y Ludwig van Holp!

Carl era en su interior demasiado parecido a ella como para ser su ferviente admirador y, quizá, sospechaba la presencia de las nubes. Él, siendo como era hosco, arisco y siempre incómodamente serio, prefería por supuesto a la jovial Katrinka, cuya naturaleza estaba hecha de cientos de campanillas tintineantes. Había sido una coqueta de bebé, una coqueta en su infancia y ahora era una coqueta en su edad escolar. Sin sufrir lo más mínimo por ello, coqueteaba con sus estudios, sus obligaciones y hasta sus pequeños problemas. No dejaba que nadie supiera cuándo algo la molestaba; no iba a darles ese gusto. Coqueteaba con su madre, con su corderita doméstica, con su hermanito bebé, incluso con sus propios rizos dorados, echándolos hacia atrás, como con desdén. A todo el mundo le caía bien, ¿pero quién podía amarla? Todo se lo tomaba a broma. Una cara agradable, un corazón agradable, modales agradables, cosas que sólo satisfacen brevemente. ¡Pobre feliz Katrinka! Así era ella, campanilleando alegremente durante su juventud; pero a la vida también le gusta coquetear, hacer que todas sus dulces campanillas desafinen, ¡o silenciarlas una a una!

Qué distintas eran las casas de estas tres chicas en comparación con la vieja cabaña semiderruida donde vivía Gretel. Rychie vivía en una bella casa cerca de Ámsterdam, donde los aparadores tallados estaban cargados de cuberterías y vajillas de plata y oro, y donde los sedosos tapices colgaban haciendo pliegues desde el techo hasta el suelo.

El padre de Hilda era el propietario de la mansión más grande de Broek. Su deslumbrante techo de tejas pulidas, y su fachada de madera pintada en media docena de variados colores, eran la admiración del vecindario.

El hogar de Katrinka estaba a menos de dos kilómetros¹, y era la casa de campo más elegante de Holanda. El jardín estaba tan rígidamente dispuesto en pequeños senderos y parcelas que hasta los pájaros lo confundían con un gran rompecabezas chino, con todas las piezas sobre la mesa y listo para jugar. Pero en verano era muy hermoso; las flores embellecían al máximo las rígidas cuadrículas y, cuando el jardinero no estaba mirando, resplandecían, se contoneaban y se entrelazaban unas con otras de las formas más inimaginables. ¡Qué macizo de tulipanes! ¡La reina de las hadas nunca habría podido desear un lugar más hermoso donde establecer su corte! Pero Katrinka prefería el lecho de jacintos rosas y blancos. Estaba enamorada de su frescura y fragancia, y de la manera despreocupada en que sus capullos campaniformes se mecían con la brisa.

Carl estaba en parte correcto y en parte equivocado cuando dijo que Katrinka y Rychie se pondrían furiosas ante la sola idea de que Gretel, la campesina, participase en la carrera. Había escuchado decir a Rychie que sería «¡escandaloso, vergonzoso, muy lamentable!», expresiones

1 Menos de una milla.

que, tanto en holandés como en inglés, son por lo general las más fuertes que una chica indignada puede utilizar; y había visto a Katrinka balancear con pesar su bella cabeza, oyéndola hacerse eco de las expresiones de su amiga, exclamando con su dulce voz: «¡vergonzoso, muy lamentable!», imitando a Rychie lo más fielmente que unas tintineantes campanillas pueden imitar el sonido del auténtico enfado. Eso le dejó satisfecho. Nunca llegó a sospechar que si hubiese sido Hilda, y no Rychie, la primera en hablar con Katrinka sobre el tema, las campanillas hubieran también producido gustosas su eco. Habría dicho: «Por supuesto, dejemos que participe con nosotras», y lo habría dejado pasar sin volver a dedicarle otro pensamiento. Sin embargo, ahora Katrinka declaraba con dulce énfasis que era una vergüenza que a una chica tan tonta, a una pequeña criatura desamparada como Gretel, se le permitiera echar a perder la carrera.

Rychie, como era rica y poderosa —al nivel de una colegiala— además de Katrinka, tenía otras seguidoras, las cuales compartían sus opiniones por ser demasiado perezosas o demasiado cobardes para pensar por sí mismas.

¡Pobre pequeña Gretel! Su hogar ya era lo suficientemente triste y sombrío. Raff Brinker yacía gimiendo en su áspera cama, y su esposa, olvidándolo todo, perdonándolo todo, humedecía su cabeza y sus miembros, llorando y orando para que no muriese. Hans, como ya sabemos, había partido desesperado hacia Leiden en busca del doctor Boekman, para inducirlo, si fuese posible, a ir rápidamente a ayudar a su padre. Gretel, imbuida de un extraño pavor, hacía su trabajo lo mejor que podía: fregaba el rugoso suelo de ladrillo, traía turba para mantener vivo el débil fuego, y fundía hielo para que su madre pudiese usarlo. Al terminar, permanecía sentada

sobre un taburete bajo junto a la cama, y rogaba a su madre para que intentase dormir un poco mientras tanto.

—Tú estás tan cansada —susurraba—, no has cerrado ni una sola vez los ojos desde aquel terrible momento la noche pasada. Mira, he preparado la cama de sauce en el rincón, y he extendido sobre él todas las cosas blandas que he podido encontrar, de manera que puedas acostarte cómodamente. Aquí tienes tu chaqueta. Quítate ese bello vestido, yo lo doblaré con mucho cuidado y lo pondré en el gran arcón antes de que te vayas a dormir.

Dame Brinker negó con la cabeza sin quitar la vista del rostro de su marido.

—Yo puedo vigilarlo —insistió Gretel, y prometo despertarte cada vez que padre se agite. Estás tan pálida, y tienes los ojos tan enrojecidos, ¡oh, madre, hazlo!

Los ruegos de la niña fueron en vano. Dame Brinker no dejaría su puesto.

Gretel se quedó contemplándola en un silencio inquieto, preguntándose si hacía muy mal en preocuparse de uno de sus padres más que del otro; porque una cosa era cierta, sí, ciertísima, le tenía pavor a su padre, en cambio estaba apegada a su madre con un amor que rayaba la idolatría.

«Hans ama también a padre», pensó ella, «¿por qué no puedo yo hacer lo mismo? Sin embargo, no pude evitar llorar cuando vi cómo sangraba su mano aquel día, hace un mes, cuando tomó por la fuerza un cuchillo; y ahora, cada vez que da un quejido, cómo me duele, me duele por todas partes.

A fin de cuentas, puede que sí le ame, y Dios lo vea y crea que después de todo no soy una niña tan mala, tan malvada como pienso. Sí, amo a mi pobre padre, casi como Hans, aunque no tanto, porque Hans es fuerte y no lo teme. ¡Oh!, ¿es que esos quejidos no van nunca a detenerse? Pobre madre, cuánta paciencia tiene. Al contrario que yo, nunca pone mala cara al pensar en aquel dinero que desapareció de forma tan extraña. Si él pudiera, aunque fuera por un instante, abrir los ojos y mirarnos, como hace Hans, y decirnos dónde están los *guilders* de madre, dejaría de preocuparme del resto. Bueno, sí que me preocuparía, no quiero que mi pobre padre se muera, que se ponga todo frío y azul, como la hija pequeña de Annie Bouman. Sé que no, querido Dios, sé que no quiero que padre se muera».

Sus pensamientos se fundieron en una oración. La pobre niña apenas fue consciente de cuándo terminó de orar. Poco después se encontró a sí misma contemplando el destello de un rescoldo que había cerca del fuego, que brillaba de forma débil pero constante, mostrando que en algún lugar de aquella oscura pila había calor y luz que al fin acabaría extendiéndose. Junto a la cama había una gran vasija de barro llena de brasas; Gretel la había puesto allí diciendo: «para que padre pare de temblar». Se quedó viendo cómo proyectaba un resplandor sobre el contorno de su madre, iluminando su falda descolorida y dándole un novedoso aspecto a su deshilachado corpiño. Para Gretel supuso un alivio ver cómo se suavizaban las arrugas de su fatigado rostro, a medida que la luz del hogar titilaba delicadamente sobre él.

A continuación contó los rotos y parcheados paneles de vidrio de las ventanas; y finalmente, tras rastrear cada grieta y fisura de las paredes, fijó su mirada sobre la estantería

tallada por Hans y que colgaba al límite de lo que Gretel podía alcanzar. En ella reposaba una gran Biblia con cierres de bronce y encuadernada en piel, un regalo de bodas para Dame Brinker de su familia en Heidelberg.

«¡Ah, qué mañoso es Hans! Si estuviera aquí se las ingeniaría para darle la vuelta a padre de modo que dejara de quejarse. ¡Oh, Señor, Señor! Si esta enfermedad se prolonga nunca más podremos volver a patinar. Debería devolverle mis patines nuevos a esa bella señorita. Hans y yo no participaremos en la carrera», y los ojos de Gretel, secos hasta entonces, se inundaron de lágrimas.

—No llores, pequeña —dijo su madre tiernamente—. Esta enfermedad no es tan mala como pensamos. Tu padre ya ha permanecido postrado así antes.

Gretel sollozó.

—Oh, madre, no es sólo eso, tú no lo sabes todo. ¡Yo soy muy, muy mala, y perversa!

—¿Precisamente tú, Gretel, que eres tan paciente y buena? —dijo lanzando por un instante una mirada radiante y sorprendida hacia su hija—. Ahora calla, amorcito, vas a despertarlo.

Gretel hundió su rostro en el regazo de su madre e intentó no llorar.

Su pequeña mano, tan fina y morena, reposaba en la áspera palma de la mano de su madre, arrugada de tantas jornadas de duro trabajo. A Rychie le hubiera estremecido tocarlas, pero ellas se estrechaban cálidamente entre sí. Al cabo de un rato, Gretel levantó la vista con esa mirada

apagada, sin atractivo, que según dicen suelen tener los niños pobres de las chabolas, y dijo con voz trémula:

—Padre intentó quemarte, lo hizo, yo lo vi, ¡y se estaba riendo!

—¡Calla, niña!

Las palabras de la madre brotaron de forma tan súbita y cortante que Raff Brinker, inconsciente como estaba de todo lo que ocurría a su alrededor, se removió levemente en la cama.

Gretel no dijo nada más, y se puso a tirar melancólicamente del borde irregular del agujero del vestido de fiesta de su madre. Era el lugar por el que se había quemado. Había sido una suerte que el vestido de Dame Brinker fuera de lana.

HAARLEM: LOS MUCHACHOS OYEN VOCES

Tras recuperar energías y descansar, nuestros muchachos salieron de la cafetería justo cuando el gran reloj de la plaza, al estilo de ciertos relojes de carillón holandeses, daba las campanadas con la campanilla de las medias horas para indicar que pasaban treinta minutos de las dos.

Al principio, el capitán se encontraba absorto en sus pensamientos, pues la triste historia que le había contado Hans Brinker aún resonaba en sus oídos. Pero dejó de estarlo cuando Ludwig le regañó entre risas, diciendo: «¡Despierta, abuelo!», y volvió a asumir su rol de gallardo líder del grupo de chicos.

—¡Ejem! ¡Por aquí, caballeros!

Empezaron a caminar por las calles de la ciudad, no sobre *aceras* con bordillo, pues tal cosa es difícil de encontrar en Holanda, sino sobre un pavimento lateral de ladrillo situado al mismo nivel que el camino de guijarros para los carruajes.

Haarlem, al igual que Ámsterdam, estaba más animada de lo habitual en honor a San Nicolás.

Un extraño personaje se aproximó a ellos. Era un pequeño hombre vestido de negro con una capa corta, usaba peluca y llevaba un sombrero de candil del que pendía meciéndose un largo crespón de luto.

—¿Quién es éste que se acerca? —exclamó Ben—, qué sombrero de aspecto tan extraño.

—Es el *aanspreeker* —respondió Lambert—; alguien ha muerto.

—¿Es así como visten aquí las personas que están de luto?

—Oh, no. El *aanspreeker* ayuda en los funerales, y cuando alguien muere, su función consiste en notificárselo a todos los amigos y familiares.

—Qué costumbre tan extraña.

—Bueno —dijo Lambert—, no necesitamos sentirnos demasiado mal en cuanto a esta muerte en particular, ya que veo que otro hombre ha venido últimamente al mundo a ocupar el lugar vacante.

Ben le miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No ves esa bonita almohadilla roja colgando de aquella puerta? —preguntó a su vez Lambert.

—Sí, la veo.

—Bueno, pues quiere decir que es un niño.

—¿Un niño? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que aquí, en Haarlem, siempre que nace un niño los padres cuelgan una almohadilla roja de la puerta. Si nuestro joven amigo hubiese sido una niña en vez de un niño, el cojín habría sido blanco. En algunos lugares los hacen más extravagantes, los adornan con lazos, e incluso en las casas muy pobres verás que han colgado una pequeña cinta o incluso una simple cuerda atada a la aldaba de la puerta.

—¡Mira! —dijo Ben casi gritando—. Fíjate en esa casa de dos puertas con el tejado gracioso.

—No veo ninguna casa con un tejado gracioso.

—Vaya, por supuesto que no —dijo Ben—. Olvidaba que tú eres de aquí; pero en cuanto a mí, todos los tejados me parecen extraños. Me refería a aquella casa junto al edificio verde.

—¡Es verdad, allí hay una niña! Permíteme que te diga una cosa, capitán —dijo Lambert, pasando fácilmente al holandés—, debemos salir de esta calle cuanto antes. ¡Está llena de bebés! Se pueden poner a llorar en cualquier momento.

El capitán se rió.

—Voy a llevarlos a un lugar donde podrán oír mejor música que esa —dijo—; estamos justo a tiempo de escuchar el órgano de San Bavón. La iglesia está hoy abierta.

—¿Qué? ¿El gran órgano de Haarlem? —dijo Ben entusiasmado—. Eso sería realmente estupendo. He leído a menudo acerca de él, con sus tremendos tubos, y su *vox humana*¹ que suena como un gigante cantando.

—El mismo —respondió Lambert van Mounen.

Peter tenía razón; la iglesia estaba abierta, aunque no para el culto religioso, había alguien tocando el órgano. Cuando los muchachos entraron, una onda de sonido salió a su encuentro a recibirlos, y fue como si los introdujese uno a uno en las entrañas del edificio.

Aquel sonido fue creciendo más y más, hasta que se transformó en algo como el estrépito y rugido de una poderosa tempestad, o como el océano estrellándose contra la costa. En medio del tumulto se escuchaba el tintineo de una campana; luego otra campana respondió, y otra, y la tormenta cesó como si se detuviese a escuchar. Las campanadas se fueron haciendo más intensas, con un sonido cada vez más alto y más claro. Otras campanas de tono más grave se las unieron; juntas empezaron a tañer en solemne concierto: ¡ding, dong!, ¡ding, dong! La tormenta se desató de nuevo con redoblada furia, reuniendo sus distantes truenos. Los chicos se miraron entre sí, pero no dijeron nada. Aquello se estaba poniendo serio. ¿Qué era eso? ¿Quién gritaba? ¿Qué era lo que emitía ese terrible torrente musical? ¿Era un hombre o era un demonio? ¿O quizá era un monstruo encerrado tras ese marco de bronce tallado, tras esas columnas plateadas, algún monstruo

1 Un registro del órgano que produce un sonido parecido al de la voz humana.

desesperado que imploraba, que clamaba por su libertad? ¡Aquello era la *vox humana*!

Por fin vino la respuesta, suave, tierna, amorosa, como la canción de una madre. La tormenta se fue quietando; pájaros ocultos echaron a volar llenando el aire de una alegre y eufórica música, que crecía y crecía hasta que la última y desfalleciente nota se perdió en la distancia.

La *vox humana* se silenció; pero en el glorioso himno de acción de gracias que empezó a sonar, uno casi podía escuchar el palpitante de un corazón. ¿Qué significaba? ¿Que el grito de súplica humano debería con el tiempo verse completamente satisfecho? ¿Que la gratitud nos daría la libertad? Para Peter y Ben era como si los ángeles cantaran. Cada vez se les nublaban más los ojos, y sus almas se embargaban de un extraño gozo. Finalmente, como alzados por unas manos invisibles, se dejaron llevar flotando por la música, olvidando toda fatiga y llevados de un único deseo: seguir escuchando por siempre aquella maravillosa melodía. De repente, alguien tiraba impaciente de la manga de Van Holp, y una voz gruñona a su lado preguntó:

—¿Hasta cuándo te vas a quedar aquí con la mirada perdida en las alturas como un conejo enfermo, capitán? Ya es hora de que nos vayamos.

—¡Calla! —susurró Peter, sólo medio despierto.

—¡Venga, hombre! Vámonos —dijo Carl, dándole otro tirón de la manga.

Peter se giró reticente; no quería retener allí a los chicos en contra de su voluntad. Todos excepto Ben le dirigían miradas de reproche.

—Bueno, chicos —susurró—, debemos irnos. Procuren no hacer ruido.

Tan pronto como estuvieron al aire libre, Ben exclamó entusiasmado:

—¡Esto es lo más maravilloso que he visto u oído desde que llegué a Holanda! ¡Es glorioso!

Ludwig y Carl se rieron furtivamente de las *wartaal*, es decir, de las sandeces del chico inglés; Jacob bostezó; Peter le dio a Ben una mirada que le hizo sentir instantáneamente que él y Peter no eran tan diferentes después de todo, aunque uno fuese holandés y el otro inglés; y Lambert, el intérprete, respondió con un enérgico:

—No me extraña nada que pienses eso. Creo que hoy en día hay uno o dos órganos igual de buenos; pero durante años y años el órgano de San Bavón fue considerado el mejor del mundo.

—¿Sabes qué tamaño tiene? —preguntó Ben—. He notado que la propia iglesia es prodigiosamente alta y que el órgano ocupa uno de los extremos de la gran nave casi desde el suelo hasta el techo.

—Es cierto —dijo Lambert—, y qué aspecto tan impresionante tienen los tubos, son como enormes columnas de plata. Son sólo de adorno, ya lo sabes; los tubos *de verdad* están detrás, y algunos son tan grandes que un hombre podría andar a gatas en su interior, y otros tan pequeños como el chupete de un niño. Respecto al tamaño, para empezar la iglesia es más alta que la abadía de Westminster y, como dices,

el órgano resulta bastante impresionante. Ayer por la noche mi padre me dijo que tiene treinta y tres metros² de alto, quince metros³ de ancho y tiene más de quinientos tubos; cuenta con sesenta y cuatro *registros*, si es que sabes lo que son, porque *yo* no, y tres teclados.

—¡Te felicito! —dijo Ben—. Tienes una memoria estupenda. *Mi* cabeza es un perfecto colador de números, se cuelan por los agujeros tan pronto como los pongo dentro. Al menos tengo el consuelo de que otros datos y los acontecimientos históricos sí los retengo, algo es algo.

—Somos diferentes —comentó Van Mounen—. Yo soy muy bueno para recordar nombres y cifras, pero por lo que respecta a la historia en general, me siento como si estuviera perdido y sin esperanza en una especie de jungla.

Mientras tanto, Carl y Ludwig discutían en cuanto a algunos monumentos cuadrados de madera que habían visto en el interior de la iglesia. Ludwig afirmaba que cada uno llevaba el nombre de la persona enterrada debajo, y Carl insistía en que no llevaban nombres, sino sólo el escudo de armas del difunto pintado sobre un fondo negro, con la fecha de fallecimiento en letras doradas.

—Estoy seguro —dijo Carl—, porque me la he recorrido hasta el lado este buscando la bala de cañón que mi madre me dijo que había allí incrustada. Fue

2 Ciento ocho pies.

3 Cincuenta pies.

disparada a la iglesia por esos rufianes españoles en el año mil quinientos no sé cuantos, mientras se estaba celebrando un servicio religioso. Allí estaba en el muro, sin duda de ningún tipo, y al volver pude ver los monumentos. Te digo que no tienen ningún nombre escrito sobre ellos.

—Pregúntale a Peter —dijo Ludwig, sólo medio convencido.

—Carl tiene razón —respondió Peter, que aunque estaba charlando con Jacob había escuchado por encima su disputa—. Bueno, Jacob, como te estaba diciendo, sucedió que Handel, el gran compositor, visitó Haarlem y, por supuesto, buscó de inmediato su famoso órgano. Consiguió tener acceso a él, y estaba tocando con todas sus energías cuando, por casualidad, el organista habitual entró en la nave. Aquel hombre quedó conmocionado; él era un buen organista, pero nunca antes había escuchado tal música. «¿Quién está ahí?», gritó, «¡si no es un ángel ni el demonio, tiene que ser Handel!». Cuando descubrió que, en efecto, *era* el gran músico, ¡se quedó todavía más asombrado! «Pero, ¿cómo puede ser esto?», dijo; «¡Has hecho cosas imposibles, no hay diez dedos sobre la Tierra que puedan tocar los pasajes que tú has interpretado; las manos humanas no pueden controlar todas las claves y registros!». «Ya lo sé», respondió Handel tranquilamente, «por esa razón me he visto obligado a tocar algunas notas con la punta de la nariz». ¡Repámpanos! ¡Imagínate cómo se debió de quedar el organista!

—¡Eh! ¿Qué? —exclamó Jacob, sobresaltado al notar que la animada voz de Peter se silenciaba súbitamente.

—¿Has escuchado lo que te estaba contando, granuja?
—dijo a modo de indignada respuesta.

—Oh, sí... bueno... no. Lo cierto es que al principio te estaba escuchando. Ahora estoy despierto, pero creo que he estado caminando a tu lado medio dormido
—dijo Jacob tartamudeando con un aspecto de tanta pena y aturdimiento que Peter no pudo reprimir una carcajada.

EL HOMBRE CON CUATRO CABEZAS

Tras salir de la iglesia, los chicos se detuvieron cerca, en la plaza del mercado al aire libre, para contemplar la estatua de bronce de Laurens Janzoon Coster, a quien los holandeses consideran el inventor de la imprenta; algo que discuten los que conceden el mismo honor a Johannes Gutenberg, de Maguncia. No obstante, muchos mantienen que Faustus, un criado de Coster, robó los tipos de madera a su señor una víspera de Navidad, cuando este se encontraba en la iglesia, y huyó con su botín a Maguncia. Coster era natural de Haarlem, y los holandeses tienen un interés obvio por atribuir el mérito de dicha invención a su ilustre ciudadano. Lo cierto es que la ciudad custodia el primer libro que imprimió en una caja de plata envuelta en seda, y que se muestra con gran precaución como la más preciosa de las reliquias. Se dice que fue el primero en concebir la idea de la impresión tras haber tallado su nombre en la corteza de un árbol y presionar un papel sobre los caracteres.

Por supuesto, Lambert y su amigo inglés discutieron ampliamente sobre el tema. También mantuvieron una acalorada discusión sobre otro invento. Lambert afirmaba que el honor de haberle entregado al mundo el telescopio y el microscopio les pertenecía respectivamente a Metius

y a Jansen, ambos holandeses; mientras que Ben insistía tenazmente en que Roger Bacon, un monje inglés del siglo XIII, «escribió acerca de todo esto, señor, describiendo perfectamente los telescopios y los microscopios mucho antes de que hubiera nacido cualquiera de esos sujetos».

No obstante, en una cosa estaban de acuerdo: en que el arte de encurtir y adobar arenques fue descubierto por William Beukles, un holandés, y que su país había hecho perfectamente en honrarle como benefactor de la patria, ya que su riqueza e importancia se debían en gran medida a su comercio de arenques.

—Resulta increíble —dijo Ben— la cantidad prodigiosa de estos peces que se capturan. No sé cómo será aquí, pero en la costa de Inglaterra, frente a Yarmouth, se han visto cardúmenes de arenques de hasta dos metros¹ de espesor.

—Es realmente prodigioso —dijo Lambert—, pero como sabes la palabra inglesa para arenque, *herring*, viene del alemán *herr*, un ejército, debido a la forma que tiene el pez de desplazarse, en grandes cantidades.

Poco después, al pasar al lado de la tienda de un zapatero remendón, Ben exclamó:

—¡Vaya, Lambert!, ¡el nombre de uno de sus más grandes hombres en el tenderete de un zapatero remendón! Boerhaave, si pusiera Herman Boerhaave en vez de Hendrick, tendríamos el nombre completo.

1 Siete pies.

Lambert frunció el entrecejo pensativamente, y respondió:

—Boerhaave, Boerhaave, el nombre me resulta familiar; también recuerdo que nació en 1688, pero el resto se me ha olvidado, como de costumbre. Hay tantos holandeses famosos, sabes, que es imposible conocerlos a todos. ¿Quién fue? ¿Tenía dos cabezas? ¿O fue uno de esos personajes grandiosos a los que les gustaba viajar, como Marco Polo?

—De hecho tenía *cuatro* cabezas —respondió Ben riendo—, porque fue un gran físico, naturalista, botánico y químico. Ahora mismo lo sé todo sobre él, porque leí su biografía hace pocas semanas.

—Entonces comparte algo conmigo—dijo Lambert—; pero caminemos más rápido o perderemos de vista al resto del grupo.

—Pues bien —continuó Ben acelerando el paso y observando con gran interés todo lo que ocurría en la calle abarrotada—, el doctor Boerhaave fue un gran *anspewker*.

—¿Un gran *qué*? —bramó Lambert.

—Oh, lo siento. Estaba pensando en aquel hombre, el del sombrero de candil. Se llama *anspewker*, ¿no?

—Sí, es un *aanspreeker*, si eso lo que quieres decir. Pero, ¿qué pasa con tu amigo de cuatro cabezas?

—Bien, como iba diciendo, a los dieciséis años el

doctor se quedó huérfano y sin un penique, sin educación y sin amigos.

—¡Bonito comienzo! —terció Lambert.

—Ahora no me interrumpas. En efecto a los dieciséis era un huérfano pobre y sin amigos, pero fue tan perseverante e industrial, y estaba tan decidido a adquirir conocimientos, que consiguió salir adelante y, con el tiempo, se transformó en uno de los hombres más eruditos de Europa. Todos los... ¿Qué es eso?

—¿Dónde? ¿A qué te refieres?

—Allí, aquel papel en la puerta de enfrente. ¿No lo ves? Hay dos o tres personas leyéndolo; he visto varios de esos papeles desde que estoy aquí.

—Oh, es sólo un parte médico. En esa casa debe de haber alguien enfermo, y para evitar que la gente llame continuamente a la puerta, la familia escribe un resumen del estado del paciente en un cartel y lo cuelga en el exterior de la puerta, para que los amigos puedan saber cómo se encuentra el enfermo; una costumbre muy sensata, desde luego. No veo nada extraño en ella; por favor, continúa. Dijiste «todos los» y me dejaste colgado.

—Lo que estaba diciendo —continuó Ben— es que todos los... todos los... de qué forma tan cómica viste aquí la gente, en serio. Fíjate en aquellos hombres y mujeres con sus sombreros acicalados; y mira esa mujer que va delante de nosotros con una cofia de

paja, como una pala que se afila hasta terminar en punta sobre la espalda. ¿Has visto alguna vez algo tan gracioso? Y también esos tremendos zapatos de madera. Te lo aseguro, ¡menuda belleza!

—Oh, son sólo gente de campo —dijo Lamber con bastante impaciencia—. Una de dos, o te olvidas del viejo Boerhaave y pasamos a otra cosa, o vas con los ojos cerrados, tú decides.

—¡Ja, ja, ja! Está bien, lo que *iba* a decir es que todos los grandes hombres de su tiempo procuraban conocer al gran profesor. Incluso Pedro el Grande, cuando vino de visita a Holanda desde Rusia para aprender el arte de la construcción naval, asistió a sus clases habitualmente. Por aquella época, Boerhaave era profesor de medicina, química y botánica en la universidad de Leiden. Llegó a hacerse muy rico por medio de la práctica de la medicina; pero solía decir que sus mejores clientes eran los pobres, porque Dios sería su pagador. Toda Europa le quería y le honraba. En resumen, llegó a ser tan famoso que un cierto mandarín de China le dirigió una carta poniendo: «Al ilustre Boerhaave, médico en Europa», y la misiva acabó llegándole sin ningún problema.

—¡Dios mío! Eso es lo que yo llamo ser un personaje público. Los muchachos se han detenido. ¿Y ahora, capitán Van Holp, adónde vamos?

—Propongo que continuemos —dijo Van Holp—; en esta época del año no hay nada que ver en el Bosch. El Bosch es un magnífico bosque, Benjamin, un gran

parque donde se conservan árboles majestuosos, protegidos por ley. ¿Comprendes?

—¡Claro! —asintió Ben, mientras el capitán proseguía.

—A no ser que todos quieran visitar el museo de historia natural, podríamos ir otra vez al gran canal. Si nos sobra tiempo sería agradable subir con Benjamin las Escaleras azules.

—¿Qué son las Escaleras azules, Lambert? —preguntó Ben.

—Son el punto más alto de las dunas. Desde allí se obtiene una hermosa vista del océano, además de una oportunidad estupenda de comprobar lo maravillosas que son las dunas. Difícilmente podría uno creer que el viento fuese capaz de amontonar arena de una forma tan extraordinaria. Pero para llegar allí tenemos que atravesar Bloemendal, que no es un pueblo muy bonito, y está un poco lejos. ¿Qué dicen?

—Oh, yo me apunto a cualquier cosa. Por mi parte, preferiría ir directamente a Leiden, pero haremos lo que el capitán diga, ¿no es cierto, Jacob?

—*Ssí, esso serrá lo mejjorr* —dijo Jacob, quien sin ninguna duda hubiera preferido echarse otra siesta antes que subir las Escaleras azules.

El capitán estaba a favor de ir a Leiden.

—Está a veinticinco kilómetros de aquí. Dieciséis

de tus millas inglesas, Benjamin. No tenemos tiempo que perder si queremos llegar allí antes de medianoche. Decídanse rápido, muchachos. ¿Escaleras azules o Leiden?

—Leiden—respondieron, y en un abrir y cerrar de ojos habían abandonado Haarlem, y estaban admirando los molinos altos como torres y las preciosas casas de campo mientras iban dejando atrás la ciudad.

—Si de verdad quieres ver Haarlem —le dijo Lambert a Ben, tras haber patinado un rato en silencio— deberías visitarla en verano. Es el mejor lugar del mundo para contemplar bellas flores. Los paseos alrededor de la ciudad son espléndidos; y el «bosque», con sus muchos kilómetros de nobles olmos, con todos sus ojos, es algo inolvidable. No es necesario que te rías porque haya dicho «todos sus ojos», estaba pensando en sus hojas y me he liado con las palabras un poco. No hay nada como un olmo holandés; es el árbol más noble de la Tierra, Ben, si exceptuamos el roble inglés.

—Desde luego —dijo Ben solemnemente—. Si exceptuamos el roble inglés —y por unos momentos casi no pudo ver el canal, porque Robby y Jenny flotaban a su alrededor ocupando su pensamiento.

AMIGOS EN APUROS

Mientras tanto, los demás chicos escuchaban el relato de Peter acerca de un incidente que había ocurrido hacía ya mucho tiempo¹ en un lugar de la ciudad donde se alzaba un antiguo castillo, cuyo señor había tiranizado hasta tal punto a los habitantes de la villa, que estos rodearon la fortaleza y la sitiaron. Justo en el último momento, cuando el arrogante señor sintió que no podía resistir más tiempo y se preparaba para vender su vida a un alto precio, su esposa apareció en la muralla y ofreció la rendición con tal de que se le permitiese llevar consigo de entre sus más preciadas posesiones todas aquellas que consiguiese cargar sobre su espalda. Se le concedió lo que pedía, y cuando se abrió el portón apareció la dama cargando a su marido sobre los hombros. La promesa de los ciudadanos le salvó de la furia de las tropas, pero estas derramaron toda su sed de venganza sobre el castillo.

—¿En serio te crees esa historia, capitán Peter? — preguntó Carl en tono de incredulidad.

—Por supuesto que sí, es un suceso histórico. ¿Por qué debería dudar de ella?

1 El tour de Sir Thomas por Holanda.

—Sencillamente porque ninguna mujer podría hacer eso; y si pudiera, no querría. Esa es *mi* opinión.

—En cambio, *yo* creo que sí que hay muchas mujeres que querrían salvar a alguien a quien quisieran de verdad —dijo Ludwig.

Jacob, quien a pesar de su sobrepeso y su somnolencia, era alguien bastante sentimental, lo había escuchado todo con profundo interés.

—Eso es cierto, amiguito —afirmó asintiendo con convicción—. Yo creo que es verdad palabra por palabra. Nunca me casaría con una mujer que no estuviese dispuesta a hacer de buena gana lo mismo por *mí*.

—¡Qué el cielo tenga piedad de ella! —exclamó Carl, volviéndose a mirar al que hablaba—; porque te aseguro, Poot, que ¡tres *hombres* no podrían hacerlo!

—Quizá no —replicó Jacob tranquilamente, sintiendo que quizá había exigido demasiado de la futura señora Poot—, pero me conformo con que *quisiese* hacerlo, eso es todo.

—Sí —respondió Peter animadamente— un corazón dispuesto da agilidad a los pies, quizá dé también fuerza a los brazos.

—Pete —preguntó Ludwig cambiando de tema—, ¿no me dijiste anoche que Wouvermans, el pintor, había nacido en Haarlem?

—Sí, y Jacob Ruysdael, y también Berghem. Me gusta

Berghem porque dicen que siempre estaba de buen humor; cuentan mientras pintaba le gustaba cantar, y aunque murió ya hace cerca de doscientos años, todavía se cuentan por ahí historias acerca de lo agradable que era su risa. Fue un gran pintor, y su esposa tenía tan mal genio como Jantipa.

—Se complementaban entre sí estupendamente —dijo Ludwig—; él era afable y ella tenía mal genio. Pero, Peter, antes de que me olvide, aquel retrato de San Huberto y el caballo, ¿no lo pintó Wouvermans? Recuerda que padre nos enseñó un grabado de él anoche.

—Sí, ya lo creo; ese retrato tiene una historia interesante.

—¡Cuéntenosla!—exclamaron dos o tres, acercándose a Peter mientras patinaban.

—Wouvermans —empezó a decir el capitán como si declamara—, nació en 1620, sólo cuatro años antes que Berghem. Fue un gran maestro de su arte, y sobresalió especialmente en las pinturas ecuestres. Por extraño que pueda parecer, la gente tardó tanto en descubrir su talento, que incluso después de llegar a la cumbre de su maestría, se veía obligado a vender sus cuadros por una miseria. El pobre artista estaba muy desanimado y, peor aún, se veía ahogado por las deudas. Un día en el que estaba comentándole sus problemas al sacerdote que le confesaba, que era uno de los pocos que reconocían su genio, éste tomó la firme decisión de ayudarlo y, por consiguiente, le

prestó seiscientos *guilders*, aconsejándole al mismo tiempo que exigiese un mejor precio por sus cuadros. Así lo hizo Wouvermans y, mientras tanto, utilizó el dinero para pagar sus deudas. Pronto las cosas empezaron a mejorar; todo el mundo comenzó a apreciar a aquel gran artista cuyos cuadros costaban tanto, y él acabó haciéndose rico. Pudo devolver los seiscientos *guilders* y como muestra de agradecimiento le envió también al sacerdote un cuadro pintado por él que representaba a su benefactor como San Huberto arrodillado ante su caballo; el mismo retrato, Ludwig, del que hablábamos ayer por la noche.

—¡Vaya, vaya! —exclamó éste profundamente interesado—. Tan pronto como llegemos a casa tendré que echarle otro vistazo a ese grabado.

A esa misma hora, mientras Ben estaba patinando con sus compañeros junto al dique de Holanda, Robby y Jenny se encontraban en su bonita escuela de Inglaterra, listos para iniciar las tareas de su clase de lectura.

—¡Empiece, señor Robert Dobbs! —dijo el profesor—. Página 242; ahora, señor, y preste atención a la puntuación.

Robby, con su aguda voz infantil, se puso leer en alto ante la clase:

—LECCIÓN 62. EL HÉROE DE HAARLEM:

Hace muchos años, vivía en Haarlem, una de las principales ciudades de Holanda, un chico de cabellos dorados

y carácter afable. Su padre era un *controlador de esclusas*, es decir, una persona cuyo oficio consiste en abrir y cerrar las esclusas, o grandes compuertas de roble que situadas a intervalos regulares a lo largo de las entradas a los canales, regulan el caudal de agua que puede entrar en ellos.

La misión del controlador de esclusas es levantar las compuertas en mayor o menor medida dependiendo del caudal de agua requerido, y cerrarlas cuidadosamente por la noche, para evitar el posible peligro de una entrada excesiva de agua en el canal que, produjese un desbordamiento que inundara los terrenos circundantes. Como una gran parte de Holanda se encuentra por debajo del nivel del mar, la única forma de evitar que se inunde la tierra es por medio de fuertes diques o barreras, y mediante dichas esclusas, que a menudo reciben una extrema presión por causa del ascenso de las mareas. En Holanda, incluso los niños pequeños saben que es necesaria una vigilancia constante para evitar que los ríos y el océano inunden el país, y que un instante de negligencia por parte del controlador de la esclusa basta para traer muerte y ruina sobre todo el mundo.

(—Muy bien —dijo el profesor—; ahora tú, Susan.)

—Una encantadora tarde de otoño, cuando el chico tenía unos ocho años, sus padres le dieron permiso para llevar algunos pasteles a un hombre ciego que vivía en el campo, al otro lado del dique. Nuestro pequeño amigo partió de buen ánimo a realizar su recado, y tras pasar una hora con su agradecido viejo amigo, se despidió amablemente de él y se encaminó de vuelta a casa. Mientras avanzaba resuelto con paso pesado a lo largo

del canal, notó que las lluvias de otoño habían hecho subir el nivel de las aguas. Al tiempo que tarareaba descuidadamente una canción infantil, pensó en las viejas y resistentes compuertas que controlaba su padre, y se alegró de que fueran tan fuertes, porque, pensó él: «si alguna vez ceden, ¿qué ocurriría con mi padre y mi madre? Todos estos bonitos campos serían anegados por las aguas furiosas, así las llama siempre padre, las aguas *furiosas*; supongo que piensa que están enfadadas con él por mantenerlas a raya desde hace tanto tiempo». Y con estos pensamientos sobrevolando su mente, nuestro amiguito se detuvo para recoger las bonitas flores azules que crecían a lo largo del camino. A veces se detenía para arrojar alguna leve bola de semillas al aire, y la miraba flotar y alejarse; otras veces escuchaba el sigiloso murmullo de un conejo corriendo a través de las hierbas; pero aún más a menudo sonreía al recordar la expresión de felicidad que había visto aparecer en el rostro cansado y atento de su viejo amigo ciego.

(—Ahora tú, Henry —dijo el profesor señalando al siguiente lector.)

—De repente el chico miró a su alrededor compungido. No se había dado cuenta de que estaba anocheciendo, pero ahora notó que la alargada sombra que proyectaba sobre la hierba se había desvanecido. Se hacía cada vez más oscuro y todavía estaba a cierta distancia de casa, en una cañada solitaria, donde incluso las flores azules se habían vuelto grises. Apresuró el paso y, con el

corazón palpitando fuertemente, le vinieron a la memoria los muchos relatos infantiles de niños que se habían quedado rezagados en lúgubres bosques. Justo cuando se preparaba para echar a correr, le sorprendió el sonido del agua goteando. ¿De dónde venía? Alzó la vista y vio un pequeño agujero en el dique a través del cual fluía un pequeño chorrito de agua. ¡Cualquier niño holandés temblaría con tan sólo pensar en *una fuga en un dique!* El chico comprendió en un periquete el peligro que suponía aquello. Aquel pequeño agujero, si se permitía que el agua siguiese fluyendo, pronto se transformaría en un agujero mayor, y el resultado sería una terrible inundación.

A la velocidad del rayo supo cuál era su deber. Dejando caer las flores trepó por el dique hasta alcanzar el agujero. En menos que canta un gallo introdujo en la fuga su meñique regordete. ¡El flujo de agua se detuvo! «¡Ajá!», con una risita de regocijo infantil, pensó: «¡Ahora las aguas furiosas tendrán que quedarse en su sitio! ¡Haarlem no se inundará mientras yo permanezca aquí!».

Todo discurrió muy bien al principio, pero la noche caía rápidamente y vapores helados llenaban el aire. Nuestro pequeño héroe empezó a temblar de frío y miedo. Gritó todo lo alto que pudo; pidió auxilio, diciendo: «¡Auxilio! ¡Auxilio!», pero nadie acudió a su llamada. El frío se hizo más intenso, un entumecimiento, que comenzó en el agotado dedo meñique, le fue subiendo por toda la mano y el brazo, y pronto todo su cuerpo se llenó de dolor. Volvió a gritar: «¿Es que no va a venir nadie? ¡Madre! ¡Madre!». Por cierto, su madre, una señora



**El héroe de Haarlem representa
el espíritu de Holanda.**

bondadosa y práctica, ya había echado el cerrojo a la puerta, y estaba plenamente decidida a darle una buena regañina por la mañana por haber pasado la noche con el ciego Jansen sin su permiso. Intentó silbar, quizá algún muchacho que anduviese vagabundeando por ahí prestase atención a su señal; pero le castañeteaban tanto los dientes que le resultó imposible. Entonces pidió ayuda a Dios; y la respuesta le vino a través de una santa resolución: «Me quedaré aquí hasta que amanezca».

(—Ahora tú, Jenny Dobbs —dijo el profesor. A Jenny le brillaban los ojos, pero tomó aliento profundamente y comenzó:)

—A medianoche la luna observaba desde lo alto aquella pequeña y solitaria figura, situada a media altura del dique y sentada sobre una piedra. Tenía la cabeza gacha pero no dormía, porque de vez en cuando una mano inquieta masajeaba febrilmente un brazo extendido que parecía anclado al dique, y a menudo su rostro pálido y lleno de lágrimas se giraba rápidamente en dirección a un sonido real o imaginario.

A nosotros nos resulta difícil entender el sufrimiento de aquella larga y terrorífica vigilia, las vacilaciones, los miedos infantiles que asediaban al chico cuando pensaba en su pequeña cama caliente esperándolo en casa, en sus padres, en sus hermanos y hermanas, ¡cuando escrutaba la fría y pavorosa noche! Si retiraba su pequeño dedo, las furiosas aguas se pondrían aún más furiosas, se abalanzarían por el agujero y no pararían hasta haber barrido la ciudad. No, lo mantendría ahí hasta que amaneciese, ¡si vivía lo suficiente! No estaba

seguro de sobrevivir. ¿Qué significaba ese extraño zumbido? ¿Y esos cuchillos, que parecían pincharlo y atravesarlo desde la cabeza hasta los pies? Ya no estaba seguro de poder retirar el dedo si hubiera querido hacerlo.

Cuando salió el sol, un clérigo que volvía de pasar la noche velando a un feligrés enfermo, mientras caminaba sobre la cima del dique creyó escuchar unos gemidos. Al agacharse, vio más abajo, en la pared, a un niño que, al parecer, se retorció de dolor.

«En nombre del cielo, chico», exclamó: «¿Qué haces ahí?».

«Evito que el agua se escape», fue la simple respuesta del pequeño héroe. «Dígales que vengan rápido».

«No hace falta añadir que en efecto vinieron rápidamente, y que...»

(—Jenny Dobbs —dijo el profesor con bastante impaciencia—, si no puede usted controlar sus emociones y leer con claridad, tendremos que esperar a que recobre la calma. —¡Sí, señor! —respondió Jenny bastante sobresaltada.)

Resulta extraño, pero en ese preciso momento, Ben, al otro lado de la costa, le estaba diciendo a Lambert:

—¡Un chiquillo realmente noble! Me han contado esa historia un buen número de veces, pero no había sabido hasta ahora que se trataba de un suceso real.

—¡Y tan real! No tengas la menor de duda de ello —dijo Lambert enardecido—. Te la he contado tal y como mi madre me la relató hace años. Vaya, no hay un niño en Holanda que no se la sepa. Y, Ben, puede que no lo creas, pero aquel niño representa el

espíritu de toda la nación. No importa si el agujero se produce en la política, la honorabilidad o la seguridad pública, millones de dedos se apresurarán a taponarlo, cueste lo que cueste.

—¿Seguro? —exclamó el señorito Ben—, ¡eso son palabras mayores!

—Lo que son es palabras *verdaderas*, no lo dudes —contestó Lambert con tanta seriedad que Ben decidió prudentemente no realizar ningún otro comentario.

CAPÍTULO 19

EN EL CANAL

La temporada de patinaje había comenzado inusualmente pronto; y nuestros muchachos no estaban en absoluto solos sobre el hielo. Hacía tan buena tarde que hombres, mujeres y niños, decididos a disfrutar del festivo, habían acudido desde todas partes en masa al gran canal. Era evidente que San Nicolás había recordado cuál era allí el pasatiempo favorito, pues donde quiera que uno mirase podía ver un par de relucientes patines nuevos. Familias enteras se deslizaban rápidamente en dirección a Haarlem, Leiden o los pueblos vecinos. Parecía que el hielo hubiese cobrado vida. Ben se fijó en el porte erguido y natural con el que se movían las mujeres, así como en la pintoresca variedad de sus ropas. Podían verse trajes a la última moda recién traídos de París, flotando entre vestimentas sucias agujereadas por las polillas y que habían prestado sus servicios durante un par de generaciones; bonetes coronando caras pecosas que brillaban con sonrisas vacacionales, que parecían cubos para recoger carbón; rígidos gorros de muselina con alas a los lados, aleteando junto a mejillas sonrosadas de salud y felicidad; pieles también, rodeando los cuellos más blancos; y vestimentas escasas revoloteando bajo rostros colorados de hacer ejercicio. En resumen, era como si para animar aquel

escenario, Holanda hubiera enviado una mezcla singular y cómica de todos los tipos de prendas y de rostros que pudiese proporcionar.

Había bellezas de Leiden, y pescaderas de los pueblos vecinos; vendedoras de queso de Gouda, y remilgadas matronas de bellas casas de campo del *Haarlemmer Meer*. Con frecuencia podían verse patinadoras de cabellos plateados; ancianas arrugadas llevando cestas sobre la cabeza; y pequeños niños regordetes que patinaban agarrados a las faldas de sus madres. Algunas mujeres transportaban a sus bebés sobre la espalda, firmemente sujetos por un brillante chal. Tenían un aspecto bello y grácil cuando pasaban deslizándose a toda velocidad o avanzaban lentamente, unas veces para saludar con la cabeza a los conocidos y otras para dirigir tiernas palabras y arrumacos a los arropados pequeñitos que transportaban.

Chicos y chicas se perseguían unos a otros, ocultándose tras los trineos tirados por caballos que, cargados con turba o madera, avanzaban cautelosamente por las pistas marcadas como «seguras». También había mujeres hermosas como reinas, con el brillo de la diversión reluciendo en sus serenos ojos. A veces, una fila de jovencitos agarradas cada uno al abrigo del que iba delante, pasaba a una velocidad electrizante; y otras veces, el hielo chirriaba bajo el peso de la silla-trineo de alguna deslumbrante viuda rica, o de una esposa de burgomaestre, quien, con nariz roja y mirada inquisidora, parecía un espanta-deshielo creado por el viejo señor Invierno para proteger sus terrenos de patinaje. La silla-trineo estaría pesadamente cargada de caliente pies y cojines, por no hablar de la vieja señora, y se deslizaba montada sobre unas brillantes cuchillas empujadas por el más soñoliento de los criados, quien, sin mirar ni a izquierda ni a derecha,

se esforzaba en llevar a cabo su tarea mientras ella lanzaba espantosas miradas sobre los pequeños gamberrillos chillones que invariablemente la acompañaban como guardaespaldas.

En cuanto a los hombres, eran el vivo retrato de lo que significa disfrutar plácidamente. Algunos vestían con el traje ciudadano habitual; pero muchos presentaban un aspecto bastante raro, con abrigos cortos de lana, pantalones bombachos y grandes hebillas plateadas. Estos le parecían a Ben como niños pequeños que se hubiesen convertido en adultos como por ensalmo, y se viesan forzados a vestir las ropas que sus asombradas madres les hubiesen arreglado a toda prisa. Se fijó también en que casi todos los hombres fumaban en pipa, y cuando pasaban zumbando y fumando a su lado parecían locomotoras. Había pipas de todos los tipos, desde las más comunes de barro hasta las *meerschaums* más caras, montadas en oro y plata. Algunas estaban talladas con formas fantásticas y extraordinarias, que representaban pájaros, flores, cabezas, insectos y docenas de otras cosas; otras tenían el aspecto de flores calico, llamadas precisamente «pipas de holandés», que tan abundantes son en los bosques de Estados Unidos; algunas eran rojas, y muchas eran de un blanco puro inmaculado; pero las más respetables eran las envejecidas hasta adquirir un tono marrón oscuro. Cuando más sombrío e intenso el marrón, más honorable por supuesto la pipa, porque probaba que su propietario, siempre que la oscureciera honestamente, había dedicado resueltamente su edad viril al esfuerzo considerable de fumar hasta darle ese tono. ¡Qué pipa no se habría sentido orgullosa de ser el objeto de tal sacrificio!

Durante un rato, Ben patinó en silencio. Había tantas cosas que llamaban su atención que casi se olvidó de sus

compañeros. Parte del tiempo lo dedicó a observar los barcos trineo que pasaban a toda vela sobre el gran *Haarlemmer Meer* (o lago), cuya superficie helada era ahora claramente visible desde el canal. Aquellos barcos tenían unas velas muy grandes, mucho mayores, en proporción, que los veleros normales, y estaban dispuestas sobre un marco triangular provisto de un «patín» de hierro en cada esquina, con la parte más ancha del triángulo perpendicular a la proa, y su extremo extendido más allá de la popa. Estaban dotados de timones de dirección, y frenos para detener su avance; y los había de todos los tamaños y tipos, desde pequeños y toscos botes maniobrados por un niño, hasta grandes y hermosos barcos con alegres tripulaciones de placer y manejados por competentes marineros, que al tiempo que daban bocanadas a sus rechonchas pipas, iban arrizando, virando y timoneando con gran solemnidad y precisión.

Algunas de las naves iban pintadas y adornadas de forma llamativa y lucían alegres pendones en los mástiles; otras, blancas como la nieve, con cada una de sus inmaculadas velas al viento, parecían cisnes siendo arrastrados hacia delante por una corriente irresistible. Por un momento a Ben, enfrascado en su imaginación, le pareció que observaba una nave en la distancia, que casi podía escuchar su grito de miedo desesperado, pero pronto descubrió que el sonido partía de un lugar más cercano y se debía a un causa menos dramática: un barco trineo situado a menos de cincuenta metros¹ de él, que hacía uso de sus frenos para evitar colisionar con un trineo lleno de turba.

No era frecuente ver sobre el canal este tipo de

1 Unas cincuenta yardas.

embarcaciones, y su aparición solía causar un revuelo no pequeño entre los patinadores, especialmente entre los pusilánimes; pero aquel día todos los barcos trineo del país parecían haber salido a navegar, o más bien, a patinar, y el canal tenía su cuota correspondiente.

Ben, aunque encantado con su contemplación, se quedaba a menudo asombrado ante el rápido avance de aquellas cosas irresistibles de enormes alas que amenazaban con salir disparadas hacia cualquier posible dirección. Mantenerse alejado de la trayectoria del resto de los transeúntes y evitar el acoso de los granujillas chillones con sus trineos era algo que requería todas sus energías. Por un momento se detuvo a observar a unos chicos que hacían un agujero en el hielo con el fin de utilizar sus arpones de pesca. Justo cuando acababa de ponerse otra vez en movimiento, fue a darse un encontronazo repentino con el regazo de una anciana. Su silla le había embestido desde atrás. La vieja señora gritaba y el criado que la empujaba le dio un silbido de advertencia; un instante después se encontró a sí mismo disculpándose a solas; la indignada anciana se encontraba ya a distancia.

Este fue un leve percance en comparación con el que le amenazaba ahora. Un gran barco trineo se aproximaba a toda vela por el canal como una apisonadora, dejando a Ben casi paralizado ante la perspectiva de su instantánea aniquilación. ¡Estaba muy cerca de él! Vio su proa dorada, escuchó el grito del patrón, sintió la botavara pasar silbando sobre su cabeza, se quedó ciego, sordo y mudo, todo en un instante, y entonces abrió los ojos para encontrarse a sí mismo girando a algunos metros detrás de su gran timón parecido a un patín. Le había pasado a una pulgada de un hombro, ¡pero se había salvado! Salvado para ver Inglaterra de nuevo, salvado para besar los

queridos rostros que por un instante habían pasado uno a uno ante sus ojos, padre, madre, Robby y Jenny, la gran botavara había arrojado aquellas imágenes al interior de su misma alma. Ahora sabía lo mucho que les quería. Quizá fue este conocimiento el que le permitió enfrentarse complaciente al semblante ceñudo de aquellos en el canal que parecían creer que un chico en peligro era necesariamente un chico *travieso* que merecía una rápida reprimenda.

Lambert le censuró severamente y sin rodeos.

—¡Pensé que te ibas directo al otro mundo! ¡Eres un imprudente! ¿Por qué no miras por dónde vas? No contento con sentarte en el regazo de todas las ancianas, tienes que ofrecerte en sacrificio a cada barco trineo que pasa. ¡Si no vas a tener cuidado lo mejor será que te entreguemos ya a los *aanspreekers*!

—No, por favor —dijo Ben con fingida humildad. Después, viendo lo apretados que estaban los labios de Lambert, añadió dócilmente—: Te aseguro que por mi cabeza han pasado más *pensamientos* en ese instante que en toda mi vida pasada.

No hubo respuesta y, durante un rato, ambos patinaron en silencio.

Pronto, alcanzó sus oídos el débil sonido de unas distantes campanas.

—¡Escucha! —dijo Ben— ¿Qué es eso?

—Los carillones —respondió Lambert—. Deben de estar probando las campanas de la capilla de algún pueblo a lo lejos. ¡Ah! Ben, deberías escuchar el repique de campanas de la «Iglesia nueva» de Delft;

es algo extraordinario, casi quinientas campanas perfectamente armonizadas, y uno de los mejores carilloneros de Holanda para tocarlas. Un trabajo duro, no obstante; dicen que tras sus interpretaciones tiene a menudo que guardar cama de pura extenuación. Las campanas están conectadas a una especie de teclado parecido a los que usan los pianos, también tiene un juego de pedales para los pies; cuando se toca una melodía rápida, el interprete se asemeja a una rana pataleando que estuviese sujeta a su asiento con una broqueta.

—Qué vergüenza —dijo Ben escandalizado.

Peter había agotado de momento su reserva de anécdotas sobre Haarlem, por lo que no teniendo otra cosa que hacer que patinar, él y sus tres compañeros se apresuraron ahora a alcanzar a Lambert y a Ben.

—Este muchacho inglés es bastante rápido —dijo Peter—; si hubiera nacido en Holanda no lo haría mejor. Generalmente, los típicos ingleses suelen ofrecer un aspecto bastante ridículo sobre patines. ¡Hey! Aquí estás, Van Mounen; ya casi no esperábamos tener el honor de encontrarnos otra vez contigo. ¿De quién huías con tanta rapidez?

—De los caracoles —replicó Lambert—. ¿Qué les retuvo a ustedes?

—Hemos estado charlando y, además, hemos hecho un alto para que Poot pudiera descansar.

—Empieza a parecer bastante agotado —dijo Lambert susurrando.

Justo en aquel momento un bello barco trineo con la vela arrizada y los gallardetes al viento pasó lentamente junto a ellos. Su cubierta estaba repleta de niños abrigados hasta la barbilla. Al contemplarlos desde la superficie del hielo uno solo podía ver sus pequeños rostros sonrientes embutidos en envolturas de lana de vivos colores. Todos cantaban un himno a San Nicolás. La música, que había comenzado con la disonancia de cien voces infantiles, se alzaba como flotando en una exquisita armonía:

¡Amigo de marineros y de niños,
una doble petición tenemos,
mientras con gozo juvenil navegamos,
sobre el helado mar!

¡Nicolás! ¡San Nicolás!

Deja que te cantemos.

Mientras atravesamos el aire invernal,
y nuestras voces se funden en una,
¿estás cerca?, ¿puedes oírnos,
Nicolás, nuestro amigo?

¡Nicolás! ¡San Nicolás!

El amor no termina jamás.

Destellos de sol brillan ante nosotros,
¡Ahuyenta el frío!
Los corazones que albergan pensamientos luminosos,
nunca pueden envejecer.

¡Nicolás! ¡San Nicolás!

¡Nunca pueden envejecer!

Bonito regalo y lección de amor,
fiestas y regocijo,
nos piden que te agradezcamos mientras navegamos,
sobre el helado mar.

¡Nicolás! ¡San Nicolás!

¡Así te cantamos!

JACOB POOT CAMBIA DE PLANES

La última nota murió en la distancia. Nuestros chicos, que en sus vanos esfuerzos por seguir el ritmo del barco habían tenido la sensación de patinar hacia atrás, se giraron para mirarse entre ellos.

—¡Qué bonito ha sido! —exclamó Van Mounen.

—¡Ha sido como un sueño! —dijo Ludwig.

Jacob se acercó a Ben y, como de costumbre, asintiendo con la cabeza dijo:

—*Esso ess buenno. Essa ess la mejjor forrma. ¡Yo decirr a Peter que vammos a Leiden en botte!*

—¡En bote! —exclamó Ben apesadumbrado—, ¿por qué, chicos? Nuestro plan consiste en *patinar*, no en que nos lleven como a niños pequeños.

—¡Bobadas! —replicó Jacob—, ¡no *ess* de *pequeñoss*, no de *niñoss*, *irr enn botte!*

Los muchachos se echaron a reír, pero intercambiaron miradas incómodas. Sería muy divertido subir a barco trineo si tenían oportunidad; pero cómo iban a abandonar de forma

tan vergonzosa su proyecto. ¿Cómo podía siquiera plantearse algo así?

Inmediatamente comenzó una animada discusión; y el capitán Peter ordenó al grupo que se detuviera.

—Chicos —dijo él—, se me ocurre que deberíamos tener en cuenta los deseos de Jacob en este asunto. Como saben, la excursión fue idea suya.

—¡Bah! —dijo Carl en tono de burla y mirando a Jacob con desdén— ¿Quién está cansado? Ya descansaremos toda la noche en Leiden.

Ludwig y Lambert parecían ansiosos y decepcionados. No era poca cosa renunciar al mérito de haber patinado todo el camino desde Broek hasta La Haya ida y vuelta, pero ambos estaban de acuerdo en que debía ser Jacob el que decidiera el asunto.

¡El bonachón y cansado Jacob! Supo ver en seguida qué es lo que deseaba el grupo.

—¡Oh, no! —dijo en holandés—. Estaba de broma. Seguiremos patinando, por supuesto.

Los chicos dieron un grito de alegría y se pusieron de nuevo en camino con energías renovadas.

Todos menos Jacob, que hacía todo lo posible por no parecer fatigado y, manteniéndose en silencio, ahorraba aliento y energías para la gran tarea de patinar. Sin embargo, fue en vano. Un poco más tarde su voluminoso cuerpo se le fue haciendo más y más pesado, y sus titubeantes piernas se debilitaron cada vez más. Pero lo peor de todo fue la sangre que, ansiosa por alejarse todo lo posible del hielo, se le subió a

las regordetas y campechanas mejillas e hizo que las raíces de su fino pelo amarillo brillaran con un rojo intenso.

Este tipo de situación es la adecuada para solicitar la presencia del Vértigo, de quien escribiera el bueno de Hans Andersen, el mismo que arroja a los atrevidos cazadores jóvenes de las montañas o los hace girar desde las alturas más escarpadas de los glaciares, o los atrapa cuando transitan por los estriberones de un torrente de montaña.

El Vértigo se le presentó a Jacob de forma imprevista. Tras atormentarlo un poco, con un solo toque hizo que un escalofrío le recorriera de arriba abajo. Con el siguiente, consiguió que cada vena le abrasara de fiebre; hizo que el canal se sacudiese y temblase bajo sus pies, haciendo que las velas blancas se inclinasen y girasen al pasar, y después lo arrojó pesadamente sobre el hielo.

—¡Atención! —exclamó Van Mounen— ¡Poot se ha derrumbado!

Ben corrió hacia el lugar a toda velocidad.

—¡Jacob! ¡Jacob! ¿Te has hecho daño?

Peter y Carl le estaban levantando. Estaba completamente lívido, su cara parecía la de un muerto, incluso su aspecto bonachón había desaparecido.

La gente se empezó a arremolinar. Peter le desabotonó la chaqueta al pobre chico, le aflojó la esclavina roja y le hizo el boca a boca.

—¡Apártense, señores! —gritó— ¡Déjenle respirar!

—Déjenlo tumbado —dijo una señora de la multitud.

—¡Póngalo en pie! —gritó otro.

—Denle vino —gruñó un tipo corpulento que conducía un trineo cargado.

—¡Sí, sí, denle vino! —dijeron todos al unísono.

Ludwig y Lambert empezaron a vociferar a coro:

—¡Vino! ¡Vino! ¡Quién tiene vino!

Un holandés de ojos soñolientos empezó a tantearse a ciegas misteriosamente el interior de una pesada chaqueta azul, diciendo mientras lo hacía:

—¡No hagan tanto ruido, señoritos, no hagan tanto ruido! Este chico ha sido un tonto por desmayarse como una niña.

—¡Vino, rápido! —gritó Peter quien, con ayuda de Ben, frotaba a Jacob de la cabeza a los pies.

Ludwig extendió su mano implorante hacia el holandés, que dándose aires de importancia seguía buscando a tientas bajo su chaqueta.

—¡Dese prisa! ¡Se va a morir! ¿Alguien más tiene vino?

—¡Está muerto! —dijo la horrible voz de uno de los espectadores.

Aquello sobresaltó al holandés.

—¡Tengan cuidado! —dijo, sacando reticente un pequeño frasco de color azul—, Es *schnaps*. Un poco será suficiente.

Un poco *fue* suficiente. La palidez dejó paso a un débil

enrojecimiento. Jacob abrió los ojos y, medio enfadado medio avergonzado, intentó débilmente liberarse de los que lo sujetaban.

A partir de entonces, nuestro grupo no tuvo otra alternativa que buscar un modo de transportar su extenuado camarada a Leiden, ya que pretender que patinase un poco más aquel día resultaba del todo imposible. A decir verdad, llegado este punto todos los chicos empezaron a albergar el inconfesado deseo de subir a un barco trineo, y a manifestar su firme y sacrificada decisión de no abandonar a Jacob. Afortunadamente, una brisa constante y suave soplabla hacia el sur. Si pasase por allí algún complaciente *schipper*¹ las cosas tampoco estarían tan mal del todo.

Peter hizo señas al primer barco que apareció; los hombres que había en la popa ni siquiera lo miraron. También pasaron tres carretas sobre patines, pero estaban ya a plena capacidad. Después un pequeño barco trineo, hermoso y tentador, pasó zumbando como una flecha junto a ellos. Los chicos apenas habían tenido tiempo de mirarlo con ansiedad cuando ya se había alejado. Desesperados, decidieron sostener a Jacob con sus propios fuertes brazos lo mejor que pudieron, y llevarlo así hasta el pueblo más cercano.

Justo en ese momento vieron acercarse un barco trineo muy destartado. Peter le hizo señas sin mucha esperanza de éxito, quitándose el sombrero y agitándolo en el aire.

Primero arriaron la vela, luego se oyó el chirrido del freno y una voz amable preguntó desde cubierta:

—¿Qué quieren?

1 Patrón de una pequeña embarcación comercial, barco de recreo o barco trineo.

—¿Podría llevarnos a bordo? —gritó Peter corriendo con sus compañeros lo más rápido que pudo, porque el barco estaba «poniéndose al paio» a alguna distancia— ¿nos llevaría con usted?

—¡Pagaremos por el trayecto! —gritó Carl.

El hombre que estaba a bordo apenas le prestó atención, excepto para murmurar algo sobre que aquello no era un *trekschuit*. Todavía mirando a Peter, preguntó:

—¿Cuántos?

—Seis.

—Bueno, es San Nicolás. ¡Suban a bordo! ¿Se encuentra mal el joven caballero? —dijo señalando hacia Jacob.

—Sí, está exhausto, ha venido patinando desde Broek —respondió Peter—. ¿Va usted a Leiden?

—Eso es lo que dice el viento, ahora sopla en esa dirección, ¡trepén!

¡Pobre Jacob! Si la servicial señora Poot hubiera aparecido en aquel momento, sus servicios habrían sido impagables. Subirlo a bordo del barco llevó a los chicos hasta casi el límite de sus fuerzas. Al final subieron todos. El *schipper*, dando bocanadas a su pipa, izó la vela, levantó el freno y se sentó en la popa con los brazos cruzados.

—¡Vaya! ¡Qué rápido vamos! —gritó Ben— ¡Esto es fantástico! ¿Te encuentras mejor, Jacob?

—*Muccho mejjorr, grrasiass.*

—No te preocupes, estarás como nuevo en diez minutos. Esto hace que uno se sienta como un pájaro.

Jacob asintió y entrecerró los ojos.

—No te duermas, Jacob; hace demasiado frío. Podrías no despertarte, ya lo sabes. A menudo las personas mueren congeladas por esa causa.

—No me quedaré dormido —dijo Jacob confiado, y dos minutos después ya estaba roncando.

Carl y Ludwig se rieron.

—¡Debemos despertarlo! —gritó Ben—. Es peligroso, seguro. ¡Jacob! ¡Jaac...!

El capitán Peter intervino, porque tres de los muchachos estaban ayudando a Ben sólo para divertirse.

—¡Esto es ridículo! ¡No lo zarandeen! Déjenlo tranquilo, muchachos. Uno nunca ronca así cuando se está congelando. Cúbranlo con algo. Este manto servirá; ¿le parece bien, *schipper*? —dijo mirando hacia la popa para pedir permiso.

El hombre asintió.

—Ya está —dijo Peter mientras le ajustaba con ternura el ropaje—, déjenlo dormir. Cuando se despierte estará tan retozón como un corderito. ¿A qué distancia estamos de Leiden, *schipper*?

—A no más de un par de pipas —replicó una voz que salía de entre una nube de humo como el genio de un cuento de hadas—, (¡puff, puff!) probablemente

no más de media hora (¡puff, puff!) si sigue soplando este viento (¡puff, puff, puff!).

—¿Qué dice este señor, Lambert? —preguntó Ben, que mantenía los mitones de sus manos pegados contra las mejillas para resguardarse del viento cortante.

—Dice que estamos a unas dos pipas de Leiden. La mayoría de la gente rústica de la zona del canal mide las distancias por el tiempo que les lleva terminarse una pipa.

—Me parece ridículo.

—Te voy a decir algo, Benjamin Dobbs —replicó Lambert, preso de una gran indignación a pesar de la sonrisa tranquila de Ben— entérate bien, ustedes tienen la costumbre de llamar «ridículo» a todo lo que ven a *este* lado del Canal de la Mancha. Puede que la palabra te encaje bien a *ti*, pero a *mí* no, desde luego. Cuando quieras pensar en algo ridículo simplemente recuerda la costumbre inglesa de hacer que el Alcalde de Londres, al tomar posesión de su cargo, cuente los clavos de una herradura de caballo para probar que es alguien *instruido*.

—¿Quién te ha dicho que tengamos esa costumbre? —protestó Ben, poniéndose serio en un instante.

—Simplemente lo *sé*. No necesito que nadie me lo diga. Está en todos los libros y es cierta. Me resulta chocante —continuó diciendo Lambert, mientras

reía a su pesar— que te hayas podido mantener en tal feliz ignorancia de la muchas cosas ridículas que se hacen a *tu* lado del mapa.

—¡Hum! —exclamó Ben intentando no sonreír—. Investigaré lo que dices sobre el Alcalde en cuanto vuelva a casa. Debe de haber algún error. ¡Brrrrr! ¡Qué rápido vamos! ¡Esto es una maravilla!

Navegaban a toda marcha, o patinaban. Bueno, ya casi no sé cómo llamarlo, quizá «volaban» sea lo que mejor lo describa; ya que los muchachos se sentían como cuando Simbad, atado a la pata del ave Roc, salió disparado por entre las nubes; o como se sintió Belerofonte cuando surcó los cielos a lomos de su caballo alado, Pegaso.

Navegar, patinar o volar, lo mismo da, el paisaje pasaba ante ellos a toda velocidad, y antes de que tuviesen tiempo de darse cuenta, fue la propia Leiden, con sus altos tejados en punta, la que parecía que había salido a su encuentro.

Una vez divisaron la ciudad, había llegado el momento de despertar al dormilón. Cuando lograron la hazaña, la profecía de Peter se cumplió a la perfección. El señorito Jacob se encontraba perfectamente restablecido y de un humor excelente.

El *shipper* protestó débilmente cuando Peter, dándole las gracias de corazón, intentó deslizar algunas monedas de plata en su mano oscura y encallecida.

—Lo siento, señorito —dijo él retirando la mano—. Una cosa es llevar personas o mercancías por encargo, y *otra* muy distinta es hacerle un favor a alguien.

—Ya lo sé —dijo Peter—, pero tus hijos e hijas querrán caramelos cuando su padre vuelva a casa. Cómpreles algo para celebrar San Nicolás.

El rostro del hombre se iluminó con una gran sonrisa.
—Muy cierto, podría llenar un barco con todos mis hijos. Es usted un jovencito muy listo.

Esta vez, la nudosa mano se extendió de nuevo como por casualidad, pero con la palma hacia arriba. Peter aprovechó para depositar en ella rápidamente el dinero y luego se alejó.

La vela no tardó en descender y el freno arañó la superficie lanzando una lluvia de hielo alrededor del barco.

—¡Adiós, *schipper!* —gritaron los chicos tomando sus patines y saltando desde cubierta uno a uno—.
¡Muchísimas gracias!

—¡Adiós! ¡Ad...! ¡Un momento! ¡Alto! ¡Devuélvanme la capa!

Ben ayudaba con cuidado a su primo a bajar saltando sobre la borda.

—¿Qué dice el hombre? ¡Vaya, ya lo sé, llevas su capa envuelta sobre los hombros!

—*Ess cierrto* —respondió Jacob, medio saltando medio tropezando sobre la barandilla— *porr esso sse sientte tann pessaddo.*

—Querrás decir que *te* sientes tan pesado, Poot.

—*Ssí*, te hizo *pessado*, es *verrdadd* —dijo Jacob inocentemente, mientras trataba de liberarse de la

gran capa—. Ya *esttá*. *Ahorra dássela ensseguida* y dile *muchass grraciass porr esso*.

—¡Muchachos! ¡Busquemos una posada! —exclamó Peter tan pronto como entraron en la ciudad—
¡Arriba ese ánimo, compañeros!

EL SEÑOR KLEEF Y SU MENÚ

Los chicos no tardaron en encontrar un establecimiento sencillo cerca de la *Breedstraat* (la calle Mayor) con un gracioso león pintado sobre la puerta. Se trataba del *Roode-Leeuw*, o León Rojo, regentado por un tal Huygens Kleef, un fornido holandés de piernas cortas y una larga pipa.

Por entonces se encontraban ya famélicos. El *tiffin* que se habían tomado en Haarlem sólo había servido para abrirles el apetito, y se encontraban aún más hambrientos debido al ejercicio y el veloz paseo por el canal.

—¡Posadero! ¡Sírvanos lo que tenga! —exclamó Peter bastante pomposamente.

—Puedo ofrecerles todo lo que quieran —respondió el señor Kleef haciéndoles una difícil reverencia.

—Pues bien, sírvanos salchichas y pudin.

—Vaya, señorito, me temo que no me quedan salchichas. Y no hay pudin.

—Entonces ensalada de carnes, y en grandes cantidades.

—Tampoco me queda, joven señor.

—Huevos, y que salgan rápido.

—Los huevos son *muy* poca cosa para el invierno
—respondió el posadero, frunciendo los labios y levantado las cejas.

—¿No hay huevos? Pues traiga caviar.

El holandés levantó sus rollizas manos:

—¡Caviar! ¡Si eso vale su peso en oro! ¿Quién tiene caviar para vender?

Peter lo había comido a veces en casa; sabía que estaba hecho de huevas de esturión, así como de otros grandes peces, pero no tenía ni idea de cuánto costaba.

—Bueno, posadero, ¿qué es lo que tiene?

—¿Que qué tengo? De todo. Tengo pan de centeno, col fermentada, ensalada de patata y los arenques más gordos de todo Leiden.

—¿Qué opinan, muchachos? —preguntó el capitán—
¿Les bastará con eso?

—¡Sí! —exclamaron ellos, que estaban muertos de hambre—. ¡Pero que se dé prisa!

Kleef se movía como un sonámbulo, pero pronto abrió bien los ojos al ver cómo sus arenques desaparecían como por arte de magia. Después llegaron, o mejor dicho, se fueron, la ensalada de patata, el pan de centeno y el café, después tomaron agua de Utrecht con sabor a naranja y, finalmente, rebanadas de pan de jengibre. Este último manjar no figuraba en el menú normal, pero el señor Kleef no tuvo otro remedio que

sacarlo de su propia despensa privada, y se limitó a parpadear plácidamente cuando los voraces jóvenes dieron buena cuenta de él, declarando al fin que ya habían comido suficiente.

«¡Debería habérmelo figurado!», exclamó para sus adentros, aunque su rostro sereno no mostró señales de ello.

Frotándose suavemente las manos, preguntó:

—¿Desean sus señorías que les prepare unas camas?

—*¿Desean sus señorías que les prepare unas camas?* — repitió Carl en tono de burla—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Le parecemos soñolientos?

—Para nada, señorito; pero lo pregunto porque necesito calentarlas y airearlas con antelación. En la posada del León Rojo nadie duerme bajo sábanas húmedas.

—Ah, ya entiendo. ¿Volveremos aquí a dormir, capitán?

Peter estaba acostumbrado a alojarse en lugares más refinados, pero aquello resultaba divertido.

—¿Por qué no? —replicó—; aquí podemos estar estupendamente.

—Su señoría dice una gran verdad —dijo el posadero con gran deferencia.

—Es estupendo que le llamen a uno «su señoría» —dijo Ludwig a Lambert riendo por lo bajo.

Peter respondió:

—Perfecto, señor posadero, puede tener las habitaciones preparadas para las nueve.

—Tengo una hermosa habitación con tres camas que será suficiente para sus señorías —dijo el señor Kleef aduladoramente.

—Eso bastará.

—¡Huy! —exclamó Carl cuando pisaron de nuevo la calle.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Ludwig.

—Nada, sólo que el señor Kleef del León Rojo seguro que no se imagina el jaleo que se va a armar en esa habitación esta noche. ¡Vamos a hacer volar las almohadas!

—¡Presten atención! —dijo el capitán— Ahora, muchachos, debo buscar al gran Doctor Boekman antes de la hora de dormir. Si está en Leiden no me será difícil encontrarlo, porque siempre que viene aquí se aloja en el Águila Dorada. Supongo que no todos querrán acostarse a la misma hora. Pero, ¿qué tal si mientras tanto dan un paseo con Ben y le llevan a ver el Museo o el *Stadhuis*?

—De acuerdo —dijeron Ludwig y Lambert; pero Jacob prefirió acompañar a Peter. Ben trató en vano de persuadirlo para que se quedase en la posada y descansase, pero este le respondió que nunca se había encontrado «mejjorr», y que lo que más deseaba era

echar un vistazo a la ciudad, pues era «su *primmerra* *vissita* a Leiden».

—Oh, no creo que le haga daño —dijo Lambert—. Qué largo se ha hecho el día y cuánto deporte hemos hecho. Parece increíble que hayamos salido de Broek esta misma mañana.


Jacob bostezó.

—Lo he disfrutado mucho —dijo—, pero siento como si llevásemos una semana fuera.

Carl rió y dijo por lo bajo algo acerca de «veinte siestas».

—Nos separamos aquí; recuerden, nos encontraremos a las ocho en el León Rojo —dijo el capitán mientras se alejaba acompañado por Jacob.

EL LEÓN ROJO SE VUELVE PELIGROSO

uando regresaron al León Rojo los muchachos se alegraron al ver esperándolos una buena chimenea encendida. Los primeros en llegar fueron Carl y su grupo. Poco después, lo hicieron Peter y Jacob. Habían buscado al Doctor Boekman en vano por todas partes. Todo lo que pudieron averiguar es que se le había visto en Harleem aquella mañana.

—En cuanto a que esté en Leiden —dijo a Peter el propietario del Águila Dorada—, eso es de todo punto imposible. Siempre se aloja aquí cuando está en la ciudad. En este momento habría una multitud a mi puerta esperando para poder verlo. ¡Bah! ¡La gente se comporta de una forma muy necia!

—Se dice que es un gran cirujano —dijo Peter.

—Sí, el mejor de Holanda. Pero ¿y qué?, ¿y qué si es el mejor matasanos y medicastro del mundo? Ese tipo es un ogro. ¡El mes pasado, aquí, justo donde estamos, me llamó *cerdo* delante de tres clientes!

—¡No puede ser! —exclamó Peter intentando parecer sorprendido e indignado.

—Sí señor, *cerdo* —respondió el propietario aspirando su pipa con expresión ofendida—. ¡Bah! Si no fuese porque paga bien y trae clientes a mi establecimiento preferiría verlo en el canal Vliet a darle alojamiento en mi posada.

Quizá el posadero pensó que estaba siendo demasiado sincero con un extraño, o es posible que viese una sonrisa asomando al rostro de Peter, porque añadió con tono cortante:

—¿Y bien? ¿Qué más desea usted? ¿Cena? ¿Alojamiento?

—No, señor, sólo busco al Doctor Boekman.

—Pues vaya a otro lugar a buscarlo. No está en Leiden.

Peter no iba a desistir tan fácilmente. Tras recibir otras cuantas respuestas bruscas, logró permiso para dejar una nota al famoso cirujano, o más bien deberíamos decir que le *compró* al amable propietario el privilegio de dejarle un recado junto con la promesa de que se le entregaría rápidamente al Doctor Boekman cuando llegase. Conseguido esto, Peter y Jacob volvieron al León Rojo.

Aquella posada había sido tiempo atrás una gran mansión, la casa de un rico burgués; pero, tras haberse hecho vieja y quedarse destartalada había pasado por muchas manos, hasta que, finalmente, la había comprado el señor Kleef. Contemplando sus mugrientas y rotas paredes, le encantaba decir: «unos cuantos retoques y un poco de pintura y no hay casa más bonita en todo Leiden». Tenía un total de seis pisos; los primeros tres tenían la misma superficie, pero diferentes

alturas, los últimos tres se encontraban en un techo alto y grande, e iban decreciendo en superficie gradualmente hasta que el último se perdía en la punta. El tejado estaba hecho de tejas pequeñas y brillantes, y las ventanas, con sus pequeños paneles, parecían haber sido distribuidas de forma irregular sobre la fachada del inmueble, sin prestar la más mínima atención al efecto que eso pudiera causar hacia el exterior. Sin embargo, el gran salón abierto al público de la planta baja era el orgullo y gozo del propietario, respecto al cual nunca decía aquello de «unos cuantos retoques y un poco de pintura», porque todo él estaba en las más estrictas condiciones holandesas de limpieza y orden. Si haces un esfuerzo en tu mente podrás echar un vistazo a aquel salón.

Imagínate una habitación grande y desnuda, con un suelo que parecía hecho de baldosas cuadradas de cerámica barnizada, primero una baldosa amarilla, luego una roja, haciendo que toda la superficie pareciese un inmenso tablero de ajedrez. Después imagina una docena de sillas de madera de respaldo alto colocadas alrededor; luego una gran chimenea hueca en la que brilla un buen fuego, reflejado cien veces en el pulido acero de los morillos; un hogar cubierto de azulejos, tanto por los lados como por arriba, y con un refrán holandés sobre el mismo; y encima, bastante por encima de la cabeza, una estrecha repisa llena de brillantes candeleros de bronce, encendedores de pipas y cajas de yesca. A continuación imagina en un extremo de la habitación tres mesas de pino; y en el otro un armario y un aparador. Este último lleno de tazas, platos, pipas, jarras y botellas de cerámica y de vidrio, custodiada en uno de sus extremos por un barrilete con aros de bronce sostenido por una largas patas. Todo ello velado por el humo del tabaco, pero tan limpio como una patena. Después recrea en tu

mente a dos hombres somnolientos y andrajosos calzados con zuecos y sentados cerca de la lumbre, abrazados a sus rodillas y fumando en unas pipas cortas y rechonchas; el señor Kleef caminando de forma lenta y pesada, vestido con unos calzones de piel hasta las rodillas, zapatos de fieltro y una chaqueta verde más ancha que larga. A continuación, arroja un montón de patines en una esquina, y añade seis jovencitos cansados y bien vestidos, sentados en diferentes posturas sobre las sillas de madera, entonces podrás ver la sala del café del León Rojo tal y como era a las nueve de la noche del 6 de diciembre de 184... De cenar, pan de jengibre otra vez, rodajas de salchicha holandesa, pan de centeno con semillas de anís; pepinillos, una botella de agua de Utrecht, y una taza de un café un tanto misterioso. Los chicos estaban lo suficientemente hambrientos como para comerse todo lo que les pusieran delante y que además les pareciese excelente. Ben ponía cara de asco, pero Jacob declaró que no había comido nada mejor en toda su vida. Tras reír y charlar un rato, contaron el dinero para resolver un desacuerdo que había surgido en relación con los gastos. Luego, el capitán hizo marchar a su compañía en dirección a la cama, con la vanguardia formada por un seboso chico armado con unos patines y un candelero en lugar de un hacha.

Justo en el momento en que Ludwig, que cerraba la marcha, salía de la habitación, uno de los tipos raros que habían permanecido sentados junto al fuego se acercó al aparador y pidió una jarra de cerveza.

—No me gusta cómo nos mira ese tipo —le susurró a Carl—, parece un pirata o algo parecido.

—¡Parece una abuela! —respondió Carl con somnoliento desdén.

Ludwig soltó una risita intranquila.

—Sea o no una abuela —susurró—, te digo que parece uno de esos tipos del *voetspoelen*.

—¡Bah! —dijo Carl en tono de mofa—. Lo sabía. Ese cuadro te ha impresionado demasiado. Aguza la vista y fíjate en si el tipo más joven con el candelero no se parece al otro villano.

—No, para nada, tiene el semblante tan honesto como un queso Gouda. Pero te lo aseguro, Carl, aquella pintura era realmente horrible.

—¡Hum! ¿Por qué te quedaste mirándola tanto tiempo?

—No pude evitarlo.

Por aquel entonces los chicos ya habían llegado a la «hermosa habitación con tres camas». En la puerta les esperaba una doncella pequeña y regordeta con unos grandes pendientes, la cual les hizo una reverencia y se alejó. Llevaba un trasto con un mango muy largo, que parecía una sartén con una tapadera.

—Me alegro de ver eso —le dijo Van Mounen a Ben.

—¿El qué?

— Un calentador. Está lleno de brasas, ha estado calentándonos las camas.

—¡Oh! ¿Así que un calentador? Te aseguro que se lo agradezco un montón —dijo Ben demasiado somnoliento como para añadir nada más.

Mientras tanto, Ludwig seguía hablando del cuadro que le había causado una impresión tan profunda. Lo había visto durante el paseo en el escaparate de una tienda. No estaba muy bien pintado y representaba a dos hombres atados espalda con espalda, en pie sobre la borda de un barco y rodeados por un grupo de marinos dispuestos a arrojarlos al mar. Esta forma de ejecutar a los prisioneros se llamaba *voetspoelen*, o lavado de pies, y los holandeses la pusieron en práctica con los piratas de Dunquerque en 1605. Más tarde, los españoles la utilizaron contra los holandeses en la horrible masacre que siguió al asedio de Haarlem. Aunque la pintura era mala, la expresión de las caras de los piratas estaba muy bien conseguida. A pesar de parecer tristes y desesperados, su aspecto era tan cruel y maligno que Ludwig sintió una secreta satisfacción al contemplarlos tan desamparados. De no ser por aquel hombre de aspecto siniestro sentado junto al fuego, unas horas después habría olvidado aquella escena. Ahora, mientras se lanzaba a la cama y hacia cabriolas como cualquier chico, en su interior esperaba que el *voetspoelen* no le produjese pesadillas.

Era una habitación fría y sin gracia; en la bruñida estufa había un fuego recién encendido que parecía tiritar a pesar de sus deseos de producir calor. Las ventanas, con sus pequeños y graciosos paneles, estaban desnudas y brillantes, y el gélido suelo encerado parecía una capa de hielo amarillo. Tres sillas de mimbre se alzaban rígidas contra la pared, alternándose con tres estrechas camas de madera que hacían que la habitación tuviese el aspecto del pabellón vacío de un hospital. En cualquier otro momento los chicos habrían considerado imposible dormir en parejas, especialmente en unos lechos tan estrechos; pero aquella noche habían perdido

todo su miedo a estar apretujados, y lo único que deseaban era reposar sus cansados cuerpos sobre los colchones de pluma que yacían leves sobre cada catre. Si los chicos hubiesen estado en Alemania, en vez de en Holanda, podrían también haberse cubierto con un edredón de plumón o de plumas. En aquella época, aquel peculiar lujo sólo había sido adoptado por algunos holandeses ricos o extravagantes.

Ludwig, como ya hemos visto, no había perdido sus ganas de divertirse, pero el resto de los muchachos, tras unos cuantos débiles intentos de iniciar una guerra de almohadas, se fueron acomodando muy formalitos para pasar la noche. Nada como el cansancio para hacer que unos chicos se porten bien.

—¡Buenas noches, chicos! —dijo la voz de Peter bajo las mantas.

—Buenas noches —respondieron todos menos Jacob, quien ya roncaba junto al capitán.

—Necesito pedirles —dijo Carl un momento después— que no estornuden. ¡Ludwig tiene miedo!

—De eso nada —repuso Ludwig muy bajito. Luego se escuchó una breve disputa entre susurros, que terminó con Carl diciendo:

—Por lo que a *mí* respecta, no sé lo que es el miedo. Pero tú eres realmente un tipo un poco cobardica, Ludwig.

Ludwig gruñó somnoliento, pero no dijo nada más.

Era mediada la noche, el fuego se había ido consumiendo hasta apagarse y, en lugar de sus destellos, la luna se reflejaba en pequeños cuadraditos sobre el suelo, avanzando lentamente

en su recorrido a través del cuarto. No era lo único que se movía, pero no lo vieron. Unos jovencitos dormidos no son los mejores centinelas. Durante las primeras horas de la noche Jacob Poot había ido haciéndose de forma gradual pero firme con todas las mantas. Ahora yacía como una especie de crisálida monstruosa junto a un Peter medio congelado que, a causa de ello, se encontraba patinando con todas sus fuerzas sobre el más frío y desolado iceberg del mundo de los sueños.

Pero como he dicho, algo más a parte de la luna se movía sobre el suelo desnudo y pulido de la habitación, no tan despacio, pero con idéntico sigilo.

¡Despierta, Ludwig! ¡El pirata del *voetspoelen* se ha hecho real!

No. Ludwig no se despertó, pero gemía en sueños.

¿No lo escuchó Carl, el valiente, el temerario?

No. Carl soñaba con la carrera.

¿Y Jacob, Van Mounen, Ben?

Tampoco. Ellos también soñaban con la carrera; y Katrinka cantaba en sus sueños, y reía al pasar a toda velocidad junto a ellos, entremezclándose de vez en cuando con algunas notas del gran órgano.

Y, sin embargo, aquella cosa seguía moviéndose, despacio, muy despacio.

¡Peter! ¡Capitán Peter! ¡Están en peligro!

Peter no escuchó el aviso, pero en su sueño resbaló unos pocos cientos de metros, de un iceberg a otro, y el susto le despertó.

¡Vaya! ¡Pues sí que hacía frío! Tiró desesperadamente de la crisálida, pero fue en vano; sábana, manta y colcha estaban

firmemente enrolladas alrededor de la forma inanimada de Jacob. Peter se quedó mirando aletargado hacia la ventana.

«Cómo brilla la luna», pensó. «Mañana hará un tiempo muy agradable. ¡Un momento! ¿Qué es aquello?».

Vio la cosa en movimiento, o más bien algo negro agazapado por el suelo, ya que se detuvo tan pronto como Peter se movió.

Se quedó mirando en silencio.

Pronto se movió de nuevo, cada vez más cerca. ¡Era un hombre gateando sobre sus manos y pies!

El primer impulso del capitán fue pedir ayuda; pero se tomó un momento para considerar la situación.

Aquel sujeto llevaba un resplandeciente cuchillo en una de sus manos. La situación se había puesto fea, pero Peter era por naturaleza alguien con mucho autocontrol. Al girar la cabeza, los ojos de Peter parecían cerrados, como si durmiese; pero no había nada tan penetrante y agudo como la mirada del capitán.

El ladrón se acercaba más y más. Su espalda estaba ahora muy cerca de Peter. Sin hacer ruido, había dejado el cuchillo en el suelo; y uno de sus brazos se estiraba furtivamente para retirar la ropa de la silla que estaba junto a la cama del capitán, el robo había comenzado.

¡El momento de Peter había llegado! Contuvo la respiración, se incorporó y saltó con todas sus fuerzas sobre la espalda del ladrón, dejando al bribón conmocionado por la fuerza del golpe. Hacerse con el cuchillo fue su segunda tarea. El ladrón empezó a forcejear, pero Peter se sentó como un gigante a horcajadas de aquella forma postrada.

—Como te muevas —dijo el valiente muchacho con el tono de voz más terrible que consiguió obtener—,

aunque sólo sea una pulgada, te clavo el cuchillo en el cuello. ¡Muchachos! ¡Muchachos! ¡Despierten! —exclamó, sin dejar de presionar la negra cabeza y sosteniendo el cuchillo en posición amenazante—. ¡Échenme una mano! ¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

La crisálida rodó un poco, pero no hubo otra respuesta.

—¡Arriba, muchachos! —exclamó Peter sin cambiar de posición—. ¡Ludwig! ¡Lambert! ¡Rayos! ¿Acaso han muerto todos?

¡Muertos! De eso nada. Van Mounen y Ben se levantaron en un instante.

—¡Eh! ¿Qué sucede? —gritaron.

—He atrapado a un ladrón —dijo Peter fríamente—. ¡No te muevas, granuja, o te rebano la cabeza! Ahora, muchachos, corten las correas del somier de sus camas, no hay prisa, como se mueva este tipo es hombre muerto.

Peter sintió como si pesase una tonelada. Y con aquel cuchillo en la mano se podía decir que así era.

El hombre gruñía y juraba, pero no se atrevía a moverse.

Ludwig ya se había levantado. En el bolsillo de sus pantalones llevaba una gran navaja de la que estaba muy orgulloso. Ahora podía prestar un gran servicio. Rápidamente dejaron al descubierto el armazón de la cama. Estaba unido por ambos lados mediante una correa.

—¡Yo la cortaré! —exclamó Ludwig mientras seccionaba el nudo— ¡Sujétalo fuerte, Pete!

—¡Descuida! —respondió el capitán, propinando al ladrón una punzada de advertencia.

En un instante los chicos tiraban de la cuerda como un buen equipo. Por fin consiguieron sacarla, una cuerda bastante recia.

—¡Ahora, muchachos —ordenó el capitán—, levanten los brazos de este canalla y crúcenselos por detrás de la espalda! Perfecto, perdonen por estorbar. ¡Átenselos fuerte!

—¡Sí, y también los pies del granuja! —exclamaron los chicos entusiasmados, atando un nudo tras otro con tirones hercúleos.

El prisionero cambió de tono.

—¡Oh, oh! —gimió—. Tengan piedad de un pobre enfermo que sólo caminaba en sueños.

—¡Vaya! —gruñó Lambert mientras apretaba aún más la cuerda—. ¿Así que estabas dormido? Bueno, pues es hora de despertar.

El hombre murmuró fieros juramentos entre dientes, después exclamó con tono lacrimoso:

—¡Desátenme, buenos y jóvenes señoritos! En casa me esperan cinco niños. ¡Juro por San Bavón que le entregaré a cada uno una moneda de diez *guilders* si me sueltan!

—Ja, ja, ja —rió Peter.

—Ja, ja, ja —rieron los demás chicos.

Después vinieron las amenazas, de tal calibre que hicieron temblar a Ludwig, aunque éste continuó atándolo y anudándolo con redobladas energías.

—¡Ya está bien, ladrón de casas! —exclamó Van Mounen en tono de advertencia—. El cuchillo sigue muy cerca de tu garganta. Pon nervioso al capitán y cualquiera sabe cómo acabará esto.

El ladrón captó la indirecta y se sumió en un profundo silencio.

Justo en ese momento la crisálida se movió, incorporándose hasta sentarse sobre la cama.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin abrir los ojos.

—¿Que qué ocurre? —repitió Ludwig, medio tembloroso medio riéndose—. Levántate Jacob, tenemos trabajo para ti. Siéntate sobre la espalda de este tipo mientras nos ponemos nuestras ropas; estamos medio muertos de frío.

—¿Qué tipo? ¡Rayos!

—¡Hurra por Poot! —clamaron todos los chicos mientras Jacob se ponía en pie rápidamente, aún envuelto en las mantas, se hacía cargo de la situación rápidamente, y se sentaba pesadamente al lado de Peter sobre la espalda del ladrón.

¡Oh, menudo quejido soltó el muy granuja en aquel momento!

—Ya no tiene sentido sujetarlo en el suelo durante

más tiempo, muchachos —dijo Peter levantándose, al mismo tiempo que se inclinaba para extraer una pistola del cinturón de aquel hombre—. Ya ven, llevo los últimos diez minutos vigilando esta pequeña y bonita arma. Está amartillada y el más leve temblor podría haber hecho que se disparase. Ya no hay peligro. Ahora debo vestirme. Tú y yo, Lambert, iremos a buscar a la policía. No tenía ni idea de que hiciese tanto frío.

—¿Dónde está Carl? —preguntó uno de los chicos.

Se miraron entre ellos. Desde luego, Carl no estaba allí.

—¡Oh! —exclamó Ludwig preocupado—, ¿dónde estará? Quizá ha luchado con el ladrón y éste lo ha matado.

—De eso nada —dijo Peter tranquilamente mientras se abotonaba su gruesa chaqueta—. Mirad debajo de las camas.

Lo hicieron, pero Carl no estaba allí.

Justo en ese momento escucharon un jaleo en las escaleras. Ben se apresuró a abrir la puerta. El posadero casi cayó de bruces dentro de la habitación; estaba armado con un gran trabuco. Dos o tres de los huéspedes lo seguían; también su hija, armada con una sartén que sostenía con una mano por encima de su cabeza, y con un candelero en la otra; y tras ella, con aspecto pálido y asustado, ¡el gallardo Carl!

—Aquí tiene a su hombre, posadero —dijo Peter señalando hacia el prisionero.

El dueño de la posada apuntó su trabuco, la chica gritó y Jacob, más ágil de lo habitual, se levantó rápidamente de la espalda del ladrón.

—No dispare —dijo Peter; está atado de manos y pies. Démosle la vuelta y veamos qué pinta tiene.

Carl se abrió paso lleno de vigor, y soltó un fanfarrón:

—Sí, le *daremos* la vuelta aunque tengamos que hacerle daño. ¡Suerte que le hemos pillado!

—Ja, ja, ja —rió Ludwig—, ¿y tú dónde estabas, señorito Carl?

—¿Que dónde estaba? —replicó Carl enfadado—. ¡Fui a dar la alarma, por supuesto!

Todos los chicos intercambiaron miradas; pero estaban demasiado felices y alborozados como para decir nada malicioso. Desde luego, Carl se mostraba ahora muy audaz, él mismo dirigió a otros tres voluntarios para que le ayudasen a dar la vuelta a aquel hombre indefenso.

Mientras el hombre yacía boca arriba, con el entrecejo fruncido y murmurando, Ludwig tomó el candelero de la mano de la chica.

—Echemos un buen vistazo a esta belleza —dijo acercándolo al ladrón, pero tan pronto como las palabras hubieron salido de su boca, se puso pálido y empezó a temblar tan violentamente que casi se le cae de las manos.

—¡El *voetspoelen*! —gritó— ¡Este es el hombre que estaba sentado junto a la chimenea!

—Ya lo creo que es él —añadió Peter—, contamos nuestro dinero delante suyo como unos palurdos. Pero, ¿qué tiene que ver eso con el *voetspoelen*, querido Ludwig? Creo que un mes entre rejas es castigo suficiente.

La hija del posadero había salido de la habitación. Ahora entró sosteniendo un par de grandes zapatos de madera.

—¿Vea, padre? —gritó ella—. Aquí están sus zuecos grandes y feos. Se trata del hombre que pusimos en la habitación de al lado después de que los señoritos se fuesen a la cama. ¡Ah!, fue un error enviar a estos pobres jóvenes caballeros tan arriba, tan lejos de todo.

—¡El muy rufián! —dijo entre dientes el posadero—. Ha traído la desgracia a esta casa. ¡Voy ahora mismo a buscar a la policía!

En menos de quince minutos, dos oficiales de aspecto aletargado se encontraban en la habitación. Tras informar al señor Kleef que debía comparecer por la mañana temprano acompañado por los chicos para presentar su demanda ante el magistrado, se marcharon con su prisionero.

Uno podría pensar que el capitán y su grupo ya no lograrían pegar ojo en lo que quedase de noche; pero todavía no se ha encontrado el ancla capaz de impedir que conciencias jóvenes y limpias naveguen a voluntad por el río de los sueños. Los chicos estaban demasiado cansados como para dejar que algo tan poco importante como haber atrapado a un ladrón les espabilase. Pronto estaban otra vez en la cama, flotando entre extrañas escenas hechas de cosas familiares. Ludwig y

Carl habían dejado su ropa de cama en el suelo. Uno ya se había olvidado del *voetspoelen*, de la carrera, de todo; pero Carl estaba totalmente despierto, escuchaba los carillones tocar su solemne música nocturna, y el ruidoso palmoteo no sincronizado del sereno, marcando los cuartos de hora; vio la luz de la luna desaparecer de la ventana y la luz rojiza de la mañana derramándose, y todo mientras seguía pensando: «¡Menudo ridículo he hecho esta noche!».

Carl Schummel, a solas, sin nadie que lo mirase o escuchase, no era ni mucho menos el tipo estupendo que aparentaba ser cuando se pavoneaba con arrogancia ante los demás.

ANTE EL TRIBUNAL

A la mañana siguiente, como cabía esperar, la hija del posadero se esforzó en preparar un buen desayuno a los muchachos. El señor Kleef tenía un gong chino más ruidoso que una docena de campanillas de aviso. Su odioso toque que reverberaba por toda la casa era capaz, por lo general, de poner en marcha al más soñoliento de los huéspedes, pero la doncella no permitió que sonase aquella mañana.

—Deja que estos valientes y jóvenes caballeros duerman —le dijo al grasiento chico de la cocina—, pienso alimentarlos con cariño cuando se despierten.

Eran ya las diez en punto cuando el capitán Peter y su grupo fueron poco a poco descendiendo desperdigados desde la habitación.

—Bonita hora de despertarse —dijo el posadero algo gruñón—. Ya va siendo hora de que nos presentemos ante el tribunal. Bonito espectáculo para una posada respetable. ¿Testificarán al menos que el alojamiento y los precios son excelentes en el León Rojo?

—Por supuesto que sí —respondió Carl con descaro—,

y la compañía también muy agradable, aunque uno puede recibir visitas a horas muy inconvenientes.

Una mirada severa y un «¡Hum!» fueron toda la respuesta del posadero, pero su hija se mostró más locuaz. Sacudiendo sus pendientes ante Carl, dijo con aspereza:

—¡Tan agradable no será, señor viajero, al menos a juzgar por la forma en que *usted* escapó corriendo de ella!

—¡Criatura impertinente! —dijo Carl por lo bajo mientras empezaba a examinar afanosamente las correas de sus patines. Mientras tanto, el chico de la cocina, que escuchaba al otro lado de la puerta, se retorció intentando contener la risa.

Tras el desayuno, los chicos fueron al tribunal de la policía acompañados por Huygens Kleef y su hija. El testimonio del posadero tuvo como objetivo principal asegurar que tal cosa como un ladrón era algo de lo que, hasta la noche anterior, jamás se había oído hablar en el León Rojo, una posada de lo más respetable, tan respetable como cualquier casa de Leiden. Después, cada uno de los chicos fue contando por turnos todo lo que sabía sobre lo ocurrido e identificando al prisionero del estrado como la misma persona que había penetrado en su habitación en mitad de la noche. Ludwig se sorprendió al comprobar que el ladrón era un hombre de tamaño normal, especialmente tras haberlo descrito ante el tribunal, bajo juramento, como un tipo corpulento, con grandes hombros cuadrados y unas piernas prodigiosas. Jacob juró que el ladrón lo había despertado al ponerse a patear y golpear el suelo; e inmediatamente después, Peter y el resto

(lamentando no haber explicado lo ocurrido a su dormilón compañero) declararon que el ladrón no había movido un músculo desde el momento en que la punta de la daga había tocado su garganta, hasta que atado de pies y manos, fue puesto boca arriba para que pudieran examinarlo. La hija del posadero hizo que se sonrojase uno de los chicos y que todo el tribunal sonriese, al declarar que:

—Si no hubiese sido por ese joven y guapo caballero de ahí —dijo mientras señalaba a Peter—, podrían haberlos matado a todos en sus camas; ya que aquel pavoroso hombre llevaba un reluciente cuchillo tan largo como el brazo de su señoría.

También añadió que según *ella*:

—El joven y guapo caballero tuvo que luchar a brazo partido con él, pero es demasiado modesto como para admitirlo, ¡bendito sea!

Finalmente, tras unos cuantos pedidos de aclaración y preguntas cruzadas por parte del fiscal, se despidió a los testigos, y el ladrón fue entregado a la consideración del tribunal penal.

—¡El muy canalla! —dijo Carl con furia cuando pisaron la calle—. Deberían mandarlo directamente a la cárcel. ¡Si hubiera estado en tu lugar, Peter, no habría dudado en matarlo!

—Entonces ha tenido suerte de caer en manos más amables —fue la tranquila respuesta de Peter—; parece ser que ya había sido detenido por robar en una casa. En esta ocasión no ha tenido éxito, pero

ha roto los pestillos de la puerta, lo que a ojos de la ley agrava su situación, pues hubo allanamiento. Además iba armado con un cuchillo, lo que empeora todavía más las cosas, ¡pobre tipo!

—*¡Pobre tipo!* —repitió Carl en son de burla—. ¡Cualquiera podría pensar que fuese tu hermano!

—De hecho sí que es mi hermano, y el tuyo también, Carl Schummel —respondió Peter mirando fijamente a Carl a los ojos—. Nadie puede saber lo que habría sido de nosotros en otras circunstancias. A *nosotros* se nos ha apartado del mal desde el momento en que nacimos. Un hogar feliz y unos buenos padres podrían haber hecho de ese hombre un tipo estupendo, en lugar de lo que es ahora. ¡Quiera Dios que la ley lo cure, y no que lo destruya!

—¡Amén a eso! —dijo de corazón Lambert, mientras Ludwig van Holp contemplaba a su hermano con tal brillo de admiración en su mirada que Jacob Poot, que era hijo único, deseó ardientemente que aquel pequeño cuerpo enterrado en la vieja iglesia cerca de casa hubiese vivido para crecer a su lado.

—¡Hum! —dijo Carl—. Está muy bien eso de ser santo y perdonador, y todo ese rollo, pero yo soy duro por naturaleza. Todas esas ideas bonitas me rebotan como si fuesen granizo, aunque tampoco le incumbe a nadie si lo hacen o no.

Peter reconoció una pizca de buenos sentimientos en esa torpe concesión y, alargando su mano, dijo en un tono franco y cordial:

—Venga, compañero, démonos la mano y seamos buenos amigos aunque no estemos de acuerdo en todas las cosas.

—Coincidimos en más cosas de las que piensas —respondió Carl enfurruñado, mientras le devolvía a Peter el apretón de manos.

—Estupendo —dijo éste con energía—. Ahora, Van Mounen, pongámonos en manos de Ben. ¿Dónde quiere él que vayamos?

—Al Museo Egipcio —respondió Lambert, tras consultarlo brevemente con él.

—Eso está en la *Breede Straat*. Al Museo pues. ¡Adelante, muchachos!

LAS CIUDADES ASEDIADAS

Esta plaza abierta que tenemos ante nosotros —dijo Lambert mientras él y Ben caminaban juntos— es muy bonita en verano, gracias a sus árboles de sombra. Se la conoce como la Ruina. Hace años estaba cubierta de casas y el canal Rapenburg corría a través de la calle. Pues bien, un día una barcaza con destino a Delft, cargada con unos veinte mil kilos¹ de pólvora, estaba atracada en un costado y al barquero se le ocurrió cocinar su almuerzo en cubierta; antes de que nadie pudiera darse cuenta todo voló por los aires, matando a montones de personas y llevándose por delante unas trescientas casas.

—¿Qué? —dijo Ben atónito—. ¿La explosión destruyó trescientas casas?

—Sí señor, mi padre estaba en Leiden cuando ocurrió. Dice que fue terrible. La explosión sucedió justo al medio día, y fue como si estallara un volcán. Toda esta parte de la ciudad se incendió de inmediato, los edificios se vinieron abajo y hombres, mujeres y niños quedaron gimiendo bajo las ruinas. El rey en persona

1 Cuarenta mil libras.

vino a visitar la ciudad y dice mi padre que actuó con nobleza, permaneciendo en la calle durante toda la noche, alentando a los supervivientes en sus esfuerzos por apagar los incendios y rescatar de debajo de las pilas de piedras y escombros a todos los que fuese posible. Gracias a él se realizó una colecta por todo el reino a beneficio de las víctimas y, además, el tesoro nacional puso otros cien mil *guilders*. Por entonces mi padre sólo tenía diecinueve años; fue en 1807, creo, pero él lo recuerda perfectamente. Un amigo suyo, el profesor Luzac, fue uno de los fallecidos. Hay una placa dedicada a su memoria en la Iglesia de San Pedro, pero eso no es todo, es la placa más rara que hayas visto, lleva grabada la imagen del profesor tal y como lo encontraron después de la explosión.

—¡Qué idea tan insólita! ¿No está también en San Pedro el monumento a Boerhaave?

—No me acuerdo. Quizá Peter lo sepa.

El capitán dejó a Ben encantado al confirmarle que el monumento estaba allí, y que creía que les daría tiempo a verlo aquel día.

—Lambert —continuó Peter—, pregúntale a Ben si ayer por la noche vio el retrato de Van der Werf en el ayuntamiento.

—No hace falta —dijo Lambert—, puedo responder por él. Era demasiado tarde para entrar. Les digo, muchachos, que es realmente increíble lo mucho que sabe Ben. Si hasta me ha pedido un volumen

sobre la historia de Holanda. Apostaría a que tiene el sitio de Leiden en la punta de la lengua.

—Pues seguro que le arde —intervino Ludwig—, porque si el relato de Bilderdyk es cierto, la cosa se puso al rojo vivo.

Ben los miraba con una sonrisa de curiosidad.

—Hablamos del sitio de Leiden —explicó Lambert.

—Oh, sí —dijo Ben ansioso—, lo había olvidado. Estamos justo donde ocurrió. Demos al viejo Van der Werf tres hurras. ¡Hurr...!

Van Mounen le dio un rápido «¡Chist!» y le explicó que, por muy patriotas que fueran los holandeses, la policía intervendría rápidamente si un grupo de muchachos se ponía a vitorear por las calles a mediodía.

—¿Qué? ¿No se puede vitorear a Van der Werf? —preguntó Ben indignado—. ¿Uno de los personajes históricos más estupendos? Considera esto, ¿acaso no fue capaz de contener a esos sanguinarios españoles durante meses y meses? La ciudad estaba rodeada por el enemigo por los cuatro costados; grandes y negras fortificaciones vomitaban fuego y muerte sobre el corazón de la ciudad, ¡pero no se rendían! Todos los hombres se comportaron como héroes, las mujeres y los niños también, valientes y fieros como leones. Cuando se acabaron las provisiones, cuando hasta la hierba que crece entre los adoquines de las calles se hubo agotado, la gente se contentó con comer caballos, gatos, perros y ratas. Después se

declaró la peste, cientos morían por las calles, ¡pero no se rindieron! Entonces, cuando llegaron al límite de sus fuerzas, la gente, valiente como era, se reunió alrededor de Van der Werf en la plaza pública para rogarle que desistiera. Esto fue lo que respondió aquel noble burgomaestre: «He jurado defender esta ciudad, y con la ayuda de Dios, ¡eso es lo que voy a hacer! Y si mi cuerpo puede satisfacer su hambre, tómenlo y divídanlo entre ustedes, ¡pero no esperen que me rinda mientras continúe vivo!». ¡Hurra! ¡Hurr...!

Ben estaba armando alboroto, así que Lambert tapó en broma con la mano la boca de su amigo. El resultado fue una de esas riñas de guasa que da miedo contemplar, pero que les encantan a los seres humanos en su estado infantil.

—¿Qué *ess* lo que *ocurre*, Ben? —dijo Jacob acercándose de prisa.

—¡Oh! Absolutamente nada —respondió Ben jadeando—, excepto que Van Mounen tiene miedo de que estalle un motín inglés en una ciudad tan pacífica como esta. No me ha dejado que vitoreé al viejo Van der...

—Sí, sí, no *ess* *buenno* *vitorrear*, *haser rruido porr esso*. Tú *verrás* al viejo Van der Does en el Stadhuis.

—¿Ver al viejo Van der Does? Pensé que era el retrato de Van der Werf lo que estaba expuesto allí.

—Sí —respondió Jacob—, *buenno*, Van der Werf, ¡ambos! Los *doss serr* igual de *buenno*s.

—En efecto, Van der Does fue un antiguo holandés muy noble, pero no es Van der Werf. Este último defendió la ciudad como un auténtico ladrillo, y...

—¿Por qué tú llamarlo *assí*, *Penchamin*? Él no defiende la ciudad como *ladrrillo*, él luchó como *buenn* soldado con sus *arrmas*. A ti te *gussta hacerr brromas* con todo lo holandés.

— ¡No, no, no! Dije que defendió la ciudad como un ladrillo. Si lo hubieras entendido te habrías dado cuenta de que eso es un gran elogio. Los ingleses incluso llamamos ladrillo al Duque de Wellington.

Jacob parecía confuso; pero aún se sentía indignado.

—*Buenno*, no *imporrta*. Nunca *habbía* pensado que *serr* soldado era ser *ladrrillo*, pero qué *másss* da.

Ben rió con ganas y, viendo que su primo estaba cansado de hablar en inglés, se volvió hacia su amigo bilingüe.

—¡Van Mounen! Dicen que las mismas palomas mensajeras que llevaron las buenas noticias a la ciudad asediada siguen estando en algún lugar de Leyden. Me encantaría poder verlas. ¡Imagina qué hubiese ocurrido si en el momento de más agobio el viento no hubiese cambiado, soplado sobre las aguas, y ahogado a cientos de españoles, permitiendo a los barcos holandeses acercarse a tierra con hombres y provisiones, y transportarlas hasta las mismas puertas de la ciudad! Como sabes, las palomas prestaron un gran servicio llevando mensajes de un lado a otro. He leído en alguna parte que desde entonces se las

cuidó con gran mimo y, cuando murieron, fueron disecadas y expuestas en el ayuntamiento. Debemos asegurarnos de que vamos y les echamos un vistazo.

Van Mounen se rió.

—Siguiendo con el mismo principio, Ben, supongo que cuando vayas a Roma intentarás ver al ganso que salvó el capitolio. Pero bueno, ver las palomas no será tan difícil. Están en el mismo edificio que alberga el retrato de Van der Werf. ¿Cuál de estas dos ciudades crees que se defendió mejor del sitio, Leiden o Haarlem?

—Bueno —respondió Ben pensativo—, Van der Werf es uno de mis héroes; como sabes, todos tenemos nuestros personajes históricos preferidos, pero creo que el sitio de Haarlem fue ejemplo de una resistencia más valiente y heroica que el de Leiden; además, proporcionó a los sufrientes habitantes de Leiden un modelo de valor y resistencia, ya que los de Haarlem fueron los primeros.

—No sé mucho acerca del sitio de Haarlem —dijo Lambert— excepto que fue en 1573. ¿Quién venció?

—Los españoles —dijo Ben—. Los holandeses resistieron durante meses. Ni un solo hombre quería rendirse, y por cierto, tampoco ninguna mujer. Todas tomaron las armas y lucharon gallardamente junto a sus maridos y padres. Trescientas de ellas sirvieron bajo el mando de Kanau Hesselaer, una gran mujer, tan valiente como Juana de Arco. Todo

aquel tiempo la ciudad estuvo rodeada por los españoles, capitaneados por Fadrique de Toledo, hijo de esa «bella persona», el Duque de Alba. Sin posibilidad de recibir ayuda del exterior, no parecía haber ninguna esperanza para sus habitantes, pero eso no les impidió desafiar a gritos a los sitiadores desde lo alto de las murallas. Incluso arrojaron pan al campamento enemigo para demostrar que no tenían miedo a pasar hambre. Hasta el final, resistieron con bravura, esperando una ayuda que nunca llegaría, y fueron cada vez más audaces hasta que se les acabaron las provisiones. Entonces la situación se hizo terrible. Llegó un momento en que cientos de criaturas famélicas yacían muertas por las calles, y los vivos apenas tenían fuerzas para enterrarlas. Finalmente, tomaron una decisión desesperada, antes que perecer torturados lentamente, los más fuertes formaron un cuadrado, colocando a los más débiles en el centro del mismo, y salieron de la ciudad en un ataque mortal, con la débil esperanza de ser capaces de atravesar las líneas enemigas. Los españoles quedaron impresionados con esta tentativa, y llegaron a la conclusión de que no había nada que los holandeses no se atrevieran a hacer, así que decidieron ofrecerles condiciones de rendición.

—Supongo que pensarían que había llegado el momento.

—Sí, y con falsedades y a traición lograron rápidamente entrar en la ciudad, tras prometer protección y perdón a todos excepto a aquellos que

los propios ciudadanos señalasen como merecedores de la pena de muerte.

—¡No me digas! —exclamó Lambert bastante interesado—, supongo que con eso acabaría todo.

—Para nada —replicó Ben—, ya que el Duque de Alba había ordenado a su hijo que no mostrase misericordia hacia nadie.

—¡Ah, debió ser entonces cuando se produjo la gran masacre de Haarlem! Ahora lo recuerdo. Cuando uno descubre la carnicería que hicieron el Duque de Alba y sus soldados no me extraña que a los holandeses no les gusten los españoles, aunque debo admitir que a veces nuestra venganza fue igualmente terrible. Pero, como te he dicho antes, me hago un lío con los acontecimientos históricos. Para mí, desde el diluvio universal hasta la batalla de Waterloo, todo es un poco confuso. Sin embargo, una cosa está clara, el Duque de Alba es uno de los tipos más malvados que haya existido jamás.

—Eso sólo da una débil idea de quién fue —dijo Ben—, pero me disgusta pensar en alguien tan horrible. ¡Menos mal que no era muy inteligente ni muy buen estratega, que si no...! Prefiero a un tipo como Van de Werf y... ¿qué ocurre?

—Un momento —dijo Van Mounen, que miraba desconcertado a uno y otro lado de la calle—. Nos hemos pasado el museo y no veo a ninguno de los muchachos. Retrocedamos.

LEIDEN

Los chicos se encontraron en el museo, y pronto se dedicaron a examinar su amplia colección de curiosidades, aprendiendo muchas cosas sobre la vida de los egipcios, tanto los de la antigüedad como los modernos. Ben y Lambert habían visitado muchas veces el Museo Británico, pero eso no impidió que quedasen impresionados ante la riqueza de la colección de Leiden. Había utensilios domésticos, prendas de vestir, armas, instrumentos musicales, sarcófagos y momias de hombres, mujeres, gatos, íbices y otras criaturas. Vieron un enorme brazalete de oro que había pertenecido a un rey de Egipto, quizá de la misma época en que algunas de aquellas momias paseaban ágilmente por las calles de Tebas; también vieron joyas y adornos como los usados por la hija de un faraón, y como los que los hijos de Israel se llevaron cuando salieron de Egipto.

También había otras reliquias interesantes de Roma y Grecia, y alguna curiosa alfarería romana que se había descubierto en una excavación cerca de La Haya, reliquias de la época en que los compatriotas de Julio César se habían establecido allí. ¿Y dónde no se habían establecido? A uno ya no le sorprendería que algún día se encontrasen restos de los antiguos romanos enterrados profundamente bajo la hierba

que crece alrededor del monumento a la batalla de Bunker Hill.¹

Al salir de ese museo los chicos fueron directamente a otro, donde vieron una fantástica colección de fósiles de animales, esqueletos, pájaros disecados, minerales, piedras preciosas y otros especímenes naturales, pero como todavía no eran adultos instruidos, se limitaron a pasar por las vitrinas, observar, intentar aprovechar sus escasos conocimientos de historia natural y desear de todo corazón haber adquirido un poco más. Incluso el esqueleto de un ratón dejó a Jacob perplejo. ¿Por qué? Porque nunca había visto la osamenta de una de aquellas criaturas temerosas de los gatos dispuesta en posición de correr, ¿y quién habría imaginado que tenían un cuello tan extraño?

Además del Museo de Historia Natural, visitaron la Iglesia de San Pedro, que contenía el monumento conmemorativo al Profesor Luzac y el dedicado a Boerhaave, realizado en mármol blanco y negro, con su urna y su grabado que simbolizaba las cuatro edades de la vida, así como el medallón de Boerhaave, adornado con su divisa favorita: «*Simplex sigillum veri*».² También lograron acceder al jardín de té, que era durante el verano una de las atracciones favoritas para los habitantes de la ciudad, y tuvieron oportunidad de pasear entre los robles sin hojas y los árboles frutales, y de ascender el montículo que había en el centro. Allí se había alzado una torre redonda, ahora en ruinas, que algunos decían que había sido construida por Hengist, el rey anglosajón, y otros afirmaban que había sido el castillo de uno de los antiguos condes de Holanda.

1 N. del T.: Obelisco de granito situado en Charlestown, estado de Massachussetts, EE.UU.

2 N. del T.: La simplicidad es el sello de la verdad.

Al subir caminando hasta la cima de su muralla de piedra, descubrieron que desde allí la vista de la ciudad no era muy buena. Dos siglos antes, la torre había sido más alta, en la época en que los habitantes de la ciudad asediada de Leiden llamaban desde abajo al vigía con gritos desesperados para preguntarle: «¿Llega alguna ayuda?, ¿están creciendo las aguas?, ¿qué es lo que ves?», y durante meses la única respuesta que recibieron fue: «No hay ayuda. Lo único que veo a nuestro alrededor es al enemigo».

Ben procuró apartar esos pensamientos de su mente y tomó la firme resolución de mirar hacia abajo, hacia el jardín vacío, e imaginarlo lleno de alegres grupos de veraneantes. Intentó olvidar el humo de las batallas, y visualizar únicamente las nubes rizadas del humo del tabaco elevándose entre hombres, mujeres y niños, mientras disfrutaban del té y el café tomados al aire libre. Pero, a pesar de ello, una tragedia hizo acto de presencia.

Poot se hallaba inclinado sobre el borde del alto muro. Habría sido muy propio de él marearse y venirse abajo. Ben se dio la vuelta con impaciencia. Si al muy bobo no se le ocurría nada mejor que hacer, allá él, que se despeñase. ¡Horror! ¿Qué había sido aquel sonido grave y pesado?

Ben quedó paralizado. Lo único que consiguió decir fue:

—¡Jacob!

—¡Jacob! —gritó otra voz sobresaltada, y luego otra. A punto de desmayarse, Ben consiguió girar la cabeza. Vio a una multitud de muchachos asomada por el borde del muro opuesto, ¡pero Jacob no estaba allí!

—¡Dios mío! —gritó, mientras corría hacia el lugar—. ¿Dónde está mi primo?

La multitud se apartó para dejarlo pasar. ¡Sólo eran cuatro chicos! En medio de ellos estaba sentado Jacob, sujetándose los costados y partiéndose de risa.

—¿No me digan que los he asustado? —dijo en su holandés nativo—. Bueno, les diré lo que ha ocurrido. Había una gran piedra suelta en el muro y saqué el pie para empujarla sólo un poquito, y cuando quise darme cuenta la piedra se había venido abajo y yo estaba aquí tirado con ambos pies en el aire. Si no me hubiese echado atrás en ese momento, seguramente habría caído junto con la piedra. Bueno, no importa. Ayúdenme, muchachos.

—Me parece que te has hecho daño, Jacob —dijo Ben al ver que el semblante de su primo se ponía serio mientras le ayudaban a ponerse en pie.

Jacob intentó reírse otra vez.

—Oh, no *serr* nada. He sentido un poco de *dolorr* al *levantarrme*, pero no *imporrta*.

El monumento a Van der Werf de la Iglesia de Hooglandsche no estaba abierto al público ese día, pero los muchachos pasaron un rato muy agradable en el Stadhuis, el ayuntamiento, una larga estructura irregular de un estilo parecido al gótico, arquitectónicamente tosca, pero pintoresca por su antigüedad. Su pequeño y melodioso campanario parecía haber sido sacado de otro edificio y añadido a toda prisa como retoque final.

Tras ascender su gran escalinata, los chicos se encontraron en una habitación bastante sombría que contenía la obra maestra de Lucas van Leyden, o Hugensz, un artista holandés

nacido trescientos setenta años antes, que ya pintaba bien a los diez años de edad, y que llegó a ser un maestro famoso con tan sólo quince años. Aquel cuadro se llamaba El Juicio Final, y considerando lo antiguo que era se trataba de una pintura realmente notable. No obstante, los muchachos estaban tan interesados en descubrir los méritos de la obra como en el hecho de que era un tríptico, es decir, que estaba pintado en tres secciones, dos de las cuales giraban sobre bisagras de forma que, en caso de necesidad, el cuadro pudiese cerrarse sobre la sección central.

Los cuadros históricos de Harel de Moor y otros famosos artistas holandeses les entretuvieron durante un rato, y a Ben tuvieron que sacarle prácticamente a rastras de delante del deslucido y viejo retrato de Van de Werf.

El ayuntamiento así como el Museo Egipcio estaban en la *Breede Straat*, la calle más larga y más elegante de Leiden. No la recorría ningún canal, y las casas, pintadas de una variedad de colores, producen un efecto pintoresco con los aleros de sus tejados asomando sobre la calle; algunas son muy altas, con sus techos escalonados ocupando casi la mitad de su altura; otras están empotradas entre los edificios públicos y las iglesias. Limpia, espaciosa, bien sombreada y adornada de elegantes mansiones, puede compararse perfectamente con las de los barrios más elegantes de Ámsterdam. Se mantiene escrupulosamente aseada; con muchas de sus alcantarillas cubiertas con paneles que se abren como trampillas; y está llena de fuentes con brillantes ornamentos de bronce que se mantienen relucientes y pulcros a costa del erario público. La ciudad se ve atravesada de un lado a otro por numerosas calles de agua formadas por el Rin, que allí se hace torpe y pesado,

fatigado por su largo viaje; pero más de ciento cincuenta puentes de piedra conectan las calles fragmentadas. Ese mismo río de fama mundial, una vez que ha dejado de ser el bello Rin que fluye en libertad, llena con sus aguas el foso que bordea la muralla que hay alrededor de Leiden, y que cruzan puentes levadizos ante las imponentes puertas que dan acceso a la ciudad. Anchos y bellos paseos, sombreados por nobles árboles, bordean los canales y se añaden a la imagen de recogimiento de las casas que hay detrás, realzando el efecto de retiro escolástico que parece impregnar todo el lugar.

Al contemplar los edificios del canal Rapenburg, Ben quedó algo decepcionado por el aspecto de la gran Universidad de Leiden. Pero al recordar su historia, cómo había sido fundada con toda pompa y ceremonia por el Príncipe de Orange como tributo a sus ciudadanos por el valor demostrado durante el asedio, recordar a los grandes hombres de religión, sabiduría y ciencia que habían estudiado allí, y pensar en los cientos de estudiantes que en aquel mismo momento se beneficiaban de sus clases y en el alto valor científico de sus museos, se encontró más dispuesto a pasar por alto la falta de belleza arquitectónica del lugar, aunque no pudo evitar sentir que una pizca de ella no le habría venido mal a aquella institución.

Peter y Jacob contemplaron el edificio desde una perspectiva más práctica y con un interés más profundo, ya que pocos meses después tenían que ingresar allí como estudiantes.

—El pobre Don Quijote habría librado un combate sin esperanza en este lugar del mundo —dijo Ben

una vez que Lambert le hubo indicado algunas de las curiosidades y bellezas de los suburbios—, no hay más que molinos. Supongo que recuerdan la terrible batalla que mantuvo con uno de ellos.

—No —respondió Lambert bruscamente.

—Bueno, lo cierto es que yo tampoco, es decir, no muy bien. Pero sé que en sus aventuras ocurrió algo de ese tipo, y si no es así, debería haber ocurrido. Fíjate en ellos, lo frenéticamente que giran sus largos brazos, justo lo que necesita un caballero loco para ser incitado a un combate mortal. A uno le deja sin habla contemplarlos; ayúdame a contar los que se pueden ver desde aquí, Van Mounen. Me gustaría apuntar algo destacado en mi libro de notas.

Tras un recuento minucioso, supervisado por todos los miembros del grupo, Ben apuntó con su lápiz: «... de diciembre de 184..., desde Leiden he visto perfectamente noventa y ocho molinos de viento».

Le habría encantado visitar el viejo molino de ladrillo en el que nació Rembrandt, el pintor; pero abandonó el proyecto al saber que les habría apartado de su ruta. Pocos chicos tan hambrientos como lo estaba Ben en aquel momento, habrían dudado entre un largo desvío para visitar el hogar de Rembrandt y una merienda en un lugar cercano. Ben escogió lo segundo.

Tras el tentempié, descansaron un poco y se tomaron otro, al que por razones formales llamaron cena. Tras cenar, se calentaron un poco en la posada; todos menos Peter, que dedicó su tiempo a buscar infructuosamente al Dr. Boekman.



En la torre del castillo,
los chicos tenían una gran vista de Leiden.

Una vez terminaron, el grupo se preparó una vez más para patinar. Veinte kilómetros³ les separaban de La Haya, y ya no estaban tan descansados como cuando habían dejado Broek el día anterior por la mañana temprano; pero se encontraban de buen humor y el hielo era excelente.

3 Trece millas.

EL PALACIO Y EL BOSQUE

Mientras patinaban, contemplaron un buen número de elegantes casas de campo, todas ellas decoradas y rodeadas por parcelas al más puro gusto holandés, impresionantes por sus grandes y solemnes mansiones, sus refinados jardines, sus setos cuadrados y sus amplias zanjas, algunas atravesadas por un puente con una puerta en medio, que se cerraba cuidadosamente por las noches. Estas zanjas, que atravesaban el paisaje por todas partes, hacía mucho que habían perdido su velo veraniego, y ahora brillaban bajo la luz del sol como estelas de cristal.

Los chicos siguieron su camino con valentía y realizaron el sorprendente milagro de hacer aparecer pan de jengibre de sus bolsillos, sólo para hacerlo desaparecer de nuevo en un instante.

Ya habían recorrido diecinueve kilómetros. Tan sólo les faltaba un pequeño esfuerzo más para llegar a La Haya, cuando Van Mounen les propuso que variasen su ruta y entrasen en la ciudad atravesando el Bosch.

—¡De acuerdo! —gritaron todos, y se quitaron los patines en un abrir y cerrar de ojos.

El Bosch es un gran parque o bosque, de cerca de tres

kilómetros¹ de largo que contiene la célebre Casa en el Bosque (*Huis in't Bosch*), utilizada en ocasiones como residencia real.

Dicho edificio, aunque demasiado sencillo por fuera como para ser un palacio, está elegantemente amueblado por dentro y contiene unos bellos frescos, es decir, las paredes y los techos están cubiertos con representaciones y diseños pintados directamente sobre el yeso fresco. Algunas de las habitaciones están revestidas con tapetes de seda china hermosamente bordados. Una contiene diferentes retratos de familia, entre ellos la de un grupo de niños de la familia real que, llegado un momento, quedaron huérfanos debido a cierta hacha que aparece con mucha frecuencia en la historia de Europa. Dichos niños fueron retratados varias veces por el artista holandés Van Dyck, que fuera pintor de corte del padre de estos, Carlos I de Inglaterra. Eran unos niños muy hermosos, ¡cuántos problemas se hubiese ahorrado la nación inglesa si hubieran sido tan perfectos de corazón y alma como lo eran de cuerpo!

El palacio estaba rodeado por un parque que resultaba encantador, especialmente en verano, gracias a que las flores y los pájaros lo hacían resplandecer como un mundo de fantasía. Largas hileras de majestuosos robles alzaban sus orgullosas cabezas conscientes de que ninguna mano profanadora los abatiría jamás. De hecho, aquel bosque había permanecido intacto durante largo tiempo, casi como si fuese un lugar sagrado. A los niños nunca se les permitía entrometerse ni con la más pequeña ramita; el hacha del leñador jamás había resonado allí. Incluso las guerras y motines lo habían

1 Dos millas.

atravesado con reverencia, deteniendo por un momento su devastador camino. El rey Felipe II de España, aunque ordenó segar la cabeza de cientos de holandeses, emitió un decreto por el que se prohibía tocar siquiera una rama del bello bosque, y en cierta ocasión de gran necesidad en que el estado estuvo a punto de sacrificarlo para que contribuyese a rellenar las casi vacías arcas del tesoro, las gentes corrieron a rescatarlo, contribuyendo noblemente hasta el total de la cantidad requerida, antes que permitir que el Bosch fuese talado.

¿Cómo podría a uno extrañarle, pues, que los robles tengan allí un aspecto tan grandioso y atrevido? Pájaros de toda Holanda les han contado como en todas partes los árboles son talados y podados, pero a *ellos* nadie les toca. Año tras año extienden su virginal y exuberante belleza; su amplio y extenso follaje, con su viva canción, arroja una fresca sombra sobre los prados y paseos, o se inclina para contemplar su imagen en los soleados estanques.

Mientras tanto, como para recompensar a los ciudadanos por permitirle seguir por una vez su curso, la naturaleza se desvía de su equilibrio invariable, vistiendo con gracia los ornamentos que le han sido reverentemente otorgados: así el césped se extiende con un aterciopelado verdor; los senderos serpentean y se enderezan; los macizos de flores resplandecen y emiten sus perfumes; y estanques y cielo se contemplan entre sí con admiración mutua.

Incluso aquel día de invierno el Bosch era hermoso. Sus árboles estaban desnudos, pero debajo de ellos seguían reposando los estanques, con ondas tan suaves como el cristal. El cielo azul brillaba sobre sus cabezas, mirando hacia abajo a través de la espesura de las ramas para ver otro cielo azul, ni

de lejos tan brillante, observándolo a través de la atenuadora espesura del hielo.

Jamás una puesta de sol le había parecido a Peter tan bella como cuando la vio intercambiar miradas de despedida con las ventanas y brillantes tejados de la ciudad situada ante él. Nunca la propia La Haya le había parecido más seductora. Ya no era Peter van Holp yendo a visitar una gran ciudad, ni siquiera un joven y elegante señorito con deseos de hacer turismo; él era un caballero, un aventurero, sucio y cansado por el viaje, un Pulgarcito crecido, un Fortunatus aproximándose al castillo encantado donde el lujo y la comodidad estaban a su espera, pues la casa de su hermana se encontraba a menos de medio kilómetro de distancia.

—¡Por fin, muchachos! —exclamó con gran alegría—, nos espera un lugar de descanso digno de un rey: buenas camas, cálidas habitaciones y algo perfecto para comer. Nunca me había dado cuenta antes del lujo que suponen estas cosas. El aposento del León Rojo ha hecho que aprendamos a apreciar nuestros propios hogares.

EL PRÍNCIPE MERCADER Y SU HERMANA LA PRINCESA

No es de extrañar que a Peter la casa de su hermana le pareciese un castillo encantado. Además de ser grande y elegante, era como si un hechizo de tranquilidad flotara sobre ella. Hasta el león agazapado que había a su puerta parecía haber sido convertido en piedra por medio de algún encantamiento. El interior de la casa estaba custodiado por unos genios en forma de criados de rostros rubicundos, que aparecían silenciosamente cada vez que uno tocaba la campanilla o la aldaba. También había un gato, que parecía saber tanto como el Gato con Botas; y un gnomo de bronce en el vestíbulo, cuya función era permanecer con los brazos estirados listo para recibir bastones y paraguas. A salvo tras los muros, florecía el Jardín de las Delicias, donde las flores estaban firmemente convencidas de que era verano, y una fuente chispeante de agua reía alegremente para sí misma porque el Señor Invierno no había conseguido encontrarla. Justo cuando llegaron los muchachos también había una Bella Durmiente, pero cuando Peter, como un verdadero príncipe, corrió ágilmente escaleras arriba y besó sus párpados, el hechizo se rompió; la princesa se transformó en su amable hermana, y el castillo de hadas, simplemente, en una de las

mejores y más confortables casas de todo La Haya.

Como podrán perfectamente suponer, los chicos recibieron la más cordial de las bienvenidas. Tras haber conversado un poco con su animada anfitriona, uno de los genios los condujo hasta una magnífica comida servida en una habitación con cortinas rojas, donde el suelo y el techo brillaban como marfil pulido, y en cuyos espejos brotaron de pronto multitud de muchachos de mejillas sonrosadas hasta donde podía alcanzar la vista.

Esta vez comieron caviar, salpicón y salchichas con queso, además de ensalada, fruta, galletas y bizcocho. Cómo consiguieron ingerir tal mezclanza constituyó todo un misterio para Ben; porque la ensalada era agria y el bizcocho dulce; y la fruta era delicada y el salpicón pesado, con cebollas y pescado. Pero, mientras se preguntaba atónito estas cosas, también comía alegremente, y pronto cavilaba absorto intentando decidir qué prefería, si el café o el licor de anisete. Otra de las delicias era comer en vajillas de plata esmerilada y beber licor en vasos en los que la mismísima Titania podría haber dado un sorbo. El joven caballero escribiría más tarde a su madre contándole que, por muy bonitas y selectas que fueran que fueran las cosas en casa, no había sabido cómo eran el cristal tallado, la porcelana o una cubertería de plata hasta haber visitado La Haya.

Por supuesto, la hermana de Peter no tardó en enterarse de todas las aventuras de los chicos. Cómo habían patinado más de sesenta kilómetros¹ y contemplado excepcionales paisajes a lo largo del camino; cómo habían perdido la bolsa

1 Cuarenta millas.

con el dinero y la habían encontrado de nuevo. Cómo uno de los miembros del grupo se había caído, proporcionándoles el pretexto para una gran singladura en un barco sobre patines; y, sobre todo, cómo habían atrapado a un ladrón y librándose así de perder una vez más su escurridiza bolsa del dinero.

—Y ahora, Peter —dijo la dama cuando la historia hubo terminado—, debes escribir enseguida para contarle a la buena gente de Broek que has llegado al colmo de tus aventuras, y que usted y sus acompañantes han sido hechos prisioneros.

Los muchachos se miraron sorprendidos.

—Por supuesto que no pienso hacer tal cosa —dijo Peter riendo—, tenemos que salir mañana al mediodía.

Pero su hermana había decidido algo diferente, y a una dama holandesa no se la hace desistir fácilmente de su propósito. En resumen, digamos que les tentó de forma tan poderosa, fue tan ingeniosa y alegre y dio tantos argumentos persuasivos e irrefutables, tanto en inglés como en holandés, que los muchachos quedaron encantados cuando al fin se decidió que permanecerían en La Haya durante al menos dos días.

A continuación, charlaron acerca de la carrera de patinaje; la señora Van Gend prometió encantada estar presente para la ocasión.

—Presenciaré tu triunfo, Peter —dijo ella—, porque tú eres el patinador más veloz que jamás he conocido.

Peter se sonrojó y dio una pequeña tosecilla, mientras Carl respondía por él.

—Ah, señora, es muy rápido, pero todos los chicos de Broek son excelentes patinadores, incluso los traperos —dijo pensando con resentimiento en el pobre Hans.

La dama rió.

—Eso hará que la carrera sea todavía más emocionante —dijo—, pero quisiera que cada uno de ustedes pudiese ganarla.

En ese momento entró en la sala su marido, el señor Van Gend, y el hechizo que cayó sobre los jóvenes se hizo completo.

Las hadas invisibles de la casa se arracimaron sobre ellos para susurrarles que Jasper van Gend tenía un corazón tan joven y vigoroso como el de ellos, y que si había algo en este mundo que amaba más que a sus negocios era al sol y a la diversión. También les hicieron intuir algo acerca de un corazón lleno de amor y una cabeza repleta de sabiduría y, finalmente, dieron a entender a los chicos que cuando aquel señor era alguien que cuando decía algo es que lo pensaba de verdad.

Por lo tanto, al estrecharles la mano a todos y soltarles un sincero «Bueno, esto es un placer», se sintieron como en casa, y tan felices como ardillas.

El salón estaba decorado con unos cuadros preciosos y unas estatuas exquisitas. También había carpetas llenas de excepcionales grabados holandeses; además de muchos

objetos bellos y curiosos procedentes de China y de Japón. Los chicos se quedaron con la sensación de que era necesario un mes para examinar todos los tesoros que contenía aquella casa.

Ben notó con placer los libros ingleses que yacían sobre la mesa. También vio colocados sobre un piano vertical bonitamente tallado, los retratos en tamaño natural de Guillermo de Orange y su reina inglesa, una visión que, por un momento, puso a Inglaterra y a Holanda lado a lado en su corazón. Aún perduraba la aureola de gloria que Guillermo y María habían dejado sobre su reinado; él había sido el más fiel patriota que hubiera servido jamás a su país de adopción, y ella la esposa más noble que nunca se hubiese sentado en el trono británico hasta los días de Victoria y Alberto el bueno. Al contemplar sus retratos, recordó el relato que había leído acerca de la visita del rey Guillermo a la Haya en el invierno de 1691. El bardo que cantó las glorias de la batalla de Ivry todavía no ha contado la resplandeciente historia de aquel día, pero Ben sabía lo suficiente sobre este, como para imaginar que escuchaba el alborozo de la multitud. Mientras, su mirada iba pasando de los retratos a la calle, iluminada en aquel momento por una hoguera encendida en una plaza vecina.

Aquella visita real fue un acontecimiento de los que nunca se olvidan. Durante dos años Guillermo de Orange había sido el monarca de una tierra extranjera, con su mente fielmente dedicada a Inglaterra, pero su corazón ansiando por Holanda. Al llegar una vez más a sus orillas, toda la nación salió a darle la bienvenida. Las multitudes se congregaron en La Haya para recibirlo, «muchos miles fueron deslizándose o patinando

por los canales helados desde Ámsterdam, Róterdam, Leiden, Harlem y Delft».² Durante todo el día se sucedieron los festejos en la capital, las calles estaban engalanadas con estandartes, arcos de acebo, trofeos y mensajes de bienvenida, y los emblemas de los distintos gremios y profesiones. Guillermo vio los hechos de sus antepasados y escenas de su propia vida descritas en banderas y tapices situadas a lo largo de las calles. Al caer la noche, se lanzaron magníficos fuegos artificiales sobre el hielo. Su superficie cristalina era como un espejo. Fuentes chispeantes de luz surgieron desde abajo para encontrarse con las relumbrantes cascadas que brincaban sobre ellas. Entonces un fuego, leve como una pluma carmesí y verde, esparció millones de rubíes y esmeraldas en las rojizas profundidades del hielo, al tiempo que la gente gritaba: «¡Dios bendiga a Guillermo de Orange, larga vida al rey! Todos estaban medio locos de gozo y entusiasmo. Guillermo, su príncipe, su jefe de estado, se había transformado en gobernante de tres reinos; había salido victorioso en tiempos de paz y de guerra, y ahora, en la cima de su gloria, había venido como un simple invitado a visitarlos. El rey escuchó sus vítores con el corazón palpitante. No hay nada mejor que ser amado por tus compatriotas. Sus cortesanos ingleses le felicitaron por la recepción. «Sí», dijo él, «¡pero todos estos vítores no son nada en comparación con los que habrían dado si la reina María hubiese venido conmigo!».

Mientras Ben contemplaba los retratos, el señor Van Gend relataba a los chicos su reciente visita a Amberes. Como era el lugar de nacimiento de Quentin Massys, el herrero que

2 Historia de Inglaterra, Macaulay.

por amor a la hija de un artista estudió hasta convertirse en un gran pintor, los muchachos preguntaron a su anfitrión se había visto alguna de las obras de este.

—Sí, desde luego —respondió—, y son excelentes. Su famoso tríptico de la capilla de la catedral de Amberes, con el Descendimiento de Jesús en el panel central, es especialmente bello; pero debo confesar que estaba más interesado en su pozo.

—¿Qué pozo, señor? —preguntó Ludwig.

—Uno que hay en el corazón de la ciudad, junto a la propia catedral, cuya elevada aguja constituye un trabajo de artesanía tan delicado, que el mismísimo emperador de Francia dijo que le recordaba al encaje de Malinas. El pozo está cubierto con un dosel gótico coronado por la figura de un caballero con armadura completa. Está completamente hecho de metal, y es la prueba de que Massys fue un artista tanto en la forja como en el caballete; de hecho, su gran fama se deriva principalmente de su habilidad milagrosa como artífice del hierro.

A continuación, su anfitrión les mostró algunas exquisitas piezas de fundición de Berlín, que había adquirido en Amberes. Eran joyas hechas de hierro, y medallones muy delicados diseñados a partir de excepcionales pinturas, ribeteados con bellos ornamentos y grecas, dignos, dijo él, de ser llevados por la dama más bella del país. Por consiguiente, el collar le fue entregado con una reverencia y una sonrisa a la sonrojada señora Van Gend.

Algo en el aspecto de la dama, al inclinar su resplandeciente y joven rostro sobre el regalo, hizo que su esposo añadiese con fervor:

—Sé lo que estás pensando, corazón.

Ella alzó la vista en jugueteo desafío.

—¡Ah! Ahora sí que estoy seguro. Piensas en esas mujeres de noble corazón, sin las que Prusia podría haber caído. Lo sé por esa luz de orgullo en tus ojos.

—Entonces, la luz de orgullo en mis ojos transmite una falsa impresión —respondió ella—. En mi mente no había ningún asunto tan grandioso. Debo confesar la verdad pura y simple, pensaba tan sólo en lo bien que combinaría este collar con mi brocado azul.

—¡Vaya, vaya! —exclamó su esposo bastante abatido.

—Pero *puedo* pensar en lo otro, Jasper, y eso añadirá mayor valor a tu regalo. Recuerdas el incidente, ¿verdad, Peter? Lo que ocurrió cuando los franceses invadieron Prusia y, por falta de medios, el país fue incapaz de defenderse contra el enemigo, y cómo las mujeres revirtieron la situación al ofrecer sus vajillas y joyas al tesoro público.

«¡Ajá!», pensó el señor Van Gend al cruzar su mirada con la mirada ardorosa de su mujer. «Ahora, la luz de orgullo sí que está ahí».

Peter comentó maliciosamente que las mujeres habían seguido siendo fieles a su naturaleza vanidosa, pues continuaron utilizando joyas. Si el reino necesitaba el oro

y la plata, renunciarían a él y utilizarían el hierro, pero no prescindirían de sus adornos.

—¿Y qué? —dijo la señora con nuevo ardor—. No es ningún pecado amar las cosas bellas, siempre que uno adapte el material a las circunstancias. Lo único que puedo decir es que las mujeres salvaron a su país e, indirectamente, dieron inicio a una rama muy importante de la industria. ¿No es cierto, Jasper?

—Por supuesto, cariño —dijo el señor Van Gend—, pero Peter no necesita mi palabra para convencerse de que en todo el mundo las mujeres siempre han estado ahí cuando su país las ha necesitado, si bien —y en ese punto hizo una breve reverencia a su esposa— sus propias compatriotas ocupan un lugar destacado en los anales del patriotismo y devoción femeninos.

Después, el anfitrión se volvió hacia Ben para hablar con él en inglés de la hermosa y antigua ciudad belga. Entre otras cosas, le comentó el origen de su nombre. A Ben le habían enseñado que Amberes venía de *ae'nt werf* (en el muelle), pero el señor Van Gend le reveló un origen bastante más interesante.

—Parece ser que hace unos tres mil años, un gran gigante llamado Antígono vivía a orillas del río Escalda, en el lugar donde se encuentra hoy la ciudad de Amberes. Este gigante reclamaba para sí la mitad de las mercancías de todos los navegantes que pasaban junto a su castillo. Por supuesto, había mercaderes que decidían oponerse a esta norma

tan simple. Cuando esto ocurría, y como forma de enseñarles a comportarse mejor la próxima vez, Antígono les cortaba la mano derecha y la arrojaba al río. Así, *hand-werpen*, es decir, «lanzamiento de manos», se fue transformando en «Amberes», hasta transformarse en el nombre del lugar. El escudo de armas de la ciudad tiene dos manos; qué mejor prueba puede haber de la veracidad de esta historia, ¡especialmente si uno está predispuesto a creerla! Finalmente, el gigante fue derrotado y arrojado al Escalda por un héroe llamado Brabo, quien acabó dando nombre al distrito conocido como Brabante. Desde entonces, los comerciantes holandeses han viajado en paz por el río, pero personalmente le estoy muy agradecido al viejo Antígono por haber dado a la ciudad un origen tan romántico.

Cuando el señor Van Gend hubo terminado de relatar en dos idiomas la historia de Amberes, cayó en la tentación de relatar otras leyendas, algunas en inglés y otras en holandés; así que, sobre los rápidos hombros de gnomos y gigantes, el tiempo pasó volando hasta que llegó la hora de acostarse.

No fue fácil terminar con una reunión tan agradable, pero las normas domésticas de los Van Gend se aplicaron con la precisión de un reloj. Nadie se quedó remoloneando en el umbral de su habitación tras pronunciarse el cordial «¡buenas noches!». Incluso sucedió que, mientras los chicos subían las escaleras, las invisibles hadas domésticas se arremolinaron nuevamente alrededor de ellos para susurrarles que el respeto a las normas y el orden constituían los cimientos de la prosperidad de su anfitrión.

En aquella mansión no había hermosas habitaciones de tres camas. Algunos de los cuartos contenían dos, pero cada una de las visitas durmió en la suya propia. Así que, antes de que amaneciera, el lema del grupo era: «cada muchacho en su crisálida» y, al menos, Peter no lamentó que así fuera.

Cansado como estaba, tras darse cuenta de que había un curioso cordón terminado en una campana en una de las esquinas del cuarto, Ben empezó a examinar la ropa de cama. Cada uno de sus elementos le llenó de asombro: la almohada era exquisitamente bella, y estaba profusamente decorada con costosos lazos y bordada con un primoroso blasón con una inicial; el edredón, una gran bolsa de seda tan grande como la cama, estaba rellena de plumón de cisne; y la colcha de satén rosa, estaba bordada con guirnaldas de flores. Al pensar en la pequeña cama tan original que ocupaba, tan confortable y hermosa, a pesar de su rareza, no conseguía conciliar el sueño. Al amanecer, examinó atentamente el cubrecama, ya que en su próxima carta deseaba enviar a casa una descripción. Era una colcha japonesa, maravillosa por su textura, así como por la variedad y brillo de sus colores. Ben se enteró más tarde de que estaba valorada en unos trescientos dólares.³

El suelo era un mosaico de madera pulida, casi cubierto por una densa alfombra orlada por un fleco grueso de color negro. En otra de las habitaciones podía verse una alfombra ribeteada de satén. Las paredes, revestidas de seda carmesí y decoradas con tapices, estaban coronadas por suntuosas molduras doradas que lanzaban destellos de luz sobre el pulido suelo.

3 N. del T.: Unos cuatro mil quinientos dólares de hoy en día.

Sobre el marco de la puerta de la habitación donde durmieron Jacob y Ben había una cigüeña de bronce que, con el cuello estirado, sostenía una lámpara destinada a iluminar el aposento de los huéspedes. Entre las dos estrechas camas de tulípero y ébano tallado, se encontraba el mayor de los tesoros de la casa de los Van Gend, una gran silla de roble en la que se había sentado el príncipe de Orange durante una reunión del consejo municipal. En el lado opuesto de la habitación, había un armario ropero con pintorescos grabados, encerado y pulimentado hasta la saciedad, y lleno de un precioso surtido de ropa blanca; junto a él, una mesa que sostenía una gran Biblia, cuyos cierres dorados parecían pobretones en comparación con su sólida y estriada encuadernación, hecha para perdurar durante seis generaciones.

En la repisa de la chimenea había una maqueta de un barco, y sobre esta colgaba un viejo retrato de Pedro el Grande, quien, como saben, cierta vez concedió a los gatos del astillero una estupenda oportunidad de observar a un rey, que es uno de los privilegios de los gatos. Pedro, siendo ya zar de Rusia, fue lo suficientemente humilde como para trabajar como un obrero normal y corriente en los astilleros de Saardam y Ámsterdam, con el fin de introducir entre sus compatriotas las mejoras que los holandeses habían realizado en la construcción naval. Fue este deseo de ser meticuloso incluso en los más pequeños detalles lo que le hizo pasar a la historia con el título de Pedro el Grande.

Peter el pequeño (comparativamente hablando) fue el primero en levantarse a la mañana siguiente. Sabedor de los hábitos de puntualidad de su cuñado, se aseguró bien de que ninguno de los muchachos durmiese más de la cuenta. Despertar a Jacob Poot no fue tarea fácil, pero tras sacar de la

cama al joven caballerete y, con la ayuda de Ben, arrastrarlo un rato fuera de la habitación, consiguieron al fin espabilarlo.

Mientras se vestía Jacob, y refunfuñaba para sus adentros porque las zapatillas de invitado que le habían proporcionado eran demasiado estrechas para sus pies hinchados, Peter escribió una nota para informar a sus amigos de Broek de que el grupo había llegado sano y salvo a La Haya. También rogaba a su madre que le enviase recado a Hans Brinker de que el Dr. Boekman no había llegado todavía a Leiden, pero que una carta con el mensaje de Hans había sido depositada en el hotel donde el doctor solía alojarse durante sus visitas a la ciudad. «Dile también», escribió Peter, «que volveré a comprobar si está allí cuando pase otra vez por Leiden. El pobre chico parece convencido de que “el maestro” se apresurará a salvar a su padre, pero nosotros, que conocemos al viejo caballero gruñón mejor que él, podemos estar seguros que no será así. Quizá sería un acto de bondad enviar directamente a un médico de Ámsterdam a visitar su cabaña, si es que Jufvrouw⁴ Brinker consiente en recibir a otro que no sea el gran rey de los médicos, como es ciertamente el caso del Dr. Boekman».

«Tú sabes, madre», añadió Peter, «que siempre he considerado la casa de mi hermana como un lugar bastante tranquilo y solitario, pero te aseguro que no es así ahora. Ella dice que nuestra presencia ha llenado de calor la casa para todo el invierno. Mi cuñado ha sido muy amable con todos nosotros. Afirma que le hacemos desear tener su casa llena de chicos propios. Nos ha prometido dejarnos montar sus nobles caballos negros. Señala que son mansos como

4 En Holanda, las mujeres de extracción social baja no toman el título de «señora» (o *mevrouw*) al contraer matrimonio, como sucede entre nosotros. Aunque toman el apellido del marido, siguen utilizando el tratamiento «señorita» (*jufvrouw*, pronunciado Yufrou).

gatitos, si es que uno sabe llevar las riendas con firmeza. Ben, según cuenta Jacob, es un excelente jinete, y a tu hijo Peter tampoco se le da nada mal, así que ambos saldremos juntos esta mañana a cabalgar como los caballeros de la antigüedad. Cuando volvamos, mi cuñado asegura que le dejará a Jacob su poni inglés, y que conseguirá otras tres monturas; así que el grupo completo podrá ir trotando por la ciudad en una gran cabalgata que él mismo encabezará. El señor Van Gend montará el caballo negro que padre le envió desde Frisia. El hermoso ruano de mi hermana, con su larga cola blanca, está cojo y ella no desea montar a ningún otro, de no ser así nos acompañaría. Anoche, después de que mi hermana me contara los planes para el día siguiente, apenas pude pegar ojo. Sólo el pensamiento del pobre Hans Brinker y su padre enfermo conseguía abatirme el ánimo, pero estaba tan emocionado que podría haber cantado de gozo. Ludwig ya nos ha bautizado: la caballería de Broek. Nos envanece pensar que tendremos un aspecto impresionante, especialmente cabalgando en fila de a uno...».

La caballería de Broek no decepcionó a nadie. El señor Van Gend consiguió rápidamente unos caballos excelentes, y todos los chicos pudieron montar, aunque ninguno de ellos era tan buen jinete como Peter y Ben. Cuando divisaron La Haya se llenaron de satisfacción; y cuando La Haya les divisó a ellos expresó su aprobación; de forma ruidosa a través de las bocas de los niños y las carretillas llevadas por perros; de forma silenciosa a través de los ojos brillantes que, a pesar de no querer fijar la vista con demasiada atención, resplandecían al contemplar al apuesto Carl, y parpadeaban divertidos al ver pasar trotando a cierto joven gordinflón con sus mejillas temblorosas haciendo «¡boing, boing, boing!».

A la vuelta, los jóvenes coincidieron en que la gran estufa de porcelana de la sala de estar familiar era definitivamente una pieza de mobiliario muy útil, pues todos pudieron congregarse a su alrededor para entrar en calor sin quemarse la nariz ni que les salieran sabañones. Era tan grande que, aunque su superficie no parecía estar caliente, podía caldear toda la casa. Con sus laterales de un blanco immaculado y sus anillos de bronce pulido era un objeto muy bonito de contemplar, a pesar de que a nuestro ingrato Ben, por otra parte cada vez más calentito y confortable a su vera, se le ocurriese un comentario satírico que incluir en su próxima carta, en el sentido de que una estufa en Holanda tenía que parecerse a una gran torre de nieve, o dejaría de combinar con el carácter tan estrafalario del país.

Describir todo lo que los muchachos vieron e hicieron aquel día y el siguiente haría que este pequeño libro se transformase en un mamotreto realmente voluminoso. Visitaron la fundición de cañones de bronce, vieron verter el metal incandescente en moldes y observaron a los herreros, desnudos de cintura para arriba, permanecer en las sombras, como demonios jugando con el fuego. Admiraron los grandes edificios públicos y las impresionantes mansiones privadas, las elegantes calles y el noble Bosch, orgullo de todos los holandeses amantes de la belleza. El palacio, con sus brillantes suelos de mosaico, sus techos repletos de frescos y sus espléndidos ornamentos, hizo las delicias de Ben. Le sorprendió descubrir la sencillez de las iglesias, a veces elaboradas en su arquitectura externa, pero desnudas y sombrías en el interior de sus muros vacíos y blanqueados.

De no existir ningún registro escrito, las iglesias de Holanda podrían contar la historia del país. No entraré aquí

en materia, excepto para decir que Ben, que había leído acerca de sus luchas y agravios, y de la terrible retribución que de vez en cuando tuvo que soportar, apenas podía pisar una ciudad holandesa sin quedar mentalmente horrorizado al recordar los sangrientos episodios de su historia. No podía olvidar al rey Felipe II de España, ni al Duque de Alba, ni siquiera al regocijarse con la prosperidad que siguió a la liberación. Contemplaba los ojos de los holandeses más mansos buscando algo del fuego que en un tiempo encendiera los macilentos rostros de esos hombres desesperados y sin ley que, llevando con orgullo el nombre de «mendigos» otorgado de forma burlona por sus adversarios, se transformaron en el terror de tierra y mar. En Harleem, se preguntó por qué no resonaban todavía en el aire los gritos de las tres mil víctimas del duque de Alba. En Leiden, su corazón se llenó de conmiseración al pensar en la larga procesión de criaturas famélicas y llenas de cicatrices que tras el asedio, encabezadas por Adrian van der Werf, entraron tambaleándose en la gran iglesia para cantar un himno glorioso ¡porque Leiden era libre al fin! Recordó que esto había ocurrido incluso antes de que probaran el pan que les llevaron los navíos holandeses. Primero alabaron a Dios, y después comieron. Miles de voces temblorosas se alzaron para entonar una alegre acción de gracias. Por un momento se elevaron más y más alto, y entonces, repentinamente, se mudaron en sollozos, y ni una sola persona de la multitud pudo entonar otra nota. Pero, ¿quién puede decir que aquel himno, hasta su última estrofa, no fuera escuchado en el cielo?

Aquí, en La Haya, otros pensamientos vinieron a la mente de Ben: cómo Holanda en años posteriores fue obligada a poner su cabeza bajo el yugo francés, y cómo, exasperada y azotada

hasta no poder más, nuevamente se lo había arrancado de un tirón. Por esa razón la amaba. Qué otra nación tenía el temple necesario, pensaba él, como para soportar dichos trabajos, entregar toda su riqueza al tesoro de un país extraño y ceder la flor de su juventud al reclutamiento de un país extranjero. Y tampoco hacía tanto tiempo desde que los cañones ingleses se habían escuchado bombardeando la costa desde el mar del Norte; bueno, menos mal que ya no había más conflictos. Holanda era ya por derecho propio una pequeña y confortable monarquía, y Ben, personalmente, se alegraba de ello. Una vez llegó a esta benéfica conclusión, se sintió preparado para disfrutar al máximo de todas las maravillas de la capital. Con su sincero e inteligente interés agradó bastante al señor Van Gend, algo que también hicieron todos los chicos, ya que nunca se vio salir de excursión a un grupo más alegre y atento.

UN RECORRIDO POR LA HAYA

La pinacoteca del Maurits Huis,¹ una de las mejores del mundo, tenía tanto que admirar y examinar que la visita de dos horas que le dedicaron los chicos pareció pasar volando. En cuanto al Gabinete Real de curiosidades, situado en el mismo edificio, a pesar de dedicarle casi medio día, les dejó con la sensación de haberle echado solamente un vistazo. Japón parecía haber depositado todos sus tesoros entre sus muros, y es que hacía ya largo tiempo que Holanda se había convertido en una gran potencia comercial, siendo la única nación a la que se le permitía tener contacto con aquel país asiático. Visitando el museo de La Haya uno bien podía ahorrarse el viaje al país del sol naciente.

Sala tras sala todo estaba repleto de colecciones procedentes del imperio eremita: ropajes propios de diferentes niveles sociales y ocupaciones, artículos de adorno, utensilios domésticos, armas, armaduras e instrumentos quirúrgicos. También se exhibía una ingeniosa maqueta japonesa de la isla de Desina, la factoría holandesa en Japón. Parecía casi como si la propia isla pudiera contemplarse a través de unos prismáticos de ópera invertidos, y le hacía a uno sentirse

1 Un edificio erigido por el príncipe Mauricio de Nassau.

como un Gulliver que avanzase inesperadamente sobre un Liliput japonés. En ella podían apreciarse cientos de personas con ropajes tradicionales, de pie, de rodillas, agachadas, con los brazos extendidos, todas trabajando o como si lo hicieran; también sus casas, hasta con los muebles, y todo expuesto allí tan claramente como el día. En otra sala, un enorme caparazón de tortuga transformado en una casita de muñecas, decorada al estilo holandés y habitada por unas solemnes muñecas neerlandesas, podía mostrarte de un vistazo como vivía la gente en los Países Bajos.

A Gretel, Hilda, Katrinka e incluso a la orgullosa Rychie Korbes les habría encantado; pero Peter y su gallardo grupo pasaron sin dedicarle siquiera un vistazo. En cambio, el armamento tuvo el honor de detenerlos durante una hora completa; ¡cuántas mazas, cuántas kris asesinas, o dagas serpenteadas; qué cantidad de armas de fuego y, sobre todo, ¡qué maravillosas espadas japonesas, bastante capaces de llevar a cabo la reputada hazaña nipona de cortar a un hombre en dos de un solo tajo!

La colección contenía también curiosidades chinas y de otros lugares de oriente. También reliquias históricas nativas, que nuestros jóvenes holandeses contemplaron con mucha discreción, aunque en su interior estaban orgullosos de poder enseñárselas a Ben.

Había una maqueta de la cabaña de Saardam donde viviera Pedro el Grande durante su corta carrera como obrero de unos astilleros. También carteras y escudillas, usadas por la confederación de los «mendigos», quienes, unidos bajo el príncipe de Orange, habían liberado a Holanda de la tiranía de España; la espada del almirante Van Speyk, quien, unos diez años antes, había perecido voluntariamente haciendo

volar su propio barco; y la armadura de Van Tromp, en la que podían observarse las marcas de las balas. Jacob buscó por ahí, con la esperanza de ver la escoba que el valeroso almirante había atado a la punta del mástil, pero no estaba allí. El chaleco que Guillermo III² de Inglaterra vistió durante los últimos días de su vida, atrajo en gran medida el interés de Ben; y todos sin excepción contemplaron con una mezcla de reverencia y morbo la vestimenta idéntica utilizada por Guillermo el Taciturno cuando fue asesinado en Delft por Balthazar Geraerts. Un jubón de piel oscura y un sencillo chaleco de paño gris, un suave sombrero de fieltro y una alta gorguera de la que pendía una de las insignias de los «mendigos»; un atuendo en sí mismo nada principesco, aunque el jubón tenía un interés trágico debido a sus manchas oscuras y agujeros de bala. Al contemplar la vestimenta, Ben se convenció rápidamente de que el príncipe taciturno, fiel a su grandeza de carácter, había sido alguien extremadamente austero en el vestir. Sin embargo, sus prejuicios aristocráticos le sorprendieron completamente cuando Lambert le contó la forma de entrar en La Haya que tuvo la primera esposa de Guillermo.

—La bella Luisa de Coligny, cuyo padre y primer marido habían muerto en la matanza de San Bartolomé, se convirtió en la cuarta esposa del príncipe y, por supuesto —dijo Lambert—, nosotros los holandeses éramos demasiado galantes como para permitir que la dama entrase en la ciudad a pie. No señor, así que enviamos (o más bien debería decir

2 Guillermo, príncipe de Orange, quien fuera rey de Inglaterra, fue bisabuelo de Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, asesinado por Geraerts (o Gerard) el 10 de julio de 1584.

que mis antepasados enviaron) una pulcra carreta de correos a buscarla, ¡con una plancha atravesada, de forma que pudiera sentarse!

—¡Extraordinariamente galante! —exclamó Ben con un deje casi sarcástico en su sonrisa educada—. Y eso que era la hija de un almirante de Francia.

—¿Lo era? Te doy mi palabra de que casi lo había olvidado. Pero, ya ves, Holanda tenía una forma muy llana de hacer las cosas en los viejos buenos tiempos, de hecho, hasta el día de hoy somos un pueblo muy sencillo y frugal. La residencia de los Van Gend es sin duda una excepción a esto, como tú ya sabes.

—Una excepción muy agradable, creo yo —dijo Ben.

—Desde luego, desde luego. Pero, entre nosotros, el señor Van Gend, aunque se ha forjado su propia fortuna, puede permitirse ser espléndido, y al mismo tiempo ser frugal.

—Precisamente —dijo Ben con convicción; al mismo tiempo que se pasaba la mano por el labio superior y la barbilla, que él creía que últimamente habían comenzado a mostrar encantadores e inconfundibles indicios de su creciente madurez.

Mientras se pateaba la ciudad, Ben añoró a menudo una buena acera inglesa. Aquí, como en las demás ciudades, no había bordillo ni pavimento elevado para los viandantes, pero las calles estaban limpias y lisas, y todos los vehículos se mantenían escrupulosamente a una cierta distancia. Aunque resulte extraño decirlo, podían verse casi tantos trineos como

coches de caballos, aunque no hubiese un solo copo de nieve. Los trineos avanzaban arañando los ladrillos o los guijarros; algunos provistos de un dispositivo en la parte delantera para rociar agua, con lo que se disminuía la fricción, y otros reduciendo incluso aún más el ruido mediante trapos empapados en aceite, que el conductor aplicaba de vez en cuando sobre los patines.

A Ben le sorprendió la forma tan silenciosa en la que los obreros holandeses realizaban su trabajo. Incluso cerca de los almacenes y muelles no había ningún alboroto, nadie llamaba a gritos a los demás. Un cierto gesto con la pipa, una inclinación de cabeza o, como mucho, una señal con la mano, parecían ser todo lo necesario. Cargamentos enteros de queso o arenques podían pasar de una carreta o barcaza a los almacenas sin que fuese necesario pronunciar una palabra; aunque el paseante no tenía más remedio que correr el riesgo de resultar arrollado, ya que un holandés difícilmente mira a su alrededor cuando está concentrado en su trabajo.

El pobre Jacob Poot, que parecía destinado a sobrellevar todos los incidentes del viaje, fue golpeado por un gran queso que un corpulento holandés le había lanzado a un compañero de trabajo, y que le dejó casi sin resuello. Sin embargo, pronto se recuperó y continuó su camino sin evidenciar ni la más mínima muestra de indignación.

Tras lo sucedido, Ben quiso manifestarle toda su solidaridad, pero Jacob insistió en que no había sido «*nadda*».

—Entonces, ¿por qué pusiste esa cara cuando te golpeó?

—¿Qué *porr* qué *pusse essa carra*? —repitió Jacob muy digno—, fue *porr* el... el...

—¿El qué? —insistió Ben maliciosamente.

—Sí, *porr* el... el... cómo *decirse*, ¿cómo se prueba *porr* la *narriz*?

Ben rió.

—Ah, te refieres al olor.

—Sí. *Esso* es —dijo Jacob con entusiasmo—, fue el *olorr*. ¡*Porr esso* arrugué el rostro!

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Ben—, esa ha sido buena. Un tulipán asustado por el olor de un queso. ¡Nunca conseguirás hacer que te crea!

—*Buenno*, no *imporrta* —respondió Jacob tan contento mientras caminaba pesadamente junto a Ben—, *esperra* a encontrarte con *esse* queso, ya *verrás*.

Un poco después, añadió dolido:

—*Penchamin*, no me *gussta* que me llames tulipán. *Esso* no *buenno*. Yo *ssoy* holandés.

Justo en el momento en que Ben se estaba disculpando, Lambert le llamó.

—¡Espera, Ben! Este es el mercado del pescado. En esta época del año no hay mucho que ver, pero si quieres podemos echarles un vistazo a las cigüeñas.

Ben sabía que las cigüeñas gozaban de bastante consideración en Holanda, y que el ave figuraba en el escudo de la capital. Se había fijado en la presencia de carritos con ruedas sobre los tejados de las casas rurales holandesas que tenían el propósito de animar a las cigüeñas a anidar allí.

También había visto sus tremendos nidos en muchos de los techos de paja con alerones que había desde Broek a La Haya. Pero ahora era invierno y los nidos estaban vacíos. Ningún polluelo glotón abría su pico o alzaba su cabeza ante la aproximación de una gran ave blanca, de largas patas y cuello, que llevase en su pico algo oscilante para el desayuno. Esos largos picos se encontraban muy lejos, recogiendo comida en las costas de África; y antes de que llegase la primavera y volviesen, la visita de Ben a la tierra de los diques habría terminado.

Por lo tanto, avanzó ansioso mientras Van Mounen le guiaba a través del mercado del pescado, ansioso por ver si las cigüeñas holandesas se parecían a los melancólicos especímenes que había visto en el jardín zoológico de Londres.

Fue la misma vieja historia. Uno podrá decir lo que quiera, pero un pájaro domesticado es un pájaro triste. Aquellas cigüeñas vivían en una especie de perrera, encadenadas por una pata como si fuesen criminales, aunque supuestamente recibiendo los honores de ser mantenidas a expensas del erario público. Durante el verano se las permitía pasear por el mercado, donde los puestos de pescado eran como otros tantos restaurantes de barra libre para ellas. Ahora, junto a sus casetas, yacían sin probar delicias como pescado crudo, y también vísceras procedentes de la carnicería, pero aquellos huéspedes de la ciudad preferían sostenerse sobre una pata, echar hacia atrás sus largos cuellos y descansar sus cabezas en un costado, en una intermitente ensoñación. Con cuánta alegría habrían cambiado su condición de mascotas por la ajetreada vida de duro trabajo de una madre o padre cigüeña, teniendo que llevar a su alborotadora familia hasta el tejado de algún viejo edificio desvencijado, donde las aspas de los

molinos las hubieran dado un susto de muerte cada vez que se hubiesen aventurado a salir a jugar por los alrededores.

Ben quedó convencido muy pronto, y además con justicia, de que La Haya, con sus hermosas calles y parques públicos sombreados por olmos, era una ciudad magnífica. La mayoría de la gente vestía como en Londres o París, y sus oídos británicos solían alegrarse con frecuencia ante la musicalidad del acento inglés. Las tiendas eran en muchos aspectos diferentes a las de Oxford Street o el Strand, pero a menudo estaban adornadas con el cartel de «se habla inglés». Otras proclamaban tener cerveza negra londinense a la venta, y una incluso prometía regalar a sus clientes «Roast beef inglés».

No había una sola puerta de un comercio en la que faltase el acostumbrado aviso: *Tabak te Koop* (Se vende tabaco). En vez de coloridas redomas de cristal en los escaparates o altos tarros de sanguijuelas, las farmacias tenían una bostezante cabeza de turco en la entrada o, si el establecimiento era particularmente refinado, un mandarín de madera de cuerpo entero, dándose el gusto de un enorme bostezo.

Algunas de esas extrañas caras le divertían muchísimo a Ben; parecía como si acabaran de tragarse una dosis de medicamento; pero Van Mounen afirmó que él no encontraba que tuviesen nada de gracioso. Los farmacéuticos mostraban su buen juicio poniendo a un *bostezador* ante su puerta, de forma que el local pudiese ser reconocido inmediatamente como una *apothek*, y eso era todo.

Hubo otra cosa que llamó la atención de Ben, y fueron las carretillas de los lecheros. Eran pequeñas y estaban llenas de brillantes marmitas de bronce, o jarras de piedra, y eran tiradas por perros. El lechero caminaba sosegadamente junto

a su carretilla, controlando a su perro y entregando la leche a los clientes. Algunos comerciantes de pescado también tenían carretillas tiradas por perros, y cuando el perro de un vendedor de arenques se cruzaba por casualidad con el perro de un lechero, invariablemente se daba aires de importancia y gruñía al pasar a su lado. A veces el perro de un lechero reconocía a un allegado que tiraba de otra carretilla situada al otro lado de la calle, y entonces ¡menudo ruido hacían las marmitas, especialmente si estaban vacías! Cada perro daba un brinco y sin prestar atención a los silbidos de su amo, insistía en encontrarse con su congénere a medio camino. A veces se contentaban con husmearse inquisitivamente, pero, por lo general, el perro más pequeño soltaba un afectuoso mordisco en la oreja del perro más grande, o se enzarzaban en una amigable pelea con el fin de hacer ejercicio. En esos casos, ¡ay!, ¡a sujetar las marmitas de leche!, y ¡ay!, ¡a por los perros!

Tras la azotaina, cada perro, expresando sus sentimientos lo mejor que podía, se incorporaba de vuelta a su trabajo trotando despacio.

Si algunos de estos animales eran excéntricos en su comportamiento otros se comportaban extraordinariamente bien. De hecho, había una escuela de perros en la ciudad, fundada expresamente con el fin de entrenarlos, y es probable que Ben viese a alguno de sus graduados. Muchas veces se había fijado en la presencia de un grupo de canes que, trotando por la calle con la dignidad de caballos, obedecían el más leve gesto del hombre que caminaba enérgicamente junto a ellos. A veces, tras entregar su mercancía, el comerciante saltaba a la carretilla y disfrutaba de un bello paseo hasta su casa más allá de las puertas de la ciudad; y en ocasiones, lamento tener

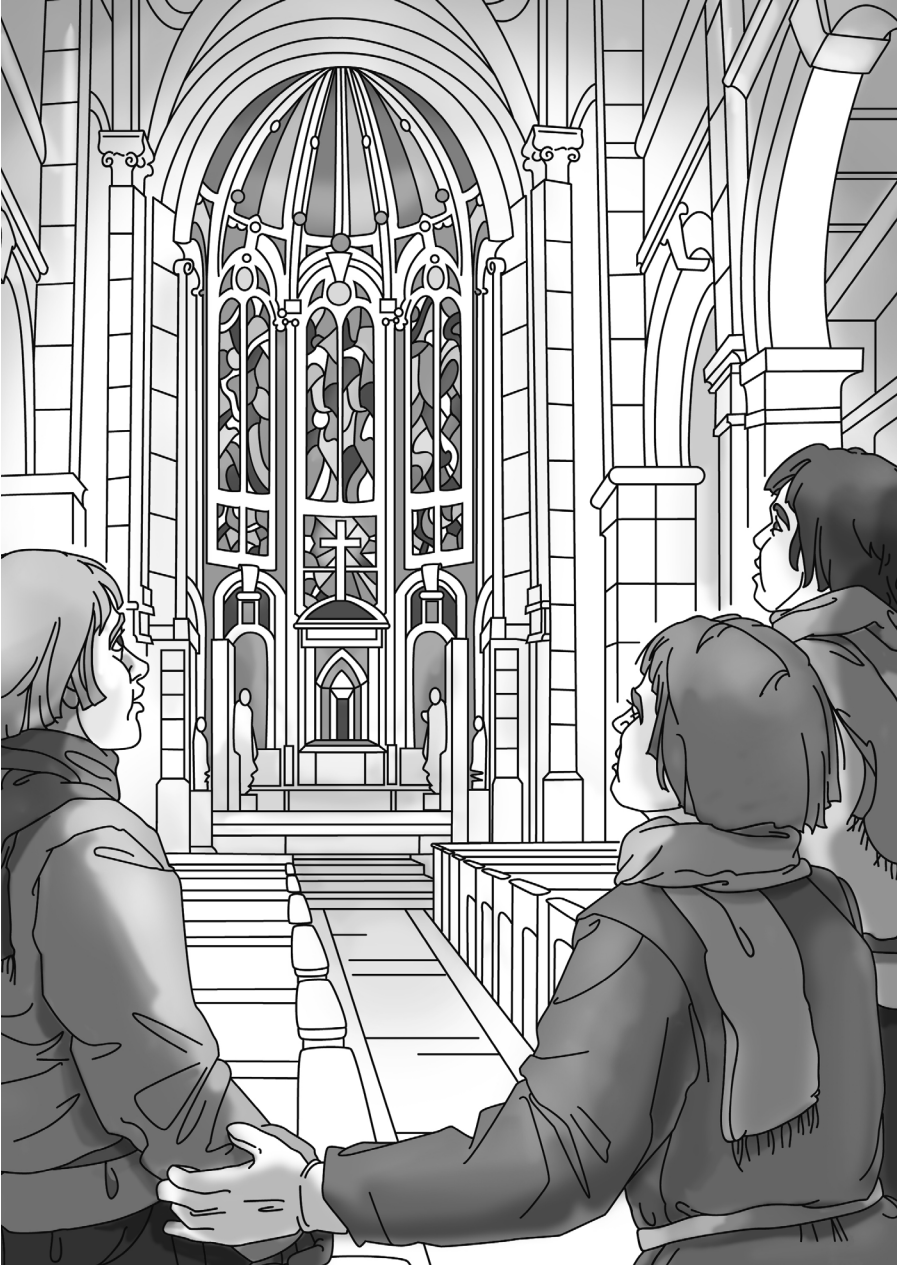
que decirlo, una paciente esposa caminaba pesadamente junto a la carretilla con una cesta de pescado sobre la cabeza y un niño en sus brazos, mientras su señor disfrutaba del trayecto sin cargar con nada más pesado que una rechoncha pipa de barro, cuyo humo ascendía cariñosamente hasta la cara de ella.

UN DÍA DE DESCANSO

Finalmente la excursión terminó, y también lo hizo la visita de nuestros muchachos a La Haya. Habían pasado tres felices días con sus noches en casa de los Van Gend y, aunque cueste creerlo, en todo ese tiempo no se habían puesto los patines ni una sola vez. El tercer día lo dedicaron a descansar. El ruido y bullicio de la ciudad se silenció; dulces campanas dominicales enviaron benditos y apaciguadores pensamientos a sus corazones. Al escuchar el familiar sonido, Ben sintió que el mundo cristiano, al fin y al cabo, sin importar lo dividido que estuviese por denominaciones y diferencias teológicas, era uno. Al igual que un reloj habla en todas las lenguas del mundo, sin importar el lugar donde dé la hora, así las campanas de una iglesia nunca son extranjeras si nuestro corazón las escucha.

Guiado por aquellas claras voces, nuestro grupo, con la señora Van Gend y su esposo a la cabeza, recorrieron las silenciosas pero abarrotadas calles hasta llegar a una hermosa iglesia antigua en el sur de la ciudad.

Por dentro era espaciosa y, a pesar de sus grandes vidrieras, parecía débilmente iluminada, aunque sobre las blancas paredes y sobre las columnas y bancos se proyectaban brillantes destellos de sol, de color rojo y púrpura.



**Entraron a una fina y vieja iglesia
gótica en La Haya.**

Ben vio a unas ancianas caminando pausadamente por los pasillos laterales. Cada una llevaba una alta pila de estufas para los pies que distribuían entre la congregación deslizándolas hábilmente bajo los asientos, hasta no quedar ninguna. Le extrañó mucho que el señor Van Gend, tras haber sentado a su mujer en la nave central de la iglesia, llena de sillas reservadas exclusivamente para las mujeres, se sentase con los muchachos en un comfortable banco lateral. Pero Ben acababa de aprender sólo una costumbre más del país.

Los bancos de la nobleza y las autoridades de la ciudad tenían forma circular, y estaban dispuestos alrededor de las columnas. Tallados con mucho esmero, formaban una enorme base junto a sus grandes pilares, perfilándose en fuerte contraste contra los blancos y despejados muros traseros. Estas columnas, elevadas y bien proporcionadas, estaban melladas y desfiguradas por la violencia ejercida contra ellas largo tiempo atrás; sin embargo, parecía bastante apropiado que, antes de perderse en los profundos arcos superiores, sus suaves contornos brotasen como lo hacían, en toda su suntuosidad y hermosura.

Ben no tardó en agachar la mirada hacia el suelo de mármol, un pavimento tapizado de lápidas sepulcrales. Casi todas las grandes losas con las que estaba formado señalaban los lugares de reposo de los difuntos. Un diseño heráldico con una inscripción y una fecha identificaban al individuo que dormía debajo y, a veces, tres miembros de una misma familia yacían uno sobre otro en el mismo sepulcro.

No pudo evitar imaginarse un solemne cortejo fúnebre serpenteando a la luz de las velas a través de aquellas elevadas naves, llevando su silenciosa carga hacia la oscura abertura puesta al descubierto al levantar la losa, lista para recibir a su

huésped. Se alegró de que su hermana Mabel, que había muerto en la flor de juventud, yaciera en un soleado camposanto, donde un arroyo mecía las aguas y brillaba a la luz del día; donde los árboles de ramas temblorosas se susurraban toda la noche; donde las flores buscaban el abrigo de las lápidas y la luna, y las estrellas derramaban su paz, y los pájaros de la mañana cantaban dulcemente sobre ellas.

Después levantó la vista del suelo y descansó sus ojos sobre el púlpito de roble tallado, de un diseño y manufactura exquisitamente bellos. Cuando al cabo de unos momentos llegó el pastor, le vio ascender lentamente la curvada escalera. Era un hombre de rostro apacible, ataviado con una gorguera sobre su cuello y una capa corta que le llegaba casi a las rodillas.

Mientras tanto, la gran iglesia se había ido llenando silenciosamente. Sus bancos se habían oscurecido de hombres, y su nave central estaba radiante de mujeres con sus coloridos atuendos dominicales. De repente, un suave murmullo se extendió por el edificio. Todos los ojos se volvieron hacia el pastor que ahora aparecía en el púlpito.

Aunque el sermón se pronunció despacio, Ben pudo entender poco de lo que se dijo; pero cuando llegó el himno se unió a los demás con todo su corazón. Mil voces elevadas en amor y alabanza, se expresaron en un idioma más grandioso, que él pudo comprender rápidamente.

Durante una pausa en el culto hubo un momento en que se sobresaltó al ver que, de repente, alguien agitaba una bolsa ante él. Tenía una campanilla en un lateral, y estaba unida a un mango muy largo sujetado por uno de los diáconos de la iglesia. Sin confiar exclusivamente en el llamamiento mudo de las pobres cajas de ofrendas sujetadas a las columnas cerca

de la entrada, el recurso a este método más directo tenía como objetivo despertar las simpatías hacia el ejercicio de la caridad.

Afortunadamente, Ben llevaba encima unos pocos *stivers*, o la bolsa musical habría tintineado ante él en vano.

Aquella mañana, una mirada sombría asomó más de una vez a la cara de nuestro muchacho inglés. Estaba deseando levantarse y sermonear a la gente respecto a una peculiaridad que le llenaba de dolor. Algunos de los hombres llevaban puesto el sombrero durante el culto, o se lo quitaban, según les pareciese en cada momento, y muchos se lo pusieron dentro del edificio de la iglesia nada más ponerse en pie para partir. No es de extrañar que el sentido del decoro de Ben se sintiese herido y, sin embargo, un sentido aún más importante habría sido ejercitado si hubiera intentado comprender que es lógico que los holandeses sigan las costumbres de su país. Pero su corazón británico le decía una y otra vez: «¡Es un escándalo! ¡Es pecaminoso!».

Hay un ángel llamado Caridad que, tan sólo con dejarle entrar en nuestro corazón, podría librarnos a menudo de muchas inquietudes.

DE CAMINO A CASA

Un soleado lunes por la mañana, aún temprano, nuestros muchachos se despidieron de sus anfitriones e iniciaron el camino de vuelta a casa.

Peter se demoró un poco ante la puerta custodiada por el león, ya que su hermana y él tenían muchas palabras de despedida que dedicarse.

Ben, mientras les contemplaba despidiéndose el uno del otro, no pudo evitar sentir que los besos, al igual que los relojes, eran maravillosamente parecidos en todas partes. El beso inglés que su hermana Jennie le había dado cuando partió de casa le había dicho lo mismo que el beso holandés que la señora Van Gend le había dedicado a Peter. Ludwig participó en la despedida de la manera más pragmática posible y, aunque amaba mucho a su hermana, frunció algo el ceño cuando esta le hizo sentirse como un niño al darle «para madre» un beso extra en la frente.

Luego se fue al canal con Carl y Jacob. ¿Pensaban ellos en hermanas o besos? Ni por asomo. Se sentían tan felices de haberse calzado los patines de nuevo, tan impacientes por atravesar a toda velocidad el corazón de Broek, que giraban y daban vueltas como locos, mientras se desahogaban

murmurando algo acerca de «Peter y *donder*» que no vale la pena traducir.

Incluso Lambert y Ben, que se habían quedado esperando en la esquina de la calle, empezaron a impacientarse.

Por fin, el capitán se unió a ellos; y pronto estuvieron en el canal con el resto del grupo.

—¡Date prisa, Peter! —gruñó Ludwig—. ¡Nos estamos congelando! ¡Sabía que al final serías el último en ponerte los patines!

—¿En serio? —dijo su hermano observándolo con aire de gran interés—. ¡Qué chico tan listo!

Ludwig rió, pero intentó parecer enfadado y dijo:

—De cualquier forma, lo digo en serio. Sería conveniente no tardar más de un año en volver a casa.

—¡Venga, muchachos! —exclamó Peter dando un brinco tras asegurar la última hebilla—. ¡Tenemos un camino despejado por delante! ¡Imaginemos que se trata de la gran carrera! ¿Preparados? ¡A la una, a las dos y a las tres! ¡Ya!

Les aseguro que apenas se pronunció palabra durante la primera media hora. Allí sólo había seis Mercurios deslizándose a toda velocidad sobre el hielo. Dicho en español vulgar y corriente, iban a la velocidad del rayo... no, eso es también una figura del lenguaje. El hecho es que es difícil saber qué decir cuando media docena de chicos pasan zumbando a tal velocidad. Lo único que puedo afirmar es que todos ellos pusieron su mejor empeño, volando con el cuerpo inclinado

y ojos de águila, sobrepasando a los plácidos patinadores que recorrían el canal, hasta que un vigilante tuvo que gritarles «¡Deténganse!»; lo cual sólo sirvió para impulsarlos hacia delante con fuerzas redobladas, para asombro de todos los espectadores.

Pero las leyes de la inercia son incluso más poderosas que los guardias del canal.

Al cabo de un rato, Jacob disminuyó su velocidad, luego Ludwig hizo lo mismo, después Lambert, más tarde Carl.

Pronto se detuvieron para tomar aire, y finalmente se encontraron a sí mismos formando un grupo que contemplaba a Peter y Ben perdiéndose a toda velocidad en la distancia, como si sus vidas dependiesen de ello.

—Resulta muy evidente —dijo Lambert mientras él y sus tres compañeros iniciaban la marcha de nuevo—, que ninguno de los dos se va a rendir mientras le quede un gramo de fuerzas.

—¡Qué tontería! —gruñó Carl—, desperdiciar las energías de esa forma justo al principio del viaje de vuelta, pero compiten en serio, de eso no hay duda. ¡Miren! ¡Peter está aflojando!

—¡De eso nada! —exclamó Ludwig—, ¡nadie le puede derrotar!

—¡Ja, ja, ja! —se mofó Carl—. Te aseguro, chiquillo, que Benjamin va en cabeza.

Si había algo en este mundo que fastidiase a Ludwig era que le llamasen chiquillo, probablemente porque eso es lo que en realidad era. De repente, se inflamó de indignación.

—Bueno, y *tú* quién eres para decirlo. ¡Ahí lo tienes! ¡Dime *ahora* si no es verdad que Peter va por delante!

—*Yo* creo que *sí* que lo está —intervino Lambert—, pero es difícil estar seguro a esta distancia.

—¡Pues *yo* creo que no! —replicó Carl.

Jacob se iba poniendo cada vez más nervioso, siempre había odiado las discusiones, así que dijo en tono conciliador:

—¡Dejen de pelear, dejen de pelear!

—*¡Dejen de pelear!* —repitió Carl en tono de burla, volviéndose hacia Jacob mientras patinaba—. ¿Y quién se está peleando? ¡Poot, eres un bobo!

—No puedo evitarlo —fue la mansa respuesta de Jacob—. ¡Fíjense!, se están acercando a la curva del canal.

—*¡Ahora* podemos verlos! —exclamó Ludwig muy entusiasmado—. Peter la tomará primero, estoy seguro.

—¡No podrá, porque Ben va delante! —insistió Carl—. ¡Vaya! Ese barco trineo se le echa encima. ¡No! ¡Tiene el camino libre! De todas formas son un par de bobos. ¡Hurra!, ya han tomado la curva. ¿Quién va en cabeza?

—¡Peter! —exclamó Ludwig gozoso.

—¡Bien por el capitán! —gritaron Lambert y Jacob.

Y Carl condescendió a murmurar:

—Bueno, pues resulta que *es* Peter. Todo el rato estuve convencido de que era Ben quien iba en cabeza.

Aquella curva en el canal había sido evidentemente su meta, porque tras llegar a ella los dos corredores se detuvieron bruscamente.

Carl dijo algo acerca de estar «contento de que al fin tuviesen suficiente sentido común para detenerse y descansar», y los cuatro muchachos patinaron en silencio para alcanzar a sus compañeros.

Por el camino, Carl no dejó de desear en secreto haber permanecido junto a Peter y Ben, ya que estaba convencido de que habría salido vencedor fácilmente. Era muy rápido, aunque de ningún modo era un patinador grácil.

Mientras los muchachos se acercaban, Ben observaba a Peter con una mezcla de irritación, admiración y sorpresa.

Pudieron oírle decir en inglés:

—Peter van Holp, sobre el hielo vuelas como una especie de pájaro. ¡Te aseguro que eres el primero que me derrota con justicia en una carrera!

Peter, que entendía el idioma mejor de lo que podía hablarlo, le agradeció el cumplido a Ben con una gran sonrisa, pero no dijo nada. Probablemente todavía intentaba recuperar el aliento.


—*Penchamin, ¿se puedde saberr qué hass hecho? Calentarrte como ladrillo rrecién cocido no bueno* — fue el quejoso comentario de Jacob.

—¡Tonterías! —respondió Ben—. Este aire helado me refrescará en un santiamén. No estoy cansado.

—Pero te han vencido, compañero —dijo Lambert en Inglés—, y además claramente. Me pregunto qué ocurrirá el día de la gran carrera.

Ben se sonrojó y prorrumpió en una orgullosa y desafiante carcajada, como si dijera: «Esto ya es agua pasada. ¡Cuando llegue la carrera estoy *decidido* a derrotarlos!».

CHICOS Y CHICAS

uando los muchachos llegaron a la villa de Voorhout, que está cerca del gran canal, aproximadamente a medio camino entre La Haya y Haarlem, se vieron obligados a mantener una reunión. El viento, aunque moderado al principio, se había hecho cada vez más fuerte, hasta que había llegado un punto en el que a duras penas lograban patinar contra él. Era evidente que las veletas de todo el país se habían unido para conspirar contra ellos.

—No tiene sentido intentar hacer frente a un viento como este —dijo Ludwig—. Atraviesa la garganta de un hombre como si fuera un cuchillo.

—Entonces, mantén la boca cerrada —gruñó el afable Carl, que tenía un pecho tan ancho como el de un toro joven—. Yo digo que sigamos adelante.

—En este caso —intervino Peter—, debemos consultar a los más débiles del grupo, en lugar de a los más fuertes.

El principio que deseaba aplicar el capitán era el correcto, pero su aplicación resultaba un tanto humillante para Ludwig, quien encogiéndose de hombros replicó:

—¿Y quién es débil? Yo no, desde luego, pero este viento es más fuerte que ninguno de nosotros. ¡Espero que al menos sean capaces de admitirlo!

—¡Ja, ja, ja! —rió Van Mounen, que apenas podía tenerse en pie—. Tiene razón.

Justo en ese momento las veletas se telegrafiaron entre ellas por medio de un temblor peculiar, y un instante después vino una ráfaga de viento. Casi tiró al suelo al fortachón de Carl, estuvo a punto de asfixiar a Jacob, y enfadó mucho a Ludwig.

—Esto zanja la cuestión —gritó Peter—. ¡Quítense los patines! Iremos a Voorhout.

En Voorhout encontraron una pequeña posada con un gran patio bien pavimentado de ladrillos. Pero lo mejor de todo es que estaba provisto de un juego completo de bolos, así que nuestros muchachos transformaron la obligada pausa en una diversión. El viento resultaba problemático incluso en aquel patio protegido, pero estaban sobre un buen terreno para mantenerse en pie, así que no les importó.

Primero disfrutaron de una copiosa cena, y luego se pusieron a jugar. No es de extrañar que estuviesen contentos, pues los bolos eran tan largos como un brazo, las bolas tan grandes como sus cabezas, todas sus fuerzas estaban intactas para echarlas a rodar y tenían una pista despejada de cincuenta metros¹ para derribar los bolos.

Aquella noche el capitán Peter y sus hombres durmieron a pierna suelta. Ningún merodeador con intenciones de robar apareció para perturbarlos y, como estaban distribuidos en

1 Sesenta yardas

habitaciones separadas, ni siquiera sostuvieron una guerra de almohadas por la mañana.

¡Menuda forma de desayunar! El posadero parecía asustado. Cuando les preguntó de dónde eran, quedó convencido de que la gente de Broek mataba de hambre a sus hijos. Era una vergüenza que «estos jóvenes caballeros de tan buen aspecto» estuviesen también en ese estado.

Afortunadamente, el viento necesitó un descanso y se quedó dormido en su cuna marítima, más allá de las dunas. Parecía que iba a ponerse a nevar, pero quitando eso, el tiempo era estupendo.

Para unos chicos bien descansados patinar hasta Leiden fue un juego de niños. Allí se detuvieron un rato, pues Peter tenía que hacer un recado en el «Águila dorada». Salió de la ciudad habiéndose quitado un peso de encima, pues el Dr. Boekman había estado en el hotel, había leído la nota que contenía el mensaje de Hans y había partido hacia Broek.

—No puedo decir que fuera su carta la que le hizo partir tan pronto —le explicó el posadero—, pues una dama rica de Broek se puso mala de repente, y él fue para allá a toda prisa.

Peter empalideció.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó.

—Lo cierto es que me entró por un oído y me salió por el otro, a pesar de mis esfuerzos por retenerlo. Que Dios confunda a la gente incapaz de ver a un viajero cómodamente instalado en su alojamiento sin tener que espantarlo a toda velocidad, sin dejarle tiempo ni para respirar.

—¿Ha dicho usted que era una dama de Broek?

—Sí —respondió muy bruscamente—. ¿Alguna otra cosa, joven señor?

—No, hospedero, excepto que a mí y a mis amigos nos gustaría comer alguna cosa, y beber café caliente.

—Claro —dijo el hospedero mucho más contento—, les conseguiré algo que comer, y también café, el mejor de Leiden. Acérquense a la estufa, señores. Ahora que lo pienso... era una viuda de Róterdam. Creo que dijeron que estaba de visita en casa de un tal Van Stoepel, si no me equivoco.

—¡Menos mal! —dijo Peter muy aliviado—. Viven en la casa blanca que hay junto al molino de Schlossen. Ahora por favor, señor, tráiganos el café.

«Qué tonto he sido», pensó él mientras el grupo dejaba el Águila dorada, «cómo he podido estar tan seguro de que se trataba de mi madre, en cualquier caso, es la madre de otro. Pobre mujer, por cierto. Me pregunto quién será ella».

Aquel día, entre Leiden y Haarlem no había muchas personas sobre el canal. No obstante, a medida que los chicos se acercaban a Ámsterdam, fueron encontrándose, una vez más, en medio de una multitud en movimiento. El gran *Ysbreeker*² había entrado en funcionamiento por primera vez aquella temporada, pero todavía quedaba un montón de terreno donde patinar.

2 Rompehielos. Una pesada máquina armada con puntas de hierro que rompen el hielo a medida que se arrastran. Algunas de las más pequeñas son tiradas por hombres, pero las grandes son arrastradas por caballos. A veces un *Ysbreeker* puede ir tirado por unos sesenta o setenta caballos.

—¡Tres hurras por nuestro hogar! —gritó Van Mounen a medida que divisaban el gran muelle occidental (*Westelijk Dok*).

—¡Hurra, hurra, hurra! —gritaron todos a un tiempo.

Esto de dar hurras era algo que nuestro grupo había importado. Lambert van Mounen lo había traído desde Inglaterra. Como siempre los daban en inglés lo consideraban toda una hazaña, así que, siempre que las circunstancias lo permitían, los emitían con entusiasmo, para disgusto e irritación de sus paisanos, amantes del silencio.

Por lo tanto, a su llegada a Ámsterdam causaron gran sensación, especialmente entre los chiquillos de los embarcaderos.

Ya habían dejado atrás la *Y*. Ya estaban en el canal de Broek.

Primero llegaron a la casa de Lambert.

—¡Adiós, chicos! —gritó mientras se alejaba—. No hay nadie en Holanda que se haya divertido tanto como nosotros.

—Ha sido estupendo. ¡Adiós, Van Mounen! —respondieron los chicos.

—¡Adiós!

Peter le llamó:

—¡Recuerda, Van Mounen, que nuestras clases empiezan mañana!

—Lo sé. Se terminaron las vacaciones. Adiós otra vez.

—¡Adiós!

Broek apareció ante sus ojos. ¡Y mira quién estaba ahí! ¡Katrinka aguardaba en el canal! Carl se quedó encantado. ¡Hilda también! Peter se sintió descansado en un instante. ¡Y Rychie! Ludwig y Jacob casi chocan entre sí en su afán por darle la mano.

Las chicas holandesas son modestas y generalmente tranquilas; pero tienen una mirada muy alegre. Durante unos instantes fue difícil decidir cuál de las tres, Hilda, Rychie o Katrinka, se sentía más feliz.

Annie Bouman también estaba en el canal, todavía más guapa que las otras doncellas, con su agraciado vestido de campesina. Pero no se mezcló con el grupo de Rychie, ni tampoco pareció especialmente feliz.

Aquel a quien le hubiese gustado más encontrar no estaba entre los recién llegados. De hecho, ni siquiera estaba en el canal. Ella llevaba algún tiempo sin acercarse a Broek, desde la víspera de San Nicolás, porque se había quedado en Ámsterdam con su abuela enferma, pero se había ganado un breve turno de descanso, como lo llamaba su abuela, por haber sido noche y día una pequeña enfermera tan fiel.

Annie había decidido dedicar su tiempo de descanso a patinar ida y vuelta con todas sus fuerzas hacia Broek, con la esperanza de encontrarse con su madre o alguien de su familia en el canal o, si fuese posible, con Gretel Brinker. Pero no había visto a ninguno, y debía darse prisa por regresar sin haber tenido oportunidad de echar ni siquiera un vistazo a la casita de campo de su madre, ya que sabía que su pobre abuela desvalida, estaría en este momento lamentándose de que no hubiese nadie con ella para ayudarle a cambiar de postura en la cama.

«¿Dónde estará Gretel?», pensó Annie mientras volaba

sobre el hielo; a esa hora del día, casi siempre lograba apartar de su trabajo unos pocos momentos para ella. «Pobre Gretel, qué cosa tan terrible debía de ser tener un padre en ese estado, yo le tendría un miedo horrible, estoy segura. ¡Tan fuerte y, sin embargo, tan extraño!».

Annie no sabía que el padre de Gretel había enfermado. Dame Brinker y sus problemas no recibían mucha atención por parte de las gentes del lugar.

Si Gretel no hubiera tenido fama de ser una chica simplona podría haber tenido más amigos entre los campesinos del vecindario. Tal y como estaban las cosas, Annie Bouman era la única que no se sentía avergonzada de confesar de palabra y de obra que era amiga de Gretel y Hans.

Cuando los niños de los vecinos se reían de ella por mezclarse con tales compañías, simplemente se sonrojaba cuando ridiculizaban a Hans, o se reía de una forma descuidada y displicente; pero escuchar cómo se metían con Gretel siempre despertaba su ira.

—¡En efecto, ella cuida gansos! —podía decir—. Pero les aseguro que cualquiera de ustedes encajaría más en ese trabajo que ella. Este verano pasado mi padre solía decir que le incomodaba ver a una pequeña doncella tan paciente y de mirada tan inteligente realizando ese trabajo. ¡Hum! Ella nunca les haría daño, a diferencia de ti, Janzoon Kolp; ni tampoco los pisaría, como harías tú, Kate Wouters.

Sin duda estos comentarios desatarían unas carcajadas a expensas de Kate, que era torpe y tenía mal carácter; y Annie se alejaría altivamente del grupo de jóvenes chismosas. Es posible que algún recuerdo de las que se metían con Gretel pasara

por su mente mientras patinaba a toda prisa en dirección a Ámsterdam, porque sus ojos centellearon ominosamente y más de una vez sacudió su precioso rostro con gesto desafiante. Cuando se le pasó el mal humor, su semblante se iluminó con un aspecto tan resplandeciente, sonrosado y tierno que más de un cansado trabajador se volvió para contemplarla y para desear tener como hija a una muchacha tan alegre y jovial.

Aquella noche en Broek había cinco hogares muy felices.

Los muchachos habían vuelto sanos y salvos, y todos encontraron que las cosas marchaban bien en sus hogares. Incluso la dama enferma, vecina de Van Stoepel, se hallaba fuera de peligro.

¡Pero a la mañana siguiente...! ¡Ah, de qué forma tan estúpida repican insistentemente las campanas del colegio cuando uno está cansado!

Ludwig estaba convencido de que nunca había escuchado nada tan odioso. Incluso Peter se sintió fatal en aquel momento. Carl dijo que era una vergüenza que uno tuviera que levantarse teniendo los huesos rotos, y Jacob le dirigió un lúgubre «¡*Hassta lueggo!*» a Ben y salió por la puerta con su mochila como si esta pesara una tonelada.

LA CRISIS

Mientras los chicos lidian con su fatiga, nosotros vamos a aprovechar para dar un vistazo a la cabaña de los Brinker.

¿Pueden creer que Gretel y su madre no se habían movido desde que las vimos por última vez? ¿Que el hombre enfermo en la cama ni siquiera se había dado la vuelta? Habían pasado cuatro días y allí estaba el triste grupo, tal y como lo habíamos dejado. Bueno, no, no exactamente igual, ya que Raff Brinker estaba aún más pálido; ya no tenía fiebre, aunque no era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Además, antes habían estado solos en la desnuda y limpia habitación, ahora había otro grupo en la esquina opuesta.

El Dr. Boekman estaba allí, hablando en tono bajo con un hombre joven y fornido que escuchaba atentamente, y que era su discípulo y ayudante. Hans también estaba presente. Permanecía en pie junto a la ventana, esperando pacientemente a que le dirigieran la palabra.

—Ya ve, Vollenhoven —dijo el Dr. Boekman—, es un caso claro de ... —y en este punto el doctor utilizó una extraña jerga, mezcla de latín y holandés, que no creo conveniente traducir.

Poco después, como Vollenhoven le miraba con aire perplejo, el erudito condescendió a hablarle en términos más simples.

—Probablemente se parezca al caso de Rip Donderdunck —explicó casi en susurros—, quien cayera desde el vértice del molino de Voppelploot. Tras el accidente el hombre quedó aturdido y finalmente entró en un estado de idiocia. Con el tiempo, quedó desvalido, al igual que el hombre que está en esta cama, gimiendo también como él, y llevándose la mano a la cabeza. Mi docto amigo Von Choppem le operó y descubrió en la base del cráneo la existencia de un pequeño coágulo de color oscuro que presionaba el cerebro. Era eso lo que había ocasionado el problema. Mi amigo se lo retiró en una espléndida intervención. Ya ve, como dice Celsus —y aquí de nuevo el doctor pronunció una parrafada en latín.

—¿Sobrevivió aquel hombre? —preguntó respetuosamente el ayudante.

El Dr. Boekman frunció el entrecejo.

—Eso es lo de menos. Creo que murió, pero debe fijar su mente en las características generales del caso. Considere por un momento cómo... —y de nuevo se sumergió en los misterios del latín más profundamente que nunca.

—Pero señor —insistió educadamente el estudiante, quien sabía que si no sacaba al doctor de sus profundidades favoritas no emergería hasta horas

después—, usted tiene otros compromisos hoy, tres piernas en Ámsterdam, recuerde, y un ojo en Broek, y ese tumor canal arriba.

—El tumor puede esperar —dijo el doctor con aire reflexivo—. Aquel es otro caso muy bello, ¡realmente bello! Esa mujer lleva dos meses sin poder despegar la cabeza del hombro, ¡un tumor magnífico, sí señor!

En aquel momento el doctor ya hablaba en voz alta, tan absorto que casi había olvidado dónde estaba.

Vollenhoven lo intentó otra vez.

—Señor, este pobre tipo que yace en la cama, ¿cree usted que podrá salvarlo?

—Ah, ya lo creo que sí —dijo el doctor balbuceando, al percibir súbitamente que había hablado más de la cuenta—, ciertamente, es decir, *eso espero*.

—Señor, si hay alguien en Holanda que pueda hacerlo —susurró el asistente con convicción sincera—, ese es usted.

El doctor no pareció complacido, refunfuñando, pidió amablemente al estudiante que no hablase tanto, e hizo una seña a Hans para que se aproximara.

A este extraño hombre le horrorizaba hablar con mujeres, especialmente sobre asuntos quirúrgicos. «Uno nunca sabe», solía decir, «en qué momento darán un chillido o se desmayarán». Por lo tanto, explicó a Hans el caso de Raff Brinker y le explicó lo que creía que había que hacer para salvar al paciente.

Hans escuchó con atención, poniéndose rojo y pálido

alternativamente, y lanzando miradas rápidas y ansiosas hacia la cama.

—¿Dice usted, señor, que mi padre podría *morir* durante la intervención?! —exclamó finalmente en un susurro tembloroso.

—Podría, muchacho. Pero estoy firmemente convencido de que en vez de matarlo le curará. ¡Ah! Si los muchachos no fuesen tan zopencos podría explicarte con detalle todo el asunto, pero no serviría para nada.

Hans empalideció al escuchar tal «piropo».

—No serviría para nada —repitió el Dr. Boekman indignado—; se propone una gran operación, pero es como si fuese uno a hacerla con un hacha, la única pregunta que se hace es «¿podría matarlo?».

—Señor, esa pregunta lo es *todo* para nosotros —dijo Hans conteniendo con dignidad las lágrimas.

El Dr. Boekman le miró con súbito desánimo.

—Es verdad. Tienes razón, muchacho, soy un tonto. Eres un buen muchacho. Nadie desea que el padre de uno muera, por supuesto que no. Soy un tonto.

—Señor, y si la enfermedad persiste, ¿morirá?

—¡Hum!, esta enfermedad no es nueva, sino que sigue creciendo y la *presión sobre el cerebro* empeora a cada instante, lo que pronto hará que de repente *¡zas!* —dijo el doctor chasqueando los dedos.

—Y la operación *podría* salvarle —insistió Hans—. ¿Cuándo podremos saberlo?

El Dr. Boekman empezó a impacientarse.

—En un día, quizá en una hora. Habla con tu madre, muchacho, y deja que ella decida. No tengo mucho tiempo.

Hans se acercó a su madre. Al principio, cuando ella levantó la vista para mirarlo, él no pudo pronunciar una sílaba; después, desviando la mirada, dijo en tono firme:

—Tengo que hablar con madre a solas.

Rápidamente, la pequeña Gretel, que no entendía bien lo que estaba pasando, lanzó una mirada de indignación a Hans y se alejó de ellos.

—Vuelve, Gretel, y siéntate —dijo Hans apenado.

Ella obedeció.

Dame Brinker y su hijo se quedaron en pie junto a la ventana mientras el doctor y su ayudante, inclinándose sobre el lateral de la cama conversaban entre susurros. No había peligro de molestar al paciente, que parecía estar ciego y sordo. Sólo sus débiles y lastimeros quejidos probaban que allí había un hombre vivo.

Hans hablaba con gran seriedad y un tono bajo, porque no quería que su hermana le escuchara.

Con los labios secos y partidos, Dame Brinker se inclinó buscando el rostro de su hijo, como alguien que sospecha un significado oculto tras las palabras. Por un momento dio un rápido y asustador sollozo, que sobresaltó a Gretel, pero después de eso escuchó con calma.

Cuando Hans terminó de hablar, su madre se dio la vuelta, echó un largo vistazo lleno de angustia a su marido, que yacía pálido e inconsciente, y se arrodilló junto a la cama.



**El Dr. Boekman consulta
con Hans acerca de su padre.**

¡Pobre pequeña Gretel! ¿Qué significaba todo aquello? Miró a Hans con ojos inquisitivos, que estaba en pie, pero con la cabeza gacha, como si orase; luego al doctor, que palpaba con delicadeza la cabeza de su padre, como quien examina algún tipo de roca curiosa; también al ayudante, que tosía y se echaba a un lado; y por fin a su madre. ¡Ah, pequeña Gretel! Lo mejor que puedes hacer es arrodillarte junto a ella y, echando tus jóvenes y cálidos brazos alrededor de su cuello, sollozar e implorar a Dios para que escuche tus ruegos.

Cuando su madre se levantó, el Dr. Boekman, con aspecto de estar preocupado, preguntó bruscamente:

—Y bien, señora, ¿lo hacemos?

—¿Le dolerá? —preguntó ella con voz temblorosa.

—No puedo decirlo. Probablemente no. ¿Lo hacemos?

—Dice usted que puede que le cure, y también le ha dicho a mi chico que quizá... quizá no aguante la operación.

—Sí, señora, le dije que el paciente podría no salir de la operación, pero espero que no sea eso lo que suceda —en ese momento consultó su reloj. Su ayudante se movió impaciente hacia la ventana—. Vamos, señora, el tiempo apremia, ¿sí o no?

Hans tomó del brazo a su madre. Eso era algo que él no solía hacer, incluso inclinó la cabeza sobre su hombro.

—El doctor espera una respuesta —susurró.

—Hacía tiempo que Dame Brinker era la cabeza de familia, en todo sentido. Durante mucho tiempo

había sido muy severa con Hans, gobernándolo con mano fuerte y enorgulleciéndose de su disciplina maternal. *Ahora* se sentía tan débil, tan desamparada. Sentir aquel abrazo fuerte representaba mucho para ella. Incluso el toque de aquellos cabellos rubios le transmitía fuerzas.

Se volvió hacia su hijo con una mirada implorante.

—¡Oh, Hans! ¿Qué debo responder?

—Responde lo que Dios te haya puesto en el corazón, madre —contestó Hans inclinando la cabeza.

Del corazón de su madre brotó una rápida e inquisitiva oración al cielo.

La respuesta vino.

Se volvió hacia el Dr. Boekman.

—De acuerdo, señor. Tiene mi consentimiento.

—¡Hum! —gruñó el doctor, como diciendo: «ya era hora». Después conversó durante unos instantes con su ayudante, quien escuchó con gran deferencia externa, pero regocijándose interiormente del gran chisme que podría compartir con sus compañeros estudiantes. Acababa de ver una lágrima en los ojos del «viejo Boekman».

Mientras tanto, Gretel, que contemplaba la escena en un silencio tembloroso, al ver al doctor abrir su maletín de piel y extraer un instrumento afilado y brillante tras otro, se abalanzó hacia delante.

—Oh madre, el pobre padre no pretendía hacer nada malo. ¿Van a *matarlo*?

—No lo sé, mi niña —dijo llorando Dame Brinker mientras miraba intensamente a su hija—. De verdad que no lo sé.

—Así no podemos, señora —dijo el Dr. Boekman firmemente, al mismo tiempo que lanzaba una mirada rápida y penetrante a Hans—. Usted y la niña deben abandonar la habitación. El chico puede quedarse. Dame Brinker se irguió al instante. Sus ojos centelleaban, todo su semblante se transformó. Parecía alguien que nunca hubiese llorado, que nunca hubiese tenido un momento de debilidad. Con un tono de voz bajo pero decidido, dijo:

—Señor, yo me quedo junto a mi esposo.

El Dr. Boekman pareció asombrado. No estaba acostumbrado a que sus órdenes se desobedeciesen de ese modo. Por un instante sus miradas se cruzaron.

—Puede usted permanecer, señora —dijo con voz alterada.

Gretel ya había desaparecido.

En una de las esquinas de la cabaña había un pequeño armario donde su ruda cama, parecida a una caja, estaba atada contra la pared; nadie prestó atención a la pequeña criatura temblorosa agazapada allí, en la oscuridad.

El Dr. Boekman se quitó su pesado abrigo; llenó una vasija de barro con agua y la situó junto a la cama. Después, dirigiéndose a Hans, preguntó:

—¿Puedo confiar en ti, muchacho?

—Sí que puede, señor.

—Te creo. Permanece en pie junto a la cabecera, aquí; tu madre puede sentarse a tu derecha, así — dijo al tiempo que ponía una silla cerca del lecho—. Recuerde, señora, no quiero gritos ni desmayos.

Dame Brinker respondió con la mirada, y el doctor quedó satisfecho.

—Ahora, Vollenhoven.

¡Oh!, aquel maletín lleno de instrumentos terribles. El ayudante lo levantó. Gretel, que había estado espiando con ojos como platos a través de una rendija en la puerta del armario, no pudo permanecer en silencio ni un instante más.

Atravesó frenéticamente la habitación, agarró su capa, y salió de la cabaña.

GRETEL E HILDA

Era la hora del recreo. Al primer toque de la campana del colegio, el canal pareció cobrar vida y dar un grito tremendo al llenarse repentinamente de chicos y chicas. El muy pícaro, aunque brillaba apaciblemente bajo el sol del mediodía, tenía un corazón lleno de vida, y sólo necesitaba un tañido del gran badajo para transformarse de forma deslumbrante.

Docenas de niños con ropas alegres patinaban de un lado a otro entremezclados, y toda su reprimida alegría mañanera salía a borbotones entre canciones, gritos y risas. No había nada capaz de controlar tanta diversión desatada. Bajo el brillo del sol desapareció cualquier recuerdo de los libros escolares. El latín, la aritmética, la gramática, todo quedó encerrado durante un hora en la sombría aula. El profesor podría ser toda una eminencia si quería, y el mejor en su especialidad, pero *ellos* lo que deseaban era divertirse. Mientras el canal estuviera en tan buenas condiciones para patinar, lo mismo daba que Holanda estuviera en el polo norte que en el ecuador; en cuanto a la filosofía, para qué preocuparse con el estudio de la inercia, la gravitación y esas cosas, cuando era precisamente lo que estaban poniendo en práctica para evitar un golpe en medio de aquel bullicio.

Cuando mejor se lo estaban pasando, uno de los chicos exclamó:

—¿Qué es aquello?

—¿Qué? ¿Dónde? —gritaron una docena de voces.

—¿No lo ven? Aquella cosa negra de allí, junto a la cabaña del idiota.

—Yo no veo nada —dijo uno.

—Yo sí —gritó otro—. ¡Es un perro!

—¿De qué perro hablan? —preguntó una voz chillona que ya habíamos escuchado antes—. No hay ningún perro, es un montón de harapos.

—¡Bah, Voost! —replicó otro malhumoradamente—. No tienes ni idea de lo que es aquello; se trata de la niña que cuida gansos, Gretel. Debe de estar buscando ratas.

—Bueno, ¿y qué? —chilló Voost—. ¿Acaso no parece un montón de harapos?

—¡Ja, ja, ja! ¡Muy bueno, Voost! Si sigues así acabarán dándote una medalla por tu sentido del humor.

—Si su hermano Hans llega a estar aquí te daría otra cosa. ¡Te lo garantizo! —dijo un chico pequeño que llevaba un embozo, porque estaba acatarrado.

Como Hans *no* estaba allí, Voost pudo permitirse prolongar la burla.

—¿Y a quién le preocupa *ese* tipo, pequeño mocoso?

Pelearía ahora mismo con una docena como él, y de paso también contigo.

—¿Ah sí? ¿En serio? Eso habría que verlo —y para probar que lo decía en serio, el acatarrado niño empezó a patinar lo más rápido que pudo.

Justo en ese momento alguien propuso que todos persiguiesen a tres de los chicos más grandes de la escuela, y amigos y enemigos, tan contentos como siempre, no tardaron en unirse en pos de un objetivo común.

Sólo uno de entre toda aquella feliz multitud se acordó de aquella pequeña forma oscura junto a la cabaña del idiota. ¡Pobre y atemorizada Gretel! Ella no pensaba en ellos, y eso que sus alegres risas flotaban ligeras hacia ella, haciéndola sentir como si estuviese en un sueño.

Qué altos sonaban los quejidos tras la oscura ventana, ¿y si aquellos extraños hombres estaban realmente matando a su padre?

¡Aquel pensamiento hizo que se levantase de un salto, con un grito de horror!

«No, no puede ser», pensó sollozando, volviendo a hundirse en el montículo helado de tierra en el que estaba sentada, «madre está ahí, y también Hans. Ellos cuidarán de él. Pero qué pálido estaba. ¡E incluso Hans estaba llorando!».

«¿Por qué me habrá echado aquel viejo señor gruñón, mientras que a *él* le permitía quedarse?», continuó, «podría haberme abrazado a mi madre y empezado a besarla. Eso siempre hace que ella acaricie mi pelo y me hable con ternura, incluso tras haberme regañado. ¡Qué silencioso está todo ahora! Oh, ¿y si murieran padre, y Hans, y madre, qué sería

de mí?». Y Gretel, temblando de frío, escondió su rostro bajo sus brazos y lloró con el corazón roto.

Durante los últimos cuatro días, la pobre niña había llevado una carga que estaba más allá de sus fuerzas. Todo ese tiempo había sido la pequeña y bien dispuesta sirvienta de su madre, confortando, ayudando y animando diariamente a la casi viuda, y velando y orando con ella todas las largas noches. Sabía que algo terrible y misterioso estaba sucediendo en aquel mismo instante, algo demasiado terrible y misterioso como para que incluso el bondadoso y tierno Hans lo compartiese con ella.

Entonces le vinieron nuevos pensamientos. ¿Por qué Hans no le había explicado lo que ocurría? Aquello era una vergüenza. También era *su* padre. Ya no era una niña. Una vez había arrancado un cuchillo afilado de la mano de su progenitor. Incluso lo había apartado de su madre, aquella terrible noche en la que Hans, siendo tan grande, no había podido ayudarla. ¿Por qué, entonces, debía ser tratada como alguien que no puede hacer nada? ¡Oh, qué silencioso estaba todo, y qué frío, qué frío tan intenso! Si en lugar de irse a Ámsterdam Annie Bouman se hubiera quedado, no estaría tan sola. Qué fríos se le estaban quedando los pies, ¡serían los quejidos, que le hacían sentir como si estuviese flotando en el aire!

Esto no puede ser... ¡mi madre podría necesitarme en cualquier momento!

Espabilándose con gran esfuerzo, Gretel se sentó con la espalda recta, frotándose los ojos y preguntándose... preguntándose por qué el cielo era tan brillante y azul... por qué la cabaña estaba tan silenciosa... pero sobre todo, el por qué de esas risas que crecían y se apagaban en la distancia.

Pronto volvió a recostarse de nuevo, con una extraña mezcla de pensamientos cada vez más confusos arremolinándose en su mente.

¡Qué labio tan extraño tenía aquel señor! ¡Cómo parecía agitarse y susurrar el nido de cigüeñas que había sobre el tejado! Qué brillantes eran los cuchillos del maletín de piel, más brillantes quizá que los patines de plata. Si se hubiera puesto la chaqueta nueva no temblaría tanto. Era bonita, la primera vez que había vestido algo bonito. Dios llevaba tanto tiempo cuidando a su padre que seguro que seguía haciéndolo, siempre que aquellos dos hombres se marcharan. Ah, ahora aquellos dos doctores estaban en el techo, trepaban hasta la cima... no... eran su madre y Hans... o las cigüeñas... estaba tan oscuro que cómo saberlo. Y el montículo se balanceaba, meciéndose de forma extraña. Cuán dulcemente cantaban los pájaros. Debían de ser pájaros invernales, porque todo estaba lleno de carámbanos... no era un solo pájaro, sino veinte. ¡Oh! escúchalos, madre... despiértame, madre, para la carrera... estoy tan cansada de llorar y llorar...

Una mano firme se había posado sobre su hombro.

—¡Levántate, niñita! —ordenó una voz amable—.

De nada serviría que te quedases aquí tumbada hasta congelarte.

Gretel levantó lentamente la cabeza. Estaba tan adormilada que no se extrañó de que Hilda van Gleck estuviera inclinada sobre ella, observando su rostro con sus bellos y bondadosos ojos. A menudo había soñado con ello.

Pero nunca había soñado con que Hilda la sacudiese bruscamente y la arrastrase casi a la fuerza. Nunca había soñado que la oiría decir:

—¡Gretel! ¡Gretel Brinker! ¡*Tienes* que despertarte!

Aquello era real. Gretel levantó la vista. La joven y encantadora damisela seguía allí, sacudiéndola, frotándola, dándole golpecitos. Tenía que estar soñado. No, ahí estaba la cabaña... y el nido de cigüeñas, y el coche de caballos del doctor, junto al canal. Ahora podía verlo todo con claridad. Sus manos le hormigueaban, sus pies latían de dolor. Hilda la estaba forzando a caminar.

—Me he quedado dormida —dijo vacilante, mientras se frotaba los ojos con ambas manos y parecía muy avergonzada.

—Sí, en efecto, demasiado dormida —respondió Hilda riendo con labios muy pálidos—, pero ahora ya estás lo suficientemente bien... apóyate en mí, Gretel; así, sigue moviéndote. Pronto estarás suficientemente recuperada como para acercarte a la chimenea. Ahora déjame llevarte a la cabaña.

—¡Oh, no, no, no, señorita! ¡Ahí no! El doctor está ahí. ¡Él me dijo que saliera!

Hilda quedó desconcertada, pero se abstuvo sabiamente de pedirle una explicación.

—Muy bien, Gretel, intenta caminar más rápido. Te vi sobre el montículo hace algún tiempo, pero pensé que estabas jugando. Muy bien, sigue moviéndote.

Todo este rato la bondadosa chica había estado obligando a Gretel a caminar arriba y abajo, sosteniéndola con un brazo, mientras con el otro se esforzaba todo lo que podía por quitarse su cálida chaqueta.

De repente, Gretel adivinó su intención.

—¡Oh, señorita, señorita! —exclamó implorante—
Por favor, ni se le ocurra hacer algo como *eso*. ¡Oh!,
por favor, déjeselo puesto, yo me estoy asando
de calor, señorita. De verdad, me aso, bueno, no
exactamente, pero es como si tuviera agujas y alfileres
pinchándome por todo el cuerpo. ¡Oh, señorita, no
lo haga!

La consternación de la pobre niña era tan genuina que
Hilda se apresuró a tranquilizarla.

—Muy bien, Gretel, mueve los brazos, así. Tus mejillas
están ya sonrosadas. Creo que el médico te dejará
entrar, seguro que sí, ¿está tu padre muy enfermo?

—Ah, señorita —dijo Gretel llorando de nuevo—,
creo que se está muriendo. En este mismo momento
hay dos médicos con él, y madre apenas ha hablado
en todo el día. ¿Puede oír los quejidos de mi padre,
señorita? —Y entonces añadió con súbito terror—
El aire sopla con tanta fuerza que no puedo oírlos.
¡Puede que haya muerto! ¡Oh, ojalá, pudiera oírlos!

Hilda escuchó con atención. La cabaña estaba muy cerca,
pero no se escuchaba ningún sonido.

Algo le decía que Gretel tenía razón. Corrió hacia la
ventana.

—No podrá ver nada, señorita —dijo Gretel
sollozando ansiosa—, madre la ha tapado por dentro
con papel untado de aceite. Pero por la otra, la que
está en el lado sur de la cabaña, se puede mirar por
donde el papel está roto.

Hilda corrió ansiosa hacia el otro lado, pasada la esquina donde el techo bajo tenía un fleco de paja suelta.

Un pensamiento repentino la detuvo: «No es correcto espiar de esta forma la casa de otra persona», se dijo a sí misma. Entonces, llamando quedamente a Gretel, le dijo en un susurro:

—Deberías ser tú la que mirase, quizá sólo esté durmiendo.

Gretel intentó caminar rápido hasta el lugar, pero le temblaban las piernas. Hilda corrió a sujetarla.

—Me temo que tú también hayas enfermado —dijo tiernamente.

—No, no estoy enferma, señorita, pero mi corazón llora sin cesar, incluso cuando mis ojos están tan secos como los suyos. Un momento, señorita, ¡sus ojos no están secos! ¡Está llorando por *nosotros*! ¡Oh, señorita, Dios es testigo! Ahora sé que mi padre se pondrá mejor.

Y la pequeña criatura, incluso mientras se esforzaba por mirar a través de la pequeña ventana, besaba una y otra vez la mano de Hilda.

El marco estaba roto y pobremente reparado, un pedazo roto de papel lo atravesaba colgando a medio camino. Gretel aplastó su rostro contra la ventana.

—¿Puedes ver algo? —susurró finalmente Hilda.

—Sí, padre yace muy quieto, tiene la cabeza vendada y todos le miran fijamente. ¡Oh, señorita! —Dijo Gretel casi gritando, mientras desandaba corriendo el

camino y, mediante un rápido y hábil movimiento, se desprendía de sus pesados zuecos—. ¡Tengo que acompañar a mi madre! ¿Vendrá usted conmigo?

—Ahora no, la campana está sonando. Volveré pronto. ¡Adiós!

Gretel casi no llegó a oír sus palabras, pero más adelante recordó durante mucho tiempo la radiante y compasiva sonrisa del rostro de Hilda mientras se alejaba.

EL DESPERTAR

Un ángel no habría podido entrar en la cabaña de forma más silenciosa. Gretel, sin atreverse a mirar a nadie, se deslizó sigilosamente hasta su madre.

La habitación estaba completamente en calma. Podía escuchar la respiración del doctor. Casi podía escuchar el sonido de las pavesas cayendo sobre las cenizas de la chimenea. La mano de su madre estaba helada, pero se notaba que le ardían las mejillas y sus ojos eran como los de un ciervo, tan brillantes, tan tristes, tan ansiosos.

Al fin hubo un movimiento sobre la cama, muy leve, pero suficiente como para que todos se sobresaltaran; el Dr. Boekman se inclinó ansioso hacia delante.

Otro movimiento. La gran mano de su padre se contrajo, tan blanca y suave que no parecía la de un pobre, después se alzó firme hasta la frente.

Palpó el vendaje, no de forma inquieta y alocada, sino con un movimiento inquisitivo que hizo que incluso el Dr. Boekman contuviese la respiración. Entonces abrió los ojos lentamente.

—¡Con cuidado! ¡Con cuidado! —dijo una voz que le sonó muy extraña a Gretel—. Levanten más esa

colchoneta, muchachos. Ahora arrójenla al barro. Las aguas crecen rápido, no queda tiempo para...

Dame Brinker se abalanzó hacia delante como una joven pantera.

Le tomó de las manos e inclinándose sobre él, exclamó:

—¡Raff! ¡Raff! ¡Háblame!

—¿Eres tú, Meitje? —preguntó débilmente—. Me he quedado dormido y me he hecho daño, creo. ¿Dónde está el pequeño Hans?

—¡Aquí estoy, padre! —gritó Hans medio loco de alegría. Pero el doctor le retuvo.

—¡Nos reconoce! —exclamó Dame Brinker—. ¡Dios mío, nos reconoce! ¡Gretel! ¡Gretel! ¡Ven a ver a tu padre!

—¡Silencio! —ordenó en vano el Dr. Boekman intentando apartarlos de la cama, pero le resultó imposible.

Hans y su madre reían y lloraban a un tiempo, mientras se volcaban sobre el hombre que acababa de despertarse. Gretel permaneció callada, aunque les observaba a todos con ojos alegres y sorprendidos. Su padre hablaba con voz débil.

—¿Está el bebé despierto, Meitje?

—¡El bebé! —repitió Dame Brinker—. ¡Oh, Gretel!, ¡se refiere a *ti!* Y ha llamado a Hans «pequeño Hans». ¡Diez años durmiendo! Oh, señor Boekman, nos ha salvado a todos. ¡En diez años no se ha enterado de

nada! Niños, ¿por qué no le dan las gracias a este señor?

La buena mujer no cabía en sí de gozo. El Dr. Boekman no dijo nada; pero cuando sus miradas se cruzaron, señaló hacia arriba. Ella comprendió al instante, al igual que Hans y Gretel.

Todos se arrodillaron lado a lado junto al lecho. Dame Brinker sujetó la manos de su esposo mientras oraba. El Dr. Boekman inclinó la cabeza; el ayudante permaneció en pie junto a la chimenea, dándoles la espalda.

—¿Por qué oran? —murmuró el padre, mirando débilmente desde la cama, cuando se pusieron en pie—. ¿Es el día del Señor?

No era domingo; pero su esposa inclinó la cabeza... no podía hablar.

—Entonces debemos leer un capítulo —dijo Raff Brinker hablando despacio y con dificultad—. No sé por qué, pero me siento muy, muy débil. Quizá el pastor quiera leer por nosotros.

Gretel tomó la gran Biblia holandesa de su estante tallado. El Dr. Boekman, bastante consternado de que le hubieran llamado pastor, tosió y le pasó el volumen a su ayudante.

—Lea —murmuró—; si esta gente no permanece en silencio este hombre todavía podría morir.

Cuando terminó el capítulo, Dame Brinker hizo unas misteriosas señas al resto para darles a entender que su marido se había quedado dormido.



**Dame Brinker abrió la Biblia grande
y le leyó un capítulo a Raff.**

—Ahora, señora —dijo el doctor en un tono muy bajo, mientras se ponía sus gruesos mitones de lana—, la casa tiene que mantenerse en perfecto silencio. Entiéndame, estamos ante un caso de lo más notable. Volveré mañana. El paciente debe ayunar todo el día. —Y haciendo una rápida reverencia salió de la cabaña seguido por su ayudante.

Su espléndido carruaje no estaba lejos; el cochero había mantenido a los caballos en movimiento arriba y abajo por el canal, casi todo el tiempo que el doctor había permanecido en la cabaña.

Hans también salió al exterior.

—¡Qué Dios le bendiga, señor! —dijo sonrojándose y temblando—. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nosotros, pero si...

—Sí, sí que puedes —interrumpió el doctor malhumoradamente—. Puedes utilizar tu buen juicio cuando el paciente vuelva a despertarse. Todo ese parloteo y gimoteo serían suficientes para matar a un hombre sano, cuanto más a alguien que está al borde de la tumba. Si quieres que tu padre se ponga bien, mantenlos callados.

Y tras haber dicho esto, sin pronunciar otra palabra, el Dr. Boekman caminó solemnemente hacia su carruaje, dejando a Hans allí plantado, con ojos como platos y la boca abierta.

A Hilda la reprendieron severamente aquel día por volver tarde a la escuela tras el recreo, y por recitar de forma imperfecta.

Se había quedado cerca de la cabaña hasta que escuchó

la risa de Dame Brinker, y hasta oír a Hans exclamar: «¡Aquí estoy, padre!», y después había vuelto a clase. ¡No es de extrañar que llegara tarde! Y cómo recitar de memoria una larga serie de verbos latinos, cuando te importan un pimiento y en lo único que piensas es: «¡Oh, estoy tan feliz! ¡Tan feliz!».

HUESOS Y LENGUAS

Los huesos son algo extraño. Lo más normal sería suponer que no saben acerca de los asuntos escolares, pero sí que saben. Incluso los huesos de Jacob Poot, tan profundamente enterrados en su carne, eran bastante avispados respecto al tema de las horas de estudio.

A la mañana siguiente tras su regreso a casa, cuando todavía era temprano, empezaron a dolerle más y más, consiguiendo que Jacob sintiese una punzada con cada repique de la campana de la escuela, como diciendo: «¡Detengan ese badajo! ¡Resulta perjudicial!». Sin embargo, una vez terminado el horario de clase, quedaron tranquilos y confortables; de hecho, parecían haberse ido a tomar una siesta entre mullidos cojines.

Los huesos de los demás chicos se comportaban de una forma similar, pero esto no es lo más destacable. Al estar más cerca de la luz solar que los de Jacob, lo normal era esperar que tuviesen más conocimiento respecto a las cosas del mundo. Los del señorito Ludwig, en especial, eran todo un prodigio, con apenas la piel para recubrirlos, eran los huesos más sabios de los que uno haya tenido noticia. No había más que acercarles sigilosamente un libro de gramática con una larga lección marcada para su estudio, para que inmediatamente

los astutos huesos de su frente empezaran a dolerle como nunca. Si uno le pedía que subiese a la buhardilla a buscar el calentador de pies, inmediatamente sus huesos le recordaban que estaba «demasiado cansado». Sin embargo, bastaba la sugerencia de que fuese a la pastelería, situada a media hora de camino, para que, como por arte de magia, ningún hueso recordase haber sido utilizado jamás.

Si uno tiene esto en mente podrá entenderme enseguida cuando le cuente que nuestros cinco muchachos estaban entre los más felices de la alegre multitud que salió del colegio aquel día.

Peter estaba de un humor excelente. A través de Hilda, se había enterado de la risa de Dame Brinker y de las palabras gozosas de Hans, y no necesitaba ninguna otra prueba para saber que Raff Brinker se había curado. De hecho, las noticias se habían extendido en todas direcciones a muchos kilómetros a la redonda. Personas que nunca se habían preocupado por los Brinker, o siquiera mencionado sus nombres sino era con desdén o con falsa compasión, ahora se mostraban particularmente familiarizados con cada detalle de sus vidas. Eran innumerables las historias ridículas que se contaban por todos lados sobre ellos.

Hilda, con la emoción del momento, se había detenido a intercambiar unas palabras con el cochero del doctor, que en ese momento estaba en pie junto a los caballos, palmeándose el pecho y frotándose las manos. Su bondadoso corazón estaba desbordante de gozo. Así que no pudo evitar compartir con aquel hombre congelado y de aspecto cansado que creía que el doctor saldría pronto; incluso le confió que sospechaba, sólo sospechaba, que se había producido una curación maravillosa; que una persona en estado de idiocia

había recuperado el sano juicio. No, en realidad estaba segura de ello, porque había oído reír a su viuda, bueno, no a su viuda, por supuesto, sino a su esposa, ya que aquel hombre estaba tan vivo como cualquiera y, hasta donde ella sabía, se había incorporado y hablaba como un abogado.

Todo esto era muy indiscreto, y la propia Hilda, aún sin arrepentirse, era consciente de ello.

¡Pero es que también era maravilloso poder compartir con los demás noticias agradables o sorprendentes!

Así que continuó su recorrido por el canal totalmente decidida a repetir su pecado *ad infinitum*, y compartirlo todo con casi cada chica y chico de la escuela.

Mientras tanto, Janzoon Kolp pasó patinando cerca de la cabaña. Por supuesto, dos segundos después ya manifestaba una actitud altanera, interpellando al cochero de forma impertinente, quien le observaba con indolente desdén.

Para Janzoon aquello equivalía a una invitación a aproximarse más. El cochero se encontraba en ese momento sobre el pescante, sujetando las riendas y mascullando algo a sus caballos.

Janzoon volvió a interrogarlo.

—He dicho que qué pasa en la cabaña del idiota.
¿Está tu patrón dentro?

El cochero asintió de forma enigmática.

— ¡Huy! —exclamó Janzoon acercándose aún más—.
¿Ha muerto el viejo Brinker?

Cuanto más silencioso permanecía el cochero más aires de importancia se daba.

—Mira, viejo cascarrabias, si pensase que con eso te iba a hacer abrir la boca me acercaría a casa y te traería un pedazo de pan de jengibre.

El viejo cascarrabias era humano, y las largas horas de espera le habían hecho estar muerto de hambre. Ante la sugerencia de Janzoon, su semblante mostró signos de rendición.

—Venga, colega —prosiguió su tentador—, date prisa, ¿cuáles son las noticias?, ¿ha muerto el viejo Brinker?

—No, ¡se ha curado! Ha recuperado el juicio —dijo el cochero, soltando sus palabras una a una, como si fueran otras tantas balas.

Y como balas (figuradamente hablando) alcanzaron a Janzoon Kolp. Pegó un brinco como si le hubiesen disparado.

—¡Cielo santo! ¿No me digas?

El hombre apretó los labios y miró de forma significativa hacia la casa destartada del señor Kolp.

Justo en ese momento Janzoon divisó a distancia un grupo de chicos. Tras hacerles señas en plan pendenciero, algo común entre los muchachos de su calaña en cualquier lugar del mundo, sea África, Japón, Ámsterdam o París, corrió a toda prisa hacia ellos olvidando al cochero, el pan de jengibre y todo lo demás, excepto las increíbles noticias.

Por lo tanto, al anoecer ya era bien conocido por todo el vecindario que el Dr. Boekman, habiéndose detenido por casualidad en la cabaña, le había dado a Brinker, el idiota, una tremenda dosis de una medicina, tan marrón como el

jengibre. Habían sido necesarios seis hombres para sujetarlo mientras se la echaban por el gaznate, y el idiota se había puesto inmediatamente en pie, en pleno uso de todas sus facultades, tumbado de un golpe al doctor (o le había dado una paliza, se admitía que había un cierto nivel de duda respecto al castigo que le había infligido), y después se había sentado dirigiéndose a él con la labia de un abogado. Tras ello se había girado y hablado maravillosamente con su esposa y sus hijos. Dame Brinker se había puesto a reír como una histérica; Hans había dicho: «¡Heme aquí, padre, soy tu querido hijo!»; y Gretel había dicho: «¡Heme aquí, padre, soy tu querida Gretel!». El doctor había sido visto más tarde recostado en su carruaje y con un semblante tan blanco como el de un cadáver.

UNA NUEVA ALARMA

Cuando el Dr. Boekman llamó al día siguiente a la puerta de la cabaña, no pudo dejar de notar el aspecto tan alegre y confortable que tenía el lugar. Nada más abrirse la puerta, percibió que flotaba una atmósfera de felicidad. Dame Brinker estaba sentada satisfecha haciendo punto junto a la cama, su marido disfrutaba de una tranquila siesta, y Gretel amasaba silenciosamente pan de centeno sobre la mesa de la esquina.

El doctor no permaneció mucho tiempo. Hizo unas pocas preguntas sencillas, pareció satisfecho con las respuestas y tras tomar el pulso a su paciente, dijo:

—¡Ah, está muy débil todavía, señora; muy débil. Necesita una buena nutrición. Debe usted empezar a alimentar al paciente, ¡ejem!, no demasiado, pero lo que le dé, tiene que ser muy alimenticio y de la mejor calidad.

—Tenemos pan negro, señor, y gachas de avena —respondió alegremente Dame Brinker—. Son cosas que siempre le han sentado bien.

—¡Quite, quite! —dijo el doctor frunciendo el

ceño—. De eso nada. Necesita el jugo de la carne fresca, pan blanco, seco y tostado, un buen vino de Málaga y, ¡ejem!, este hombre parece helado, póngale otra manta, algo ligero y caliente. ¿Dónde está el muchacho?

—Hans se ha ido a Broek a buscar trabajo, señor. Volverá pronto. ¿Desea el doctor sentarse a esperarlo?

No sé si fue porque el duro taburete pulido que le ofreció Dame Brinker no le pareció particularmente tentador, o porque la señora le asustó, en parte por ser mujer y en parte por la expresión ansiosa e intranquila que de repente asomó a su rostro. El caso es que nuestro excéntrico doctor de repente pareció tener mucha prisa, murmuró algo sobre un «caso extraordinario», hizo una reverencia y desapareció, antes de que Dame Brinker tuviera tiempo de pronunciar otra palabra.

Resultaba extraño que la visita de su buen benefactor pudiera haber dejado una nube de desasosiego, pero así fue. Gretel se enfurruñó, un enfurruñamiento ansioso e infantil, y empezó a amasar el pan violentamente, sin alzar la vista. Dame Brinker corrió hacia la cama de su esposo, se inclinó sobre él y se sumergió en un llanto silencioso pero vehemente.

Poco después, entró Hans.

¿Qué sucede, madre? —susurró alarmado—, ¿qué te aflige?, ¿ha empeorado padre?

Ella volvió la cara temblorosa hacia él, sin esforzarse en ocultar su angustia.

—Sí, se está muriendo de hambre. Eso ha dicho el doctor.

Hans empalideció.

—¿Qué significa esto, madre? Tenemos que alimentarlo inmediatamente. Vamos, Gretel, pásame las gachas.

—¡No! —exclamó su madre, distraídamente, pero sin levantar demasiado la voz—, podría matarlo. Nuestra pobre comida es demasiado pesada para él. Oh, Hans, se va a morir, padre se va a *morir* si le alimentamos así. Tiene que comer carne, y beber vino dulce, y hay que abrigarlo con un edredón. Oh, ¿qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer? —dijo sollozando y retorciendo las manos—. No hay un *stiver* en esta casa.

Gretel empezó a hacer pucheros; en aquel momento, era su única forma de expresar su pena; las lágrimas caían una a una sobre la masa.

—¿Ha dicho el doctor que *tiene* que comer esas cosas, madre? —preguntó Hans.

—Sí, lo ha dicho.

—Bueno, madre, no llores, *tendrá esas cosas*; yo le traeré carne y vino antes de que anochezca. Toma la manta de mi cama. Yo puedo dormir sobre la paja.

—Sí, Hans; pero es pesada, aunque sea pobretona. El doctor dijo que debía ponerle algo leve y cálido. Se morirá. Se nos acaba la leña, Hans. Padre la desperdició gravemente, echándola al fuego cuando yo no miraba, el pobrecillo.

—No te preocupes, madre —susurró Hans alegremente—. Podemos talar el sauce y quemarlo, si es necesario; pero yo traeré a casa algo esta noche. *Tiene* que haber trabajo en Ámsterdam, aunque no haya en Broek. No temas, madre; el peor de los problemas ya se ha solucionado. Ahora que padre ha vuelto en sí no hay nada que no podamos solucionar.

—¡Sí! —dijo sollozando Dame Brinker, secándose rápidamente los ojos—. Tienes toda la razón.

—Por supuesto que sí. Míralo, madre, con cuánta calma duerme. ¿Crees que Dios dejaría que se muriese de inanición justo tras habérselo devuelto? Tranquila, madre, estoy tan *seguro* de que conseguiré todo lo que padre necesita, como si tuviera los bolsillos llenos de oro. Ya está bien, no te agobies más. —Y Hans la besó rápidamente, tomó sus patines y salió apresuradamente de la cabaña.

¡Pobre Hans! Tras la decepción de aquella mañana, y sintiéndose fatal por el nuevo problema, adoptó su expresión más valiente e intentó silbar mientras marchaba resuelto, con la firme intención de arreglar las cosas.

Jamás había apretado tanto la necesidad a la familia Brinker. Su reserva de leña casi estaba agotada, y toda la harina de la cabaña estaba en la masa de Gretel. Apenas se habían preocupado por comer durante los pasados días, ajenos al estado en que se encontraban. Dame Brinker había estado tan segura de que ella y los niños ganarían algún dinero antes de que llegase lo peor, que se había entregado por completo al gozo de la recuperación de su marido. Ni siquiera le había

dicho a Hans que las escasas monedas de plata del viejo mitón se habían acabado.

Hans se reprochaba ahora a sí mismo no haber saludado al doctor cuando le había visto subir a su coche y alejarse rápidamente en dirección a Ámsterdam.

«Quizá haya alguna equivocación», pensó. «No es posible que el doctor no sepa que la carne y el vino dulce no están dentro de nuestras posibilidades; y, sin embargo, padre parecía muy débil, de verdad que sí. *Tengo* que encontrar trabajo. Si el señor Van Holp hubiese vuelto de Ámsterdam tendría mucho que hacer. Pero el señor Peter me dijo que le hiciera saber si podía hacer algo para ayudarnos. Iré directamente a verlo. ¡Oh, si fuera verano!».

Mientras pensaba estas cosas, Hans se apresuraba en dirección al canal. No tardó en ponerse los patines y deslizarse rápidamente hacia la residencia del señor Van Holp.

—Padre tiene que tener carne y vino cuanto antes — murmuró—, pero ¿cómo ganaré dinero a tiempo de poder comprar estas cosas hoy mismo? No hay otro remedio que, como *prometí*, ir a ver al señor Peter. ¿Qué podría representar para él regalarme un poco de carne y vino? Una vez que haya podido alimentar a padre, podré correr a Ámsterdam y ganarme la provisión de mañana.

Después vinieron otros pensamientos, pensamientos que pusieron un gran peso en su corazón e hicieron que sus mejillas se sonrojasen de vergüenza: «Eso es *mendigar*, como mínimo. Jamás ha mendigado un Brinker. ¿Seré yo el primero? ¿Habría recuperado mi pobre padre el juicio tan sólo

para descubrir que su familia vive de la caridad, precisamente él, siempre tan juicioso y ahorrador?».

—¡Jamás! —exclamó Hans en voz alta—. Prefiero mil veces desprenderme del reloj.

«¡Al menos podría empeñarlo en Ámsterdam!», pensó dándose la vuelta. «Eso no sería ninguna deshonra. Y podría encontrar trabajo y desempeñarlo de nuevo. ¡Quizá hasta podría *hablar con padre sobre este asunto!*».

Este último pensamiento casi le hizo bailar de gozo. Claro, ¿por qué no preguntarle a padre? Ahora era alguien racional. «Puede que se despierte», pensó Hans, «alegre y descansado, y que nos diga que el reloj no tiene importancia, y que, por supuesto, podemos venderlo. ¡Viva!», y Hans casi voló sobre el hielo.

Unos pocos momentos más y los patines colgaban otra vez de su brazo mientras corría hacia la cabaña.

Su madre lo recibió en la puerta.

—¡Oh, Hans! —exclamó con la cara radiante de alegría—, la joven dama ha estado aquí con su doncella. Ha traído de todo: carne, mermelada, vino y pan, ¡una cesta llena! Después ha llegado un hombre desde la ciudad de parte del médico, con más vino y una cama estupenda, y mantas para padre. ¡Oh! Ahora se pondrá bien. ¡Que Dios los bendiga!

—¡Que Dios los bendiga! —repitió Hans y, por primera vez aquel día, sus ojos se llenaron de lágrimas.

LA RECUPERACIÓN DEL PADRE

Aquella noche, Raff Brinker se sintió mucho mejor e insistió en sentarse un rato en la tosca silla de respaldo alto junto al fuego. Por unos momentos se formó todo un revuelo en la pequeña cabaña. Hans fue de suma importancia para la ocasión, pues su padre era un hombre pesado y necesitaba algo firme en lo que apoyarse. Su esposa, si bien no era como una de esas frágiles damas, entró en tal estado de alarma y excitación ante el atrevido paso que estaban dando, de levantarlo sin la autorización del doctor, que casi le tira al suelo, a pesar de estar convencida de ser su principal apoyo y sostén.

—Con cuidado, mujer, con cuidado —dijo Raff jadeando—. ¿Me he vuelto viejo y débil, o es que la fiebre me ha dejado así de desvalido?

—¡Escúchenlo! —dijo riendo Dame Brinker—, da gusto verlo hablar como cualquier cristiano. Solamente estás débil por culpa de la fiebre, Raff. Aquí está la silla, preparada para que estés cómodo y calentito; ahora siéntate, así, así, ¡ya está!

Con estas palabras, Dame Brinker depositó su mitad de

la carga despacio sobre la silla. Hans, prudentemente, hizo lo mismo.

Mientras tanto, Gretel iba de un lado a otro por la casa, trayéndole a su madre todo lo que se le ocurría para acomodar la espalda de su padre y extender algo sobre sus rodillas. Después puso la banquetta tallada bajo sus pies y Hans avivó el fuego para que diera más calor.

Padre estaba al fin sentado. No era de extrañar que mirase a su alrededor algo aturdido. «El pequeño Hans» acababa casi de llevarlo en volandas. «El bebé» medía más de un metro veinte¹, y alimentaba tímidamente el fuego con un montón de ramitas de sauce. Meitje, su esposa, tan atractiva y hermosa como siempre, había ganado al menos veinte kilos² en lo que a él le parecían unas pocas horas. También tenía algunas arrugas nuevas en el rostro, que le tenían perplejo. La única cosa familiar en la habitación era la mesa de pino que había hecho antes de casarse, la Biblia sobre la estantería y la alacena de la esquina.

¡Ah, Raff Brinker!, es natural que tus ojos se llenasen de cálidas lágrimas, incluso al mirar las caras de gozo de tus seres amados. Diez años arrebatados de la vida de un hombre no son una pérdida pequeña; diez años de virilidad, de felicidad y amor hogareño; diez años de trabajo honrado, de disfrute consciente de la luz del sol y la belleza de la vida al aire libre; diez años de vida agradecida. Un día anhelando todas estas cosas; al siguiente, despertando para descubrir que han pasado en blanco. ¡Cómo sorprenderse de que las abrasadoras lágrimas rodasen una a una sobre tus mejillas!

1 Cuatro pies.

2 Cincuenta libras.

¡Tierna y pequeña Gretel! La oración de su vida recibió respuesta a través de esas lágrimas. A partir de aquel momento *amó* a su padre. Hans y su madre la observaron en silencio salir corriendo hacia su padre y rodear su cuello con sus brazos.

—Padre, *querido* padre —susurró ella apretando su mejilla contra la de él—, no llores. Todos estamos aquí.

—Dios te bendiga —dijo Raff sollozando y besándola una y otra vez—. Ya había olvidado esto.

Enseguida alzo la vista de nuevo y dijo con voz alegre:

—Supongo, querida esposa, que debería reconocer a Gretel —dijo sujetando su joven y dulce rostro entre sus manos, mirándola fijamente como si la estuviese viendo crecer—. Debería reconocerla. Los mismos ojos azules, y los labios, y ¡ah! la cancioncilla que sabía cantar casi antes de poder andar. Pero eso fue hace mucho tiempo —añadió con un suspiro, aún contemplándola con ojos soñadores—, mucho tiempo, ahora todo se ha ido.

—No, en absoluto —exclamó Dame Brinker con entusiasmo—. ¿Crees que yo iba a dejar que se olvidara? ¡Gretel, chiquilla, canta la vieja canción que hace tanto que te sabes!

Las manos de Raff Brinker cayeron pesadamente y sus ojos se cerraron, pero la sonrisa de su rostro era algo digno de verse mientras la voz de Gretel flotaba sobre él como el incienso.

Era una tonada muy simple; nunca se había sabido la letra.

Con un cariño instintivo suavizó cada nota, hasta que Raff casi imaginó que su bebé de dos años estaba una vez más junto a él.

Tan pronto como terminó de cantar, Hans se subió a un taburete de madera y empezó a rebuscar en la alacena.

—Ten cuidado, Hans —dijo Dame Brinker, quien a pesar de todas sus penurias siempre había sido un ama de casa ordenada—, ten cuidado, el vino está ahí a tu derecha y el pan blanco está detrás.

—No temas, madre —respondió Hans, metiendo la mano mucho más atrás, en un estante superior—. No haré ningún estropicio.

Saltando al suelo, camino hacia su padre y colocó en sus manos un bloque alargado de madera de pino. Uno de sus extremos estaba redondeado, y había algunos cortes profundos en la parte superior.

—¿Sabes qué es esto, padre? —preguntó Hans.

A Raff Brinker se le iluminó el rostro.

—Claro que sí, muchacho; es el bote que estaba haciéndote aye... es decir, no ayer, sino hace años.

—Lo he guardado desde entonces, padre; puedes terminarlo cuando tus manos estén fuertes de nuevo.

—Sí, pero no para ti, muchacho. Esto lo reservo para mis nietos. Tú eres ya casi un hombre. ¿Has ayudado a tu madre a lo largo de todos estos años?

—Sí, y con mucho denuedo —señaló Dame Brinker.

—Vamos a ver —murmuró el padre mirándolos a todos con expresión perpleja—, ¿cuánto tiempo hace desde la noche de la crecida? Es lo último que recuerdo.

—Te hemos dicho la verdad, Raff. El pasado pentecostés se cumplieron diez años.

—Dices que han pasado diez años desde que me caí. ¿Y he tenido fiebre desde entonces?

Dame Brinker apenas sabía cómo responder. ¿Debía contárselo todo? ¿Decirle que había perdido el juicio, que se había transformado casi en un lunático? El doctor le había advertido de que bajo ningún concepto debía preocupar o poner nervioso a su paciente.

Hans y Gretel se quedaron de piedra cuando escucharon su respuesta.

—La suficiente, Raff —dijo ella asintiendo y levantando las cejas—. Cuando un hombre de tu tamaño se cae de cabeza es difícil decir lo que va a suceder. Pero lo importante es que *ahora* estás bien. ¡Gracias a Dios!

El hombre recién despertado agachó la cabeza.

—Sí, bastante bien, esposa mía —dijo tras un momento de silencio—, pero a veces mi mente empieza a girar como una peonza. No estará bien hasta que no vuelva otra vez a los diques. ¿Cuándo piensas que podré trabajar?

—¡Escuchen lo que dice! —exclamó Dame Brinker encantada, pero al mismo tiempo asustada—. Debemos meterle en la cama, Hans. ¿Pues no quiere trabajar?

Intentaron levantarlo de la silla, pero él no quiso todavía.

—¡Fuera, fuera! —dijo con algo parecido a su vieja sonrisa (Gretel no la había visto antes)—. ¿Creen que a un hombre le gusta ser llevado de aquí para allá como si fuera un leño? Les digo que antes de tres días estaré de nuevo en los diques. ¡Ah! Seguro que allí me esperan algunos viejos amigos. Jan Kamphuisen y el joven Hoogsvliet. Ellos han sido buenos amigos míos, Hans, te lo aseguro.

Hans miró a su madre. El joven Hoogsvliet había muerto hace cinco años. Jan Kamphuisen estaba en la cárcel de Ámsterdam.

—Sí, no tengo dudas de que nos habrían ayudado —dijo Dame Brinker cortando el tema—, si se lo hubiéramos pedido. Pero con los estudios y el trabajo, Hans estaba demasiado ocupado como para buscar a tus camaradas.

—Los estudios y el trabajo —repitió Raff ensimismado—; ¿pueden estos jovencitos leer y hacer cuentas, Meitje?

—¡Deberías escucharlos! —respondió ella orgullosa—. Son capaces de leerse un libro en el tiempo que tardo en fregar el suelo. Hans es tan feliz ante una página

llena de palabras como un conejo en un huerto de coles, en cuanto a hacer cuentas...

—Ven, muchacho, ayúdame un poco —interrumpió Raff Brinker—. Debo meterme en la cama otra vez.

LOS MIL GUILDERS

Nadie que viese la humilde cena que se comió en la cabaña de los Brinker aquella noche habría podido imaginar las succulentas viandas que se hallaban ocultas no muy lejos. Hans y Gretel observaban melancólicos la alacena mientras sorbían su taza de agua y comían su escasa porción de pan negro; pero ni siquiera en pensamientos habrían robado a su padre.

—Le ha gustado mucho su cena —dijo Dame Brinker señalando la cama con la cabeza—, y se ha quedado dormido al instante. Ah, mi querido esposo seguirá débil muchos días. Insistía mucho en sentarse otra vez, pero mientras le llevaba la corriente y hacía como si le preparase, se quedó frito. Recuerda eso, mi niña, cuando tengas tu propio hombre (y todavía faltan muchos días para que eso pase), recuerda que nunca debes gobernarlo llevándole la contraria: «una esposa humilde es la jefa de su marido». ¡Oye, oye!, niño, no te metas tanto a la vez en la boca, podría hacer la comida con dos de esos bocados. ¿Qué te pasa, Hans? Te veo completamente distraído.

—Oh, no, madre, sólo estaba pensando.

—¿Pensando en qué? Bueno, para qué preguntar —añadió en otro tono de voz—. Yo estaba pensando en lo mismo hace un rato, no pasa nada. Es normal que a estas alturas esperásemos haber oído algo acerca de los mil *guilders*; pero ni una palabra, no. Está bastante claro que no sabe nada sobre ellos.

Hans alzó la vista preocupado, temiendo que su madre se pusiese nerviosa, como de costumbre, al hablar del dinero perdido; pero ella permaneció silenciosa mordisqueando su pan y mirando con aire pesaroso hacia la ventana.

—Mil *guilders* —repitió una débil voz desde la cama—. Ah, estoy seguro de que te habrán sido de mucha utilidad, esposa mía, a lo largo de estos años en que tu hombre ha estado inactivo.

La pobre mujer se sobresaltó. Aquellas palabras destrozaban la esperanza que últimamente había albergado en su corazón.

—¿Estás despierto, Raff? —dijo vacilante.

—Sí, Meitje, y me siento mucho mejor. Como estaba diciendo, hicimos bien en ahorrar ese dinero, esposa mía. ¿Te ha durado los diez años?

—Yo... yo... no lo he tenido, Raff, yo... —iba a decirle toda la verdad cuando Hans le hizo una señal de advertencia y susurró:

—Recuerda lo que nos dijo el doctor; padre no debe preocuparse.

—Habla con él, hijo —respondió ella temblando.

Hans se apresuró a acercarse al lecho.

—Me alegro de que te encuentres mejor —dijo inclinándose sobre su padre—, en poco tiempo estarás fuerte de nuevo.

—Sí, lo suficiente. ¿Cuánto tiempo duró el dinero, Hans? No he oído lo que ha dicho tu madre. ¿Qué es lo que ha dicho?

—He dicho, Raff —dijo ella balbuceando, muy acongojada—, que el dinero desapareció.

—Bueno, bueno, querida esposa, no te agobies con eso; mil *guilders* no es tanto para diez años, y más con niños que criar; pero les habrá ayudado a estar confortables. ¿Han tenido que pasar muchas penalidades?

—N...no —sollozó Dame Brinker, llevándose el delantal a los ojos.

—¡Eh, eh, mujer! ¿Por qué lloras? —dijo Raff cariñosamente—. Pronto les llenaré otra bolsa, en cuanto pueda ponerme en pie de nuevo. Afortunadamente pude contártelo todo antes de caerme.

—¿Contarnos qué, esposo mío?

—Pues qué va a ser, que había enterrado el dinero. Hace un momento, en mis sueños, me pareció que nunca les había dicho una palabra de ello.

Dame Brinker saltó hacia delante. Hans la tomó del brazo.

—¡Chist, madre! —susurró, llevándosela

rápidamente—. Debemos ser muy cuidadosos. Entonces, mientras ella permanecía en pie con las manos entrelazadas, esperando con mucha ansiedad, él se acercó una vez más al lecho. Temblando de emoción, dijo:

—Menuda pesadilla, padre. ¿Recuerdas *cuándo* fue que enterraste el dinero?

—Claro, muchacho. Antes del amanecer del mismo día en que me hice daño. Jan Kamphuisen había dicho algo la tarde anterior que me hizo desconfiar de su honestidad. Él y tu madre eran las únicas personas que sabían que habíamos ahorrado mil *guilders*, así que aquella noche me levanté y enterré el dinero, ¡menudo tonto fui por desconfiar de un viejo amigo!

—Seguro, padre —inquirió Hans en tono de broma, y haciendo señas a su madre y Gretel de que permaneciesen quietas—, que ya has olvidado dónde lo enterraste.

—¡Ja, ja, ja!, de eso nada... pero buenas noches, hijo, me gustaría dormir de nuevo.

Hans se habría apartado, pero no podía desobedecer los gestos de su madre, así que dijo con todo cariño:

—Buenas noches, padre. ¿Dónde dices que enterraste el dinero? Yo era sólo un niño por entonces.

—Cerca del joven sauce, detrás de la cabaña —dijo Raff Brinker somnoliento.

—Ah, sí, al norte del árbol, ¿no es cierto, padre?

—No, al sur. Tú conoces bien el sitio, granuja, seguro que estuviste allí cuando tu madre lo sacó. Ahora, hijo, ayúdame con esta almohada, así, muy bien. Buenas noches.

—¡Buenas noches, padre! —dijo Hans, a punto de bailar de gozo.

La luna salió muy tarde por la pequeña ventana aquella noche, brillante, llena y clara; pero sus rayos no perturbaron a Raff Brinker, que dormía profundamente, al igual que Gretel. En cuanto a Hans y su madre, tenían otras cosas que hacer.

Tras realizar algunos apresurados preparativos, se escabulleron con semblantes resplandecientes, llevando una pala rota y una herramienta oxidada que había prestado servicio en los diques durante muchos días, cuando Raff era un trabajador sano.

Fuera, la noche era tan clara que podían ver el sauce perfectamente. La tierra helada estaba dura como una piedra, pero a Hans y su madre no había quién los detuviera. Su único temor era acabar perturbando el sueño de los que dormían en la cabaña.

—El rompehielos es justo lo que necesitamos, madre —dijo Hans dando varios golpes vigorosos— pero la tierra está tan dura que no va a ser nada fácil.

—No temas, Hans —respondió ella mirándole con ansiedad—. Venga, déjame intentarlo un poco.

Pronto consiguieron hacer mella; una pequeña hendidura, y el resto ya no fue tan difícil.

Siguieron trabajando, haciendo turnos y susurrando

alegremente el uno al otro. De vez en cuando Dame Brinker se acercaba sigilosamente al umbral de la casa y escuchaba, para asegurarse de que su marido dormía.

—Estoy segura de que se va a alegrar mucho —dijo ella riendo— cuando esté lo suficientemente fuerte como para enterarse. Cómo me gustaría poner la bolsa y el calcetín junto a él esta misma bendita noche, justo como los encontremos, repletos de dinero, para que mi querido esposo los vea en cuanto se despierte.

—Primero debemos encontrarlo, madre —dijo Hans jadeando, sin parar de trabajar.

—No hay duda de eso. Ahora no se nos puede escapar —respondió ella, temblando de frío y emoción, agachada junto al hoyo—. No me extrañaría que los encontráramos ocultos en la vieja vasija de barro que perdí hace tanto tiempo.

A esta altura Hans empezó también a temblar, pero no de frío. Ya había excavado bastante alrededor de un gran espacio al sur del árbol. En cualquier momento se encontrarían con el dinero.

Mientras tanto las estrellas titilaban y se hacían guiños las unas a las otras, como diciendo: «¡Insólito país, Holanda! ¡Cuántas cosas raras vemos!».

—Es extraño que padre lo haya enterrado tan profundo —dijo Dame Brinker con disgusto—. Pero claro, el terreno estaba mucho más blando por entonces. Qué sabio por su parte desconfiar de Jan Kamphuisen, y eso que por entonces nadie

sospechaba de él. ¡Jamás habría pensado que un tipo tan apuesto y alegre acabaría en la cárcel! Venga, Hans, déjame a mí ahora, cuanto más profundo es el agujero menos cuesta excavar, ¿te das cuenta? No quiero matar al árbol, Hans, ¿crees que acabaremos haciéndole daño?

—No sabría decírtelo —respondió él muy serio.

Las horas se fueron sucediendo mientras madre e hijo proseguían su trabajo. El hoyo se hizo más grande y profundo. El cielo empezó a llenarse de nubes que arrojaban traviesas sombras al pasar. Cuando la luna y las estrellas se desvanecieron y los primeros rayos de luz empezaron a aparecer en el horizonte, Meitje Brinker y Hans se miraron desesperanzados el uno al otro.

Habían hecho una búsqueda a fondo, desesperada, alrededor de todo el árbol, sur, norte, este, oeste. *¡El dinero escondido no estaba allí!*

ATISBOS

Annie Bouman sentía una sana animadversión hacia Janzoon Kolp, el cual, a su ruda manera, adoraba a Annie. Esta solía decir que no sería capaz de decirle una sola palabra amable a aquel odioso chico ni aunque le fuese la vida en ello. Janzoon pensaba de ella que era la criatura más dulce y provocativa de este mundo. Annie se burlaba junto con sus compañeras del cómico aleteo de la sucia y andrajosa chaqueta de Janzoon; mientras, él suspiraba a solas al pensar en el vuelo grácil de su alegre falda azul. Ella daba gracias al cielo de que sus hermanos no fueran como los Kolp; y él gruñía a su hermana por no ser como una Bouman. Cada vez que coincidían parecían intercambiar sus naturalezas. Su presencia hacía que ella se volviese ruda e insensible; mientras que él, sólo con verla, se volvía manso como un cordero. Por supuesto, solían coincidir bastante a menudo. De alguna forma misteriosa, suele ser así como descubrimos nuestros errores y nos curamos de nuestros prejuicios. Sin embargo, en este caso no fue así. Annie aborrecía a Janzoon más y más con cada nuevo encuentro; y a Janzoon cada día le gustaba más Annie.

«Ha matado una cigüeña, el muy malvado», se decía ella a sí misma.

«Ella sabe que soy fuerte e intrépido», pensaba Janzoon.

«¡Qué pelirrojo, pecoso y feo es!», era lo que pensaba secretamente Annie al mirarlo.

«¡No me quita la vista de encima!», pensaba Janzoon. «Es natural, soy un tipo apuesto y curtido por el ejercicio al aire libre».

—Janzoon Kolp, eres un insolente, ¡aléjate de mí! —
Solía decir Annie—. ¡No me gusta tu compañía!

«¡Ja, ja, ja!», reía Janzoon por dentro, «las chicas nunca dicen lo que de verdad piensan. Intentaré patinar con ella cada vez que tenga oportunidad».

Y así sucedió que la bella muchacha ni siquiera alzó la vista aquella mañana cuando, patinando de camino a casa desde Ámsterdam, vio que un chico fornido se acercaba por el canal hacia ella.

«¡Hum! No quiero ni verlo», pensó Annie Bouman, «porque como le...»

—Buenos días, Annie Bouman —dijo una voz agradable.

(¡Es impresionante cómo una sonrisa consigue iluminar el rostro de una joven!)

—Buenos días, señor Hans, me alegro mucho de verle.

(¡Es impresionante cómo una sonrisa consigue iluminar el rostro de un joven!)

—Buenos días otra vez, Annie. Ha habido grandes

cambios en nuestra casa desde la última vez que estuvo usted allí.

—¿Cuáles? —exclamó ella abriendo mucho los ojos.

Hans, que hasta ese momento había tenido mucha prisa y no estaba de muy buen humor, se transformó en una persona parlanchina y relajada ante la presencia iluminadora de Annie.

Cambió de sentido y se puso a patinar despacio con ella en dirección a Broek, y a contarle las buenas noticias respecto a su padre. Annie era tan buena amiga que incluso compartió con ella el motivo de su presente preocupación: lo mucho que necesitaban dinero, y que todo dependía de que él encontrara trabajo, no habiendo conseguido encontrar nada en el vecindario.

Todas estas cosas se las contó no como una queja, sino porque ella lo miraba y estaba realmente interesada en saber de su vida. No pudo contarle acerca de la amarga decepción de la noche pasada, porque ese secreto no le pertenecía enteramente a él.

—¡Adiós, Annie! —dijo por fin—. La mañana avanza rápido y debo darme prisa en llegar a Ámsterdam para vender estos patines. Mi madre necesita el dinero rápidamente. Antes de que caiga la noche estoy seguro de que encontraré un trabajo en alguna parte.

—¡Vender tus patines nuevos, Hans! —exclamó Annie—, ¡tú, el mejor patinador de todo Broek!

—Lo sé —contestó con decisión—. ¡Adiós! No puedo entretenerme más, tengo que patinar de vuelta a casa con los de madera.

¡Cómo resplandecía su semblante! Tan distinto de la fea mueca burlona de Janzoon... y Hans partió como una flecha.

—¡Hans!, regresa —llamó ella.

Su voz hizo que la flecha se transformara en una peonza, que girando salió disparada deslizándose en una larga zancada en dirección a ella.

—Así que de verdad vas a vender tus patines nuevos si encuentras un comprador.

—Por supuesto que sí —respondió él mirándola con una sonrisa sorprendida.

—Bueno, Hans, si *insistes* en vender tus patines —dijo Annie algo turbada—, es decir, bueno, conozco a alguien que estaría interesado en comprarlos, eso es todo.

—¿No será Janzoon Klop? —preguntó Hans ruborizándose.

—¡Oh, no! —dijo ella haciendo pucheros—, él no es mi amigo.

—Pero lo *conoces* —insistió Hans.

Annie rió.

—Sí, lo conozco, y es mucho peor para él que lo conozca tan bien. Ahora, Hans, te pido un favor, nunca más me vuelvas a hablar de Janzoon. ¡Lo odio!

—¡Odiarlo! ¿De verdad *odias* a alguien, Annie?

Ella asintió con la cabeza enérgicamente y dijo:

—Sí, y te odiaré a ti también si insistes en considerarlo uno de mis amigos. Puede que les caiga bien a los chicos porque atrapó al ganso engrasado en el *kermis* del último verano, y subió por el poste con su cuerpo feo y grande envuelto en un saco, pero a mí me importan un bledo esas cosas. Le aborrezco desde que le vi intentado empujar a su hermana pequeña fuera del tióvivo en *Ámsterdam*; y no es ningún secreto para *nosotros* quién mató a la cigüeña del tejado de tu madre. Pero no debemos hablar de un tipo tan malvado. En serio, Hans, conozco a alguien a quien le encantaría comprar tus patines. En *Ámsterdam* no te darán ni la mitad de lo que valen. *Por favor*, dámelos a mí. Te entregaré el dinero esta misma tarde.

Si incluso al decir «odio» Annie resultaba encantadora, no había cómo resistirse a ella cuando decía «por favor», o eso es al menos lo que le parecía a Hans.

—Annie —dijo quitándose los patines y frotándolos cuidadosamente con una maraña de cáñamo antes de entregárselos—, no quiero parecer puntilloso, pero si tu amigo no los quiere, ¿podrías devolvérmelos hoy mismo? Tengo que comprar turba y comida para mi madre mañana por la mañana temprano.

—Mi amigo los querrá —dijo Annie riendo y asintiendo alegremente, y salió patinando a toda velocidad.

Mientras Hans sacaba sus otras «cuchillas» de sus espaciosos bolsillos y se las ataba lo mejor que podía, no pudo escuchar a Annie murmurar: «Me gustaría no haber sido tan ruda; pobre y valeroso Hans; ¡qué chico tan noble!». Y mientras Annie patinaba hacia casa llena de placenteros pensamientos, no pudo escuchar a Hans decir:

—He refunfuñado como un oso, ¡pero que Dios la bendiga!, ¡algunas chicas son como ángeles!

Quizá sea mejor así. Uno no puede pretender saber todo lo que pasa en el mundo.

EN BUSCA DE TRABAJO

Disfrutar de lujos nos hace incapaces de volver a sufrir las penurias que tan fácilmente soportamos en el pasado. Las cuchillas de madera chirriaban más que nunca. Pero, aunque Hans se tuvo que conformar con aquellas desmañadas y viejas cosas, no se arrepentía de haberse separado de sus bellos patines y apartó con decisión de su mente el enfurruñamiento infantil por no haber podido quedárselos siquiera un poquito más, al menos hasta la carrera.

«No creo que madre se enfade conmigo», pensó, «por venderlos sin su permiso. Ya ha tenido demasiadas preocupaciones. Ya tendré tiempo de sobra de hablarlo con ella cuando lleve a casa el dinero».

Aquel día, Hans recorrió arriba y abajo las calles de Ámsterdam en busca de trabajo. Logró ganar unos pocos *stivers* ayudando a un hombre que conducía a la ciudad una reata de mulas cargadas, pero no consiguió un empleo estable en ningún sitio. Se habría contentado con obtener un trabajo de porteador o de chico de los recados, pero aunque durante su recorrido vio a muchos pilluelos holgazanes arrastrando los pies cargados con fardos, no había trabajo para él. Algunos tenderos acababan de abastecerse; otros necesitaban a alguien más acicalado y de complexión menos robusta (querían decir

mejor vestido, pero preferían no decirlo); otros le dijeron que volviese en un mes o dos, cuando probablemente los canales se hubiesen deshelado; y muchos negaron con la cabeza sin decirle ni una palabra.

En las fábricas no tuvo más suerte. Le pareció que entre esos grandes edificios, que producían tan tremendas cantidades de productos de lana, algodón y lino, tantos tintes y pinturas de renombre mundial, tantos preciosos diamantes cortados en bruto, tantas provisiones de comida, ladrillos, vidrio, porcelana, habría al menos uno que necesitase a un muchacho de brazos fuertes, hábil y con ganas de trabajar, y que encontraría algo que hacer. Pero no, en todos se encontró prácticamente con la misma respuesta que le habían dado en todas partes: «Ahora mismo no necesitamos más mano de obra. Si hubieses venido antes del día de San Nicolás podríamos haberte dado un trabajo, ya que por entonces estábamos muy apurados; pero en este momento tenemos más gente de la que necesitamos». Hans deseaba que hubiesen podido ver, siquiera por un momento, a su madre y a Gretel. Desconocía que la ansiedad de ambas se transparentaba a través de sus ojos y que, más de una vez, detrás de las negativas más bruscas, había una conciencia intranquila que sabía que ese muchacho no se merecía ser rechazado. Algunos padres, al volver a casa aquella noche, hablaron de una manera más bondadosa de lo habitual a sus jóvenes hijos, por el recuerdo de una cara joven y honesta, entristecida por sus palabras; y antes de que amaneciese, incluso uno de ellos tomó la firme decisión de que si el joven de Broek aparecía otra vez le diría a su capataz, Blankert, que le encontrase algo que hacer.

Pero Hans no sabía nada de esto. Con la puesta de sol

inició su camino de vuelta a Broek, sin saber si la extraña sensación de ahogo que sentía en la garganta se debía al desánimo o a la determinación. Ciertamente, aún quedaba una posibilidad. Por entonces el señor Van Holp ya habría regresado. Se había enterado de que Peter había ido a Haarlem la noche anterior, para ocuparse de algo relacionado con la gran carrera de patinaje. Hans todavía podía intentar ir a verlo.

Afortunadamente, Peter había regresado temprano aquella mañana. Cuando llegó Hans él ya estaba en casa y estaba a punto de salir hacia la cabaña de los Brinker.

—¡Vaya, Hans! —exclamó al ver al fatigado muchacho aproximarse a la puerta—. Eres exactamente la persona a quien quería ver. Pasa y caliéntate.

Tras quitarse su sombrero raído, que siempre parecía pegársele a la cabeza cuando se sentía avergonzado, Hans se arrodilló, no como una especie de nuevo saludo oriental, no para adorar a la diosa de la limpieza a la que se daba culto allí, sino porque sus pesados zapatos habrían llenado de horror el alma de cualquier ama de casa de Broek. Cuando su dueño entró pisando suavemente en la casa, los zapatos permanecieron fuera haciendo guardia hasta su regreso.

Hans dejó la mansión de los Van Holp con el corazón aliviado. Peter traía noticias de Haarlem de que el joven Brinker iba a comenzar a trabajar de inmediato en las puertas de la casa de verano. Allí en su casa tenían un taller confortable que estaría a su disposición hasta que todo el trabajo de talla hubiese concluido.

Peter no le contó a Hans que había patinado todo el

camino hasta Haarlem con el propósito de acordar este asunto con el señor Van Holp. Le bastaba con ver cómo aparecía en el joven rostro de Hans esa expresión alegre y ansiosa.

—*Creo* que puedo hacerlo —dijo Hans—, aunque nunca he aprendido el oficio.

—Estoy *seguro* de que puedes —respondió Peter sinceramente—. En el taller encontrarás todas las herramientas que necesites. Está casi escondido detrás de esa pared de ramas. En verano, cuando el seto está verde, no hay manera de verlo desde aquí. ¿Cómo se encuentra hoy tu padre?

—Mejor, señorito, cada vez está mejor.

—Es la cosa más extraordinaria que he escuchado en mi vida. Aquel gruñón del viejo doctor es un gran tipo, después de todo.

—¡Ah, señorito! —dijo Hans afectuosamente—, es mucho más que un gran tipo. Es una buena persona. Si no llega a ser por su corazón bondadoso y su gran pericia, mi pobre padre todavía estaría en la oscuridad. ¡Pienso, señorito —añadió con ojos enfervorizados—, que la cirugía es la ciencia más noble del mundo!

Peter se encogió de hombros.

—Puede que sea muy noble, pero no es de mi gusto. Este tal Dr. Boekman ciertamente es muy hábil. En cuanto a su corazón, ¡qué Dios me libre de corazones como esos!

—¿Por qué dice eso, señorito? —preguntó Hans.

Justo en ese momento una dama entró pausadamente desde una habitación adyacente. Era la señora Van Holp, vestida con la más espléndida de las cofias y el delantal de satén más largo y decorado con más lazos que hubiese visto jamás. Saludó a Hans apaciblemente con la cabeza y este se apartó del fuego y le dirigió la mejor de las reverencias que sabía dar.

Peter arrimó de inmediato a la chimenea una silla de roble de respaldo alto y la dama se sentó en ella. A cada lado del fuego había una pila de corcho, y puso una de ellas bajo los pies de su madre.

Hans se dio la vuelta para partir.

—Si no le importa, espérese un momento, jovencito —dijo la dama—. No he podido evitar escuchar como usted y mi hijo hablaban de mi amigo, el Dr. Boekman. Tiene usted razón, jovencito. El Dr. Boekman tiene un corazón muy bondadoso. Date cuenta, Peter, de que podemos equivocarnos mucho al juzgar a una persona solamente por su trato exterior, aunque la cortesía en los modales no debe despreciarse en absoluto.

—No pretendía ser irrespetuoso, madre —dijo Peter—, pero no creo que nadie tenga derecho a ir gruñendo y refunfuñando por el mundo, como dicen que él hace.

—Lo dicen, Peter, ¿pero quién lo dice? Podría ser todo el mundo o sólo un par de personas. El cirujano Boekman guarda dentro de sí una gran pena. Hace muchos años perdió a su único hijo en circunstancias muy dolorosas; un muchacho excelente, excepto por

su forma de pensar demasiado impetuosa y enérgica. Antes de que ello ocurriera, Gerard Boekman era uno de los caballeros más agradables que había conocido jamás.

Dicho esto, la señora Van Holp, mirando afectuosamente a ambos muchachos, se levantó y abandonó la habitación con la misma dignidad con la que había entrado.

Peter, sólo medio convencido, murmuró algo en cuanto al «pecado de permitir que las penas transformen nuestra miel en hiel», y condujo a la visita hasta la estrecha puerta lateral. Antes de despedirse, aconsejó a Hans que mantuviese en forma sus habilidades como patinador:

—... ya que —añadió— ahora que tu padre está bien, estarás de buen ánimo para participar en la carrera. Va a ser el más bello espectáculo de patinaje que se haya visto en esta parte del mundo. Toda la gente habla de él; debes competir para conseguir el premio, no lo olvides.

—No voy a participar en la carrera, señorito —dijo Hans mirando al suelo.

—¿Que no vas a participar en la carrera? Pero, ¿por qué? —Y de inmediato la mente de Peter se llenó de sospechas hacia Carl Schummel.

—Porque no puedo, señorito —respondió Hans, al tiempo que se agachaba para introducir los pies en sus grandes zapatos.

Algo en su manera de decirlo hizo notar a Peter que no habría sido amable por su parte insistir en el asunto. Se despidió

de Hans y se quedó en la puerta pensativo, observándolo mientras se alejaba.

Un minuto después Peter lo llamó:

—¡Hans Brinker!

—Sí, señorito.

—Retiro todo lo que dije acerca del Dr. Boekman.

—Sí, señorito.

Ambos rieron. Pero la sonrisa de Peter se transformó en una expresión de asombro cuando vio a Hans arrodillarse junto al canal y calzarse los patines de madera.

—Qué raro —murmuró Peter balanceando la cabeza mientras se giraba para entrar en la casa—. ¿Por qué extraña razón no utiliza sus patines nuevos?

EL HADA MADRINA

El sol se había puesto hacía ya un buen rato cuando nuestro héroe, con el corazón feliz, pero quitándose los patines de madera con una especie de mueca de descontento en su rostro, caminó pesadamente pero lleno de esperanza hacia la pequeña choza conocida desde hacía tiempo como la cabaña del idiota.

Unos ojos menos aguzados que los suyos habrían distinguido dos delgadas figuras moviéndose cerca de la puerta.

Aquella chaqueta gris, bien remendada, y la falda de un azul desvaído cubierta con un delantal de un azul todavía más desvaído, aquel gorro ajustado y descolorido, y esos pequeños y rápidos pies en sus grandes zapatos que parecían barcas, eran los de Gretel, por supuesto. Los habría reconocido en cualquier parte.

Aquella chaqueta roja tan coqueta, con su bella falda ribeteada de negro, aquel gracioso bonete balanceándose sobre los pendientes dorados, aquel elegante delantal y aquellos cómodos zapatos de piel que parecían haber crecido junto con los pies... ya habría podido el Papa de Roma haber dicho todo lo contrario, que él habría jurado que eran los de Annie.

Las dos chicas se paseaban lentamente arriba y abajo delante de la cabaña. Por supuesto, iban tomadas de los brazos, y sus cabezas asentían y se balanceaban enfáticamente como si estuviesen resolviendo todos los asuntos del reino.

Con un saludo gozoso, Hans se apresuró hasta ellas.

—¡Hurra, chicas, he encontrado trabajo!

Aquel anuncio atrajo a su madre a la puerta de la cabaña. Ella también tenía buenas noticias. Padre seguía mejorando. Había permanecido sentado casi todo el día y ahora dormía, como decía Dame Brinker: «tan manso como un corderito».

—Ahora me toca a mí, Hans —dijo Annie, llevándoselo aparte una vez que este hubo contado a su madre las buenas nuevas sobre el señor Van Holp—. He vendido tus patines y aquí tienes el dinero.

—¡Siete *guilders*! —exclamó Hans asombrado tras contar las monedas—. Es tres veces lo que pagué por ellos.

—No pude evitarlo —dijo Annie—. No es nuestra culpa si el comprador ha ofrecido esa cantidad.

Hans alzó la vista rápidamente.

—¡Oh, Annie!

—¡Oh, Hans! —lo parodió ella, frunciendo los labios e intentando parecer desesperadamente malvada y sin principios.

—En serio, Annie, ¡sé que nunca harías algo como eso! Tenemos que devolver parte de este dinero.

—Pero yo no pienso hacerlo —insistió Annie—. Los he vendido y se acabó. —Después, viendo que parecía realmente afligido, añadió en un tono más bajo—: Hans, ¿me creerás si te digo que no se ha cometido ningún error, que la persona que compró tus patines *insistió* en pagar siete *guilders* por ellos?

—Lo haré —respondió él, y la luz de sus ojos claros pareció aquietarse y centellear bajo las pestañas de Annie.

Dame Brinker estaba encantada ante la contemplación de tanta plata, pero cuando supo que Hans se había desprendido de sus tesoros para obtenerla, dio un profundo suspiro y exclamó:

—¡Bendito seas, hijo! ¡Debe de haber sido una pérdida muy grande para ti!

—Mira, madre —dijo el chico rebuscando en lo más hondo de sus bolsillos—, aquí hay más, ¡nos haremos ricos si seguimos así!

—Sí, desde luego —respondió ella extendiendo su mano con ansiedad. Después, bajando el tono de voz, añadió—, *seríamos* ricos si no fuese por ese Jan Kamphuisen. Le vi junto al sauce hace tres años, Hans, ¡estoy segura!

—Sí, es muy probable —suspiró Hans—. Bueno, madre, tenemos que armarnos de valor y olvidar ese

dinero. No hay duda de que se nos fue; padre nos ha contado todo lo que sabe. No pensemos más en ello.

—Eso es fácil de decir, Hans. Lo intentaré, pero es difícil, y mi pobre marido tiene necesidad de tantos cuidados. ¡Pero bueno! ¡Las chicas han desaparecido! ¡Si estaban aquí hace un instante! ¿Adónde han ido tan rápido?

—Se han metido detrás de la cabaña —dijo Hans—. Lo suficiente para esconderse de nosotros. ¡Chist! ¡Yo las atraparé! Ambas se mueven más rápida y sigilosamente que un conejo, pero antes les daré un buen susto.

—Vaya, pues en realidad allí *hay* un conejo. Espera, Hans, el pobre debe de estar muy necesitado como para aventurarse a salir de su madriguera con este tiempo tan malo. Iré dentro a buscar unas pocas migajas de pan.

Dicho esto, la buena mujer se apresuró a entrar en la cabaña. Pronto volvió a salir, pero Hans había olvidado esperar, y el conejo, tras haber realizado una buena inspección de aquellos terrenos, salió corriendo a toda prisa a lugares desconocidos. Dando la vuelta a la cabaña, Dame Brinker se encontró con los niños. Hans y Gretel estaban de pie delante de Annie, que se había sentado descuidadamente sobre el tocón de un árbol.

—¡Forman un hermoso cuadro! —exclamó Dame Brinker deteniéndose a admirar el grupo—. He visto muchas pinturas en la gran casa de Heidelberg que

no eran ni mucho menos tan bonitas. Mis niños son dos toscos chiquillos, Annie, pero *tú* pareces un hada.

—¿En serio? —dijo Annie riendo y resplandeciendo de animación—. Bueno, pues entonces, Gretel y Hans, imaginen que soy su hada madrina que está aquí de visita. Le concedo a cada uno un deseo. ¿Usted qué pide, señor Hans?

Una sombra de seriedad pasó por el rostro de Annie al alzar la vista y mirarlo, quizá porque habría deseado con todo su corazón haber tenido por una vez el poder de un hada.

Por un momento, Hans tuvo la sensación de que se encontraba ante algo más que una mortal.

—Deseo —dijo él solemnemente— poder encontrar algo que estuve buscando anoche.

Gretel rió feliz. Dame Brinker refunfuñó:

—¿Debería darte vergüenza, Hans! —Y volvió fatigosamente a la cabaña.

El hada madrina se levantó y golpeó con los pies tres veces.

—Recibirás lo que desees —dijo ella—, dejadles decir lo que quieran. —Entonces, con solemnidad fingida, metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó una gran cuenta de vidrio—. Entierra esto —dijo ella entregándoselo a Hans— en el lugar donde he golpeado con mis pies, y cuando salga la luna tu deseo te será concedido.

Gretel río, más contenta que nunca.

El hada madrina fingió un gran disgusto.

—Niña traviesa —dijo ella frunciendo el entrecejo de forma terrible—, como castigo por reírte de un hada, *tu* deseo no te será concedido.

—¡Ja! —exclamó Gretel con gran regocijo—, mejor espera a que te lo pida, hada madrina. ¡Todavía no he pedido ningún deseo!

Annie representaba muy bien su papel. Sin sonreír, a pesar del alegre jolgorio a su alrededor, se alejó con paso majestuoso de ofendida dignidad.

—¡Buenas noches, hada! —gritaron ellos una y otra vez.

—¡Buenas noches, mortales! —dijo ella por fin, mientras saltaba una zanja helada y corría apresuradamente en dirección a casa.

—¡Oh! ¿No es ella como las flores? ¡Tan dulce y amable! —exclamó Gretel siguiéndola con la vista con gran admiración—, y pensar en los muchos días que pasa en una habitación oscura acompañando a su abuela. ¡Eh, hermano Hans! ¿Qué ocurre?, ¿qué vas a hacer?

—¡Espera y verás! —respondió Hans, y luego corrió hacia la cabaña y volvió a salir, todo en un instante, llevando la pala y el rompehielos en sus manos—. ¡Voy a enterrar mi cuenta mágica!

Raff Brinker aún dormía profundamente; su esposa tomó

un pequeño bloque de turba de la provisión casi agotada y lo puso sobre los rescoldos. Después, abrió la puerta y llamó con dulzura:

—Vengan, niños.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Ven a ver esto! —gritó Hans.

—¡Por San Bavón! —exclamó la dama, abandonando a toda prisa el umbral de la casa—. ¿Qué le pasa al chico?

—Ven rápido, madre —gritó él con gran nerviosismo, trabajando con todas sus fuerzas y golpeando con el rompehielos con cada palabra—. ¿No lo ves? *Este* es el sitio, justo aquí, al sur del tocón. ¿Cómo no nos dimos cuenta anoche? *El tocón* es el viejo sauce, el que cortaste la pasada primavera porque hacía sombra a las patatas. El pequeño árbol no estaba aquí cuando padre... ¡Hurra!

Dame Brinker se quedó sin palabras. Cayó de rodillas junto a Hans justo a tiempo de verle extraer... *¡la vieja vasija de piedra!*

Hans metió la mano y saco un pedazo de ladrillo, luego otro, y otro, después el calcetín y la bolsa, negra y mohosa, ¡pero repleta del tesoro largo tiempo perdido!

¡Qué momento! ¡Cuántas risas! ¡Cuánto llanto! ¡Qué forma de contar, una vez entraron en la cabaña! Fue un milagro que Raff no despertara. No obstante, sus sueños eran placenteros, porque dormía con una sonrisa en el rostro.

Dame Brinker y sus hijos cenaron opíparamente, pueden creerme. Ya no había necesidad de reservar los manjares.

—Mañana iremos a comprarle a padre algunos productos frescos —dijo la señora mientras tomaba la carne fría, el vino, el pan y la mermelada, y los ponía sobre la impoluta mesa de pino—. Siéntense, niños, siéntense.

Aquella noche, Annie se durmió pensando en si sería una navaja lo que Hans habría perdido, y considerando lo divertido que sería si, después de todo, lograba encontrarla.

Hans apenas acababa de cerrar los ojos cuando se encontró a sí mismo caminando pesadamente a través de la espesura del bosque; calderos llenos de oro yacían por todas partes, y relojes, y patines, y de cada rama colgaban cuentas brillantes.

Lo más raro de todo es que cada vez que se acercaba a un árbol, éste se transformaba en un tocón, y en el tocón se sentaba el hada más bonita que uno pudiera imaginar, ataviada con una chaqueta escarlata y una falda azul.

EL MISTERIOSO RELOJ

El día de la visita del hada madrina, hubo otra cosa que salió a la luz, además de los guilders desaparecidos, y fue la historia del reloj, tan celosamente custodiado durante diez largos años por la fiel esposa de Raff. Durante muchos momentos de fuerte necesidad había temido incluso mirarlo, no fuera a ser que se viese tentada a desobedecer las instrucciones de su marido. Había sido duro ver a sus hijos hambrientos sabiendo que la venta del reloj podía haber hecho que el color volviese de nuevo a sus mejillas.

—De eso nada —exclamaba ella—. Meitje Brinker no es de las que olvidan la última voluntad de su marido, pase lo que pase.

—Cuida bien esto, esposa mía —había dicho él mientras se lo entregaba.

Eso fue todo. No hubo más explicación, no había mucho tiempo para extenderse en un momento en el que uno de sus compañeros de trabajo había entrado apresuradamente en la cabaña, gritando:

—¡Date prisa! ¡Las aguas están subiendo! Te necesitan en los diques.

Raff salió inmediatamente, y esa, como Dame Brinker les ha contado ya a ustedes, había sido la última vez que le viera en su sano juicio.

El día que Hans estuvo en Ámsterdam buscando trabajo, y Gretel, tras realizar las tareas de la casa, estuvo vagando por ahí en busca de trocitos de madera, ramitas, y cualquier otra cosa que pudiera arder, fue el mismo día en que Dame Brinker, conteniendo la emoción, había depositado el reloj en manos de su marido.

—No había motivo para seguir demorándolo —le dijo más tarde a Hans—, cuando una simple palabra de tu padre podía aclararlo todo; no existe mujer en el mundo que no hubiera estado ansiosa por saber de dónde había sacado ese reloj.

Raff Brinker contempló volteando en sus manos de un lado a otro el brillante objeto, una y otra vez, después examinó el trocito de suave cinta negra planchada amarrado al reloj; parecía tener dificultades para reconocerlo. Al fin dijo:

—¡Ah, ahora recuerdo! Lo has frotado tanto que brilla como un *guilder* nuevo.

—Sí —dijo Dame Brinker asintiendo complacida.

Raff lo observó de nuevo.

—¡Pobre muchacho! —murmuró, y luego se quedó ensimismado.

Aquello fue demasiado para ella.

—¡Pobre muchacho! —repitió con cierto sarcasmo—. ¿Qué piensas que estoy haciendo aquí en pie, Raff

Brinker, haciendo esperar a la rueca? ¿No crees que merezca escuchar algo más que eso?

—Ya te lo conté todo, hace mucho tiempo —dijo Raff con firmeza, alzando la vista sorprendido.

—¡De eso nada, nunca lo hiciste! —replicó su esposa.

—Bueno, pues si no lo hice, ya que no es asunto nuestro, no hablaremos más del tema —dijo Raff, balanceando la cabeza apenado. Lo más seguro es que, durante todo este tiempo, mientras yo estaba muerto en la Tierra, el pobre muchacho haya fallecido y esté en el cielo. ¡Parecía tan próximo a ello, el pobre muchacho!

—¡Raff Brinker! ¡Que me trates así, cuando llevo desde los veintidós años cuidándote y soportándote, es una vergüenza! ¡Sí, y además un escándalo! —gritó su mujer poniéndose colorada y con la respiración entrecortada.

La voz de Raff todavía era débil.

—¿A *qué* manera de tratarte de refieres, Meitje?

—¿A qué manera? —repitió Dame Brinker imitando su voz y sus gestos— ¿A qué manera? Pues a la manera en que son tratadas todas las mujeres del mundo después de haber permanecido junto a sus maridos en las peores circunstancias, como una...

—¡Meitje!

Raff estaba inclinado hacia delante, con los brazos extendidos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Un instante después, Dame Brinker estaba a sus pies, estrechando las manos de él entre las suyas.

—¡Oh! ¿Qué es lo que he hecho? ¡He hecho llorar a mi hombre, cuando apenas hace cuatro días que vuelve a estar conmigo! Mírame, Raff, querido mío, siento haberte herido. Es duro que no me cuentes nada acerca del reloj después de haber esperado diez años para saberlo, pero no te volveré a preguntar, Raff. Ya está, olvidémonos de este trasto que ha causado el primer problema entre nosotros, y más después de que Dios me haya permitido recuperarte de nuevo.

—He sido un tonto por haber llorado, Meitje —dijo él dándole un beso—, y es completamente natural que quieras saber la verdad. Pero es como si al hablar del asunto estuviera revelando los secretos de los muertos.

—¿Crees que el hombre, el muchacho del que estabas hablando, está muerto? —preguntó la esposa, ocultando el reloj en su mano, pero sentándose expectante en el borde de la banqueta.

—Es difícil de decir —respondió él.

—¿Tan enfermo estaba, Raff?

—No, no es que estuviese enfermo, sino más bien preocupado, querida esposa, muy preocupado.

—¿Acaso había hecho algo malo? —preguntó ella bajando la voz.

Raff asintió.

—¿Asesinato? —susurró la esposa sin atreverse a alzar la vista.

—Dijo que, en efecto, era algo parecido a eso.

—¡Oh, Raff!, me estás asustando, cuéntame más. Hablas de forma tan extraña, y estás temblando. Tengo que saberlo todo.

—Si tiemblo, querida esposa, será por la fiebre. ¡Mi conciencia está libre de culpa, gracias a Dios!

—Toma un sorbo de este vino, Raff. Ya está, ahora te sentirás mejor. Decías que era algo así como un crimen.

—Sí, Meitje, como un asesinato; *eso* es lo que él mismo me dijo. Pero nunca le creí. Un muchacho prometedor, de apariencia vigorosa y honesta, como nuestro Hans, pero con algo no tan sincero y recto en su interior.

—Sí, ya veo —dijo la señora amablemente, temiendo interrumpir el relato.

—Se me acercó de forma bastante repentina —prosiguió Raff—. Nunca antes había visto su rostro, el rostro más pálido y temeroso que haya habido jamás. Me agarró del brazo y me dijo: «Usted parece un hombre honrado».

—Sí, en eso tenía razón —interrumpió ella muy enfáticamente.

Raff pareció algo disgustado.

—¿Por dónde iba, esposa mía?

—El muchacho te agarró del brazo, Raff —dijo ella mirando a su marido con ansiedad.

—Ah, sí. Las palabras me vienen de una forma extraña, y todo es como si fuese un sueño, ya ves.

—¡Nada, nada! Es natural, pobrecillo —dijo ella suspirando y estrechando su mano—. Si no tuvieras una cabeza que vale por las de doce, jamás habrías recuperado el juicio de nuevo. Pues bien, el muchacho te agarró por el brazo, y te dijo que parecías honrado (¡y con razón!). ¿Qué pasó entonces? ¿Era mediodía?

—No; antes del amanecer, mucho antes de que sonaran las primeras campanas.

—Fue el mismo día en que te hiciste daño —dijo ella—. Sé que me pareció que te habías ido a trabajar en mitad de la noche. Lo has dejado en el momento en que te agarró del brazo, Raff.

—Sí —prosiguió su marido—, y puedo ver su cara como si hiciera un minuto, pálida y con un aspecto salvaje. «Lléveme un poco río abajo», dijo él. Recordarás que por entonces trabajaba muy abajo en primera línea, al otro lado de Ámsterdam. Le dije que no era barquero. «Es un asunto de vida o muerte», dijo él; «lléveme unos pocos kilómetros, aquel esquife no tiene candado, pero podría ser el bote de un hombre pobre ¡y no quiero robar!» (Puede que las palabras difieran algo, esposa mía, porque está todo borroso). Así que le conduje río abajo; unos

diez o doce kilómetros¹, y luego dijo que el resto del camino lo recorrería por la orilla. Yo tenía prisa por devolver el bote. Antes de saltar de éste, me dijo entre sollozos: «Puedo confiar en usted. He hecho algo... Dios sabe que no era mi intención... pero el hombre está muerto. Tengo que huir de Holanda».

—¿Qué fue lo que hizo? ¿Te lo dijo? ¿Disparó a algún compañero, como hacen en la Universidad de Gotinga?

—No lo recuerdo. Quizá me lo dijera; pero es todo como un sueño. Le dije que no era propio de mí, un buen holandés, violar las leyes de mi país ayudándole a escapar de esa manera; pero siguió diciendo: «¡Dios sabe que soy inocente!», y a la luz de las estrellas me miró con una mirada tan limpia y justa como la de nuestro pequeño Hans, así que simplemente me alejé de allí lo más rápido que pude.

—Seguramente era el bote de Jan Kamphuisen — señaló Dame Brinker secamente—; nadie más dejaría los remos fuera, de forma tan descuidada.

—Sí, estoy seguro de que era el bote de Jan. Lo más probable es que venga a visitarme el domingo, si es que se ha enterado; y el joven Hoogsvliet también. ¿Por dónde iba?

[Afortunadamente ella se contuvo. Haberle comentado acerca de Jan tras la cruel decepción de la noche anterior

1 Seis u ocho millas.

habría supuesto dejar salir más pesares y suspicacias de las que Raff podría sobrellevar.]

¿Que por dónde vas? No muy avanzado, supongo, ya que el muchacho aún no te ha dado el reloj. ¡Ay de mí, me hace sospechar si lo habría obtenido honestamente!

—Pero mujer —exclamó Raff en tono indignado—, iba vestido de forma elegante y fina, como un príncipe. El reloj era suyo, eso está claro.

—¿Y cómo es que te lo dio? —preguntó ella, mirando incómoda al fuego, que ya necesitaba otro bloque de turba.

—Te lo acabo de decir —respondió él con perplejidad.

—Cuéntamelo otra vez —dijo Dame Brinker evitando sabiamente otra digresión.

—Está bien, pues justo antes de saltar del bote, me dio el reloj y me dijo: «Huyo de mí país, algo que nunca pensé que podría suceder. Confío en usted porque parece una persona honrada. Entrégueselo a mi padre, no hoy, sino dentro de una semana, y dígame que su infeliz hijo se lo envía; dígame que si algún día llega un momento en que quiera que yo regrese, arrostraré lo que sea y volveré. Dígame también que envíe una carta a...a...». Ya está, he olvidado el resto. No *puedo* recordar adónde debía enviar la carta. ¡Pobre muchacho!, pobre muchacho —continuó Raff, tomando apenado el reloj del regazo de su esposa mientras hablaba—, y hasta el día de hoy su padre no lo ha recibido.

—Yo se lo llevaré, Raff, no temas, en cuanto vuelva Gretel. No tardará mucho. ¿Cómo has dicho que se llamaba el padre? ¿Dónde te dijo que podías encontrarlo?

—¡Vaya! —respondió Hans, hablando muy despacio—, se me ha borrado todo. Puedo ver claramente la cara del muchacho, y sus grandes ojos, y recuerdo que abrió el reloj y sacó algo de dentro y lo beso, pero no recuerdo más. El resto está envuelto en neblinas, y cada vez que intento pensar en ello es como si viniese sobre mí un estruendo como de torrentes de aguas.

—Sí. Resulta natural, Raff; yo he tenido la misma sensación después de tener fiebre. Debes de estar cansado. Tengo que acostarte otra vez ahora mismo. Me pregunto *dónde* se habrá metido esta chiquilla.

Dame Brinker abrió la puerta y se puso a llamar:

—¡Gretel! ¡Gretel!

—Échate a un lado, esposa —dijo Raff débilmente, inclinándose hacia delante y procurando echar un vistazo al paisaje desnudo—; creo que me apetece ir más allá de la puerta sólo una vez.

—De eso nada —rió ella—. Le diré al doctor que intentas engañarnos, te agitas y nos das la lata para que te dejemos salir al aire libre; y, si da su aprobación, mañana te abrigaré bien y te dejaré dar una vueltecita a pie. Pero me estoy congelando de tener la puerta abierta. Me pregunto si esa no será Gretel con su delantal lleno, patinando por el canal

como una loca. ¡Pero hombre! —prosiguió ella casi gritando mientras cerraba de un golpe la puerta—, ¡cómo se te ocurre caminar hasta la cama sin mi ayuda! ¡Te vas a caer!

Su tono de voz mostraba claramente, incluso más que la forma que tuvo de correr hacia su marido, la existencia de una mezcla de miedo y alegría. Pronto éste estuvo cómodamente arropado bajo su nueva manta, y mientras su esposa le abrigaba para que estuviera calentito, Raff afirmó solemnemente que esta era la última vez que le verían en la cama en pleno día.

—¡Sí, yo también espero que sea así! —dijo riendo Dame Brinker—, ahora que ya no paras de dar vueltas. —Mientras Raff cerraba los ojos, ella se apresuró a avivar el fuego, o más bien a contenerlo, porque la turba holandesa es como los naturales del país, lentos para encenderse, pero producen grandes llamas una vez que han prendido. Después, apartando a un lado su desatendida rueca, sacó su labor de punto de algún bolsillo invisible y se sentó junto a la cama.

—Si pudieras recordar el nombre de ese hombre, Raff —empezó a decir cautelosamente—, yo misma le llevaría el reloj mientras duermes; Gretel debería ya estar aquí pronto.

Raff intentó pensar, pero fue en vano.

—Podría ser Boomphoffen —sugirió ella—. He oído que a sus dos hijos les fue mal. ¿Gerard y Lambert?

—Podría ser —dijo Raff—. Mira si hay grabada alguna inicial en el reloj; eso podría resultar útil.

—¡Bendito seas, esposo mío! —exclamó ella muy feliz, levantando ansiosa el reloj—. ¡Eres tan astuto como siempre! Desde luego, ¡aquí están las iniciales! L. J. B. Seguro que se trata de Lambert Boomphoffen; lo que no sé es a qué corresponde la jota; pero solían ser gente de alcurnia, más presumida que un pavo real. Justo el tipo de gente que les pone a sus hijos dos nombres, lo cual en todo caso no está en la Escritura.

—No estoy seguro de ello, esposa mía. Me parece que en el Libro Santo hay largos nombres compuestos, bastante difíciles de pronunciar. Pero creo que has acertado a la primera. Siempre ha sido así contigo —dijo Raff cerrando los ojos—; lleva el reloj a los Boompkink a ver qué pasa.

—A los Boompkink no; no conozco a nadie con ese nombre; sino a los Boomhoffen.

—Sí, llévaselo a ellos.

—¡Llévaselo a ellos! Toda la familia ha ido emigrando a América los últimos cuatro años. Pero vete a dormir, Raff; pareces pálido y sin fuerzas. Ya decidirás por la mañana lo que debemos hacer. ¡Vaya, señorita Gretel! ¡Al fin has llegado!

Antes de que Raff despertara aquella noche, el hada madrina, como sabemos, había estado en la cabaña, los *guilders* estaban una vez más guardados a salvo en el gran arcón, y Dame Brinker y los niños se habían banquetado suntuosamente con carne, pan blanco y vino.

Así que la madre, alegre de corazón como estaba, había compartido con ellos la historia del reloj, hasta el nivel de

detalle que consideró prudente. Pensó que era sencillamente justo que los pobres conocieran la historia, y más tras haber guardado tan bien aquel secreto durante tanto tiempo, desde que habían sido suficientemente mayores como saber algo.

UN DESCUBRIMIENTO

El siguiente amanecer les trajo un día muy ajetreado a los Brinker.

En primer lugar, era necesario, por supuesto, comunicarle al padre las noticias acerca de los mil *guilders*. Una noticia tan buena como esa, seguro que no le haría daño. Más tarde, mientras Gretel obedecía diligentemente la orden de su madre de «dejar la casa tan limpia como los chorros del oro», Hans y Dame se pusieron en marcha para deleitarse en la compra de turba y provisiones.

Hans iba despreocupado y contento; su madre disfrutaba de la deliciosa ansiedad causada por los nuevos antojos imposibles que habían brotado como champiñones en una sola noche por valor de unos disparatados diez mil *guilders*. La feliz mujer estuvo tan parlanchina con Hans de camino a Ámsterdam, y al final se trajo de regreso unos paquetes tan pequeños, que al llegar a casa Hans se rascaba su extrañada cabeza apoyado en el marco de la chimenea preguntándose si aquello de «cuanto más abultada la bolsa, más apretados están sus cordones» lo había leído en el libro de Jacob Cats, y por lo tanto era cierto, o lo había soñado una noche de fiebre.

—¿En qué piensas, ojazos? —dijo canturreando su madre, adivinándole a medias, el pensamiento,

mientras se afanaba en preparar la cena—. ¿En qué piensas? Porque, créelo Raff, el chico pensaba que cargaría medio Ámsterdam de vuelta sobre su cabeza. ¡Qué Dios nos ayude! Si por él fuese habríamos comprado tanto café como para llenar esta olla; «No, no, no, muchacho», dije yo, «cuando el barco está ricamente cargado hay que tener cuidado con las vías de agua», y cómo me miraba, justo como me mira ahora. ¡Despierta, muchacho! Vete a dar una vueltecita. Si sigues ahí, con la mirada fija y tan pensativo, acabarás quedándote pegado a la chimenea. Raff, aquí está tu silla, en la cabecera de la mesa, donde debe estar, porque ahora hay un HOMBRE en casa, se lo diría al rey en la cara. Sí, de esa forma, apóyate en Hans; ¡un cayado fuerte para ti!, que también crece como un hierbajo, pero si parece que fue ayer cuando todavía gateaba. Siéntate, mi hombre, siéntate.

—¿Recuerdas, esposa —dijo Raff, instalándose cuidadosamente en la gran silla—, la maravillosa caja de música que alegraba tu trabajo en la gran casa de Heidelberg?

—Claro que sí —respondió ella—, tres vueltas a la llave de bronce y aquella cosa embrujada empezaba a emitir claramente una música que le recorría a uno la espalda de arriba abajo. Lo recuerdo muy bien, pero Raff —añadió poniéndose solemne en un instante—, nunca desperdiciarías nuestros *guilders* en algo como eso, ¿verdad?

—No, no, yo no, esposa mía, porque el buen Dios

ya me ha dado una caja de música sin necesidad de pagar nada.

Dame, Hans y Gretel se lanzaron unas miradas rápidas y asustadas entre ellos, y también a Raff. ¿Habría salido volando su sentido común una vez más?

—Sí, y una caja de música de la que no me desprendería ni por cincuenta bolsas llenas de dinero —insistió Raff—; se pone en marcha con el giro del mango de una escoba, y se desliza y planea por toda la habitación en un instante, llevando la música por ahí hasta que te convences de que la casa está llena de pajarillos.

—¡Bendito San Bavón! —chilló la señora Brinker—. ¿Qué le pasa a este hombre?

—¡Consuelo y alegría, esposa mía, eso es lo que me pasa! ¡Pregúntale a Gretel, pregúntale a mi pequeña caja de música, si a este hombre le han faltado consuelo y alegría en este día!

—No sólo a él, madre —dijo Gretel riendo—. Padre también ha sido *mi* caja de música. La mitad del tiempo que has estado fuera ambos hemos cantado juntos.

—Ah, bueno —dijo la madre con gran alivio—. Venga, Hans, no creo que tengas suficiente con ese trozo; no te preocupes, polluelo, ya has ayunado suficiente; y tú, Gretel, sírvete otra rodaja de salchicha; conseguirá llevar sangre a tus mejillas.

—¡Oh, oh, madre! —dijo Gretel riendo y acercando ansiosa su plato—, en las mejillas de las chicas no crece sangre sino rosas, te referías a las rosas, ¿no es cierto, Hans?

Mientras Hans se afanaba por tragar rápidamente un bocado del tamaño de un mamut, para poder dar una respuesta adecuada a tan poética pregunta, Dame Brinker zanjó la cuestión con un rápido:

—Bueno, me da igual si son rosas o sangre, lo que importa es que el color rojo llegue hasta tu resplandeciente rostro. Ya es suficiente para una madre tener un aspecto tan pálido y cansado, como para además...

—Alto, esposa —exclamó Raff atropelladamente—, estás más lozana y sonrosada ahora mismo que nuestros dos polluelos puestos juntos.

Este comentario, aunque no ofrecía muy buen testimonio en cuanto a la lucidez del intelecto recién despertado de Raff, hizo, no obstante, que su señora quedara intensamente satisfecha; y así, la comida transcurrió de la manera más plácida.

Tras la cena, se habló de nuevo del asunto de reloj, y las misteriosas iniciales fueron debidamente discutidas.

Hans acababa de devolver el taburete a su sitio, con la intención de comenzar el trabajo para el señor Van Holp, y su madre se había levantado para poner el reloj de vuelta en su viejo escondite, cuando escucharon el sonido de las ruedas de un carruaje sobre el terreno helado.

Alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar.

—Adelante —balbuceó Dame Brinker intentando de forma apresurada ocultar el reloj en su pecho—. ¡Oh! ¡Es usted, doctor! En buena hora; mi esposo está casi recuperado, como puede ver. Esta humilde casa no es digna de su presencia, doctor, ni siquiera hemos recogido la cena.

El Dr. Boekman apenas prestó atención a las disculpas de la señora. Evidentemente tenía mucha prisa.

—¡Ejem! —exclamó—, veo que ya no se me necesita aquí. El paciente se recupera rápidamente.

—Bien puede —gritó ella— ya que anoche encontramos mil *guilders* que se nos habían perdido hace diez años.

El Dr. Boekman puso cara de asombro.

—Sí, doctor —dijo Raff—. Le pedí a mi esposa que se lo dijese, aunque debe quedar entre nosotros, ya que no dudo de que usted sabrá tener sus labios sellados tan bien como cualquier otro hombre.

El doctor frunció el ceño. Nunca le habían gustado los comentarios personales.

—Ahora, doctor —prosiguió Raff—, podemos abonarle el justo honorario por sus servicios. Dios sabe que se los ha ganado, si es que traer de vuelta al mundo y a su familia a un pobre desgraciado como yo, puede ser llamado un servicio. Dígale a mi esposa

cuánto le debemos, gustosamente le entregará la suma ahora mismo.

—¡Basta, basta! —dijo el doctor amablemente—, no digan nada más acerca de dinero. Puedo obtener ese tipo de recompensa cuando quiera, pero la gratitud se encuentra contadas veces. El agradecimiento de este muchacho —añadió desviando la vista hacia Hans—, ha sido pago suficiente para mí.

—Seguro que usted también tiene un hijo —dijo Dame Brinker muy contenta de ver al gran hombre tan sociable.

El buen temperamento del Dr. Boekman se desvaneció en un instante. Dio un gruñido (o al menos eso le pareció a Gretel), pero realmente no respondió.

—Señor, no piense que mi esposa es una entrometida —dijo Raff—, hace poco la conmovió bastante el caso de un muchacho cuyos padres se han marchado, nadie sabe dónde; y yo tengo un mensaje para ellos del joven caballero.

—El apellido de la familia es Boomphoffen —dijo la dama con ilusión—. ¿Conoce algo acerca de ellos?

La respuesta del doctor fue breve y brusca.

—Sí, una gente problemática. Hace tiempo que emigraron a América.

—Podría ser, Raff —insistió Dame Brinker tímidamente—, que el doctor conociese a alguien

en ese país, aunque según tengo entendido allí la mayoría son salvajes. Si pudiera hacerle llegar el reloj a los Boomphoffen junto con el mensaje del pobre muchacho, sería toda una bendición.

—¡Basta, esposa!, para que importunar al buen doctor cuando hay por todas partes mujeres y hombres al borde de la muerte que le necesitan. ¿Y cómo sabemos que ese es el verdadero nombre de la familia?

—No me cabe ninguna duda —replicó ella—. Tenían un hijo llamado Lambert, y por la parte de atrás hay una ele de Lambert, y una be de Boomphoffen; aunque es cierto que también hay una extraña jota, pero dejemos que sea el propio doctor quien lo vea.

—«L. B. J.» —exclamó el Dr. Boekman abalanzándose hacia ella.

¡Cómo podría describir la escena que se produjo a continuación! Lo único que puedo decir es que el mensaje del muchacho le fue entregado finalmente a su padre, entregado mientras el gran cirujano sollozaba como un niño pequeño.

—¡Laurens! ¡Mi Laurens! —clamaba, contemplando con ojos anhelantes el reloj que sostenía tiernamente en la palma de su mano—. ¡Ah, si lo hubiera sabido antes! Laurens, un vagabundo sin techo. ¡Cielo santo!, ¡podría estar sufriendo, muriéndose en este mismo instante! Intente recordar, buen hombre, ¿dónde se encuentra?, ¿dónde dijo mi chico que había que enviar la carta?

Raff sacudió la cabeza apesadumbrado.

—¡Piense! —imploró el doctor, pensando que seguramente la memoria de aquel hombre, tan recientemente despertada gracias a su ayuda, no rechazaría prestarle un servicio en un momento como este.

—Se me ha olvidado, señor —suspiró Raff.

Hans, dejando a un lado diferencias de rango y clase, olvidándolo todo excepto la necesidad de su buen amigo, rodeó el cuello del doctor con sus brazos.

—Yo encontraré a su hijo, señor. Si está vivo, estará *en alguna parte*. La Tierra no es tan grande. Dedicaré cada día de mi vida a buscarlo. Madre ya no me necesita. Usted es rico, señor; envíeme allí donde desee.

Gretel empezó a llorar. Era correcto que Hans fuese, ¿pero cómo iba ella a poder vivir sin Hans?

El Dr. Boekman no respondió nada, tampoco apartó a Hans de sí. Sus ojos estaban angustiosamente fijos en Raff Brinker. De repente, levantó el reloj y con tembloroso afán intentó abrirlo. Su agarrotado muelle cedió al fin; y la caja de metal se abrió del todo, revelando la existencia de una nota que llevaba un manojito de nomeolvides azules. Raff, viendo una sombra de intensa decepción en la cara del doctor, se apresuró a decir:

—Había algo más ahí, señor, pero el joven caballero lo arrancó antes de entregármelo. Lo besó y luego se lo guardó.

—Era un retrato de su madre —se lamentó el doctor—;

ella murió cuando él tenía diez años. ¡Gracias a Dios, el muchacho nunca la olvidó! ¿Ambos muertos? ¡Imposible! —exclamó, y luego empezó a contarles—. Mi hijo está vivo. Tienen que conocer su historia. Laurens actuaba como ayudante mío. Por error, suministró una medicina equivocada a uno de mis pacientes, un veneno mortal, pero éste nunca llegó a tomarla, ya que descubrí el error a tiempo. El hombre murió ese mismo día, y yo permanecí ocupado con otros casos difíciles hasta la noche siguiente. Cuando volví a casa mi hijo se había marchado. ¡Pobre Laurens! —sollozó el doctor, viniéndose abajo por completo—, nunca ha sabido nada de mí en todos estos años. Su mensaje desatendido. ¡Oh, cuánto debe de haber sufrido!

Dame Brinker se aventuró a hablar. Cualquiera cosa era mejor que ver llorar al doctor.

—Es maravilloso saber que el joven caballero era inocente. ¡Ah!, qué nervioso estaba cuando te decía, Raff, que su crimen era como un asesinato. Se refería a que había suministrado la medicina equivocada. ¡Pues vaya crimen! ¡Hasta nuestra pobre Gretel podría haberlo cometido! El pobre caballero supo que el hombre había muerto y por eso huyó, señor. Como usted sabe, le dijo a Raff que nunca podría volver a Holanda, a no ser que... —dijo titubeando—, ah, su eminencia, diez años es mucho tiempo para estar esperando noticias de...

—¡Ya está bien, esposa! —dijo Raff enérgicamente.

—Esperando noticias —gimió el doctor—, y yo como un tonto sentado obstinadamente en casa, pensando que me había abandonado. Nunca imaginé que el muchacho había descubierto su error con la medicina. Pensé que se trataba de una locura juvenil, que era ingratitud, deseo de aventuras, lo que le había hecho irse. ¡Mi pobre, pobre Laurens!

—Pero ahora lo sabe usted todo, señor —susurró Hans—. Sabe que él no hizo nada malo, que le amaba a usted y a su madre difunta. Le encontraremos. Volverá a verlo, querido doctor.

—¡Qué Dios te bendiga! —dijo el Dr. Boekman asiendo fuertemente la mano del muchacho—, que sea como dices. Lo intentaré... lo intentaré... y Brinker, si alguna vez tiene el más leve destello de un recuerdo concerniente a él, ¿me enviará noticias de inmediato?

—¡Desde luego que lo haremos! —exclamaron todos menos Hans, cuya silenciosa promesa habría dejado satisfecho al doctor aunque los demás no hubiesen hablado.

—Los ojos de su hijo —dijo volviéndose hacia Dame Brinker—, se parecen extrañamente a los del mío. La primera vez que me encontré con él me pareció que era el propio Laurens el que me miraba.

—Sí, doctor —respondió la madre orgullosa—, ya me di cuenta de que usted sentía mucho afecto hacia el muchacho.



El Dr. Boekman tomó el reloj
de bolsillo tiernamente en su mano.

Por unos momentos el doctor pareció sumido en sus pensamientos; entonces, volviendo en sí, habló con una nueva voz:

—Perdóneme, Raff Brinker, por este tumulto. No quiero que pierda el sosiego por mi culpa. Dejo su casa más feliz de lo que lo he estado en muchos años. ¿Puedo llevarme el reloj?

—Debe llevárselo, señor. Ese era el deseo de su hijo.

—Aún así —respondió el doctor, contemplando su tesoro con el entrecejo fruncido de una forma extraña, ya que su rostro no podía olvidar sus malos hábitos en tan sólo una hora—, aún así. Y ahora, debo irme. Mi paciente no necesita ninguna medicina, sólo paz y alegría, ambas cosas están presentes aquí en abundancia. ¡Qué Dios los bendiga, mis queridos amigos! Siempre les estaré agradecido.

—Que Dios le bendiga a usted también, señor, y que pueda encontrar pronto al querido joven caballero —dijo Dame Brinker con gran sentimiento, tras secarse apresuradamente los ojos con una esquina de su delantal.

Raff pronunció un vigoroso: «¡Amén!», y Gretel lanzó al doctor una mirada tan melancólica y anhelante, que este acarició su cabeza antes de girarse para salir de la cabaña.

Hans también salió.

—Señor, estoy a su disposición para servirlo en cualquier momento.

—Muy bien, muchacho —respondió el Dr. Boekman con particular ternura—. Transmite a los que están dentro que no digan nada de lo ocurrido. Mientras tanto, Hans, cuando estés con tu padre, vigila su estado de ánimo. Tú tienes tacto. En cualquier momento puede decirnos algo más.

—Así lo haré, confíe en mí, señor.

—¡Que te vaya bien, muchacho! —exclamó el doctor al subir en su imponente carruaje.

—¡Ajá! —Pensó Hans mientras se alejaba rodando—, el doctor tiene más esperanza y ganas de luchar de lo que pensaba.

LA CARRERA

El veinte de diciembre llegó al fin, trayendo con él el perfecto tiempo invernal. Por todo el paisaje se extendía uniformemente la cálida luz del sol. Probó su poder en el lago, el canal y el río; pero el hielo brilló desafiante sin mostrar la menor señal de querer derretirse. Hasta las veletas se detuvieron para disfrutar de las vistas. Esto hizo que los molinos tuviesen vacaciones. Casi toda la semana anterior habían girado con furia; ahora, ya casi sin aliento, se balanceaban perezosamente en el aire quieto y diáfano. ¡Intenta pillar a un molino de viento trabajando cuando las veletas no tengan nada que hacer!

Aquel día se acabó el moler, triturar y serrar. Eso benefició a los molineros de los alrededores de Broek. Bastante antes del mediodía decidieron recoger las velas de las aspas y acudir a ver la carrera. Todo el mundo estaría allí, el lado norte de la helada *Y* ya estaba bordeada de ansiosos espectadores; las noticias de la gran competición de patinaje se habían extendido de norte a sur. Hombres, mujeres y niños, con sus trajes de domingo, acudían en masa al lugar de la carrera. Algunos vestían pieles y capas o chales de invierno, pero muchos fiándose más de sus sensaciones que del calendario, iban vestidos como si fuera un día de octubre.

El lugar seleccionado para la carrera era una superficie de hielo completamente lisa cerca de Ámsterdam, en el gran brazo del *Zuiderzee*, que los holandeses, por supuesto, llaman «el Ojo». La gente de los pueblos se congregó en gran número. Los extranjeros que vivían en la ciudad lo consideraron una buena oportunidad para ver algo interesante. Muchos campesinos del norte habían escogido sabiamente el día veinte como su día de hacer negocios en la ciudad. Parecía que cualquiera, fuese joven o viejo, que tuviese ruedas, patines o unos pies obedientes se hubiese apresurado a acudir al lugar del acontecimiento.

Las clases acomodadas se presentaron en sus coches de caballos, vestidos a la última moda de los bulevares de París; también había niños de Ámsterdam con uniformes de organizaciones de caridad; chicas del orfanato católico romano, con vestidos negros y cintas blancas en la cabeza; chicos del Asilo Burgués, con sus leotardos negros y abrigos de arlequín de bordes cortos.¹ Había anticuados caballeros con sombreros de ala vuelta y calzones de terciopelo hasta las rodillas; damas anticuadas también, con rígidas faldas acolchadas y corpiños con deslumbrantes brocados, ambos acompañados por criados que cargaban capas y caliente pies. Allí estaban también los campesinos, ataviados con toda la variedad imaginable de trajes holandeses. Gente de campo, joven y tímida, con hebillas de bronce; sencillas doncellas de pueblo ocultando sus rubios cabellos bajo cintas doradas; mujeres cuyos largos y estrechos delantales estaban rígidos de

1 Esto no se explica con intención de burla. Tanto las chicas como los chicos de esta institución visten prendas a cuadros que alternan el rojo con el negro. Al llevar un atuendo tan claramente identificable, los niños son disuadidos, en alguna medida, de cometer fechorías cuando van a la ciudad. El Asilo de Huérfanos Burgués alberga cómodamente a varios cientos de chicos y chicas. Holanda es famosa por sus instituciones de caridad.

tantos bordados que llevaban; otras con la frente adornada de tirabuzones, o con la cabeza afeitada y cubierta por una cofia ajustada; aún otras con faldas a rayas y cofias como aspas de molinos. Hombres vestidos de piel, de paños caseros, de terciopelo y de paños finos; burgueses con trajes a la moda europea, o con chaquetas cortas, pantalones anchos y sombreros coronados por una copa puntiaguda.

Había bellas muchachas de Frisia con zuecos de madera y rústicas faldas, con sólidas diademas de oro circundando sus cabezas, rematadas a la altura de la sien con un florón dorado y con un lazo colgado de un siglo de antigüedad. Algunas vestían gargantillas, zarcillos y pendientes del oro más puro. Muchas se contentaban con oropeles dorados o incluso con bronce, pero entre las mujeres de Frisia no es nada infrecuente que la cabeza vaya adornada por todos los tesoros familiares. Más de una muchacha rústica podía exhibir aquel día, de hombros arriba, joyas por valor de dos mil *guilders*.

Esparcidos entre la multitud, había campesinos de la isla de Marken, con zuecos, calcetines negros y los pantalones bombachos más anchos que uno pueda imaginar; también mujeres de Marken con faldas cortas azules y chaquetas negras, con motivos alegres en la parte delantera, vistiendo mangas rojas, delantales blancos y unas cofias como mitras de obispo sobre sus rubios cabellos.

Los niños vestían a menudo de forma tan pintoresca y extraña como sus mayores. En resumen, un tercio de la multitud parecía haber salido de una colección de pintura holandesa.

Por todas partes podían verse mujeres altas y hombres rechonchos, chicas de cara jovial y jóvenes cuya expresión nunca cambiaba, desde el amanecer hasta el ocaso.

Parecía haber al menos un ejemplar de cada ciudad conocida de Holanda. Había aguadores de Utrecht, queseros de Gouda, alfareros de Delft, destiladores de Schiedam, talladores de diamantes de Ámsterdam, mercaderes de Róterdam, amojamados empaquetadores de arenques y dos pastores de ojos somnolientos de Texel. Cada uno de ellos llevaba su pipa y su bolsa de tabaco. Algunos llevaban lo que podría llamarse el atavío completo del fumador: una pipa, tabaco, un punzón con el que limpiar la boquilla, una red plateada para proteger la cazoleta y una caja de las más resistentes cerillas de azufre.

Tienes que recordar que un verdadero holandés difícilmente sale en alguna ocasión sin su pipa. En algún momento se le puede olvidar respirar pero, si se le olvida su pipa, creará morir. Ninguno de esos tristes casos se produjo aquí. No había un solo lugar del que no se levantasen plácidas volutas de humo. Cuanto más fantástica la voluta, más plácido y solemne el fumador.

¡Fíjate en esos chicos y chicas en zancos! Es una buena idea. Pueden ver sobre las cabezas de los más altos. Resulta extraño contemplar esos pequeños cuerpos suspendidos en el aire, transportados por ahí sobre misteriosas piernas. Tienen tales miradas de determinación en sus redondeadas caras, que no es de extrañar que ancianos caballeros nerviosos, dotados de tiernos pies, se sobresalten y tiemblen al ver pasar junto a ellos a esos pequeños monstruos de largas patas.

En ciertos libros leerás que los holandeses son un pueblo tranquilo, y por lo general es verdad, pero escucha: ¿habías oído alguna vez semejante estrépito? Y todo formado por voces humanas... no, los caballos colaboran algo, y los violines chirrían lastimeros (¡cuán difícil debe de ser afinar

un violín!), pero la mayor parte del sonido viene de la gran *vox humana* que pertenece a la multitud.

Ese curioso pequeño duende que va de un lado a otro con su pesada cesta, serpenteando por entre la multitud, ayuda y no poco. Escucha su grito estridente que se eleva sobre todos los demás sonidos: «¡Pypen en tabac! ¡Pypen en tabac!».

Otro, que parece su hermano mayor, aunque evidentemente sea algunos años más joven, vende rosquillas y bombones. Llama a todos los hermosos niños lejanos y cercanos, animándoles a acercarse rápido antes de que desaparezcan los pasteles.

Entre los espectadores conocerías a bastantes. Muy arriba, en el pabellón que hay a lo lejos, erigido sobre el borde del hielo, hay algunas personas a las que has visto muy recientemente. En el centro está Madame van Gleck. Es su cumpleaños, ¿recuerdas?; tiene el puesto de honor. También está el señor Van Gleck, cuya pipa de espuma de mar en realidad no ha crecido rápidamente hasta llegarle a los labios, sino que sólo lo parece. Están el abuelo y la abuela que conociste en la fiesta de San Nicolás. Todos los niños están con ellos. Hace un tiempo tan suave que se han llevado incluso al bebé. La pobre criaturita ha sido envuelta en mantillas casi como si fuera una momia egipcia, pero puede hacer gorgoritos tan satisfecho, y cuando la banda está tocando, abre y cierra sus animados mitones en perfecta sincronización con la música.

El abuelo, con su pipa, sus anteojos, y su gorro de piel, forma un bonito cuadro con el bebé sobre una rodilla. Situados en lo alto en sus plataformas cubiertas con doseles, este grupo puede ver todo lo que está pasando. No es de extrañar que las damas observen complacientes el cristalino hielo; con una

estufa como estrado uno podría sentarse cómodamente junto al Polo Norte.

Hay un caballero con ellos que guarda algún parecido con el San Nicolás que se les apareció a los jóvenes Van Gleck el cinco de diciembre. Pero el santo tenía una larga barba blanca; y esta cara es tan suave como la piel de una manzana. El cuerpo de su santidad era además más grande en general y (entre nosotros) llevaba un par de dedales en su boca, que este caballero, sin duda, no lleva. Así que no puede ser San Nicolás.

Cerca, en el siguiente pabellón, se sientan los Van Holp con su hijo y su hija (los Van Gend) de La Haya. La hermana de Peter no es de las que olvidan sus promesas. Ha traído ramilletes de exquisitas flores de invernadero para los vencedores.

Estos pabellones, y hay otros al lado, han sido todos levantados al amanecer. Aquel de forma semicircular lo ocupa la familia del señor Korbes, es muy bonito y prueba que los holandeses son unos fabricantes de carpas muy habilidosos, pero me gusta más el pabellón de los Van Gleck, el del centro, el de rayas rojas y blancas que está decorado con plantas de hoja perenne.

El que tiene las banderas azules es el de los músicos. Aquellos con forma de pagoda, embellecidos con conchas marinas y gallardetes de cada tonalidad posible, son las tribunas de los jueces, y esas columnas y astas de bandera sobre el hielo marcan los límites del recorrido de la carrera. Las dos columnas blancas, trenzadas con plantas y conectadas por la parte superior mediante esas largas bandas flotantes de cortinajes, forman la salida. Aquellas astas de banderas, a

un kilómetro² de distancia, marcan cada extremo de la línea que delimita el final del trayecto de ida, una línea marcada con la suficiente profundidad como para que los patinadores la distingan, pero no tanto como para que tropiecen en el momento de darse la vuelta para regresar al punto de salida.

Hace un día tan claro que apenas parece posible que las columnas y astas de bandera estén tan lejos. Por supuesto, las tribunas ocupadas por los jueces están algo más cerca, todas juntas.

Al fin y al cabo, un kilómetro sobre el hielo, con este tiempo, es una distancia corta, especialmente cuando está cercada por una cadena humana de espectadores.

La música ha comenzado. ¡Incluso la melodía parece disfrutar del aire libre! Los violines han olvidado su agonía, y todo es armonioso. Hasta que uno no se fija en la carpa azul, la música, que resulta tan gozosa e ilimitada, parece brotar de la luz del sol. Sólo al ver los rostros formales de los músicos uno se da cuenta de la verdad.

¿Dónde están los corredores? Todos reunidos cerca de las columnas blancas. Forman un bello espectáculo. Cuarenta chicos y chicas en pintorescos atavíos moviéndose de un lado a otro con una agilidad endiablada, o deslizándose por parejas, y tríos, gesticulando, charlando y susurrando en el esplendor de su jovialidad juvenil.

Unos pocos cuidadosos aprovechan discretamente para apretarse las correas; otros se detienen sobre una pierna, y con rostro enrojecido y ansioso cruzan súbitamente el patín sospechoso sobre su rodilla, le dan un zarandeo examinador

2 Una media milla.

y salen disparados de nuevo. Todos ellos están poseídos por el espíritu del movimiento. No pueden estarse quietos. Sus patines son parte de ellos y todas las cuchillas parecen embrujadas.

Al fin y al cabo, Holanda es el sitio perfecto para los patinadores. ¿En qué otro lugar pueden casi todos los niños y niñas realizar proezas sobre el hielo que atraerían a una multitud si se viesan en el Central Park? ¡Ahí está Ben! No lo había visto hasta ahora. Está dejando realmente asombrados a los nativos; algo difícil de conseguir en los Países Bajos. Ahorra fuerzas, Ben, las vas a necesitar pronto. ¡Ahora lo intentan también otros chicos! Ya han adelantado a Ben. ¡Qué saltos, qué poses, qué giros, qué proezas de elasticidad por todas partes! Ese muchacho de la gorra roja es el centro de atención en este momento; su espalda es el muelle de un reloj, su cuerpo es de corcho, ¡no, es de hierro o se habría partido al hacer eso! Es un pájaro, una peonza, un conejo, un sacacorchos, un duende, una pelota de carne y hueso, todo en un instante. Cuando piensas que está erguido está agachado; y cuando piensas que se agacha se levanta. Lanza su guante sobre el hielo y da un salto mortal mientras lo recoge. Sin detenerse, le arrebató la gorra a la asombrada cabeza de Jacob Poot, y se la pone de nuevo del revés. Los espectadores vitorean y ríen. ¡Qué chico tan imprudente! El clima es ártico bajo tus pies, pero resulta más que templado sobre tu cabeza. Grandes gotas empiezan a rodar por su frente. Con todo lo buen patinador que eres, podrías perder la carrera.

Un viajero francés, de pie y con un cuaderno de notas en la mano, observa a Ben, nuestro amigo inglés, comprar una rosquilla al hermano del enano y comérsela. Acto seguido anota en su cuaderno que los holandeses dan bocados

enormes, y son todos muy aficionados a las patatas hervidas en melaza.

Hay algunos rostros familiares junto a las columnas blancas. Lambert, Ludwig, Peter y Carl están todos allí, tranquilos y perfectamente preparados para patinar. Hans no está lejos. Evidentemente se va a sumar a la carrera, porque lleva los patines puestos, ¡los mismos que vendió por siete *guilders*! No tardó mucho en sospechar que su hada madrina era en realidad el misterioso «amigo» que los había comprado. Convencido de esto, la había acusado audazmente de haberlo hecho, y ella, sabiendo bien que había gastado todos sus pequeños ahorros en la compra, no tuvo el valor de negarlo. Gracias, también, al hada madrina se había transformado en alguien con perfecta capacidad para volver a comprarlos. Por lo tanto, Hans iba a participar en la carrera. Eso hizo que Carl estuviese más indignado que nunca pero, como participaban otros tres chicos campesinos, Hans no estaba solo.

Veinte chicos y veinte chicas. Estas se encontraban en ese momento situadas delante, preparadas para la salida, ya que iban a correr en primer lugar. Hilda, Rychie y Katrinka estaban entre ellas, dos o tres se agacharon apresuradamente para dar un último tirón a las correas de sus patines. Era gracioso verlas dar zapatazos con el fin de asegurarse que todo estaba firme. Hilda charlaba agradablemente con una grácil criaturita vestida con una chaqueta roja y una falda marrón nueva. ¡Vaya, si es Gretel! Qué diferente está con esos bonitos zapatos, la falda y la cofia nueva. Annie Bouman también estaba allí. Incluso habían admitido a la hermana de Janzoon Kolp, aunque los directores habían rechazado la inscripción de Janzoon por haber matado una cigüeña. Además, el verano anterior le habían sorprendido mientras intentaba robar un

nido de pájaros, algo considerado un delito en Holanda.

Verán, este Janzoon Kolp era... Bueno, ahora no puedo contarles la historia; la carrera está a punto de comenzar.

Las veinte chicas forman una línea. La música ha cesado.

Un señor, al que llamaremos El Pregonero, se sitúa entre las columnas y la primera tribuna de los jueces y lee las reglas con voz potente:

—Los chicos y las chicas correrán por turnos, hasta que una de ellas y uno de ellos haya vencido en dos ocasiones. Deben comenzar formando una línea entre las columnas, patinar hasta la línea delimitada por las astas de banderas, darse la vuelta y regresar al punto de partida, completando así dos kilómetros en cada carrera.

Desde la tribuna de los jueces se agita una bandera. En su pabellón, Madame van Gleck se levanta y se inclina hacia delante con un pañuelo blanco en la mano. Cuando lo suelte, un cornetín dará la señal de salida.

El pañuelo aletea en dirección al suelo. ¡Atención!

¡Ya han salido!

Alto. Otra vez a la salida. Al pasar por la tribuna de los jueces no estaban bien alineadas.

Se repite la señal.

Salen de nuevo. Sin errores esta vez. ¡Vaya!, ¡qué rápido van!

La multitud permanece en silencio un instante, absorta por la emoción, conteniendo el aliento.

Empiezan a brotar vítores entre las filas de los espectadores. ¡Hurra!, cinco chicas van en cabeza. ¿Quién

viene volando de regreso desde la línea que marca el límite? Imposible saberlo. Algo rojo, eso es todo. Un punto azul se mueve rápidamente a su lado, y lleva un poco de amarillo más cerca todavía. Los espectadores situados a este extremo del recorrido fuerzan la vista deseando haber ocupado un puesto más cerca de las banderas.

De nuevo la gente empieza a vitorear. ¡Ya podemos ver bien! ¡Katrinka va en cabeza!

Pasa por delante del pabellón de los Van Holp. El siguiente es el de Madame van Gleck. La figura recostada que contempla todo desde allí es como un imán. Hilda adelanta embalada a Katrinka, saludando con la mano a su madre al pasar. Ahora hay otras dos que están cerca, silbando como flechas. ¿Qué es ese destello rojo y gris? ¡Hurra, es Gretel! Ella, también, saluda con la mano, pero no hacia algún alegre pabellón. La multitud vitorea pero ella sólo oye la voz de su padre: «¡Muy bien, mi pequeña!». Pronto, Katrinka, riendo alegremente, sobrepasa a Hilda. La chica de amarillo avanza puestos ahora. Adelanta a todas excepto a Gretel. Los jueces se inclinan hacia delante sin dar la impresión de que levantan la vista de sus relojes. El aire está lleno de gritos de ánimo; incluso las columnas parecen temblar. Gretel pasa entre ellas. Ha ganado la carrera.

—¡Gretel Brinker! ¡Dos kilómetros! —grita el pregonero.

Los jueces asienten y escriben algo sobre las tablillas que sostienen en sus manos.

Mientras las chicas descansan, parte de la multitud se arremolina emocionada en torno a nuestra pequeña y asustada Gretel, al tiempo que otros permanecen apartados

con gran desdén. Mientras tanto los chicos forman una línea.

Esta vez es el señor Van Gleck quien suelta el pañuelo. ¡Los cornetines dan un vigoroso toque!

Los chicos han salido.

¡Ya están a medio camino! ¿Has contemplado alguna vez un espectáculo semejante?

Trescientas piernas centellean por un instante. Pero sólo compiten veinte chicos. No importa, ¡había cientos de piernas, seguro! ¿Dónde están ahora? Hay tanto ruido en el ambiente que resulta enloquecedor. ¿De qué se ríe la gente? Oh, de ese chico gordito que va el último. ¡Miren cómo avanza! ¡Mírenlo! Se va a caer de un momento a otro, no, qué va. Me pregunto si se da cuenta de que está solo; los demás chicos están ya cerca de la línea de las banderas. Sí, lo sabe. ¡Se para! Se seca el sudor de la cara. Se quita el gorro y mira a su alrededor. Mejor abandonar con elegancia. Con esa jovial risotada de asombro ha hecho cientos de amigos. ¡El bueno de Jacob Poot!

Nuestro buen amigo ya se encuentra entre los espectadores, observándolo todo con la misma emoción que los demás.

Al llegar a las banderas, una nube de finas partículas de hielo sube desde los talones de los patinadores al girar estos y darse la vuelta.

Algo negro se aproxima ahora, uno de los chicos, eso es todo lo que sabemos. Ha detenido la *vox humana* de la multitud, ahora la gente ruge de emoción. Ya se acercan, podemos ver la gorra roja. ¡Ahí está Ben, ahí está Peter, ahí está Hans!

¡Hans va en cabeza! La joven Madame van Gend prácticamente estruja las flores que lleva en la mano; estaba bastante segura de que Peter sería el primero. Carl Schummel va a continuación, después Ben, y el joven de la gorra roja.

Los demás se encuentran cerca. Una figura alta emerge rápidamente entre ellos. Adelanta al de la gorra roja, también a Ben, y a Carl. Ahora va empatado con Hans. Madame van Gend contiene el aliento.

¡Es Peter! ¡Va en cabeza! Hans le adelanta. Los ojos de Hilda se llenan de lágrimas. Peter *tiene* que vencer. En cambio los de Annie brillan de orgullo. Gretel observa fijamente con las manos entrelazadas, otras cuatro zancadas y su hermano estará entre las columnas.

¡Ahí está! Sí, pero también el joven Schummel, un segundo antes. En el último instante, Carl, juntando todas sus fuerzas, ha pasado volando entre ellos y ha llegado el primero a la meta.

—¡Carl Schummel! ¡Dos kilómetros! —grita el pregonero.

Pronto Madame van Gleck se levanta de nuevo. La caída del pañuelo da la señal al cornetín; y el cornetín, usando su voz como la cuerda de un arco, dispara veinte chicas como otras tantas flechas.

Es un espectáculo magnífico, pero uno debe darse prisa en observar; antes de poder distinguirlas bien, ya se encuentran a lo lejos en la distancia. Esta vez forman un pelotón compacto; y cuando dan la vuelta en las banderas es difícil decir quién llegará primero a las columnas. Hay caras nuevas entre las que van delante, caras ansiosas y brillantes que no habíamos visto anteriormente. Katrinka está ahí, e Hilda, pero Gretel y Rychie van rezagadas. Gretel está desfalleciendo, pero cuando Rychie la adelanta, vuelve a avanzar con fuerzas renovadas. Ahora están muy cerca de Katrinka. Hilda todavía va delante; ya está casi «en casa». Desde que el toque del cornetín la hizo

volar no ha flaqueado ni una vez; sigue como una flecha acelerando hacia la meta. Resuenan los vítores. Peter guarda silencio pero sus ojos brillan como estrellas. «¡Hurra! ¡Hurra!».

La voz del pregonero se escucha de nuevo.

—¡Hilda van Gleck! ¡Dos kilómetros!

Un gran murmullo de aprobación se levanta de entre la multitud, confundiendo con la música hasta que ambos parecen formar un único sonido que resuena desde lo más hondo con un rítmico latido de alegría. Cuando ondea la bandera todo vuelve a estar en silencio.

Una vez más, el cornetín emite un toque terrorífico, que despacha a los chicos como hojarasca al viento, hojarasca oscura, lo admito, y bastante grande, que da la vuelta rápidamente a la línea de las banderas, conducida aún más rápido por los vítores y gritos que surgen a lo largo de recorrido.

Ya empezamos a ver quién se acerca. Esta vez hay tres chicos en cabeza, todos a la par. Hans, Peter y Lambert. Carl no tarda en romper las filas, pasando a través de ellos a toda velocidad. ¡Vuela, Hans! ¡Vuela, Peter! No permitan que Carl venza de nuevo. Carl, el amargado; Carl, el insolente. Van Mounen flaquea, pero ustedes están tan fuertes como siempre. Hans y Peter, Peter y Hans; ¿Quién va primero? Nos gustan los dos. Apenas nos importa cuál el de ellos sea el más veloz.

Hilda, Annie y Gretel, que están sentadas en un largo banco carmesí, ya no pueden permanecer quietas. Se ponen de pie en un brinco, tan diferentes la una de la otra, pero unidas en la emoción. Hilda inmediatamente se vuelve a sentar; nadie debe darse cuenta de lo interesada que está, nadie tiene que saber cuán ansiosa; cuán llena de esperanza

se encuentra. Cierra los ojos, Hilda, esconde el rostro radiante de gozo. Peter ha ganado.

—¡Peter van Holp! ¡Dos kilómetros! —exclama el pregonero.

El mismo murmullo de excitación que antes mientras los jueces toman notas, el mismo latir de la música a través del estrépito, pero hay algo diferente. Una pequeña multitud se arremolina en torno a algo que hay cerca de una de las columnas. Carl se ha caído. No se ha hecho daño, aunque está algo conmocionado. Si no fuese tan orgulloso encontraría más simpatía en esos jóvenes corazones enfervorecidos. Pero siendo como es, le olvidan tan pronto como se pone en pie de nuevo.

Las chicas van a patinar dos kilómetros por tercera vez.

¡Qué aspecto tan decidido tienen estas pequeñas damiselas mientras forman la línea! Algunas parecen solemnes, con un sentido de la responsabilidad; otras exhiben una sonrisa entre tímida y desafiante; pero un aire de determinación las invade a todas.

Este tercer recorrido puede decidir la carrera. Sin embargo, si no vencen ni Gretel ni Hilda, las demás seguirán teniendo la oportunidad de ganar los patines de plata.

Cada chica se siente segura de que en esta ocasión conseguirá completar el recorrido en la mitad de tiempo. Cómo zapatean para poner a prueba sus cuchillas, con cuántos nervios examinan cada correa, qué erguidas permanecen finalmente, ¡con todas las miradas puestas en Madame van Gleck!

El cornetín las estremece de nuevo. Con temblorosa

ansiedad se impulsan hacia delante, inclinadas, pero en perfecto equilibrio. Cada rápida zancada parece más larga que la anterior.

Ya se deslizan en la distancia.

De nuevo el ansioso forzar de la vista, de nuevo los vítores y gritos de ánimo, de nuevo la tensa emoción hasta que, tras unos pocos momentos, cuatro o cinco de ellas se adelantan al resto y regresan a toda velocidad, cada vez más y más cerca de las columnas blancas.

¿Quién va en cabeza? No es Rychie, ni Katrinka, ni Annie, ni Hilda, ni la chica de amarillo, sino Gretel, Gretel, el duendecillo de niña más veloz que jamás haya patinado. En la anterior carrera apenas estaba jugando, *ahora* sí pone todo su empeño, o hay algo dentro de ella que ha inflamado su deseo de vencer. La pequeña y ágil figura no parece hacer ningún esfuerzo; pero no se detendrá, ¡no hasta no haber cruzado la meta!

El pregonero levanta su voz en vano, nadie puede escucharlo. No tiene nada novedoso que contar, porque ya resuena por toda la multitud. *¡Gretel ha ganado los patines de plata!*

Ha volado sobre el hielo como un pájaro, y como un pájaro mira a su alrededor de forma tímida y asustada. Si pudiera, saldría disparada hacia el rincón protegido donde se encuentran su padre y su madre. Pero Hans está a su lado, las chicas se apiñan en torno a ella. La voz amable y gozosa de Hilda le susurra algo en el oído. Ya nadie podrá despreciarte. Cuides o no cuides gansos, ahora serás reconocida como ¡la reina de las patinadoras!

Con natural orgullo Hans se da la vuelta para ver si Peter van Holp está siendo testigo del triunfo de su hermana. Pero

Peter no les presta la más mínima atención. Está de rodillas, con el rostro inclinado lleno de preocupación, y trabajando apresuradamente en sus correas. Hans acude de inmediato a su lado.

—¿Le ocurre algo, señorito?

—¡Ah, Hans! ¿Eres tú? Sí que me ocurre algo, se acabó la diversión para mí. He intentado apretarme esta correa, hacer un nuevo agujero, pero este latoso cuchillo casi la parte por la mitad.

—¡Señorito! —dijo Hans al tiempo que se quitaba un patín—, ¡tiene que utilizar las mías!

—¡No, de ninguna manera, Hans Brinker! —exclamó Peter alzando la vista—. Aunque te lo agradezco de corazón. Ve a ocupar tu puesto, querido amigo, el cornetín sonará en un minuto.

—Señorito —rogó Hans con voz enronquecida—, acaba de llamarme querido amigo. ¡Tome esta correa, rápido! No hay un instante que perder. No voy a patinar esta vez, es evidente que no estoy en forma. Señorito, *tiene* que aceptarla. —Y Hans, ciego y sordo ante cualquier protesta, introdujo su correa en el patín de Peter y le imploró que se lo pusiera.

—¡Venga, Peter! —exclamó Lambert desde la línea de salida—, te estamos esperando.

—Hágalo por la señora —rogó Hans—, dese prisa. Le está haciendo señas para que se una al resto de los corredores. El patín está casi listo; rápido, señorito, apriéteselo. Yo ya no tengo posibilidades de ganar.

La carrera está entre el señorito Schummel y usted.

—¡Eres un tipo muy noble, Hans! —exclamó Peter cediendo al fin. Se puso en su puesto justo cuando el pañuelo blanco caía al suelo. El cornetín emitió su sonido, alto, claro y vibrante.

¡Allá van los muchachos!

—¡Dios mío! —exclama un tipo duro de Delft—. Estos jovenzuelos de Ámsterdam pueden vencer a cualquiera. ¡Míralos!

Sí, mirémoslos. Cada uno de ellos es un Mercurio alado. ¿En qué recado loco se hallan inmersos? Ah, ya sé; van a la caza de Peter van Holp. Él es una especie de fugitivo del Olimpo de pies veloces. Mercurio y su tropa de primos alados le persiguen. ¡Le van a alcanzar! Ahora Carl es el fugitivo, la persecución es cada vez más furiosa, ¡Ben va en cabeza!

La partida de caza se ve envuelta en una neblina. Ya vienen en esta dirección. ¿Quién es ahora la presa? El propio Mercurio. Es Peter, Peter van Holp; vuela Peter, Hans te está mirando. Él envía toda su velocidad, toda su fuerza a tus pies. Tu madre y tu hermana están lívidas de emoción. Hilda tiembla y no se atreve a alzar la vista. ¡Vuela, Peter!, la multitud no ha perdido el juicio, simplemente está vitoreando. ¡Tus perseguidores están cerca! ¡Toca la blanca columna! Te hace señas, se tambalea ante ti...

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Peter ha ganado los patines de plata!

—¡Peter von Holp! —gritó el pregonero. ¿Pero quién pudo oírlo?

—¡Peter van Holp! —gritaron cientos de voces, porque era el favorito del lugar—. ¡Hurra! ¡Hurra!



**Gretel, la Reina de los Patinadores,
actuó con gratitud.**

Ahora la música estaba decidida a que la escucharan. Dio comienzo una animada melodía, después una tremenda marcha. Los espectadores pensaron que algo nuevo estaba a punto de suceder, y condescendieron a escuchar y mirar.

Todos los corredores formaron una única fila. Peter, por ser el más alto, se puso el primero. Gretel, la más bajita de todos, ocupó su sitio al final. Hans, que le había pedido prestada una correa al chico de los pasteles, estaba cerca de la cabeza.

Tres arcos alegremente decorados fueron situados a intervalos junto al río frente al pabellón Van Gleck.

Patinando despacio, y en perfecta coordinación con la música, los chicos y las chicas avanzaron guiados por Peter.

Fue hermoso ver cómo se deslizaba esta brillante procesión como si fuera un ser vivo. Se curvaba y giraba, y dibujaba ágiles trazos entrando y saliendo por entre los arcos. Por donde quiera que iba la cabeza, es decir, Peter, el cuerpo le seguía sin dudarle. A veces se dirigía directamente al arco central y, de repente, poseída por un nuevo impulso, cambiaba súbitamente de dirección y se curvaba para pasar por el primer arco; luego, enderezándose lentamente y encorvándose, cruzaba el río serpenteando con movimientos rápidos, y pasaba en toda su longitud a través del arco más alejado.

Cuando el ritmo de la música era lento, la procesión parecía arrastrarse como un animal temeroso; cuando se animaba, la criatura salía disparada hacia delante de un salto, deslizándose rápidamente entre los arcos, dentro y fuera, curvándose, serpenteando, volviéndose, sin nunca perder su forma hasta que, con el estridente toque del cornetín elevándose sobre la música, se disolvió de repente dividiéndose

en chicos y chicas que formaron un doble semicírculo ante el pabellón de Madame van Gleck.

Peter y Gretel se situaron en el centro, adelantados a los demás. Madame van Gleck se levantó majestuosamente. Gretel temblaba, pero sentía que debía mirar a la hermosa dama. Había tal alboroto de conversaciones a su alrededor, que no pudo oír lo que le decía. Estaba pensando que debía hacer una reverencia como las que su madre hacía al doctor, cuando de repente pusieron en sus manos algo tan deslumbrante, que dio un grito de alegría.

Sólo entonces se aventuró a mirar a su alrededor. Peter también tenía algo entre sus manos.

—¡Oh, oh! ¡Es maravilloso! —exclamó.


—¡Oh, oh! ¡Es maravilloso!—repitió la multitud hasta donde alcanzaba la vista.

Mientras tanto, los patines de plata resplandecían a la luz del sol, lanzando destellos sobre aquellos dos felices rostros.

La señora Van Gend envió un pequeño mensajero con los ramilletes de flores. Uno para Hilda, otro para Carl, y dos más para Peter y Gretel.

Al ver las flores, la reina de los patinadores no pudo controlarse más. Con un brillo intenso de gratitud en la mirada, guardó los patines y el ramillete en su delantal, los abrazó contra su pecho, y salió disparada a buscar a su padre y su madre entre la dispersa multitud.

ALEGRÍA EN LA CABAÑA

uizá te haya sorprendido saber que Raff y su esposa estaban entre los espectadores de la carrera; aún te habrías sorprendido más si a continuación hubieses estado con ellos la noche de aquel feliz 20 de diciembre. Al ver la cabaña de los Brinker levantarse mohína y solitaria en los terrenos bajos helados, con sus paredes abultadas de aspecto reumático y un tejado como un sombrero desgarrado, calado muy por encima de los ojos, uno jamás habría sospechado la animada escena que había dentro. Fuera, apenas quedaba nada del día, tan sólo una franja de resplandor en el horizonte. Unas pocas nubes aventureras ya se habían incendiado, y otras, con su contorno ardiendo, se confundían entre la humareda.

Un destello descarriado de sol, resbalando desde el tocón del sauce, se introdujo rastras sigilosamente bajo la cabaña. Pareció sentir que si conseguía acercarse a ellos, los ocupantes le darían la bienvenida. La habitación bajo la que se escondió estaba tan limpia como una patena. Hasta las grietas de las vigas se habían encerado. Deliciosos olores llenaban el aire. Un gran fuego de turba sobre el hogar de la chimenea lanzaba destellos inofensivos de luz sobre las sombrías paredes, que jugueteaban a su vez sobre la gran Biblia de piel, la cama armario de Gretel, los utensilios de menaje en sus clavos, los

bellos patines de plata y las flores dispuestas sobre la mesa. El honesto semblante de Dame Brinker brillaba y titilaba por efecto de la luz cambiante. Gretel y Hans, con los brazos entrelazados, se recostaban junto al fuego riendo alegremente, ¡y Raff Brinker estaba bailando!

No quiero decir que estuviese haciendo piruetas o dando brincos, cosas que habrían sido totalmente indignas de un padre de familia; simplemente afirmo que mientras charlaban apaciblemente, Raff se levantó de su asiento, chasqueó los dedos y ejecutó dos o tres pasos muy parecidos a los del momento culminante de un baile de las tierras altas escocesas. A continuación, tomó a su esposa en brazos y, alborozado, la levantó del suelo.

—¡Fantástico! —exclamó—, ¡lo tengo!, ¡lo tengo! Es Thomas Higgs. ¡Ese es el nombre! Me ha venido de repente; ¡anótalo, muchacho, anótalo!

Alguien llamó a la puerta.

—Es el doctor —dijo su esposa emocionada—. ¡Dios mío, de qué forma suceden las cosas!

La madre y los niños entrechocaron alegremente en su afán apresurado por abrir la puerta.

Al final resultó que no era el doctor, sino tres chicos, Peter van Holp, Lambert y Ben.

—Buenas noches, jóvenes caballeros —dijo Dame Brinker, tan feliz y orgullosa que apenas le habría sorprendido recibir una visita del propio rey.

—Buenas noches, señora —dijeron los tres, haciendo majestuosas reverencias.

«¡Dios mío!», pensó Dame Brinker mientras se balanceaba de arriba abajo como una paleta de batir mantequilla, «¡menos mal que aprendí a hacer reverencias en Heidelberg!».

Raff se contentó con responder a los saludos de los chicos con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Les ruego que tomen asiento, jóvenes señores — dijo ella, mientras Gretel empujaba tímidamente una banqueta hacia los recién llegados—. Nos faltan sillas, como pueden ver, pero la que está junto al fuego está a su disposición, y si no les importa su dureza, el arcón de roble es tan buen sitio para sentarse como cualquiera. Eso es, Hans, arrástralo aquí.

Cuando los chicos estuvieron sentados a satisfacción de Dame Brinker, Peter, actuando como portavoz, les explicó que iban de camino a asistir a una conferencia en Ámsterdam, y que habían hecho un alto en el camino para devolverle a Hans su correa.

—Oh, señorito —protestó Hans de corazón—, es mucha molestia. Lo siento de veras.

—No es molestia en absoluto, Hans. Podría haber esperado a tu regreso al trabajo mañana, si no hubiese querido hacer esta visita. Y, Hans, hablando de tu trabajo, mi padre está muy satisfecho con él; un grabador profesional no lo habría hecho mejor. Le gustaría que decorases también la pérgola sur, pero le dije que vas a volver a la escuela.

—¡En efecto! —señaló Raff Brinker enfáticamente—.

Hans debe reincorporarse a la escuela inmediatamente, y Gretel también. Eso es cierto.

—Me alegra oírle decir eso —respondió Peter, volviéndose hacia el padre— y estoy muy contento de saber que se ha restablecido por completo.

—Sí, joven señor, estoy restablecido, y me encuentro capaz de trabajar tan duro como siempre, ¡gracias a Dios!

[En ese momento Hans escribió apresuradamente algo en el borde de un desgastado calendario que colgaba junto a la chimenea.]

—Sí, muy bien, muchacho, anótalo. ¡Figgs! ¡Wiggs! ¡Vaya! ¡Vaya! —añadió Raff muy apenado—. ¡Se me ha ido de nuevo!

—No se preocupe, padre —dijo Hans—, el nombre ya está escrito, negro sobre blanco. Aquí está, mírelo, padre; puede ser que el resto le venga también. Si además tuviéramos el lugar, la información estaría completa.

Después, volviéndose hacia Peter, dijo en un tono bajo de voz:

—Tengo un recado importante que hacer en la ciudad, señorito, y si...

—¡De eso nada! —exclamó la señora, alzando las manos—, nada de Ámsterdam esta noche, y le debes descanso a las doloridas piernas que te sostienen.

No, no, no, mañana temprano cuando salga el sol será suficientemente pronto.

—¡Cuando salga el sol! —repitió Raff—, eso no puede ser. No, Meitje, debe ir ahora mismo.

La esposa lo miró por un instante como si la recuperación de Raff se estuviese transformando en un beneficio algo dudoso; su palabra había dejado de ser la única ley de la casa. Afortunadamente, el proverbio que dice: «Una esposa humilde es la jefa de su marido», había echado en ella raíces profundas; y mientras reflexionaba, floreció en su mente.

—Como quieras, Raff —dijo sonriendo—, es tu chico y no sólo el mío. ¡Ah! Tengo una casa problemática, jóvenes señores.

Justo en ese momento Peter extrajo una larga correa de su bolsillo. Pasándosela a Hans, le dijo en voz baja:

—Sé que no necesito darte las gracias por dejármela, Hans. Los chicos como tú no andan buscando agradecimiento, pero tengo que decirte que me hiciste un gran favor, y estoy orgulloso de reconocerlo. Hasta que no me encontré inmerso en la carrera —añadió riendo— no me di cuenta de cuán ansioso estaba por vencer.

Hans se alegró de poder unirse a la risa de Peter, ya que le ayudó a ocultar su vergüenza y dio a su rostro la oportunidad de recuperar un poco de su color natural. Los chicos honrados y generosos como él, tienen esa forma estúpida de sonrojarse cuando uno menos lo espera.

—No fue nada, señorito — dijo su madre, acudiendo rápidamente en socorro de su hijo—; el muchacho tenía todo su corazón puesto en que usted pudiese ganar la carrera, ¡sé que lo tenía!

Esto ayudó maravillosamente a superar la situación.

—Ah, señorito —se apresuró a decir Hans—, desde la primera salida sentí mis pies rígidos y extraños; llevaba tanto tiempo sin entrenar que no tenía ninguna oportunidad de vencer.

Peter pareció bastante afligido.

—Puede que tengamos una opinión diferente sobre esto. Esa parte del asunto me sigue preocupando. Ahora es demasiado tarde para arreglarlo, pero me harías un favor muy grande si...

El resto de lo que dijo Peter fue expresado de forma tan confidencial que no puedo registrarlo aquí. Baste con decir que cuando, poco después, Hans se puso en marcha se sentía consternado, y Peter, que parecía muy avergonzado, balbuceó algo en el sentido de que se los quedaría, ya que había ganado la carrera, pero que era «totalmente injusto».

Llegado este punto, Van Mounen tosió como para recordar a Peter que la hora de la conferencia se aproximaba con rapidez. En ese mismo momento Ben dejó algo encima de la mesa.

—Vaya —exclamó Peter—, había olvidado el otro recado. Tu hermana se marchó hoy tan rápidamente que Madame van Gleck no tuvo oportunidad de darle el estuche de sus patines.

—¡Hum! —dijo Dame Brinker balanceando la cabeza como gesto de reproche hacia Gretel—, estoy segura de que ha sido una chica muy descortés. [Por dentro, pensaba que muy pocas madres son tan afortunadas de tener una hija pequeña tan maravillosa.]

—No, qué va —rió Peter—, hizo exactamente lo correcto, marcharse a casa con sus tesoros tan esforzadamente ganados. ¿Quién no habría hecho lo mismo? No permitas que te detengamos, Hans —dijo volviéndose hacia él mientras hablaba; pero Hans, que miraba con ansiedad a su padre, parecía haberse olvidado de la presencia de los muchachos.

Mientras tanto, Raff, ensimismado en sus pensamientos, repetía por lo bajo:

—Thomas Higgs, Thomas Higgs, sí, ese es el nombre. ¡Vaya! Si pudiera recordar también el lugar.

El estuche de los patines estaba elegantemente confeccionado con cuero marroquí carmesí, decorado con plata. Si un hada hubiera soplado sobre su pequeña llave, o el mismísimo señor Invierno hubiera diseñado sus delicados trazos, no podría haber sido más primorosamente bello. Sobre la tapa, escrito en resplandecientes letras, ponía: Para la más veloz. Estaba revestido de terciopelo, y en una esquina habían estampado el nombre y la dirección del fabricante.

Gretel le dio las gracias a Peter de la forma sencilla a la que estaba acostumbrada; quedándose absolutamente encantada y turbada, y no sabiendo qué más hacer, levantó el estuche y lo examinó cuidadosamente por todas partes.

—Ha sido hecho por el señor Birmingham —dijo después de un rato, todavía colorada y sujetándolo ante sus ojos.

—¡Birmingham! —repitió Lambert van Mounen—. Ese es el nombre de un sitio en Inglaterra. Déjame ver.

—¡Ja, ja, ja! —dijo riendo, y acercando el estuche abierto hacia el resplandor del fuego—, no me extraña que pensases eso; pero es un pequeño error. El estuche ha sido hecho en Birmingham, pero el nombre del fabricante está en letras más pequeñas. ¡Hum!, son tan pequeñas que no consigo leerlas.

—Déjame intentarlo —dijo Peter, inclinándose sobre su hombro—. Sí, hombre, se distinguen perfectamente. Es T... H..., es T...

—¿Y bien? —exclamó Lambert triunfante—; ya que las puedes leer tan claramente, dinos, ¿T, H, y qué más?

—T, H—T, H. ¡Oh! Ya está, Thomas Higgs, ciertamente —respondió Peter, contento de haber podido descifrarlo al fin. Después, sintiendo que se habían estado comportando bastante informalmente, se giró hacia Hans.

¡Peter empalideció! ¿Qué le ocurría a la gente? Raff y Hans habían dado un brinco y le miraban fijamente, con un asombro gozoso. Gretel parecía descontrolada. Dame Brinker, con un candil apagado en la mano, corría por la habitación gritando:

—¡Hans! ¡Hans! ¿Dónde está tu sombrero?, ¡oh, el médico!, ¡oh, el médico!

—¡Birmingham! ¡Higgs! —exclamó Hans—. ¿Ha dicho usted Higgs? ¡Lo hemos encontrado! Debo partir.

—Ya ven, jóvenes caballeros—dijo la señora jadeando, al mismo tiempo que agarraba el sombrero de Hans que estaba sobre la cama—, ya ven, le conocemos, es nuestro... no, no lo es, quiero decir... Oh, Hans, ¡tienes que salir hacia Ámsterdam enseguida!

—Buenas noches, señoritos —dijo Hans resoplando, súbitamente radiante de gozo—, buenas noches, discúlpenme, debo partir. Birmingham, Higgs, Higgs, Birmingham. —Y tomando su sombrero de manos de su madre y sus patines de las de Gretel, salió a toda prisa de la cabaña.

¡Qué otra cosa podían pensar los chicos, sino que toda la familia Brinker se había vuelto loca de repente!

Les desearon un avergonzado «buenas noches», y se dieron la vuelta para marcharse, pero Raff les detuvo.

—Este tal Thomas Higgs, jóvenes señoritos, es una... una persona.

—¡Ah! —exclamó Peter, completamente convencido de que Raff era el más loco de todos.

—Sí, una persona, una... ¡ejem!, un amigo. Creíamos que había muerto. Espero que sea la misma persona. ¿En Inglaterra, han dicho?

—Sí, Birmingham —respondió Peter—; tiene que ser Birmingham, en Inglaterra.

—Yo sé quién es —dijo Ben, dirigiéndose a Lambert—. Su fábrica está a unos seis kilómetros¹ de nuestra casa. Un tipo extraño, silencioso como una ostra, no parece inglés para nada. Me lo he encontrado con frecuencia, es un individuo de aspecto solemne, con unos ojos magníficos. Una vez me hizo un hermoso estuche de escritura para dárselo a Jenny en su cumpleaños. Hace monederos, fundas de telescopio y todo tipo de trabajos en piel.

Como todo esto se dijo en inglés, Van Mounen lo fue traduciendo para beneficio de todos los presentes, dándose cuenta de paso de que aunque ni Raff ni su esposa parecían muy infelices, Raff estaba temblando y los ojos de su señora estaban inundados de lágrimas.

Como es natural, más tarde, cuando el doctor llegó por la noche trayendo de vuelta a Hans en su carruaje, le contaron cada palabra del relato.

—Hace ya bastante que se fueron los tres jóvenes caballeros —dijo Dame Brinker—, pero es muy posible que, si se da prisa, todavía pueda encontrarlos saliendo de la conferencia, dondequiera que esta se celebre.

—Es cierto —dijo Raff, asintiendo con la cabeza—, mi esposa siempre da en el clavo. Sería bueno ir a ver al joven caballero inglés, señor, antes de que

1 Cuatro millas.

se olvide completamente de Thomas Higgs, es un nombre resbaladizo, ¿no es cierto? Uno no puede retenerlo a salvo ni un minuto. Me vino de forma repentina y tan fuerte como un golpe de mazo, y mi chico lo anotó. Sí señor, yo me apresuraría a hablar con el muchacho inglés; él ha visto a su hijo muchas veces, ¡uno se asusta sólo de pensarlo!

Dame Brinker retomó el hilo del discurso.

—Identificará al muchacho enseguida, señor, porque va acompañado del señorito Peter van Holp; y los rizos le caen por toda la frente, como a los extranjeros y, si le oye usted hablar, comprobará que lo hace como muy alto y rápido, sólo que es inglés; pero eso no seguramente no supone ningún obstáculo para su señoría.

El doctor ya había tomado su sombrero para marcharse. Con el rostro resplandeciente, murmuró algo acerca de ser muy propio del joven granuja eso de ponerse un pícaro nombre inglés; llamó a Hans «hijo mío», haciendo con que el joven caballero se sintiese tan feliz como un aristócrata, y salió de la cabaña con muy poca ceremonia, para ser un médico tan célebre como él.

El quejumbroso cochero se consolaba a sí mismo expresando francamente su opinión mientras conducía de vuelta a Ámsterdam. Como el doctor estaba bien resguardado en el carruaje, y no podía escuchar ni una sola palabra, era el momento perfecto de decir todo tipo de cosas terribles sobre esas personas que no tienen consideración hacia nadie, y que siempre están pidiendo los caballos en medio de la noche, una docena de veces.

LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE THOMAS HIGGS

La fábrica de Higgs hacía las delicias de los chismosos de Birmingham. Era un edificio pequeño, pero lo suficientemente grande como para ocultar un misterio. Nadie sabía a ciencia cierta quién era el propietario, o de dónde había venido. Tenía aspecto de caballero, de eso no había duda, aunque todo el mundo sabía que había ascendido desde la condición de aprendiz. Además, sabía manejar la pluma como un auténtico literato.

Años atrás, un muchacho de dieciocho años había aparecido de repente, aprendido su oficio con diligencia y crecido en la confianza de su patrón, que lo había tomado como socio tan pronto llegó el momento apropiado. Finalmente, a la muerte del viejo Willet, se había hecho cargo del negocio. Esto era todo lo que se conocía de sus asuntos.

Alguna de la buena gente del lugar solía destacar que nunca tenía nada que decir a otro ser humano; mientras que otros afirmaban que, aunque cuando escogía hacerlo hablaba de una forma muy bella, sin embargo había algo raro en su acento. También le definían como un hombre pulcro y ordenado, excepto por ese escandaloso estanque verde que había frente a su fábrica, que no era lo suficientemente

profundo para una anguila, pero debía de ser «un foco de infecciones, puedes apostar lo que quieras».

Su nacionalidad era un gran enigma. Su apellido inglés aclaraba sin la menor duda *uno* de sus orígenes familiares, pero ¿de qué nación provendría su madre? Si fuera americana habría tenido los huesos de las mejillas más altos y la piel más colorada; si fuese alemana habría conocido ese idioma, y Squire Smith aseguraba que no era así; si fuera francesa (y el hecho de tener un estanque para ranas parecía confirmarlo) se vería claramente en su forma de hablar. No, tan sólo podía ser holandesa. Y lo más extraño de todo era que, aunque aquel hombre siempre aguzaba los oídos cuando se hablaba de Holanda, si alguien le preguntaba no parecía conocer nada en absoluto acerca de ese país.

De cualquier manera, como nunca le había llegado una carta de la familia de su madre en Holanda, y como nadie que viviese había visto jamás al viejo Higgs, su familia no debía ser muy importante. Probablemente el propio Thomas Higgs tampoco era tan buena persona como parecía, aunque siempre procurase mostrarse tan recto; y en cuanto a los chismosos, estos declararon que no iban a romperse la cabeza con él. Por consiguiente, Thomas Higgs y sus asuntos eran una fuente inagotable de temas de discusión.

Imagínense, pues, la conmoción que se produjo entre las buenas gentes del lugar cuando «alguien que estaba allí y lo sabía de buena tinta» anunció que el chico del correo le había entregado a Higgs aquella misma mañana una carta con pinta de venir del extranjero, y que al recibirla se había «puesto tan blanco como una pared, corrido hacia su fábrica, hablado un poco con uno de los capataces, y sin despedirse de criatura alguna, había tomado su equipaje y desaparecido en un abrir

y cerrar de ojos». La señora Scrubbs, su casera, estaba muy afligida. A la pobre se le entrecortaba la respiración al hablar de él:

—Marcharse de la pensión de esa forma tan repentina, sin avisar siquiera con un día de antelación, algo que cualquier mujer que no quiera ser pisoteada, que gracias a Dios no es *mi* caso, tiene perfecto derecho a esperar; sí, y ahora que lo menciona usted, también un aviso de una semana de antelación, y sin ni siquiera una palabra de agradecimiento, como «muchas gracias señora Scrubbs por todos los favores recibidos», que son numerosísimos, aunque no debería decirlo; y tampoco soy una persona que busque que le den las gracias cada minuto. Es un verdadero escándalo, aunque es cierto que el señor Higgs ha dejado todo pagado hasta el último penique, y se me llenan los ojos de lágrimas al ver sus queridas botas vacías en un rincón de su habitación, lo que es ya de por sí señal de una gran aflicción de espíritu, pues no ha considerado que mereciera la pena llevárselas, a pesar de, que aunque les había puesto medias suelas un par de veces, siempre las tenía bien dispuestas, como soldados.

Tras escuchar esto, su querida amiga la señorita Scrumpkins corrió a casa para repetirlo todo. Y, como todo el mundo conocía a los Scrumpkins, pronto se tejió una brillante telaraña de noticias que recorría toda la calle de un extremo al otro.

Aquella tarde, se reunió un comité de investigación en casa de la señora Snigham, sentado en conciliábulo alrededor

de su mejor porcelana. Aunque habían sido invitados a un tranquilo «té», la cantidad de asuntos judiciales que se trataron en aquella ocasión fue prodigiosa. Antes de que el comité tuviera la oportunidad de comer nada, las pastas ya se habían quedado frías. Había tanto de que hablar, y era tan importante que quedase firmemente establecido que cada uno de los miembros había siempre estado «seguro de que algo extraordinario le estaría ocurriendo todavía a ese hombre», que casi dieron las ocho antes de que la señora Snigham ofreciera a cualquiera de ellos una segunda taza.

EL SOL BRILLA EN SU PLENITUD

Un nevado día de enero, Laurens Boekman fue con su padre a presentar sus respetos a la familia Brinker.

Raff estaba descansando tras las labores del día; Gretel, después de haber llenado y encendido la pipa de su padre, estaba cepillando cada mota de ceniza del hogar de la chimenea; la señora estaba hilando; y Hans estudiaba diligentemente sus lecciones, encaramado a un taburete junto a la ventana. Una escena doméstica pacífica y feliz, de una casa cuya principal emoción durante la pasada semana había consistido en esperar una posible visita de Thomas Higgs.

Tan pronto como acabaron las pomposas presentaciones, Dame Brinker insistió en servir a sus huéspedes un té caliente.

—Estar a la intemperie con ese tiempo loco y abrupto
—dijo ella—, es suficiente como para congelar a cualquiera.

Mientras sus invitados hablaban con su marido, ella le susurró a Gretel que los ojos del joven caballero y los de su chico eran ciertamente tan parecidos como cuatro gotas de agua, por no decir nada de la forma que tenían ambos de parecer estúpidos y sin embargo saber tanto como cualquier abuelo.

Gretel estaba decepcionada. Ella había esperado una escena trágica, como las que Annie Bouman le solía describir sacadas de los libros de historia; y aquí estaba el caballero que había estado tan cerca de convertirse en un asesino, que había estado vagando sobre la faz de la tierra durante diez años, que se había considerado abandonado y despreciado por su padre, el mismo joven caballero que había huido de su país tan increíblemente atribulado, ¡sentado junto al fuego y tan sonriente y natural como cualquiera!

Es cierto que le había temblado la voz al hablar con sus padres, y había mirado a su padre con una sonrisa esplendorosa, propia de un mata dragones que hubiese llevado las aguas de la eterna juventud a su rey, pero a fin de cuentas no era en absoluto como el héroe conquistador del libro de Annie. No había dicho, levantando su mano al cielo: «¡Juro que de aquí en adelante seré para siempre fiel a mi hogar, mi Dios y mi patria!», algo que, dadas las circunstancias, habría sido correcto y apropiado.

Así que, vista la situación, Gretel se sentía decepcionada. Raff, sin embargo, estaba perfectamente satisfecho. El mensaje había sido entregado; el Dr. Boekman tenía a su hijo sano y salvo; y el pobre muchacho, en definitiva, no había hecho nada malo, excepto pensar que su padre podía haberle abandonado por culpa de un accidente. Sin duda, el ágil mozalbete se había transformado en un hombre bastante corpulento, y Raff había esperado inconscientemente volver a dar un apretón a la misma mano juvenil, pero, en cualquier caso, todas las cosas habían cambiado para Raff. Así que desechó cualquier otro sentimiento que no fuese el gozo, al contemplar a padre e hijo sentados lado a lado junto a su

chimenea. Mientras tanto, el pensamiento de Hans estaba totalmente ocupado con la felicidad que sentiría Thomas Higgs de poder ser de nuevo el ayudante del doctor; y Dame Brinker sollozaba quedamente para sí misma, deseando que la madre del muchacho estuviese viva para poder verlo, un joven caballero tan distinguido; y se preguntaba cómo podía soportar el Dr. Boekman la visión del reloj de plata perdiendo todo su brillo. El doctor lo había llevado desde que Raff se lo devolviera, eso era evidente. ¿Qué habría hecho con el reloj de oro que solía usar?

La luz brillaba con toda su fuerza sobre el semblante del Dr. Boekman. Qué contento parecía; cuán más joven y radiante que anteriormente. Los rasgos duros de su rostro se habían suavizado. Reía, mientras le decía a Raff:

—¿Se puede ser más feliz, Raff Brinker? La fábrica de mi hijo se habrá vendido este mismo mes, y piensa abrir un almacén en *Ámsterdam*. A partir de ahora los estuches de mis anteojos me saldrán gratis.

Hans salió de su estado de ensimismamiento.

—¿Un almacén, señor? ¿Acaso Thomas Higgs, es decir, su hijo, no va a ser otra vez su ayudante?

Una sombra pasó por el rostro del doctor, pero un esfuerzo le devolvió el brillo, al contestar:

—Oh, no, Laurens ya ha tenido suficiente de eso. Ahora desea dedicarse al comercio.

Hans pareció tan sorprendido y desilusionado que su amigo le preguntó afablemente:

—¿Por qué te quedas tan callado, muchacho? ¿Acaso es algo malo ser comerciante?

—N... no, no es nada malo, señor —balbuceó Hans—, pero...

—¿Pero qué?

—Bueno, la otra posibilidad es mucho mejor —respondió Hans—, mucho más noble. Creo, señor —añadió, con enfervorizado entusiasmo— que ser cirujano, curar a los enfermos y tullidos, salvar vida humanas, ser capaz de hacer lo que usted ha hecho por mi padre, es lo más grande que hay en la Tierra.

El doctor le observaba con mirada severa. Hans se sintió reprendido. Sus mejillas enrojecieron y grandes lágrimas empezaron a formarse bajo sus pestañas.

—La cirugía es una profesión muy mala —dijo el doctor, que seguía mirando con el ceño fruncido a Hans—, requiere una gran paciencia, abnegación y perseverancia.

—Seguro que sí —exclamó Hans, acalorándose otra vez—. También exige sabiduría y reverencia hacia la obra de Dios. Ah, señor, podrá tener sus molestias e inconvenientes, pero no puede usted decir eso en serio, es grande y noble, ¡no mala! Perdóneme, señor, no debería hablar con tanto atrevimiento.

Era evidente que el Dr. Boekman se sentía molesto. Le dio la espalda al muchacho y empezó a conversar aparte con Laurens. Mientras tanto, la señora Brinker fulminó a Hans

con una terrible mirada de advertencia. Ella sabía bien que a este tipo de personas importantes no les gusta que la gente humilde les hable de una forma tan insolente.

El doctor se dio la vuelta.

—¿Qué edad tienes, Hans Brinker?

—Quince años, señor —fue su atemorizada respuesta.

—¿Te gustaría ser médico?

—Sí, señor —respondió Hans, temblando de emoción.

—¿Estarías dispuesto, con el consentimiento de tus padres, a consagrarte al estudio, ir a la universidad y, cuando llegue el momento, ser un estudiante en mi consulta?

—Sí, señor.

—Crees que no te impacientarás, y cambiarás de opinión, justo en el momento en que decida prepararte para ser mi sucesor.

Los ojos de Hans brillaban de emoción.

—No, señor, no cambiaré de opinión.

—De eso puede estar seguro —exclamó la madre, que ya no podía callarse un segundo más—. Una vez que ha tomado una decisión, Hans es como una roca. En cuanto a estudiar, el chico casi se ha adelantado ya a sus últimos libros. ¡Incluso puede chapurrear latín como cualquier sacerdote!

El doctor sonrió.

—Bueno, Hans, pues no veo nada que nos impida poner en práctica nuestro plan, si tu padre está de acuerdo.

—Eje—dijo Raff, demasiado orgulloso de su hijo como para mostrarse muy humilde—, de hecho, en mi caso prefiero una vida activa, al aire libre. Pero si el muchacho quiere estudiar para ser médico, y cuenta con el beneficio de su palabra de ayudarle a entrar en ese mundo, no tengo más que decir. Lo único que nos falta es el dinero, pero no por mucho tiempo, con dos fuertes pares de brazos para ganarlo, antes de que nosotros...

¡Nada, nada! —interrumpió el doctor—, si me llevo a su brazo derecho tendré que pagar el coste, y lo haré encantado. Será como tener *dos* hijos, ¿eh Laurens? Uno comerciante y otro cirujano, ¡seré el hombre más feliz de Holanda! Ven a verme por la mañana, Hans, y arreglaremos el asunto de inmediato.

Hans inclinó la cabeza en señal de asentimiento. No se atrevía a hablar.

—Y Brinker —continuó el doctor—, cuando abra su almacén en *Ámsterdam* mi hijo Laurens necesitará un hombre de confianza y expeditivo como usted, alguien que supervise las tareas y se asegure de que los payasos perezosos que pululan por ahí cumplan con su deber. Alguien que... ¿Por qué no lo explicas tú mismo, bribón?

Esta última frase se la dirigió al hijo, y no sonó ni la mitad de fiera de lo que parece por escrito. El bribón y Raff no tardaron en entenderse perfectamente.

—Soy reacio a dejar los diques —dijo este último, tras haber conversado ambos un poco—, pero ha hecho usted una oferta tan buena, señor, que estaría robándole a mi familia si la dejara pasar.

Dedica un rato a contemplar a Hans allí sentado, mirando con gratitud al médico, porque no volverás a verlo hasta dentro de muchos años.

Y Gretel... ¡Ah, qué paisaje lleno de misteriosos trabajos se revela de repente ante ella! Sí, porque gracias a Hans se pondrá a estudiar. Si realmente quiere ser médico, no puede tener una hermana que empañe su grandeza.

¡Con cuánta fidelidad buscarán aún esos ojos resplandecientes las joyas que yacen ocultas en los abruptos libros escolares! ¡Y cómo han todavía de brillar y languidecer, ante la llegada de aquel que ahora ella conoce solamente como el chico que llevaba una gorra roja, aquel día maravilloso en el que puso los patines de plata en su delantal!

Pero el doctor y Laurens se marchan. Dame Brinker hace su mejor reverencia. Raff permanece en pie junto a ella, otra vez convertido en un hombre de la cabeza a los pies, mientras estrecha la mano del médico. A través de la puerta abierta de la cabaña, podemos ver el llano paisaje holandés, lleno de vida gracias a la nevada que está cayendo.

EPÍLOGO

Nuestra historia está a punto de acabar. El tiempo transcurre en Holanda de forma infalible y constante, como aquí; cuando se trata de eso, ningún país es extraño.

Para la familia Brinker ha traído grandes cambios. Hans ha invertido estos años fiel y provechosamente, superando todos los obstáculos a medida que iban surgiendo, y ha perseguido su gran objetivo con todas sus fuerzas. Aunque a menudo el camino ha sido escarpado, su determinación no ha vacilado ni por un momento. A veces ha recordado, con su buen y viejo amigo, las palabras pronunciadas hace mucho tiempo en aquella pequeña cabaña cerca de Broek: «La cirugía es una profesión mala»; pero siempre en lo más profundo de su corazón resuena el eco de aquellas otras palabras más verdaderas: «¡Es grande y noble! ¡Hace que uno sienta reverencia por la obra de Dios!».

Si estuvieras en Ámsterdam hoy, podrías ver al famoso Dr. Brinker montado en su gran carruaje yendo a visitar a sus pacientes; o, puede que le vieras patinando con sus propios hijos e hijas sobre el canal helado. En cuanto a Annie Bouman, la bella chica campesina de corazón sincero, preguntarías en vano; pero si buscas a Annie Brinker, la esposa del gran médico, veras que se le parece mucho, aunque como dice Hans, es todavía más adorable, más sabia y más parecida que nunca a un hada madrina.

Peter van Holp es también un hombre casado. Podría haberles adelantado que él e Hilda unirían sus manos y

patinarían juntos a lo largo de la vida, tal y como hicieran años antes, cuando se deslizaban lado a lado sobre el río helado e iluminado por el sol.

En un momento dado, también estuve a punto de insinuar que Katrinka y Carl unirían sus destinos. Ahora, afortunadamente, me alegro de no haberlo hecho, porque Katrinka cambió de opinión, y hasta hoy sigue soltera. La dama ya no es tan alegre como antiguamente y, lamento decir, que algunas de sus tintineantes campanillas están desafinadas. Pero sigue siendo el centro de su círculo social. Me habría gustado que se tomase la vida más en serio, al menos de vez en cuando, pero no; no está en su naturaleza hacerlo. Sus preocupaciones y penas lo único que consiguen es perturbar el tintineo; nunca despiertan una música más profunda.

El alma de Rychie resultó profundamente afectada durante estos largos años. Su historia nos revelaría como una semilla plantada descuidadamente puede a veces producir un fruto de angustia, y como a una siembra dolorosa le puede seguir una cosecha dorada. Si no me equivoco, en no mucho tiempo podrán leer el testimonio escrito de lo ocurrido; es decir, siempre que estén familiarizados con el holandés. En la ingeniosa pero vehemente autora cuyas palabras son tan bien recibidas hoy en día en miles de hogares holandeses, pocos reconocerían a la arrogante y frívola Rychie que se burlaba de la pequeña Gretel.

Lambert van Mounen y Ludwig van Holp son buenos hombres cristianos y, lo que es más fácil ver de un vistazo, prósperos ciudadanos. Ambos residen en Ámsterdam, pero uno sigue apegado a la vieja ciudad de ese nombre, mientras que otro peregrinó a la nueva. La casa de Van Mounen no está lejos de Central Park, y asegura que si los neoyorkinos

cumplen con su deber, con el tiempo dicho parque será tan bello como el Bosch, cerca de La Haya. A veces recuerda a la Katrinka de sus años mozos, pero se alegra de que Katrinka, ya como mujer, le rechazase; aunque en aquel momento creyera morir. La hermana de Ben, Jennie, le ha hecho muy feliz, más feliz de lo que hubiese sido con ninguna otra chica en el mundo.

Carl Schummel ha tenido una vida dura. Su padre tuvo dificultades en los negocios; y como Carl no tenía muchos amigos de verdad y, sobre todo, no conducía su vida por principios nobles, fue arrojado de aquí allá por los caprichos de la Fortuna hasta quedar en una condición muy lamentable. Hoy trabaja como contable en la próspera compañía holandesa de Boekman y Schimmelpenninck. Voostenwalbert, el socio de menor rango, le trata con amabilidad; y él, a cambio, es muy respetuoso con «el mono con un gran nombre por rabo».

De nuestro grupo de amigos holandeses, Jacob Poot es el único que ha fallecido. Afable, sincero y generoso hasta el fin, hoy es recordado y llorado con tanta sinceridad como se le amaba y se reía con él cuando estaba en la Tierra. Antes de morir llegó a estar muy delgado; más que Benjamin Dobbs, que es ahora el más gordinflón de los gordinflones.

Raff Brinker y su esposa han vivido confortablemente en Ámsterdam durante muchos años, una pareja feliz y fiel; tan sencilla y recta, ahora que les sonrío la fortuna, como paciente y confiable fue en tiempos más difíciles. Tienen un *zommerhuis* cerca de la vieja cabaña y acuden a menudo allí a repararla con sus hijos y sus nietos, durante las tardes placenteras de verano, cuando los lirios de los estanques asoman sus majestuosas cabezas sobre el agua.

La historia de Hans Brinker quedaría a medio contar si

no le dejáramos en compañía de Gretel. ¡Querida, veloz y paciente Gretel! ¿Qué ha sido de ella? Pregúntenle al viejo Dr. Boekman y les dirá que es la mejor cantante y la mujer más adorable de Ámsterdam; pregúntenles a Hans y a Annie y les asegurarán que es la hermana más querida que jamás se haya conocido; pregúntele a su marido y les dirá que es la más brillante y dulce esposa de toda Holanda; pregúntenles a Dame Brinker y Raff, y sus ojos resplandecerán con lágrimas de gozo; pregúntenles a los pobres y el aire se llenará de bendiciones.

Pero, a no ser que hayan olvidado esa pequeña forma que temblaba y sollozaba sobre el montículo ante la cabaña de los Brinker, pregúntenles a los Van Gleck; nunca se cansarán de contar acerca de la querida pequeña niña que ganó los patines de plata.

